

LOS PLANIFICADORES

Un *thriller* vertiginoso en el que
tienen cabida el crimen organizado,
un asesino profesional en crisis
y una biblioteca.

KIM UN-SU



MAEVA | NOIR

LOS PLANIFICADORES

UN - SU KIM



MAEVA defiende el copyright©.

El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

© Un-Su Kim, 2020

© de la traducción, Fernanda Melchor

© de la cubierta, Opalworks BCN sobre imágenes de Shutterstock

© Maeva Ediciones, 2020

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 9788417708764

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L

ACERCA DE LA HOSPITALIDAD

EL VIEJO SALIÓ al jardín.

Reseng ajustó la mira telescópica y tiró de la palanca de carga. La bala emitió un fuerte chasquido al entrar en la recámara. Miró a su alrededor: a excepción de los abetos que se estiraban para tocar el cielo, nada se movía. El bosque guardaba silencio. Ningún pájaro emprendía el vuelo; ningún insecto chirriaba. Teniendo en cuenta la quietud de aquel lugar, el ruido del disparo se percibiría a larga distancia. ¿Y si la gente lo oía y acudía corriendo? Desechó la idea. No tenía sentido preocuparse. Las detonaciones de arma de fuego eran algo común allí. Pensarían que se trataba de cazadores furtivos tras un jabalí. ¿Quién malgastaría su tiempo adentrándose en lo más profundo del bosque solo para investigar el origen de un disparo solitario? Reseng escudriñó la parte occidental de la montaña. El sol se encontraba a una mano de distancia de la cima. Aún tenía tiempo.

El viejo comenzó a regar las flores. Algunas recibieron un buen trago, otras, solo un sorbo. El hombre inclinaba la regadera con gran ceremonia, igual que si estuviera sirviendo té. De vez en cuando sacudía un poco los hombros, como si bailara, y acariciaba fugazmente un pétalo. Le hizo gestos a una de las flores y rio entre dientes. Parecía que estuviera conversando. El tirador ajustó de nuevo la mirilla y examinó la flor con la que el hombre hablaba. Le resultaba familiar. Seguramente la había visto antes, pero no se acordaba de su nombre. Trató de recordar cuáles eran las que florecían en octubre —¿dalias?, ¿cinias?, ¿crisantemos?—, pero ninguna de ellas coincidía con la flor que contemplaba. ¿Por qué no le venía a la cabeza? Frunció el ceño y se esforzó por encontrar el nombre, aunque pronto abandonó también aquella idea. Era solo una flor, ¿qué importaba?

Un inmenso perro negro cruzó el jardín y frotó la cabeza contra el muslo del viejo. Un mastín de pura raza. La misma bestia que Julio César llevó consigo después de conquistar Britania, el perro que los antiguos romanos empleaban para cazar leones y acorralar caballos salvajes. Cuando el viejo le dio una palmadita, el animal sacudió la cola y se le enroscó entre las piernas, impidiéndole proseguir con el riego. El hombre arrojó un balón de fútbol desinflado hacia el otro extremo del jardín. El can corrió tras él, moviendo la cola, y el viejo pudo volver a sus flores. Igual que antes, les hizo gestos, las saludó, habló con ellas. El animal regresó enseguida, con el balón entre los dientes. El hombre lo arrojó más lejos aquella vez y el perro volvió a perseguirlo. El feroz mastín que algún día había cazado leones había quedado reducido a un payaso. Y aun así, el hombre y el animal parecían hechos el uno para el otro. Repitieron el juego una y otra vez. Lejos de aburrirse, ambos parecían disfrutarlo.

El viejo terminó de regar las plantas, se irguió y se estiró, sonriendo con regocijo. Entonces se

volvió y miró en dirección a la montaña, como si supiera que Reseng se encontraba allí. El rostro risueño del hombre apareció en el punto de mira. ¿Sabía que el sol estaba a menos de una mano de distancia del horizonte? ¿Sabía que estaría muerto para cuando el astro se hundiera tras la montaña? ¿Por eso sonreía? O tal vez ni siquiera estuviera sonriendo. Su rostro parecía congelado en una mueca permanente, como una máscara Hahoe de madera tallada. Algunas personas tenían caras así: personas cuyos sentimientos íntimos nunca podías adivinar, que sonreían constantemente, incluso cuando estaban tristes o enfadadas.

¿Debía apretar el gatillo en aquel momento? Si lo hacía, podría estar de regreso en la ciudad antes de medianoche. Tomaría un baño caliente, bebería unas cuantas cervezas hasta emborracharse o pondría un viejo disco de los Beatles en el tocadiscos y pensaría en todas las cosas divertidas que podría hacer con el dinero que pronto llegaría a su cuenta bancaria. Tal vez, después de aquel último trabajo, podría cambiar de vida. Abriría una pizzería frente a una escuela de secundaria o vendería algodón de azúcar en el parque. Se imaginó a sí mismo ofreciendo a manos llenas globos y algodón de azúcar a chiquillos y dormitando bajo el sol. Podría vivir una vida así, ¿verdad? Aquella idea de pronto le pareció maravillosa, pero tenía que reservar aquel pensamiento hasta después de apretar el gatillo. El viejo todavía estaba vivo y el dinero aún no figuraba en su cuenta.

La sombra de la montaña se cernía con rapidez sobre el hombre y su cabaña. Si iba a apretar el gatillo, debía hacerlo ya. El viejo había terminado de regar las plantas y regresaría al interior de su vivienda en cualquier momento. Entonces el trabajo se volvería más difícil. ¿Para qué complicarlo? «Presiona el gatillo. Presiónalo ahora y vete de aquí.»

El viejo sonreía y el perro negro corría con el balón de fútbol en el hocico. El rostro del hombre aparecía con nitidez cristalina en la retícula del punto de mira. Exhibía tres profundas arrugas que le cruzaban la frente, una verruga sobre la ceja derecha y manchas de vejez en la mejilla izquierda. Reseng contempló el lugar donde una bala pronto atravesaría el corazón del hombre. El suéter parecía tejido a mano, no de confección industrial, y estaba a punto de empaparse de sangre. Todo lo que tenía que hacer era apretar el gatillo un poco para que el percutor golpeará el detonador del cartucho de 7,62 mm y la pólvora dentro del casquillo de cobre se encendiera. La explosión impulsaría la bala a través de las estrías del cañón y la propulsaría por el aire, directa al corazón del viejo. La enorme velocidad y la fuerza destructiva del proyectil harían que los destrozados órganos del viejo abandonaran su cuerpo por un orificio de salida en la parte baja de la espalda. Con solo pensarlo, se le erizó todo el vello. Sostener la vida de otro ser humano en la palma de la mano siempre le producía una sensación curiosa.

«Presiónalo.»

«Presiónalo ahora.»

Y, sin embargo, por algún motivo, Reseng no apretó el gatillo, sino que puso el rifle en el suelo.

—Ahora no es el momento adecuado —murmuró.

No estaba seguro de por qué no lo era. Solo sabía que había un momento adecuado para todo. Un momento concreto para comer helado. Un momento preciso para inclinarse a besar a alguien. Y tal vez sonaba muy estúpido, pero también había un momento exacto para apretar un gatillo y un momento oportuno para disparar una bala al corazón. ¿Por qué no habría de existir uno? ¿Y si resultara que la bala de Reseng surcaba el aire en dirección al corazón del viejo justo cuando el momento adecuado se presentaba, por pura casualidad, ante él? Eso sería magnífico. Aunque, por

supuesto, quedaba claro que no estaba esperando la llegada del momento ideal; el instante más propicio bien podría no llegar nunca. O podría pasar sin que él se diera cuenta. Se le ocurrió que, simplemente, aún no quería apretar el gatillo. Ignoraba por qué, solo sabía que no quería hacerlo. Encendió un cigarrillo. La sombra de la montaña había cubierto la cabaña del viejo y continuaba avanzando con sigilo.

Cuando oscureció, el viejo metió al perro. Era probable que la casita de campo careciera de luz eléctrica, porque se veía aún más oscura que el exterior. Una vela solitaria resplandecía en el salón, pero el tirador no lograba vislumbrar el interior de la vivienda a través del visor. Las sombras del hombre y del perro se alargaron sobre una pared de ladrillos y desaparecieron. La única manera en que podría matarlo en aquel momento, desde aquella posición, sería si el viejo se colocaba justo frente a la ventana con la vela en la mano.

Cuando el sol se hundió detrás de la cordillera, la oscuridad descendió sobre el bosque. No había luna; incluso los objetos más cercanos eran difíciles de distinguir. No se veía nada más que la luz trémula de la vela en la cabaña del viejo. La oscuridad era tan densa que hacía que el aire pareciera húmedo y pesado. ¿Por qué Reseng no se marchaba? ¿Por qué permanecía allí, en la oscuridad? No estaba seguro. Decidió que esperaría la llegada del alba. Cuando saliera el sol, dispararía una sola bala —sería igual que dispararle al objetivo de madera con el que había estado practicado durante años— y volvería a casa. Se metió la colilla en el bolsillo y arrastró los pies hasta su tienda. Como no tenía nada que hacer para pasar el tiempo, se comió un paquete de galletas saladas y se durmió envuelto en su saco de dormir.

DOS HORAS MÁS tarde, un ruido de pasos sobre la hierba despertó de repente a Reseng. Se encaminaban directos a su tienda. Tres o cuatro golpes secos. Un torso atravesaba la hierba alta. No lograba discernir qué era lo que se aproximaba hacia él. Podía ser un jabalí. O un puma. Quitó el seguro y apuntó a la oscuridad con su rifle, hacia el sonido cada vez más cercano. No podía apretar el gatillo aún. Sabía de mercenarios al acecho que habían disparado a la oscuridad por miedo, sin verificar sus objetivos, solo para descubrir que le habían dado a un ciervo o a un perro policía, o peor, a un compañero soldado perdido en el bosque mientras se encontraba en una misión de reconocimiento. Hombres que sollozaban junto al cadáver del hermano de armas muerto por fuego amigo; sus respectivos cuerpos, tatuados y musculosos, temblando como niñitas mientras les contaban a sus oficiales al mando: «No era mi intención matarlo, lo juro». Y tal vez fuera cierto que no lo había sido. Dado que nunca antes habían tenido que enfrentarse al miedo a las criaturas nocturnas, la única cosa que alguien con músculos en vez de cerebro sabía hacer era apuntar y disparar a la oscuridad. Reseng aguardó con paciencia a que lo que fuera que estuviera allí se revelara. Para su sorpresa, lo que emergió de la oscuridad fueron el viejo y su perro.

—¿Qué haces ahí? —preguntó el hombre.

Bueno, aquello era gracioso. Tan gracioso como si el blanco del campo de tiro hubiera caminado hacia él para espetarle: «¿Por qué no me has disparado aún?».

—¿Qué está haciendo usted aquí? Podría haberle disparado —dijo Reseng. La voz le temblaba.

—¿Dispararme tú a mí? Esa sí que es buena —respondió el viejo con una sonrisa—. Estas son mis tierras. Tú eres el que no tiene nada que hacer aquí, el que está durmiendo en propiedad ajena. —Parecía tranquilo. La situación era inusitada, por no decir más, pero el viejo no aparentaba estar en absoluto sorprendido. El desconcertado era más bien Reseng.

—Me asustó. Pensé que era algún animal salvaje.

—¿Eres cazador? —le preguntó, mirando el rifle de Reseng de una manera muy significativa.

—Sí.

—Es un Dragonov. Solo se ven en los museos. ¿Así que los cazadores furtivos de hoy día usan rifles de la guerra de Vietnam?

—No me interesa la antigüedad del rifle mientras pueda derribar a un jabalí. —Reseng trataba de sonar despreocupado.

El hombre soltó una carcajada. El perro aguardaba con paciencia a su lado. Era mucho más grande de lo que le había parecido a través de la mirilla. Y mucho más intimidante que cuando correteaba con un balón sin aire.

—Bonito perro —dijo Reseng. El viejo bajó la mirada hacia el animal y le acarició la cabeza.

—Sí que lo es. Él fue el que te olfateó. Pero ya es viejo.

El mastín no le quitaba los ojos de encima a Reseng. No gruñía ni le mostraba los dientes, pero tampoco era precisamente amistoso. El hombre le dio otra palmada en la cabeza.

—Ya que insistes en quedarte, no pases frío aquí. Ven a la casa.

—Le agradezco la oferta, pero no quiero molestar.

—No es molestia.

El viejo se dio la vuelta y descendió la pendiente a grandes zancadas, con el can a la zaga. No llevaba linterna, pero parecía no tener dificultades para encontrar el camino en la oscuridad. La mente de Reseng daba vueltas. El rifle estaba cargado y listo, y su objetivo se encontraba a menos de cinco metros. Miró al viejo mientras desaparecía en la oscuridad. Un segundo después se echó el rifle al hombro y bajó tras él.

LA CASITA ESTABA caldeada. Un fuego ardía en la chimenea. No había más mobiliario ni decoración que una alfombra raída, una pequeña mesa junto al fuego y unas cuantas fotografías sobre la repisa del hogar. Las fotos eran todas del viejo; en ellas aparecía sentado o de pie en compañía de otras personas, siempre en el centro del grupo. La gente sonreía con rigidez, como si se sintieran honrados porque los hubieran fotografiado junto a él. Ninguna de aquellas imágenes parecía ser de su familia.

—Este año es un poco pronto para encender el fuego —dijo Reseng.

—Cuanto más viejo te haces, más te afecta el frío. Y este año lo siento aún más.

El hombre colocó unos cuantos trozos de madera seca sobre el fuego; durante unos instantes, las flamas se mostraron reacias a esta nueva incorporación. Reseng se descolgó el rifle del hombro y lo apoyó contra el marco de la puerta. El viejo le echó un vistazo al arma.

—¿No hay veda en octubre?

Los ojos le brillaban. El hombre le había estado hablando en banmal, el coreano informal, como si fueran viejos amigos, aunque aquello no molestaba en absoluto a Reseng.

—Un hombre puede matarse de hambre si trata de seguir todas las leyes.

—Es cierto, no todas las reglas deben obedecerse —murmuró el viejo—. Sería estúpido intentarlo.

Mientras removía los leños con un atizador metálico, las llamas se elevaron y lamieron un pedazo de madera que aún no había ardido.

—Bueno, tengo alcohol y té, elige tu veneno.

—El té suena bien.

—¿No quieres algo más fuerte? Te estabas helando.

—No suelo beber cuando salgo de cacería. Además, es peligroso hacerlo si se duerme a la intemperie.

—Pues date el gusto esta noche —respondió con una sonrisa—. Es muy poco probable que mueras congelado aquí.

Fue a la cocina y regresó con dos tazas de hojalata y una botella de whisky. Luego empleó unas tenazas para retirar con mucho cuidado una tetera del fuego. Sirvió té en uno de los recipientes. Sus movimientos eran apacibles y mesurados. Le entregó la taza a Reseng y llenó la suya, y luego lo sorprendió al verter en ella un chorrito de whisky.

—Si aún no has entrado en calor, un toque de whisky te ayudará a conseguirlo. De cualquier forma, no podrás cazar hasta el alba.

—¿El té va bien con el whisky? —preguntó Reseng.

—¿Por qué no? Todo baja igual.

El viejo le guiñó un ojo. Tenía un rostro apuesto, como el de alguien que hubiera recibido muchos cumplidos en su juventud. Sus rasgos esculpidos le hacían parecer, por alguna razón, rudo y delicado al mismo tiempo. Como si los años hubieran pulido suavemente los ángulos de su rostro, haciéndolos más sutiles. Reseng extendió la taza para que el viejo vertiera un poco de whisky en ella. La fragancia del alcohol ascendió del té caliente. Olía bien. El perro se acercó despacio desde el otro extremo del salón y se echó junto al visitante.

—Eres una buena persona.

—¿Discúlpeme?

—A Santa le gustas —dijo el viejo señalando al perro—. Los perros distinguen a la gente buena de la mala enseñada.

De cerca, los ojos del animal eran asombrosamente afables.

—Tal vez solo es tonto —concluyó Reseng.

—Bebe tu té.

El viejo sonrió. Le dio un sorbo a su té cargado y el tirador hizo lo mismo.

—Nada mal —dijo.

—Sorprendente, ¿verdad? Sabe bien con el café, pero con el té negro es mejor. Calienta el estómago y el corazón. Como abrazar a una buena mujer —añadió con una risilla pueril.

—Si uno tiene una buena mujer, ¿por qué conformarse con abrazarla? —se burló Reseng—. Una buena mujer siempre es mejor que un té cargado de alcohol.

El viejo asintió.

—Supongo que tienes razón. Ningún té se puede comparar con una buena mujer.

—Aunque el sabor es inolvidable, se lo concedo.

—El té negro está impregnado de imperialismo. Es lo que le da su sabor. Algo tan sabroso, por fuerza, esconde una cantidad increíble de matanzas.

—Una teoría interesante.

—Tengo algo de cerdo y patatas. ¿Te apetece un poco?

—Claro.

El viejo salió y regresó con un trozo ennegrecido de carne y un puñado de patatas. La carne

tenía un aspecto horrible. Estaba cubierta de tierra y polvo, y algunas partes aún mostraban pelo, pero lo peor era su olor rancio. El viejo empujó el pedazo de cerdo sobre las cenizas calientes del fondo de la chimenea hasta dejarlo cubierto por completo, luego lo ensartó en un espetón de hierro que colocó sobre el fuego. Agitó las llamas con el atizador y envolvió las patatas entre las cenizas.

—Eso no tiene pinta de estar demasiado apetitoso —observó Reseng.

—Viví en Perú algún tiempo. Aprendí este método de los indios. No parece muy higiénico, pero el sabor es estupendo.

—Francamente, el aspecto es desagradable, pero si se trata de alguna receta secreta indígena, supongo que algo de razón debe de tener.

El otro le sonrió.

—Hace un par de días descubrí otra cosa que tengo en común con los nativos peruanos.

—¿Qué?

—No tenemos frigorífico.

El anfitrión le dio la vuelta a la carne. Su rostro se mostraba serio bajo el resplandor del fuego. Mientras pinchaba las patatas con el espetón, les susurraba:

—Más os vale que quedéis deliciosas para nuestro ilustre invitado.

Mientras la carne se cocinaba, se acabó su té cargado y volvió a llenar su taza solo con whisky; luego le ofreció más a Reseng.

Este le alargó su taza. Le gustaba el ardor del destilado al descender por la garganta, el suave calor que irradiaba a su estómago vacío. El alcohol se dispersaba agradablemente a través de su cuerpo. Durante un momento todo le pareció irreal. Nunca habría podido imaginárselo: un francotirador y su objetivo sentados ante el fuego crepitante de una chimenea, aparentando que son los mejores amigos... Cada vez que el viejo giraba la carne, un aroma delicioso llegaba hasta Reseng. El perro se acercó a la chimenea para olfatear, pero se echó hacia atrás en el último instante y se puso a gruñir, como si le temiera al fuego.

—Tranquilo, Santa, no te preocupes —dijo el hombre al tiempo que le daba palmaditas al perro—. Ya te tocará tu parte.

—¿El nombre del perro es Santa?

—Conocí a este muchacho en Navidad. Ese día él perdió a su dueño y yo perdí la pierna. —Alzó el dobladillo de la pernera izquierda de su pantalón para dejar ver una prótesis—. Él me salvó. Me arrastró a lo largo de casi cinco kilómetros por una carretera cubierta de nieve.

—Esa es una manera tremenda de conocerse.

—El mejor regalo de Navidad de mi vida.

Siguió acariciando la cabeza del perro.

—Es muy manso para su tamaño.

—No del todo. Antes siempre tenía que amarrarlo con correa. Un vistazo a un extraño bastaba para que atacara, pero ahora que ha envejecido se ha vuelto blando. Es raro; no me acostumbro a la idea de que un animal pueda ser tan amistoso con la gente.

El aroma de la carne indicaba que ya estaba cocida. El viejo la pinchó con el espetón y la retiró del fuego. Con un cuchillo de sierra, la cortó en lonchas finas. Le entregó un trozo a su invitado, se sirvió uno y le dio otro al perro. Reseng retiró las cenizas y la probó.

—Qué sabor tan peculiar. No sabe a cerdo en absoluto.

—Está bueno, ¿verdad?

—Lo está. Pero ¿no tendría un poco de sal?

—No.

—No tiene frigorífico ni sal, vaya manera de vivir. ¿Acaso los nativos peruanos también viven sin sal?

—No, no —respondió el viejo—. Se me terminó hace unos pocos días.

—¿Usted caza?

—Ya no. Hace como un mes me topé con un jabalí atrapado en la trampa de un cazador furtivo. Aún estaba vivo. Lo vi jadear y pensé: «¿Debo matarlo ahora o esperar a que muera?». Si esperaba a que muriera, podría culpar de su muerte al dueño de la trampa, pero si lo mataba, entonces el responsable sería yo. ¿Qué habrías hecho tú?

La sonrisa del hombre era inescrutable. Reseng hizo girar el contenido de su taza antes de despachar el alcohol que contenía.

—Es difícil decirlo. No creo que en realidad importe quién matara al jabalí.

El viejo consideró el comentario antes de responder.

—Creo que tienes razón. Cuando lo piensas bien, no importa quién matara al jabalí. De cualquier forma, aquí estamos, disfrutando de un buen jabalí asado al estilo peruano.

El viejo rio a carcajadas. Reseng rio también. No era un chiste, pero el hombre siguió riéndose, y el invitado hizo lo propio.

El hombre estaba de buen humor. Llenó de whisky la taza del otro hasta casi el borde para luego llenar la suya y alzarla en un brindis. Bebieron el contenido de un solo trago. El viejo tomó el espetón y rescató un par de patatas de entre las cenizas candentes. Después de probar una, declaró que estaba deliciosa y le dio la otra a Reseng. Este retiró las cenizas y la probó.

—Sí que está deliciosa —dijo.

—No hay nada como una patata asada en un frío día de invierno.

Reseng comenzó a farfullar.

—Las patatas siempre me recuerdan a alguien... —Tenía el rostro colorado por el alcohol y el resplandor del fuego.

—Me imagino que esta historia no tiene un final feliz —dijo el viejo.

—No lo tiene.

—¿Trata de alguien vivo o muerto?

—Muerto hace mucho tiempo. Yo estaba en África en aquel entonces y recibimos una llamada de emergencia en mitad de la noche. Nos subimos a una furgoneta y nos dirigimos al sitio indicado. Resultó que un joven soldado rebelde se había escapado del campo de prisioneros y había tomado a una anciana como rehén. No era más que un niño, su cuerpo aún tenía formas infantiles. Debía de contar unos quince años, tal vez catorce. Por lo que yo entendía, el muchacho estaba alterado y tenía miedo de morir, pero no representaba una verdadera amenaza. La mujer no paraba de decirle algo. Y entretanto, el chico le apuntaba con un AK-47 en la cabeza con una mano mientras se llevaba una patata a la boca con la otra. Todos sabíamos que no haría nada, pero entonces llegó por *walkie-talkie* la orden de eliminarlo. Alguien apretó el gatillo. Corrimos a verlo de cerca. La mitad de la cabeza del chico había desaparecido y el interior de su boca estaba lleno de los trozos masticados de patata que nunca llegó a tragar.

—Pobrecillo. Seguramente se estaba muriendo de hambre.

—Fue muy raro mirar en la boca de un muchacho al que le faltaba la mitad de la cabeza. ¿Qué habría pasado si hubiéramos esperado diez minutos más? No podía dejar de pensar que si lo hubiéramos hecho, el muchacho habría podido tragarse aquel bocado de patata antes de morir.

—Tampoco creo que tragarse la patata hubiera cambiado nada para ese pobre chico.

—No, claro que no. —La voz de Reseng vaciló—. Pero aun así resulta extraño pensar en esa patata masticada en la boca.

El viejo se terminó su whisky y hurgó entre las cenizas con el espetón para ver si quedaban más patatas. Halló una en el rincón y se la ofreció a su visita, que la miró inexpresivo y la rechazó con amabilidad. El hombre contempló el tubérculo; su rostro se ensombreció y arrojó de nuevo la pieza a las cenizas.

—Tengo otra botella de whisky, ¿qué me dices? —preguntó.

Reseng lo pensó un momento.

—Como usted quiera —respondió.

El viejo llevó otra botella de la cocina y se sirvió un poco. Los dos bebieron en silencio mientras contemplaban la danza de las llamas en la chimenea. Cuanto más achispado se sentía Reseng, más se apoderaba de él una sensación de profunda irrealidad. Los ojos del anfitrión permanecían clavados en la lumbre.

—El fuego es tan bello... —dijo Reseng.

—Las cenizas lo son aún más, una vez que llegas a conocerlas.

Hizo girar lentamente el contenido de su taza mientras contemplaba las llamas. Entonces sonrió, como si hubiera recordado algo gracioso.

—Mi abuelo era ballenero. Fue antes de que prohibieran la caza de ballenas. No creció cerca del mar; de hecho, provenía del interior de la provincia de Hamgyong, pero viajó al sur, al puerto de Jangsaengpo, para trabajar y terminó convirtiéndose en el mejor arponero del país. Durante una de sus expediciones balleneras, un cachalote lo arrastró a gran profundidad. Al arponear el lomo de la ballena, la cuerda se le enredó en un pie y lo tiró por la borda. Aquellos endebles barcos balleneros de la era colonial, con sus arpones de mala calidad, no podían competir contra un animal tan grande. Un cachalote macho puede crecer hasta medir dieciocho metros de longitud y pesar hasta sesenta toneladas. Piénsalo. Son como quince elefantes africanos adultos. Jamás me atrevería a molestar a nada tan enorme, ni aunque fuera un animal inflable de juguete. De ninguna manera, ni en broma. Pero mi abuelo era distinto. Él clavó su arpón en aquella ballena gigante.

—¿Y qué pasó después?

—Un caos total, por supuesto. Mi abuelo me contó que la conmoción tras caer de la proa lo aturdió tanto que no sabía si estaba soñando o alucinando. Mientras tanto, una ballena furiosa lo arrastraba a las oscuras profundidades del mar sin que pudiera evitarlo. Me relató que la primera cosa que vio, cuando por fin logró salir de su estupor, fue una luz azul proveniente de las aletas del cachalote. Se quedó mirando aquella luz, sin pensar en el peligro en que se encontraba. No podía parar de repetir lo misterioso, tranquilo y hermoso que era. Un monstruo de dieciocho metros recorriendo el negro océano con aletas azules que resplandecían. Traté de explicarle con delicadeza, puesto que a mi abuelo casi se le habían saltado las lágrimas tan solo de recordarlo, que no había forma de que las aletas del cachalote hubieran podido brillar así porque no son animales bioluminiscentes. Y él me arrojó su orinal a la cabeza. ¡Ja! ¡Qué mal genio tenía! Le contaba aquella historia a cada persona que conocía. Yo le decía que todo el mundo pensaba que

estaba mintiendo por aquello de las aletas, pero lo único que él decía al respecto era: «Lo que la gente dice de las ballenas es mentira. Porque todo lo que dicen viene de los libros. Las ballenas no viven en los libros; viven en el océano». De todas formas, se desmayó después de que la ballena lo arrastrara al mar.

El viejo llenó su taza hasta la mitad y tomó un sorbo.

—Dijo que cuando volvió en sí, una inmensa luna llena flotaba en el cielo nocturno y las olas le lamían la oreja. Pensó que la suerte estaba de su lado y que la marea lo había empujado hacia un arrecife. Pero resultó que se encontraba sobre la cabeza de la ballena. Increíble, ¿no te parece? Allí estaba mi abuelo, echado encima del animal, mirando una boya, en medio de un creciente charco de aceitosa sangre roja de ballena, mientras el animal lo impulsaba fuera del agua con la cabeza, con el arpón aún clavado en el lomo. ¿Puedes imaginarte algo más extraño e incomprensible? He sabido de ballenas que alzan fuera del agua a una compañera herida o a un cachalote recién nacido, para que puedan respirar. Pero en este caso no se trataba de una compañera ni de una cría de ballena, ni siquiera de una foca o un pingüino. Era mi abuelo, un ser humano, ¡y justo la misma persona que le había incrustado un arpón en el lomo! Si te soy sincero, no entiendo por qué la ballena lo salvó.

—No, no tiene ningún sentido —dijo Reseng, tomando un sorbo de whisky—. Uno pensaría que la ballena lo haría pedazos.

—Permaneció allí, sobre la cabeza de la ballena, durante un largo rato, incluso después de haber recobrado la consciencia. Era incómodo, por decirlo de algún modo. ¿Qué puedes hacer cuando estás atrapado encima de una ballena? Allí no había nada más que la luna plateada, las olas oscuras, el cachalote derramando cubos de sangre y él, a salvo pero jodido por completo. Mi abuelo me contó que el espectáculo de toda aquella sangre a la luz de la luna lo hizo disculparse con la ballena. Era lo menos que podía hacer, ¿sabes? Quería sacarle el arpón, pero era más fácil pensarlo que llevarlo a cabo. Lanzar un arpón es como tomar una mala decisión en la vida: es muy fácil hacerlo, pero es imposible retractarse una vez que se ha infligido el daño. Lo que sí hizo fue cortar la cuerda con la navaja que llevaba al cinto. Y nada más cortarla, la ballena se hundió en el agua y emergió a cierta distancia, para apuntar después directa hacia mi abuelo, que se había aferrado a la boya y luchaba por mantenerse a flote. Dijo que la ballena lo miró chapotear patéticamente, lleno de vergüenza, aún enredado en la cuerda del arpón que él mismo había arrojado. Según mi abuelo, la bestia se acercó a él y lo contempló con su enorme ojo oscuro, una mirada llena de curiosidad inocente que parecía decir: «¿Cómo es que un cobarde como tú ha podido clavarle un arpón a alguien como yo? ¡Eres más valiente de lo que crees!». Y entonces, contaba, la ballena le dio un empujoncito juguetón, como diciéndole: «Oye, chaval, eso ha sido muy atrevido de tu parte. ¡Más vale que no vuelvas a intentar un truco tan peligroso como ese!». Toda la sangre que estaba perdiendo volvía turbias las aguas y aun así el animal parecía pasar por alto el hecho de que mi abuelo lo había apuñalado por la espalda. Cada vez que llegaba a esta parte de la historia, se daba una palmada en la rodilla y gritaba: «¡El corazón de ese monstruo era igual de grande que su cuerpo! Distinto por completo a nosotros, los mezquinos humanos». Contaba que la ballena permaneció a su lado toda la noche, hasta que el barco ballenero los alcanzó. Los otros balleneros habían buscado a mi abuelo por entre las boyas. En cuanto el bote apareció a lo lejos, la ballena nadó en círculos alrededor de él, tal que si se despediera, y luego se sumergió, aquella vez más profundamente que antes, con el arpón que llevaba grabado el nombre de mi abuelo aún vibrándole en la espalda. Increíble, ¿no?

—Sí, es una historia increíble —dijo Reseng.

—Supongo que después de haberse salvado por los pelos de una muerte así, mi abuelo empezó a reconsiderar en serio la caza de ballenas. Le dijo a mi abuela que no quería regresar. Ella era una mujer muy bondadosa y paciente. Lo abrazó y le dijo que si tanto odiaba cazar ballenas, que dejara de hacerlo. Él me contó que sollozó como un bebé en los brazos de la abuela y que le dijo: «¡Tuve tanto miedo!». Y después de eso abandonó la caza de ballenas durante un tiempo. Pero sus días de lágrimas no duraron mucho. Eran muy pobres, había demasiadas bocas que alimentar y la caza de ballenas era el único oficio que conocía. No tenía otra manera de dar de comer a todos los hijos hambrientos que piaban a su alrededor como gorriones. Así que volvió al trabajo y siguió arrojando su arpón contra toda ballena que avistaba en el mar de la China Oriental, hasta que se retiró a la edad de setenta años. Pero todavía sucedió otra cosa insólita: en 1959 se encontró de nuevo con el mismo animal, justo treinta años después de su milagrosa salvación. Aunque todavía llevaba el viejo y oxidado arpón de mi abuelo clavado en el lomo, la ballena nadaba alegre, libre y orgullosa, como si aquella lanza hubiera estado siempre allí y simplemente formara parte de su cuerpo. De hecho, es bastante común oír hablar de ballenas que sobreviven muchos años después de haber sido alcanzadas por un arpón. Incluso dicen que una vez, en el siglo XIX, atraparon a una ballena que aún llevaba clavado un gancho del siglo XVIII. En cualquier caso, el animal no se alejó nadando cuando vio el barco ballenero; de hecho, nadó hasta el bote de mi abuelo, con el hierro apuntando al cielo como un periscopio, y giró despacio en círculos a su alrededor. Fue como si le dijera: «¡Oye! ¡Hacía mucho que no te veía, viejo amigo! Pero ¿cómo? ¿Sigues cazando ballenas? No sabes cuándo dejarlo, ¿verdad?».

El viejo soltó una carcajada.

—Su abuelo debió de sentirse muy apenado —dijo Reseng.

—Puedes estar seguro. Los marineros contaban que cuando mi abuelo vio a la ballena, cayó de rodillas. Se tiró de bruces en cubierta y soltó un alarido. Lloró y gritó: «¡Ballena, perdóname! ¡Lo siento mucho! ¡Qué terrible debe de ser haber nadado todos estos años con un arpón clavado en el lomo! Cuando nos despedimos, quise dejarlo, lo juro. Es probable que no lo sepas, porque vives en el mar, pero las cosas en tierra son realmente duras. Todavía vivo en una casa de alquiler y mis mocosos comen demasiado, te sorprendería saber lo que cuesta alimentarlos. Tuve que volver para poder sobrevivir. ¡Perdóname! Reunámonos de nuevo y echemos un trago. Yo invito al alcohol si tú cazas un calamar gigante para que piquemos algo. Diez cajas de soju y un calamar gigante asado deberían bastar. Lo lamento mucho, ballena. Siento haberte apuñalado en la espalda con un arpón. Lamento ser un idiota. ¡Bua, bua, bua!».

—¿De verdad le gritó todo eso a la ballena? —preguntó el otro.

—Dicen que así fue.

—Era un hombre muy gracioso, su abuelo.

—En efecto, lo era. De cualquier forma, después de eso renunció a la caza de ballenas y se marchó para siempre del puerto de Jangsaengpo. Fue a Seúl y se pasaba el día bebiendo. Imagino que se sentía bastante atrapado, dado que ya no podía volver al mar y encima la alambrada de púas que se extendía a lo largo del paralelo treinta y ocho le impedía regresar a su pueblo natal. Así que cuando se emborrachaba, hablaba con todo el mundo y empezaba de nuevo con aquella vieja y aburrida historia de ballenas. La contaba una y otra vez, a pesar de que la gente la había escuchado ya cientos de veces y nadie quería volver a oírla. Pero no lo hacía para jactarse de sus aventuras en alta mar. Él creía que las personas debían emular a las ballenas. Decía que la gente

se había vuelto minúscula y taimada como las ratas, y que los días de avanzar con enormes, lentas y hermosas zancadas se habían esfumado. La era de los gigantes había terminado.

El viejo apuró su whisky. Reseng se llenó la taza y tomó un sorbo.

—Hacia el final de su vida, mi abuelo supo que padecía un cáncer terminal de hígado. Como buen marinero, había ingerido alcohol desde los dieciséis hasta los ochenta y dos años. Pero creo que aquella noticia no le importó nada, porque tan pronto regresó a casa después de ver al doctor, se puso a darle a la botella de nuevo. Reunió a sus hijos y les dijo: «No voy a ir a ningún hospital. Las ballenas aceptan cuando les llega la hora». Y nunca volvió al médico. Al cabo de un mes más o menos, mi abuelo se vistió con sus mejores ropas y regresó al puerto de Jangsaengpo. Según los marineros del lugar, llenó un pequeño bote con diez cajas de soju, tal y como había dicho que haría, y remó hasta desaparecer en el horizonte. No regresó. Su cuerpo nunca se halló. Tal vez remó hasta captar el aroma del ámbar gris y encontrar a su ballena. Si así fue, estoy seguro de que abrió las diez cajas de soju aquella misma noche mientras se ponía al día con el animal, después de diez años de no haberse visto, y si no, es probable que deambulara por el océano, bebiendo solo, hasta su muerte. O quizá aún ande por ahí en algún lugar.

—Qué buen final.

—Es una manera digna de partir. A mi juicio, un hombre debería ser capaz de elegir una muerte que le dé un fin digno a su vida. Solo aquellos que siguen su destino pueden elegir su propia muerte. Pero yo no. He sido un gusano toda la vida, por lo que no merezco morir con dignidad.

El viejo sonrió con amargura. Reseng no supo qué responderle. El semblante del hombre era tan sombrío que se sentía obligado a decir algo alentador, pero no se le ocurría nada. El anciano rellenó su taza con whisky y se lo bebió de un trago. Se quedaron en silencio durante un rato. Cada vez que las llamas se apagaban, Reseng añadía más leña al fuego. Y mientras bebían a sorbos su whisky en medio de un agradable silencio, cada trozo de madera ardía, chisporroteaba y llameaba ferozmente, para luego consumirse con lentitud hasta quedar reducido a brasas incandescentes y, más tarde, a cenizas blancas.

—La verdad es que esta noche he hablado por los codos. Dicen que cuanto más viejo se vuelve uno, más abierto debe tener el monedero y más cerrada la boca.

—Oh, no, me lo he pasado muy bien.

El viejo sacudió la botella y miró el fondo. Quedaba poco menos de una taza.

—¿Te importa si me la termino?

—Faltaría más —respondió Reseng.

El hombre se sirvió lo que quedaba y se lo bebió de un solo trago.

—Creo que será mejor que lo dejemos por esta noche. Debes de estar agotado. Tendría que haberte dejado dormir y en vez de eso no he parado de hablar.

—No, ha sido una velada muy agradable, gracias a usted.

El viejo se acurrucó en el suelo, a la derecha de la chimenea. Santa se acercó despacio y se echó junto a él. Reseng se acostó en el lado izquierdo. Las sombras de los dos hombres y la del perro danzaban sobre la pared de ladrillos que estaba frente a ellos. Reseng miró su rifle, apoyado contra el marco de la puerta.

—Desayuna algo antes de marcharte mañana —dijo el viejo girándose de lado—. No querrás ir a cazar con el estómago vacío.

Reseng titubeó un segundo antes de responder:

—Claro, así lo haré.

El crepitar del fuego y la pausada respiración del perro sonaban extrañamente fuertes. El hombre no volvió a decir palabra. El tirador permaneció un largo rato oyendo al viejo y al perro respirar mientras dormían, hasta que al final concilió el sueño. Durmió plácidamente.

Cuando despertó, el anciano se encontraba preparando el desayuno. Una comida sencilla consistente en arroz blanco, *kimshi* de rábano y sopa de *doenjang* con patatas cortadas en rodajas. El viejo no habló mucho. Comieron en silencio. Tras el desayuno, Reseng se apresuró a marcharse. Al salir, el hombre le entregó seis patatas hervidas envueltas en un paño. Reseng tomó el bulto y se despidió con cordialidad. Las patatas todavía estaban calientes.

PARA CUANDO RESENG volvió a su tienda de campaña, el viejo regaba las flores de nuevo. Igual que el día anterior, inclinaba la regadera con gran cuidado, como si estuviera sirviendo té. Después, igual que el día anterior, se puso a hablar con las flores y los árboles, y les hizo gestos. El tirador ajustó mínimamente la mira telescópica. La flor que le resultaba familiar apareció más clara y nítida en el objetivo, y luego se volvió a desenfocar. Aún no lograba recordar su nombre. Debería habérselo preguntado al viejo.

Era un bonito jardín. Dos árboles de caqui se erguían despreocupadamente en medio del patio mientras las flores de los arriates aguardaban con paciencia la llegada de su estación. Santa se acercó al viejo y frotó la cabeza contra el muslo del hombre. Este le dio una palmada. Estaban hechos el uno para el otro. El anciano arrojó el balón de fútbol desinflado hacia un extremo del jardín. Mientras el animal corría a buscarlo, él regó más flores. ¿Qué les decía? Si se le observaba con más atención, quedaba claro que cojeaba levemente. Si al menos Reseng le hubiera preguntado qué le había pasado en la pierna izquierda... «No es que eso hubiera cambiado las cosas», pensó. Santa regresó con el balón. Aquella vez el viejo lo arrojó más lejos. El can debía de estar de buen humor, porque se puso a corretear en círculos antes de alcanzar el final del jardín para buscar la pelota. Parecía que el hombre había terminado de regar las plantas. Dejó la regadera en el suelo y sonrió con alegría. ¿Estaba riendo? ¿Aquel rostro que parecía una máscara de madera tallada se estaba riendo?

Colocó el punto de mira sobre el pecho del hombre y disparó.

EL TALÓN DE AQUILES

A RESENG LO ENCONTRARON en un cubo de basura. O, ¿quién sabe?, tal vez nació en aquel cubo de basura.

Siempre que Viejo Mapache, que durante los últimos veintiocho años había ejercido como padre adoptivo de Reseng, se emborrachaba, le daba por fastidiarlo con sus orígenes.

—Te encontraron en un cubo de basura frente a un convento. O tal vez ese contenedor fuera tu madre. Es difícil saberlo. De cualquier forma, es bastante patético. Pero míralo por el lado bueno: un cubo de basura usado por monjas seguro que es el más limpio que existe.

No le molestaban las burlas de Viejo Mapache. Había concluido que ser hijo de un cubo de basura limpio era mejor que ser hijo de la clase de padres que tirarían a su bebé a la basura.

Vivió en el orfanato del convento hasta los cuatro años, cuando Viejo Mapache lo adoptó y se fue con él a su biblioteca. De haber podido seguir en el orfanato, donde las bendiciones divinas descendían del cielo como el sol de primavera y las monjas bondadosas se consagraban a la esmerada crianza de los huérfanos, su vida habría resultado muy distinta. En cambio, se crio en una biblioteca plagada de asesinos, sicarios y cazarrecompensas. Así como una planta crece dondequiera que echa raíces, del mismo modo las tragedias de tu vida brotan del lugar donde posas los pies por primera vez. Y Reseng era demasiado joven para abandonar el lugar en el que había echado raíces.

El día en que cumplió nueve años, se encontraba acurrucado en la mecedora de mimbre de Viejo Mapache, leyendo las *Obras completas de Homero*. Paris, el príncipe idiota de Troya, tensaba la cuerda de su arco para clavar una flecha en el talón de Aquiles, el héroe que Reseng había llegado a amar durante la lectura del libro. Como es bien sabido, se trata de un momento de gran tensión, y por ello no se percató de que Viejo Mapache llevaba ya un buen rato de pie detrás de él, mirándolo leer. Parecía enfadado.

—¿Quién te ha enseñado a leer?

Nunca lo llevó a la escuela. Cada vez que el crío le preguntaba: «¿Por qué no voy a la escuela como los otros niños?», Viejo Mapache replicaba: «Porque allí no se enseña nada sobre la vida». Tenía razón en aquel punto. Reseng nunca fue a la escuela y, sin embargo, a lo largo de sus treinta y dos años de existencia, aquello nunca le supuso ningún problema. ¿Problemas? ¡Ja! ¿Cuáles habría podido tener? Y por eso Viejo Mapache se había quedado estupefacto al descubrir al chico, que jamás había asistido ni un solo día a la escuela, leyendo un libro. Peor aún, la expresión de su rostro indicaba que se había sentido traicionado al descubrir que sabía leer.

Cuando Reseng alzó la mirada sin responder a su pregunta, el hombre empleó la voz grave y profunda que usaba para intimidar a la gente.

—He preguntado: Quién. Te. Ha. Enseñado. A. Leer.

Su voz era intimidante, como si fuera a atrapar a la persona que le había enseñado a leer para hacerle algo allí mismo en aquel preciso momento. Con una vocecilla temblorosa, el chico le dijo que nadie le había enseñado. Viejo Mapache no cambió su expresión amenazadora; estaba claro que no lo creía, así que Reseng le explicó que había aprendido a leer él solo con libros ilustrados. El hombre lo abofeteó con fuerza.

Esforzándose en contener los sollozos, el crío le juró que era del todo cierto que había aprendido a leer con libros ilustrados. Era verdad. Después de haber escudriñado los doscientos mil ejemplares que abarrotaban las estanterías de la tenebrosa y laberíntica biblioteca de Viejo Mapache en busca de los pocos libros que valía la pena mirar (la adaptación en cómic de una historia sobre la esclavitud en América, una revista para adultos barata y un libro manoseado lleno de ilustraciones de jirafas y rinocerontes), había logrado descifrar el alfabeto coreano cotejando las imágenes con las palabras. Reseng señaló su botín de libros ilustrados en un rincón del estudio. El hombre se acercó renqueando y revisó cada uno de ellos. Parecía sorprendido; con toda seguridad se estaría preguntando cómo rayos habían ido a parar a su biblioteca aquellos libros de pacotilla. Cojeó de vuelta, mirando fijamente al muchacho, con los ojos aún llenos de recelo, y le arrancó de las manos la edición en tapa dura de las *Obras completas de Homero*. Durante un largo rato miró alternativamente al libro y al chico.

—Leer libros te condenará a una vida de temor y vergüenza. ¿Aún tienes ganas de seguir leyendo?

Reseng lo miró inexpresivo. Era todo lo que podía hacer, pues no tenía la menor idea de lo que Viejo Mapache quería decir. ¿Temor y vergüenza? ¿Como si un niño de nueve años pudiera comprender cómo era una vida así! La única vida que podía imaginarse un niño que acababa de cumplir nueve años consistía en quejarse de la cena que le habían preparado. Una vida en la que no dejaban de ocurrir cosas tan impredecibles e imposibles de controlar como un pedazo de cebolla que se sale de tu bocadillo. Lo que Viejo Mapache decía, más que como una elección, sonaba como una amenaza o una maldición que le lanzaba. Era igual que lo que Dios les había dicho a Adán y Eva: «Si coméis de este fruto, os expulsaré del Paraíso, ¿aun así queréis comerlo?». El chico tuvo miedo. No sabía lo que aquella elección implicaba. Pero Viejo Mapache lo miraba fijamente esperando una respuesta. ¿Se comería la manzana o no?

Al final, alzó la cabeza con seriedad y recobró la compostura, con los puños cerrados y el rostro convertido en el vivo retrato de la determinación, y dijo:

—Leeré. Ahora, devuélveme mi libro.

Contempló al niño, que apretaba los dientes y difícilmente contenía las lágrimas, y le devolvió las *Obras completas de Homero*.

El muchacho no pidió que le devolviera el libro porque tuviera un verdadero deseo de leer o de desafiarlo. Lo hizo porque no tenía ni idea de lo que significaba todo aquello de una «vida de temor y vergüenza».

Cuando el hombre se marchó, Reseng se limpió las lágrimas, que no habían empezado a brotar hasta entonces, y se acurrucó hecho un ovillo sobre la mecedora de mimbre. Su mirada recorrió el sombrío estudio, donde oscurecía temprano gracias a las ventanas orientadas hacia el noroeste, se paseó por los libros apilados hasta el techo, ordenados según un sistema complicado e incomprensible, y por el laberinto de estanterías silenciosamente resguardadas por el polvo, y se preguntó por qué a Viejo Mapache le disgustaba tanto su deseo de leer. Incluso en aquel momento,

a la edad de treinta y dos años, cada vez que pensaba en él, que había pasado buena parte de su vida sentado en un rincón de la biblioteca con un libro en las manos, era incapaz de entenderlo. A aquel niño de nueve años, el incidente le había parecido tan terrible como si uno de sus amiguitos, con los bolsillos llenos de dulces, le hubiera robado de su propia boca el único caramelo que tenía.

—¡Estúpido vejestorio, ojalá te dé cagalera!

Reseng maldijo de ese modo a Viejo Mapache y se secó las lágrimas que le quedaban con el dorso de la mano. Y entonces abrió de nuevo el libro. ¿Cómo no hacerlo? La lectura ya no era una simple forma de pasar el tiempo; era el Gran Derecho Inherente de aquel muchacho, un derecho ganado con gran esfuerzo, aunque este implicara que lo maltrataran y lo condenaran a vivir una vida de temor y vergüenza. Reseng volvió a la escena de las *Obras completas* donde Paris, el príncipe idiota de Troya, tensaba la cuerda de su arco; la escena en que la flecha se separa de la cuerda y se precipita hacia su héroe, Aquiles; la escena en la que esa maldita flecha le perfora a este el talón.

Temblaba mientras el héroe se desangraba en la cima de la colina de Hisarlik. Estaba convencido de que se arrancaría tranquilamente aquella maldita flecha del talón y de que acto seguido atravesaría el corazón de Paris con su lanza. Pero lo impensable había sucedido. ¿Qué había salido mal? ¿Cómo podía morir el hijo de un dios? ¿Cómo era posible que a un héroe con un cuerpo inmortal, invulnerable ante las flechas, inmune ante cualquier espada, pudiera anularlo un imbécil como Paris y, peor aún, que muriera como un estúpido por no haber protegido ese único, diminuto punto débil, apenas más grande que la palma de la mano? Reseng relejó la escena de la muerte de Aquiles una y otra vez, pero no logró encontrar ni una sola línea sobre su vuelta a la vida.

«¡Oh, no, ese estúpido Paris de verdad lo ha matado!»

Perdido en sus pensamientos, el muchacho permaneció sentado hasta que el estudio de Viejo Mapache se quedó por completo a oscuras. No podía gritar, no podía moverse. A veces la mecedora rechinaba. Los libros se encontraban sumergidos en la oscuridad y sus páginas crujían como hojas secas. No tenía más que extender la mano para alcanzar el interruptor de la luz, pero no se le ocurrió encenderla. Se quedó temblando en la oscuridad como un niño atrapado en una caverna atestada de insectos. La vida no tenía ningún sentido. ¿Por qué Aquiles se había preocupado por cubrirse el torso con una armadura cuando debería haberse protegido el talón izquierdo, su única flaqueza mortal? Pobre idiota, hasta los niños de nueve años lo saben. A Reseng le indignaba pensar que Aquiles no hubiera protegido ese punto débil letal. No podía perdonar a su héroe por haber muerto de aquella manera.

Reseng lloró en la oscuridad. En cada una de las páginas del mar de libros de la biblioteca, libros que él ansiaba leer o que al final terminaría leyendo por aburrimiento, héroes y mujeres hermosas y encantadoras, incontables personas que luchaban por superar las dificultades y las frustraciones y lograr sus metas, todos terminaban muriendo bajo las flechas de los idiotas por no haber protegido sus pequeños puntos débiles. Estaba consternado por lo traidora que era la vida. No importaba lo alto que llegaras, lo invencible que fuera tu cuerpo, lo fuerte que te aferraras a la grandeza, porque todo podía esfumarse por un ínfimo error en fracciones de segundo.

Lo sobrecogió una abrumadora desconfianza hacia la vida. Él mismo podía caer en cualquier momento en un sinnúmero de trampas al acecho. Algún día golpearían su frágil vida con tan mala suerte que quedaría sumido en la más absoluta confusión; caería presa de un terror del que no

podría librarse, sin importar lo mucho que luchara. A Reseng lo dominó la extraña y desconocida convicción de que en algún momento todo lo que apreciaba se derrumbaría en un instante. Se sintió vacío, triste y completamente solo.

Aquella noche, permaneció largo rato sentado en la biblioteca. Las lágrimas no dejaban de brotarle y lloró hasta quedarse dormido en la mecedora de Viejo Mapache.

EL CREMATORIO DE MASCOTAS DE OSO

—SI LAS COSAS no mejoran, tendré problemas graves. El negocio ha bajado. Me paso el día incinerando perros.

Oso tiró su cigarrillo al suelo. Estaba en cuclillas y los fondillos de sus pantalones amenazaban con desgarrarse bajo su cuerpo de más de cien kilos. Sin decir palabra, Reseng se colocó un par de guantes de trabajo de algodón. El otro se levantó con esfuerzo y se sacudió el trasero.

—¿Sabes?, las personas son tan idiotas que incluso tiran los cadáveres en el bosque. El trabajo no termina cuando el objetivo muere, también tienes que limpiar lo que has ensuciado. Dime, ¿en qué tiempos nos ha tocado vivir? ¿Tirar los cadáveres en el bosque? Allí ni siquiera enterrarías a un perro. En estos días, basta tocar una montaña con una excavadora para que broten cadáveres. Ya nadie se toma en serio su trabajo, te lo juro. ¡No hay integridad! ¿Qué es eso de acuchillar a alguien en las tripas y luego huir? ¡Eso es cosa de matones a sueldo, no de asesinos profesionales! Y, de todas formas, tampoco es sencillo enterrar un cuerpo en el bosque. Hace un par de días atraparon a un grupo de idiotas arrastrando una enorme maleta por la montaña.

—¿Los arrestaron? —preguntó Reseng.

—Claro. Era demasiado obvio. Tres grandullones que llevaban palas y acarreaban una maleta por el bosque. ¿Crees que la gente que vive en los alrededores los vio y dijo: «Ah, están dando un paseo en plena noche a través de la montaña»? ¡Imbéciles! Mi punto de vista es, ¿por qué no incinerar los cuerpos aquí en lugar de ir a tirarlos a las montañas? Es seguro, limpio y mejor para el medio ambiente. El negocio ha bajado tanto, ¡va a acabar conmigo!

Mientras mascullaba, Oso se colocó un par de guantes de trabajo. Siempre estaba refunfuñando. Y, sin embargo, aquel hombre gruñón, corpulento igual que un orangután, daba la impresión de ser tan inofensivo como Winnie the Pooh. Tal vez era porque se parecía a Winnie o tal vez era el propio Pooh el que se parecía a él. Proporcionaba un servicio ilegal de eliminación de cadáveres. Evidentemente, la incineración de mascotas era legal, de modo que tenía licencia para incinerar gatos y perros. De los cuerpos humanos se encargaba de tapadillo. Su apariencia era sorprendentemente tierna para tratarse de alguien que quemaba cadáveres para ganarse la vida.

—Te juro que no creerías las cosas que he visto. No hace mucho llegó una pareja con una iguana. Se llamaba algo así como Andrew o André. ¿Qué clase de nombre es ese para una iguana? ¿Por qué mejor no ponerle algo más simple, algo fácil de pronunciar como Iggy o Spiny? Bueno, los nombres que se le ocurren a la gente son ridículos. Así que esa estúpida iguana se muere y la pareja de jóvenes no dejaba de abrazarse y llorar y decir: «Lo sentimos mucho, Andrew. Debimos

haberte alimentado a tiempo. Es culpa nuestra, Andrew». Yo me moría de vergüenza.

El hombre no paraba de hablar. Reseng abrió la puerta del depósito, escuchando su diatriba a medias.

—¿Qué carretilla es? —preguntó.

Oso echó un vistazo al interior y señaló una de mano.

—¿Es lo bastante grande?

Lo pensó y asintió.

—Ni que fueras a mover una vaca. ¿Dónde has aparcado?

—Detrás del edificio.

—¿Por qué tan lejos? Y encima, cuesta arriba.

Oso cogió la carretilla. Tenía un andar tranquilo y resuelto que contradecía su inclinación a rezongar. Reseng lo envidiaba. Oso no era un hombre codicioso, no era de los que se matan por conseguir más trabajo. Vivía de lo que obtenía de su pequeño crematorio de mascotas e incluso se las había arreglado para criar solo a dos hijas. La mayor ya estudiaba en la universidad.

—Me apañó con comidas ligeras —le gustaba decir— para estirar el presupuesto. Solo tengo que aguantar unos cuantos años más, hasta que mis hijas puedan valerse por sí mismas.

Se asustaba con facilidad. Nunca aceptaba participar en nada que fuera sospechoso, aunque necesitara el dinero. Y así era como había mantenido mucho tiempo un negocio cuyo promedio de vida era ridículamente corto.

Reseng abrió el maletero del coche. El otro ladeó la cabeza inquisitivamente ante las dos bolsas negras para cadáveres que se encontraban dentro.

—¿Dos? Viejo Mapache dijo que solo sería un paquete.

—Un hombre, un perro —dijo Reseng.

—¿Ese es el perro? —preguntó señalando la bolsa más pequeña.

—Ese es el hombre. La más grande es la del perro.

—¿Qué clase de perro es más grande que un hombre?

Abrió la bolsa con incredulidad. Dentro estaba Santa. Su lengua asomó por fuera de la cremallera abierta.

—¡Mierda! Ahora sí que lo he visto todo. ¿Por qué mataste al perro? ¿Qué te hizo, te mordió los huevos?

—Pensé que era demasiado viejo para acostumbrarse a otro amo.

—Vaya, vaya, mírate, cambiando las instrucciones que el planificador te dio —se burló—. Necesitas andarte con cuidado, no vayas a meter la pata por culpa de un perro.

Reseng cerró la cremallera de la bolsa y se quedó pensando. ¿Por qué había matado al perro? Montaba guardia tranquilo cuando él llegó para recoger el cadáver del viejo. Con el sol a la espalda, contempló el reflejo de la luz derramarse en los nublados ojos marrones del animal. No gruñó. Era probable que se preguntara por qué su amo no se movía. Reseng observó al perro, que ya era demasiado viejo para aprender trucos nuevos. «No queda nadie que pueda alimentarte en este hermoso y tranquilo bosque —pensó—. Y eres demasiado viejo para brincar por la espesura en busca de comida. ¿Entiendes lo que te digo?» El sol de finales de otoño proyectaba sus débiles rayos sobre la coronilla del perro. Lo miró con aquellos ojos marrones nublados mientras Reseng le acariciaba el cogote. Luego levantó el rifle y le disparó en la cabeza.

—Muy pesado para ser un viejo —dijo Oso, sujetando uno de los extremos de la bolsa para

cadáveres.

—Ya te lo he dicho, este es el perro —gruñó Reseng—. Aquel es el viejo.

Oso miró alternativamente las bolsas, confundido.

—Cómo pesa este maldito perro.

Tras poner los cuerpos en la carretilla, echó un vistazo a su alrededor. A las dos de la mañana, el crematorio de mascotas era un lugar tranquilo. Claro que lo era. A esas horas nadie llevaría una mascota para que la incineraran.

Abrió la válvula del gas y encendió el incinerador. Las llamas se elevaron y el vinilo negro de las bolsas se desprendió de los dos cuerpos como la piel de una serpiente en el período de muda. El viejo estaba extendido sobre la plancha, con la cabeza del perro apoyada sobre el vientre. Cuando el incinerador empezó a caldearse, los nervios de los cadáveres se tensaron y encogieron, y el cuerpo del hombre comenzó a retorcerse. Era un espectáculo lamentable, como si el hombre aún se aferrara al mundo de los vivos. ¿Había algo a lo que pudiera aferrarse? No importaba. Todo había terminado. En dos horas no sería más que polvo. No puedes aferrarte a nada cuando eres polvo.

Reseng contempló el cuerpo retorcido. El viejo había sido general durante tres décadas de gobierno militar en Corea del Sur. Trabajaba entre bambalinas a la sombra del dictador, confeccionando listas de objetivos cuyos asesinatos se encargaba de orquestar. ¿Cómo lo había logrado? No era fácil para un antiguo soldado norcoreano triunfar en el Ejército de Corea del Sur, y todavía era más difícil ganarse un puesto en la Agencia Central de Inteligencia coreana. Pero había sobrevivido. Había resistido los primeros veinte años de gobierno despótico, el derrocamiento del régimen, el golpe de Estado que siguió y una década más bajo un nuevo gobierno militar. Sobrevivió a las viles intrigas y al implacable recelo que despertaban los antiguos soldados del Ejército norcoreano, y ascendió al grado de general. Cuando alguien caía en desgracia con el dictador, este general con dos brillantes estrellas en la gorra acudía a la biblioteca de Viejo Mapache, le entregaba la lista con el nombre del objetivo y, en el colmo del descaro, pagaba con dinero de los contribuyentes.

Pero al final fue su nombre el que terminó en la lista. Así fue como pasó. Tarde o temprano los buenos tiempos terminan y aquellos a los que se destituye deben aclarar lo que han hecho y barrer los restos. Como siempre, el tiempo se las arregla para darse la vuelta y morderte el culo.

En una ocasión, cuando Reseng tenía doce años, el viejo fue a la biblioteca vestido con su uniforme. Era muy elegante. El general se le acercó de inmediato.

—¿Qué lees, niño?

—A Sófocles.

—¿Te gusta?

—No tengo padre, así que no puedo entenderlo.

—¿Dónde está tu padre?

—En el cubo de basura que hay frente al convento.

El general sonrió, sus estrellas refulgieron mientras le revolvía el pelo. Aquello había ocurrido veinte años atrás. El niño había recordado aquel momento, pero era probable que el viejo lo hubiera olvidado.

Reseng sacó un cigarrillo. Oso se lo encendió, sacó uno de los suyos y comenzó a silbar imitando entre volutas de humo el reclamo de varias aves. Al salir, miró a su alrededor como si

temiera que alguien pudiera aparecer de repente. Reseng observó como los cuerpos del hombre y del perro se fundían en el calor.

Un número sorprendente de imbéciles creen erróneamente que pueden cometer un crimen perfecto si se encargan ellos mismos de deshacerse de las pruebas. Habrían llevado un bidón de gasolina a un lugar desierto y habrían tratado de quemar el cuerpo ellos solos. Así que, después de perder el tiempo intentando prender el cuerpo, habrían terminado con un enorme y humeante trozo de carne hedionda. Les habría salido el tiro por la culata. Cualquier forense medianamente decente que le echara un vistazo a aquel asado de pesadilla podría identificar la edad, el sexo, la altura, el rostro, la forma y la dentadura del cadáver. Un cuerpo debe arder al menos dos horas a temperaturas que sobrepasen los mil trescientos grados, en un horno cerrado, para incinerarse por completo. Aparte de los crematorios, los talleres de alfareros, los hornos de carbón y los altos hornos de una fundición, resulta muy difícil encontrar fuentes que produzcan ese calor. Por eso el crematorio de Oso seguía funcionando. El siguiente paso esencial es triturar los huesos. Los forenses pueden determinar la edad, el sexo, la estatura y la causa de la muerte tan solo con tres fragmentos de una pelvis, de tal forma que hay que destruir por completo cualquier hueso o diente restante. Incluso los restos más finamente molidos aún contienen pistas, y los dientes mantienen su forma original bajo condiciones extremas, incluyendo el fuego. Así que deben pulverizarse con un martillo y luego el polvo resultante debe dispersarse con cuidado. Es la única forma de hacer desaparecer a tu víctima.

Reseng sacó otro cigarrillo y miró la hora. Las dos pasadas. Una vez que amaneciera, podría completar el trabajo y dirigirse a casa. Un súbito cansancio se le instaló sobre la nuca y los hombros. Una noche de camino, otra con el viejo y una noche en el crematorio de mascotas de Oso. Hacía ya tres días que no iba a casa. A sus gatos ya se les habría terminado la comida... Imaginó su apartamento en penumbras y a sus dos gatas siamesas aullando de hambre. Escritorio y Pantalla de Lámpara. Lo más disparatado era que empezaban a parecerse a sus respectivos nombres. A Escritorio le gustaba encogerse formando un rectángulo, como una hogaza de pan, y contemplar tranquilo un pedazo de papel, mientras que a Pantalla le gustaba estirar el cuello y mirar por la ventana.

Oso sacó una cesta de patatas hervidas y le ofreció una. Más patatas: qué suerte la suya. Las seis que el viejo le había dado aquella mañana seguían en el coche. Estaba hambriento, pero meneó la cabeza.

—¿Por qué no comes? ¿No sabes lo sabrosas que son las patatas de la provincia de Gangwon?
—Oso parecía confundido. ¿Por qué alguien rechazaría algo tan delicioso? Se metió una entera a la boca y despachó por lo menos media botella del soju que también había sacado.

—Hace poco incineré aquí al señor Kim—dijo, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—¿El señor Kim, el del mercado de carnes?

—Ajá.

—¿Quién lo eliminó?

—Creo que Duho contrató a unos jóvenes vietnamitas. Ellos son los que acaparan el trabajo ahora. Trabajan por una miseria. A donde mires, solo vietnamitas. Bueno, claro, también hay algunos chinos, algunos desertores de las fuerzas especiales norcoreanas, y hasta unos cuantos filipinos. Te lo juro, hay gente que eliminaría a cualquiera por quinientos mil miserables won. En estos tiempos el asesinato no cuesta nada. Por eso van todos contra todos. Una vez que el señor Kim entró en la lista, ya no tuvo salvación.

Reseng exhaló una larga nube de humo. Oso no tenía motivos para lamentarse por el desplome del coste de un asesinato. Cuantos más cuerpos hubiera, mejor le iba, sin importar quién llevara a cabo los homicidios. Solo bromeaba con él. Oso le dio otro mordisco a la patata y otro trago al soju. Entonces pareció acordarse de algo.

—Por cierto, me pasó una cosa rarísima. Cuando terminé de incinerar al señor Kim, encontré entre sus cenizas algo parecido a perlas brillantes. Las tomé para mirarlas de cerca y ¿qué crees que eran?: *Śarīra*. Trece de ellas, más pequeñas que una judía. ¡Qué locura!

—¿De qué estás hablando? —dijo Reseng, estremecido—. Se supone que las reliquias solo aparecen entre las cenizas de los maestros budistas. ¿Cómo pudieron salir del cuerpo del señor Kim?

—Es verdad, te lo juro. ¿Quieres que te lo muestre?

—Olvídalo. —El joven sacudió la mano, molesto.

—Te digo que es verdad. Al principio yo tampoco lo podía creer. El señor Kim... ¿cómo lo llamaban todos? ¿La sanguijuela? ¿Porque tragaba toda clase de tónicos medicinales y porquerías para aumentar su virilidad y luego acostarse con todo lo que se moviera? ¿Cómo era posible que algo tan precioso como *Śarīra* saliera de alguien tan podrido como el señor Kim? ¡Y trece cuentas, ni más ni menos! Se supone que significan que has alcanzado la iluminación, pero, por lo que veo, no tiene nada que ver con pasarte la vida meditando o evitando tener sexo o practicando la moderación. Es más un asunto de pura casualidad.

—¿Estás seguro de que son reales? —Reseng aún no estaba convencido.

—¡Lo son! —El otro enfatizó sus palabras con un exagerado movimiento de hombros—. Se las mostré al reverendo Hyecho, el monje al cargo del templo de Weoljeong. Se quedó mirándolas un largo rato, con las manos así, entrelazadas por detrás de la espalda, y luego se pasó la lengua por los labios despacio y me dijo que se las vendiera.

—¿Para qué querrá el reverendo Hyecho la *Śarīra* del señor Kim?

—Ya sabes que siempre anda metido en líos de faldas, apuestas y borracheras. Pero ese monje asqueroso tiene ambición. En el fondo le preocupa lo que la gente diga de él cuando lo incineren y nadie encuentre *Śarīra* entre sus cenizas. Por eso les había echado el ojo a las del señor Kim. Si se las traga antes de morir, está garantizado que al menos encontrarán trece perlas, ¿no?

Reseng rio. Oso se metió otra patata en la boca. Le dio un trago a la botella de soju y le ofreció una patata, como si le diera vergüenza acabárselas todas él solo. Reseng miró la patata en la zarpa de Oso y de repente recordó la manera en la que el viejo le hablaba al perro, el cerdo asándose en el fuego, hasta las patatas enterradas en las cenizas. «Más os vale que quedéis deliciosas para nuestro ilustre invitado.» Aquella voz grave, hipnótica. Lo asaltó el pensamiento de que el hombre debió de haberse sentido muy solo, tanto como un árbol en invierno cuando se le ha caído hasta la última hoja y solo le quedan las ramas desnudas retorciéndose como venas contra el cielo. Oso seguía ofreciéndole la patata. De repente, se sintió hambriento. La aceptó y le dio un bocado. Miró en silencio las llamas del incinerador mientras masticaba. Entre el fuego y el humo, ya no alcanzaba a distinguir qué parte era el viejo y qué parte era el perro.

—Están sabrosas, ¿no? —preguntó Oso.

—Sabrosas —respondió.

—Cambiano de tema, ¿por qué las matrículas son tan caras ahora? Mi hija mayor acaba de empezar la universidad. Necesito quemar por lo menos cinco cadáveres más para cubrir la

matrícula y el alquiler. Pero ¿dónde encontraré cinco cuerpos en estas circunstancias? No sé si la economía anda mal o si es que el mundo se ha convertido en un lugar más saludable, pero definitivamente ya no es como en los viejos tiempos. ¿Cómo se supone que me ganaré la vida?

Frunció el ceño, como si le chocara la idea de un mundo mejor.

—Tal vez deberías pensar en las bonitas hijas que tienes y regenerarte —le dijo Reseng—. Limitarte a incinerar gatos y perros; ya sabes, algo más normal.

—¿Estás bromeando? Primero los perros y gatos tendrían que volverse más lucrativos. Cuando quemo mascotas cobro por kilo, y ahora a todo el mundo le encantan esos diminutos perros que parecen ratas. No empecemos. Después de pagar el gas, la electricidad, los impuestos, esto, aquello y todo lo demás, ¿qué me queda? Ojalá la gente empezara a tener jirafas y elefantes como mascotas. A lo mejor así Oso se volvería rico.

Tomó la botella de soju y se bebió lo que quedaba. Se estiró. Parecía agotado.

—¿Debería venderla? —preguntó de repente.

—¿Vender qué?

—¡Rayos, ya te lo dije! La *Sarira* del señor Kim.

—Bien podrías hacerlo —respondió Reseng, molesto—. ¿Qué sentido tiene conservarlas?

—Ese monje farsante me ofreció trescientos mil won por ellas, pero siento que me está robando. Aunque provengan del cubo de basura que era el cuerpo del señor Kim, siguen siendo auténticas reliquias.

—Escucha tus palabras —le pidió—. Hablas como si de verdad fueran sagradas.

—¿Debería pedirle que suba su oferta a quinientos mil?

No le respondió. Se sentía cansado y ya no estaba de humor para bromear. Contempló el fuego en silencio hasta que Oso captó el mensaje, agarró la botella vacía de soju y fue a por otra.

La chimenea arrojaba humo blanco. Cuando llevaba un cadáver, Reseng tenía la ridícula impresión de que las almas de aquellas vidas antes frenéticas escapaban por la chimenea. Habían incinerado a muchísimos asesinos allí. Era la última morada de los sicarios caídos en desgracia. Asesinos a sueldo que la habían cagado, a los que había perseguido la policía, asesinos que terminaban en la lista negra por motivos que nadie conocía o que habían envejecido; los quemaban a todos en aquel incinerador.

Para los planificadores, los mercenarios y los asesinos eran como baterías desechables. Después de todo, ¿qué utilidad tenían los sicarios que se habían hecho mayores? Un sicario viejo era como una ampolla molesta rebosante de información comprometedor y de pruebas. Cuanto más reflexionaba uno sobre este tema, más evidente resultaba. ¿Para qué querría alguien conservar baterías usadas?

Al mejor amigo de Reseng, Chu, lo habían cremado en aquel incinerador. Chu era ocho años mayor que él, pero ambos habían sido muy cercanos. Tras su muerte, Reseng sintió que la vida había empezado a cambiar. Las cosas que eran familiares habían dejado de serlo. Una cierta extrañeza se interpuso entre Reseng y su mesa, su jarrón de flores, su coche, su permiso de conducir falso. El momento en que todo sucedió fue siniestro. Alguna vez había buscado al hombre cuyo nombre aparecía en su permiso de conducir robado. Un devoto padre de tres hijos, un soldador incansable y talentoso, según todos los que lo conocían, desaparecido ocho años atrás. Quizá había aparecido en alguna lista negra. Tal vez su cuerpo había terminado enterrado en el bosque o dentro de un barril sellado en el fondo del océano. O tal vez lo habían incinerado allí

mismo, en el incinerador de Oso. Ocho años después, su familia seguía esperando que regresara a casa. Cuando conducía, Reseng se decía, bromeando: «Este coche lo conduce un hombre muerto». Sentía que vivía como un muerto, como un zombi. Siendo así, tenía sentido que viviera su propia vida como un extraño.

Dos años habían transcurrido desde la muerte de su compañero. Había sido un asesino, como Reseng. Pero a diferencia de este, Chu no pertenecía a ninguna banda en particular; más bien vagaba de un lado a otro aceptando trabajos temporales. La mafia solía decir: el adversario más peligroso es el *pazzo*, el loco. Una persona sin nada que perder, que no necesitaba nada de los demás y que no pedía nada para sí misma, que se comportaba de una manera que desafiaba el sentido común, que discretamente seguía sus propias, extrañas e inflexibles convicciones, que eran a la vez inconcebibles e insólitas. Ningún inmenso poder era capaz de intimidar a una persona así. Su amigo había sido esa clase de persona.

Por otro lado, era más fácil lidiar con adversarios acorralados que luchaban con desesperación para no perder sus posesiones. Esas eran las presas favoritas de los planificadores. Sus intenciones eran obvias. Acababan asesinandolos porque no reconocían, ni siquiera en el momento final, que era imposible aferrarse a lo que fuera que estuvieran tratando de salvar. Pero Chu no, Chu se había encargado de demostrar que este mundo feroz de poder ilimitado no podía detenerlo, siempre y cuando él no deseara nada.

Era quisquilloso, pero su modo de actuar era tan limpio e inmaculado que Viejo Mapache solía encomendarle los trabajos difíciles. Pretendía que Chu se convirtiera en miembro oficial de la biblioteca y le advertía que «incluso un león se convierte en el blanco de los perros salvajes cuando está lejos de su manada». Él siempre se burlaba diciendo: «No planeo vivir tanto como para volverme un lisiado como tú».

A pesar de no pertenecer a ninguna banda, Chu había trabajado durante más de veinte años como asesino. Había hecho toda clase de trabajos sucios para el Gobierno, para empresas, para contratistas de tercer nivel del mercado de carnes, sin hacer ninguna clase de preguntas. Veinte años, una racha impresionante para un asesino.

Pero, entonces, un día cuatro años atrás, la suerte de Chu se acabó. Nadie supo por qué. Incluso el propio Chu le confesó a Reseng que no entendía por qué había pasado, por qué su suerte había cambiado de repente después de haber trabajado fielmente a su favor durante veinte años. Todo empezó cuando Chu decidió dejar escapar a uno de sus objetivos. No era nada del otro mundo, una simple prostituta de lujo de veintiún años. Poco después se publicó un reportaje sobre un congresista que se había tirado de un edificio. Lo habían acusado de cohecho, corrupción y de haber participado en un escándalo sexual en el que se hallaba involucrada una niña de secundaria. Era imposible que una escoria como él, que disfrutaba teniendo sexo con niñas, se hubiera suicidado para preservar su honor, el que con tanto esfuerzo él mismo se había encargado de destruir. Todos y cada uno de los planificadores que vieron aquella noticia pensaron de inmediato en Chu. Pero él no tuvo suficiente con eso. También fue tras el planificador que había encargado el asesinato de la prostituta, pero no pudo localizarlo. Ni siquiera el gran Chu fue capaz de lograrlo. Para entonces era ya un hombre perseguido. Hay que decir que los planificadores pasan más tiempo buscando escondites seguros para ocultarse y salidas rápidas para huir que planeando asesinatos.

El mundo de los planificadores era un enorme y único cártel. Tenían que eliminar a Chu, pero no a causa de algo tan superficial como el orgullo. No había espacio para el orgullo en aquel

negocio. Tenían que eliminarlo para no perder clientes. Como en cualquier sociedad, el mundo de los planificadores poseía su propio orden y sus propias reglas estrictas. Aquellas normas constituían la base en la que se fundaba el mercado y se las transmitían a los clientes. Si el orden se desplomaba, el mercado también, y si eso sucedía, adiós clientes. Chu seguramente lo sabía. En el momento en que tomó la decisión de salvar a la mujer, había firmado su propia sentencia de muerte. Lo había arriesgado todo por salvar a una infeliz prostituta.

A LOS RASTREADORES DEL mercado de carnes les llevó menos de dos meses encontrar a la mujer. Se escondía en una pequeña ciudad portuaria. La prostituta de lujo, que alguna vez se dedicó en exclusiva a atender clientes vip en hoteles de cuatro estrellas, en ese momento se vendía a marineros en antros de mala muerte. De haber sido discreta y haberse refugiado en una fábrica, en vez de irse a meter a la zona roja, habría logrado eludir a los rastreadores durante más tiempo. Pero había terminado en la apestosa y sucia calle. Tal vez se le había terminado el dinero. Como había tenido que marcharse con tanta prisa de Seúl, no llevaba equipaje ni tenía dónde dormir. Y encima era invierno. El hambre y el frío suelen hacer a las personas indiferentes a temores más abstractos. Debió de pensar que de todos modos moriría, así que, ¿qué más daba? Es difícil decir si fue estúpido de su parte pensar de aquella forma. Era imposible que disfrutara de su oficio en aquel puerto alejado de la civilización, haciendo felaciones a marineros ebrios por una miseria. Pero seguro que había sentido que no tenía otra opción. No había más que mirarle las manos para entenderlo. Tenía unas manos finas, preciosas, manos que jamás se habían imaginado lo que era pasarse la vida frente a una cinta transportadora, ajustando tornillos durante diez horas al día o recolectando ostras y algas marinas en lo más crudo del invierno. Si hubiera nacido en una buena familia, aquellas manos podrían haber pertenecido a una pianista. Pero su familia no era tan buena, y por eso ella se prostituía desde que tenía quince años.

Seguro que sabía que si regresaba a la zona roja no duraría mucho. Pero lo hizo de todas maneras. Al final, ninguno de nosotros es capaz de alejarse del lugar que mejor conoce, sin importar lo sucio o repugnante que sea. La falta de dinero y de otros medios de subsistencia lo explica en parte, pero nunca del todo. Volvemos a nuestros inmundos orígenes porque la inmundicia es todo lo que conocemos. Y es más sencillo soportarla que hacer frente al miedo que nos produce ser arrojados al mundo exterior y a la soledad, que es aún más enorme y profunda que ese miedo.

VIEJO MAPACHE LLAMÓ a Reseng tan pronto recibió el expediente del planificador. El joven lo encontró sentado en su escritorio, hojeando el documento. Supuso que contenía la fotografía de la mujer, su dirección, sus pasatiempos, su peso, sus desplazamientos y los respectivos nombres de todas y cada una de las personas relacionadas o involucradas con ella; en otras palabras, toda la información necesaria para matarla. El expediente también debía de contener la modalidad designada para hacerlo y el método de eliminación del cadáver.

—No sé para qué se gastan dinero en esto. Aquí dice que la chica pesa tan solo treinta y ocho kilos. Rómpele el cuello. Será más fácil que aplastar un sapo.

Viejo Mapache deslizó el expediente en dirección a Reseng, sin mirarlo. Este arqueó una ceja. ¿En realidad era tan fácil aplastar un sapo? El hombre tenía la costumbre de hacer chistes sarcásticos para ocultar su malestar. Pero Reseng no estaba seguro de qué era lo que le molestaba, si que tuviera que matar a una muchacha de veintidós años —y una que, encima, tan solo pesaba

treinta y ocho kilos—, o si estaba herido en su amor propio por haber aceptado un contrato tan mal remunerado, aunque él sabía a la perfección que la biblioteca necesitaba el trabajo.

Reseng hojeó el expediente. La mujer de la fotografía parecía una estrella pop japonesa. Decía que tenía veintiún años, pero no aparentaba más de quince. Nunca había matado a una mujer. No era que tuviera ninguna regla especial que le prohibiera matar mujeres y niños; simplemente aún no le había llegado el turno de hacerlo. Reseng no tenía reglas. No tenerlas era su única regla.

—¿Qué hago con el cuerpo? —preguntó.

—Llévaselo a Oso, por supuesto —respondió Viejo Mapache, molesto—. ¿Qué otra cosa puedes hacer? ¿Colgarla en el cruce de la puerta de Gwanghwamun?

—Hay mucha distancia entre el sitio donde ella se encuentra y su crematorio. ¿Y si me detienen con ella en el maletero?

—Pues no bebas alcohol y conduce como un anciano. No creo que los policías te obliguen a detenerte y te acusen de haber disparado contra ellos. Tienen cosas mejores que hacer.

La voz de Viejo Mapache estaba impregnada de sarcasmo. Aquella era también su forma de disimular su rabia. El sicario se quedó allí de pie, sin decir nada. Viejo Mapache le hizo una seña para que se largara y luego se levantó, sacó del estante uno de los volúmenes de la primera edición de la *Enciclopedia Brockhaus*, lo colocó sobre un atril y comenzó a leer en voz alta, farfullando las palabras entre dientes, indiferente a la presencia de Reseng, que seguía de pie frente a él. Había estado leyéndola hacía poco. Cuando terminara, releería la edición inglesa de la *Enciclopedia Británica*. El alemán torpe y autodidacta de Viejo Mapache llenó la habitación. Reseng abrió la puerta y salió murmurando: «Ningún alemán de verdad entendería una palabra de eso».

Hacía mucho tiempo que el anciano había dejado de abastecer los estantes de su biblioteca personal con otra cosa que no fueran diccionarios o enciclopedias. Hasta donde Reseng alcanzaba a recordar, el hombre se había negado a leer otra cosa en los últimos diez años.

—Los diccionarios son grandiosos —decía—. Nada de ñoñerías ni de lloriqueos ni sermones, y lo mejor de todo, nada de esas tonterías arrogantes que los escritores siempre quieren imponerte.

LA CIUDAD PORTUARIA donde la mujer se escondía tenía el aspecto maltrecho de un pollo enfermo. La que alguna vez fuera una bulliciosa urbe que abastecía las fuerzas imperiales japonesas de municiones de guerra había caído en decadencia desde la liberación. Parecía que nada podía revertir la situación. Reseng descendió del autobús exprés y se dirigió al aparcamiento, donde buscó una placa de matrícula que terminara en 2847. Casi al final se encontraba una vieja camioneta Musso. Sacó las llaves de su bolsillo, abrió la puerta y entró. En cuanto encendió el motor, la advertencia de bajo nivel de combustible se encendió.

—El hijo de puta ha dejado el depósito vacío —murmuró, molesto con el estúpido planificador, quienquiera que fuera y dondequiera que se encontrara.

Se colocó en el aparcamiento subterráneo del motel. El planificador le había dado instrucciones para que utilizara el tercer espacio junto a la escalera de emergencia, pero este lo ocupaba un inmenso sedán de lujo. Miró su reloj: 13:20. O bien el dueño del sedán había llegado la noche anterior y aún no se había marchado o bien había decidido regalarse un relajado almuerzo en compañía de su amante. A Reseng no le quedó otra opción que aparcar junto a la pared. Descendió de la camioneta y examinó las paredes y el techo del motel. Era demasiado

viejo y destartado como para tener cámaras. Abrió el maletero y sacó dos enormes bolsas, una de lona y otra para cadáveres, que le habían dejado allí.

Tal y como indicaba el expediente, no había ningún empleado detrás del mostrador del motel. El reloj en la pared marcaba las 13:28. Reseng tomó la llave de la habitación 303 de su casilla y subió las escaleras. Antes de abrir la puerta, se colocó un par de guantes negros de cuero.

La habitación había visto épocas mejores. Sobre la cama había una colcha que, lo supo de inmediato, no habían lavado en años. En un estante había un rollo de papel higiénico a medias, un cenicero de metal y una caja de cerillas. El papel pintado de las paredes estaba tan descolorido que no pudo imaginar de qué color había sido. Colgando de la ventanilla había un aparato de aire acondicionado que parecía una radio de válvulas alemana y que rondaría los treinta años de antigüedad. Daba la impresión de que algo espantoso saldría despedido de su interior si Reseng llegaba a encenderlo. Un condón usado y manchado de semen se había quedado encajado entre el colchón y la cabecera de la cama; pegado a él había un solo vello púbico que podía pertenecer tanto a un hombre como a una mujer. El brillo de las luces fluorescentes del techo quedaba atenuado por una espesa capa de polvo y de insectos momificados atrapados en el interior de la cubierta. La habitación parecía la escena de una película en blanco y negro de los años treinta.

—Qué deprimente —murmuró. En un rincón colocó la bolsa de lona y el maletín negro Samsonite que había llevado desde Seúl, y se sentó en el borde de la cama. Estaba tan mugrienta que casi podía oír los vítores de un billón de gérmenes que creían haber llegado al cielo. Se llevó un cigarrillo a la boca y tomó una cerilla de la caja. «¿Aún las fabrican?», pensó mientras la frotaba contra el lateral de lija.

Justo a las dos en punto, llamó al número telefónico que aparecía en el expediente.

—Estoy dentro. Habitación tres cero tres.

EL HOMBRE AL otro lado de la línea guardó silencio durante largos segundos. Todo lo que Reseng oía era el desagradable ruido de su respiración y luego el tono de llamada. Se quedó mirando el auricular. «Capullo», murmuró. Abrió la ventana y contempló los callejones estrechos que serpenteaban más allá de la estación de trenes, y encendió otro cigarrillo. La zona roja era un lugar tranquilo a las dos de la tarde.

La joven tardó más de dos horas en llegar. Tan pronto entró en la habitación, le lanzó una mirada indiferente y lo saludó. Tenía ese aire despreocupado y engreído típico de las mujeres que se saben hermosas, el rostro aniñado y el cuerpo pequeño y firme, la clase de mujer que enloquecería a cualquier hombre. Había algo en su expresión que era difícil de precisar, como una tenue sombra de tristeza que se cernía sobre ella, a Reseng algo le recordaba la foto de un calendario: una hoja seca de ginkgo sobre la tierra.

—Quítate la ropa —dijo la chica.

Ella se quitó la suya. Le tomó menos de cinco segundos despojarse del vestido, el sostén y las bragas que llevaba para quedarse desnuda ante él, que la miró embobado. Aquellos pechos inusualmente grandes para un torso tan delgado le recordaron a las chicas de los cómics pornográficos japoneses. Su piel era tan tersa como la de un bebé.

No tenía la menor idea de lo que había ocurrido en la habitación del congresista, pero no lograba convencerse de que ella hubiera tenido algo que ver con su muerte. Su único crimen había sido chupar los flácidos y sudorosos penes de viejos millonarios obsesionados con las menores de edad. Y no era probable que ella hubiera ganado mucho dinero con eso. Los hombres habrían

desembolsado un montón de dinero por acostarse con ella, pero la mayor parte se la habría llevado su chulo. Simplemente, tenía mala suerte. Pero, al final, hasta la mala suerte es un aspecto más de la vida.

—¿No te vas a desvestir? —preguntó ella.

Reseng se quedó mirándola, sin decir nada.

—Date prisa. Tengo cosas que hacer —dijo claramente irritada.

Parecía tan arrogante como siempre, a pesar de su voz quejumbrosa. Sin quitarle los ojos de encima, Reseng deslizó despacio la mano hacia el interior de su chaqueta de cuero. ¿Qué elegiría, la pistola o el cuchillo? ¿Cuál de las dos armas la asustaría menos y evitaría que gritara o entrara en pánico? Cuando se les pregunta, la mayoría de las personas afirma temer más los cuchillos que las pistolas, lo que no tenía ningún sentido para él. Pero el miedo nunca es racional. Eligió el arma de fuego. Antes de que lograra sacarla, el rostro de la mujer se desencajó.

—¿Puedo volver a vestirme?

Le temblaba la voz.

—¿Por qué?

—No quiero morir desnuda.

Lo miró a los ojos. No había en ellos ni rastro de odio o furia. Sus ojos extenuados solo decían que había aprendido demasiado del mundo en un periodo demasiado corto; sus pupilas vacías afirmaban que estaba cansada de sentirse asustada y que ya no querían ver nada.

—No vas a morir desnuda —dijo Reseng.

Pero la chica no se movió.

El asesino suavizó el tono de voz.

—Vístete, por favor.

La chica recogió su ropa del suelo. Las manos le temblaron al subirse las pequeñas bragas de Mickey Mouse. Cuando estuvo vestida, Reseng la tomó del hombro y la condujo a la cama, y cerró la puerta con llave. La joven sacó un paquete de Virginia Slims de su bolso y trató de encender uno, pero las manos le temblaban tanto que no conseguía prender el mechero. Reseng sacó su Zippo del bolsillo y le dio fuego. Ella se lo agradeció con una ligera inclinación de cabeza y aspiró profundo, después volvió la cabeza y exhaló una nube de humo en lo que pareció un suspiro infinito. Él se dio cuenta de que la chica estaba haciendo un esfuerzo por mantener la calma, como si hubiera estado practicando para aquel momento, pero sus delgados hombros estaban temblando.

—Odio tener marcas en el cuerpo. ¿Podrías evitar que me quedara alguna? —preguntó en voz baja.

No estaba pidiendo clemencia. Lo único que quería era morir sin heridas ni moratones. De pronto, recordó a Chu. ¿Qué tenía aquella mujer que había sido la perdición de su amigo? ¿Acaso había sentido compasión por su cuerpo frágil? ¿Le había recordado a la chica de un vídeo porno japonés? ¿O tal vez la misteriosa melancolía que empañaba sus facciones le despertó un inoportuno sentimiento de culpa? No. Eso sería ridículo. Chu no era la clase de sujeto que fastidiaría su vida por una vulgar idea romántica.

—Odias tener marcas...

Reseng repitió lentamente sus palabras. Los ojos de la chica parpadearon con ansiedad. Le costaba trabajo creer que ella pudiera tener más miedo de quedar marcada que de morir. Bajó la vista al suelo un instante y alzó la cabeza.

—No tendrás ninguna. —Trató de que su voz sonara lo más serena posible.

El rostro de ella se sobresaltó. Entonces pareció darse cuenta de la función de la enorme bolsa del rincón. Debió de imaginárselo, porque todo su cuerpo comenzó a temblar.

—¿Me vas a meter ahí?

La voz le temblaba, pero consiguió no tartamudear.

Reseng asintió.

—¿Adónde me llevarás? ¿Dejarás mi cuerpo en algún basurero o en el bosque?

Durante un momento el asesino se preguntó si hacía falta que se lo dijera. No tenía por qué. Pero nada cambiaría si lo hacía.

—No enterraré tu cuerpo en el bosque ni lo arrojaré a un vertedero. Te incinerarán en un establecimiento. Aunque no de forma legal, estrictamente hablando.

—Nadie sabrá que estoy muerta. No habrá funeral.

Él asintió de nuevo. Hasta aquel momento, la mujer lo había soportado todo, pero por algún motivo aquello la hizo llorar. ¿Por qué armar tanto alboroto por lo que le ocurriría a su cuerpo cuando se enfrentara a una muerte inminente? Parecía que le preocupaba más el aspecto que tendría tras su fallecimiento que la muerte misma. Vaya preocupación para alguien de su edad.

La mujer apretó los dientes y se secó las lágrimas con la palma de la mano. Clavó los ojos en Reseng y le lanzó una mirada que decía que no pensaba rogar por su vida ni desperdiciar más lágrimas por culpa de alguien como él.

—¿Cómo vas a matarme?

Aquello pilló a Reseng desprevenido. En sus quince años como asesino, nunca nadie le había preguntado eso.

—¿Hablas en serio?

—Sí —respondió tajante.

Por orden del planificador, iba a romperle el cuello. Quebrar la esbelta nuca de una mujer que no pesaba más de treinta y ocho kilos sería pan comido. Siempre que no opusiera resistencia, sería mucho más rápido e indoloro de lo que uno pudiera imaginarse. Pero, si se resistía, podía acabar con una vértebra rota sobresaliendo de su piel o agonizar durante varios minutos, totalmente consciente, hasta que al final se asfixiara por el bloqueo de las vías respiratorias.

—¿Cómo te gustaría morir?

En cuanto la pregunta salió de sus labios, se sintió como un idiota. ¿Qué clase de pregunta era aquella? «¿Cómo te gustaría morir?» Parecía un camarero preguntándole cómo quería su filete. La mujer bajó la cabeza mientras pensaba. Reseng se dio cuenta de que no estaba decidiéndolo en aquel momento, sino más bien confirmando una decisión a la que ella ya había llegado por su cuenta.

—Tengo veneno —dijo.

Al principio Reseng no entendió y repitió las palabras para sí: «Tengo. Veneno». Así que ella ya había pensado en suicidarse. Y había elegido el veneno como el medio para lograrlo. No era una sorpresa para él. Estadísticamente, los hombres suelen dispararse o tirarse desde algún lugar alto, mientras que las mujeres prefieren píldoras o el ahorcamiento. Ellas suelen inclinarse por métodos que dejen su cuerpo intacto. Pero, al contrario de lo que imaginan, los venenos más fáciles de adquirir, como los pesticidas o el ácido clorhídrico, ocasionan muertes muy largas y dolorosas, con un elevado índice de fracasos.

—Es lo menos que puedes hacer —dijo ella con ojos suplicantes.

El asesino evitó la mirada de la joven. Romperle el cuello, meterla en la bolsa y llevarla con Oso: ese era su trabajo. Los planificadores odiaban que unos simples asesinos se encargaran de cambiar el plan. No se trataba de orgullo, el problema era que, si el plan cambiaba, la gente que esperaba en sus respectivos puestos necesitaba nuevas indicaciones, y las tareas de todos acababan descoordinadas. Si quedaba algún tipo de evidencia incriminatoria o si las cosas se ponían feas, entonces alguien más tenía que morir para encubrirlo. Y a veces ese alguien eras tú. Modificar una conspiración asignada no era solo un dolor de cabeza, sino una sentencia de muerte potencial.

Miró a la mujer. Aún tenía los ojos fijos en él, suplicando, no por su vida, sino por esta última voluntad. ¿Podía concedérselo? ¿Debería hacerlo? Reseng frunció el ceño.

Si ella tomaba el veneno, quedarían rastros de este en las cenizas, incluso después de la incineración. Si encontraban algún rastro de ADN en el coche de Reseng o en su ropa, y si llegaban a detectar veneno en una muestra de las cenizas, entonces habría pruebas fehacientes de un acto criminal. Pero esa clase de cosas solo sucedían en las películas y era poco probable que ocurrieran en la vida real. Los planificadores no eran perfeccionistas; solo eran unos cabrones. Veneno, un cuello roto: no había ninguna diferencia. Incinerarían a la mujer de todas formas y sus cenizas se hundirían en silencio hasta el fondo de un río.

—¿Qué clase de veneno? —preguntó.

Ella sacó un paquete de su bolso. Reseng extendió la mano. Titubeó antes de dárselo. Él sacudió suavemente el paquete de celofán y lo sostuvo ante la luz. Dentro había polvo blanco.

—¿Cianuro?

La mujer asintió, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿Qué sabes sobre el cianuro?

Inclinó la cabeza, como si no hubiera comprendido la pregunta.

—Sé que moriré si lo ingiero. —El tono de su voz sonaba valiente y molesto al mismo tiempo—. ¿Qué más hay que saber?

—¿Dónde lo has conseguido?

—Se lo robé a una amiga que planeaba suicidarse.

Él sonrió. Seguro que la chica pensaría que se estaba burlando de ella, pero la verdad era que sentía lástima. Los labios de Reseng solían curvarse cuando no sabía bien qué decir.

—Si esta amiga tuya lo compró por internet o lo consiguió de un traficante de drogas, es muy probable que no sea auténtico. Si es así, tienes un problema. Pero incluso aunque fuera cianuro de verdad, la muerte que provoca no es tan romántica como te imaginas. Tampoco fallecerás en segundos. Supongo que piensas que es igual que una de esas píldoras suicidas que los espías toman para morir al instante, pero esas contienen cianuro líquido, no esta cosa sólida.

Reseng arrojó el paquete de celofán al suelo como si fuera una colilla de cigarrillo. Aterrada, la mujer se lanzó en busca del paquete como si fuera algo precioso para ella, y luego le dirigió una mirada llena de recelo.

—Entonces, ¿no me matará?

—Doscientos cincuenta miligramos es suficiente para matar a la mayoría de la gente, pero es extremadamente doloroso. Se te paralizarán los músculos, la lengua y la garganta te arderán, se derretirán los órganos y puede que pasen de cinco minutos a varias horas hasta que al final mueras

asfixiada. Algunas personas tardan aún más tiempo y otras incluso llegan a sobrevivir. Y no solo eso: no dejarás un bonito cadáver.

La chica bajó los hombros y el rostro se le llenó de desesperación. Se volvió hacia la ventana; ya no lloraba ni temblaba, solo miraba el cielo inexpresivamente, con los ojos desenfocados. Reseng miró su reloj: 16:30. Tenía que salir de allí antes de que oscureciera. En cuanto el sol se pusiera, los callejones se llenarían de prostitutas con los rostros recién maquillados y de clientes ebrios de alcohol y lujuria.

—Por suerte, tengo algo perfecto para ti.

Reseng señaló el maletín negro. La mujer se volvió para mirarlo.

—Ácido barbitúrico. Una forma pacífica de morir. No duele igual que el cianuro o el raticida, y no te dejará estropeada o fea. Será como quedarte dormida. A mediados del siglo XIX, un científico, Adolf von Baeyer, inventó los barbitúricos mientras trabajaba con sedantes y píldoras para dormir. Los llamó así en honor a su amiga Barbara. Aún se emplea como sedante. También se ha usado como hipnótico y tranquilizante, e incluso posee propiedades alucinógenas. Otras drogas, el barbital y el ruminol, por ejemplo, se derivan de él. Se utiliza para practicar la eutanasia en todo el mundo.

La mujer hizo una mueca ante su larga explicación, pero asintió.

—Te lo daré si me respondes a algo —añadió Reseng—. Y luego tendrás la muerte apacible que deseas.

Ella afirmó de nuevo.

—¿Recuerdas al hombre alto que contrataron para matarte?

—Sí.

—¿Por qué te perdonó la vida?

La mujer se balanceó sobre los pies y se llevó una mano a la frente. Mientras recordaba los acontecimientos de aquel día, su rostro no dejaba de mudar del asombro al horror y viceversa.

—Si te soy sincera, no lo sé. Se quedó mirándome durante media hora y luego se marchó.

—¿Eso fue todo?

—Sí. Se quedó sentado en silencio, mirándome.

—¿Dijo algo?

—Sí: «Aléjate de los lugares que sueles frecuentar. No regreses. Si tienes suerte, tal vez consigas sobrevivir». Eso fue lo que me dijo.

Reseng asintió.

—¿Está muerto? —preguntó ella.

—Todavía está vivo, pero es probable que no por mucho tiempo. Una vez que apareces en la lista, tus posibilidades se evaporan.

—¿Va a morir por mi culpa?

—Tal vez. Pero no es solo por ti.

Reseng consultó de nuevo su reloj. Le lanzó a la mujer una mirada que indicaba que el tiempo se había terminado. Ella no reaccionó. Reseng abrió el maletín y sacó un frasco de píldoras y una botella de Jack Daniel's.

Ella lo miró en silencio y después preguntó:

—Si me incineras en secreto, nadie sabrá que estoy muerta, ¿verdad? Mi madre pasará el resto de su vida esperando mi regreso.

Reseng dejó de sacar píldoras del frasco. La mujer se puso a llorar. Se sintió aliviado de que no estuviera llorando a gritos y esperó a que dejara de gimotear. ¿Era ese llanto silencioso el que había ocasionado la perdición de Chu? Al cabo de cinco minutos, posó la mano sobre el hombro de la joven y le dijo que no podían entretenerse más. Molesta, ella se la quitó de encima.

—¿Puedo escribirle una carta a mi madre?

Reseng la miró apenado.

Ella añadió:

—No importa si nunca la recibe.

Aún tenía los ojos llenos de lágrimas. El asesino miró una vez más su reloj y asintió. Ella sacó un bolígrafo y una pequeña agenda de su bolso y comenzó a escribir en una de las hojas.

Querida mamá:

Perdóname. Que papá en el cielo me perdone también. Quería ahorrar dinero para ir a la escuela y casarme, pero no funcionó. Lamento morir antes que tú. No te preocupes por mí. Morir así no es tan malo. De todas formas, el mundo es un lugar podrido.

Una lágrima cayó sobre la palabra *cielo*, emborronando la tinta. La chica la firmó, arrancó la página y se la entregó a Reseng.

—Bonita letra —dijo.

Qué tontería. No tenía ni idea de por qué lo había hecho. La mujer volvió a meter la agenda en su bolso. Pensó que a continuación sacaría un pañuelo para limpiarse las lágrimas, pero, para su sorpresa, sacó un estuche de maquillaje. Le lanzó a Reseng otra mirada que indicaba que necesitaba un poco más de tiempo. Él hizo un gesto con la mano para indicarle que podía hacerlo. Durante los diez minutos que necesitó para aplicarse de nuevo el maquillaje, el hombre permaneció de pie, mirándola perplejo. ¿Cómo podía ser tan vanidosa? Terminó de retocarse y guardó el maquillaje. El chasquido del estuche al cerrarse le pareció anormalmente ruidoso.

—¿Te quedarás conmigo hasta que me haya ido? Estoy un poco asustada —dijo ella con una sonrisa.

Reseng asintió y le ofreció las píldoras. Ella las miró durante varios segundos antes de tomarlas de su palma y tragárselas con el whisky que él le había servido en un vaso.

Trató de ayudarla a acostarse, pero ella lo apartó y se tendió sola en la cama. Se posó las manos sobre el tórax y miró el techo. Las alucinaciones no tardaron en llegar.

—Veo un viento rojo. Y un león azul. Y, al lado, un lindo oso polar del color del arcoíris. ¿Es el cielo?

—Sí, seguro que es el cielo. Ahora vas hacia allí.

—Gracias por decírmelo. Tú irás al infierno.

—Entonces creo que no volveremos a vernos, porque tú, definitivamente, vas al cielo, y yo, definitivamente, iré al infierno.

La chica soltó una pequeña carcajada. Una sola lágrima le brotó de los ojos risueños.

TRAS LA MUERTE de la joven, Chu aguantó dos años más.

Como un chacal astuto, igual que la molesta piedra en el zapato que era para los planificadores, se mantenía un paso por delante de la frenética y persistente cacería. Se propagaron rumores de rastreadores y asesinos que sucumbían ante él, gente demasiado cegada por el dinero de la recompensa como para vigilarse las espaldas mientras les seguían los pasos.

Los mismos chismes que pronto se deformaron y exageraron sin control y que durante algún tiempo mantuvieron entretenidos a los moradores del mercado de carnes. A Reseng no le sorprendían. Aquellos mercenarios de ínfima categoría y cazadores de recompensas envejecidos no estaban acostumbrados a desafíos más allá de perseguir prostitutas fugitivas, y no eran rivales dignos de Chu. Nunca lo habían sido. Pero no había manera de saber si alguno de esos rumores que flotaban como caprichosas pompas de jabón en torno al mercado de carnes era cierto. La mayor parte de las muertes de aquel mundo, tanto de los rastreadores como de los asesinos, nunca salían a la luz. De cualquier forma, tal vez los rumores sí fueran ciertos, porque nadie podía atrapar a Chu.

Después de un año en la clandestinidad, Chu inició la ofensiva. Cazó a varios planificadores y los mató, al igual que a varios contratistas e intermediarios. En algún momento llegó incluso a pasearse por el mismísimo mercado de carnes y a destrozar la oficina de un contratista. Pero los planificadores, que eran el blanco de los ataques de Chu, no tenían nada que ver con el fallido asunto de la prostituta; de hecho, eran, sobre todo, planificadores de baja estofa contratados por intermediarios mezquinos para llevar a cabo un único trabajo. Nadie entendía por qué el asesino los escogía a ellos, aparte del hecho de que no tenía la menor posibilidad de acercarse a la gente que en realidad movía los hilos del mundo de los planificadores.

Después de que Chu destrozara la oficina y robara un libro de contabilidad que seguramente no le habría servido para nada, un grupo de hombres se presentó en la biblioteca de Viejo Mapache. Uno de ellos era Hanja. Aunque tenía el aspecto de un jefe de seguridad de una empresa cualquiera, en realidad dirigía una compañía contratista de tipo corporativo que no solo obtenía dinero de los organismos gubernamentales y de las empresas, sino también de lo que Hanja lograba obtener del mercado negro. Para él, los operadores del mercado de carnes no eran más que rufianes de poca monta, así que el hecho de encontrarlos en la misma reunión demostraba lo agitado y cabreado que Chu tenía a todo el mundo. Hanja se sentó en el sillón, con la expresión de quien acaba de dar un mordisco a un zurullo gigante.

Cuando Viejo Mapache tomó asiento, los operadores del mercado de carnes comenzaron a hablar todos al mismo tiempo.

—Me estoy volviendo loco. ¿Qué cojones quiere Chu? Tenemos que saberlo si es que vamos a engatusarlo o a engañarlo para forzarlo a salir al descubierto. De cualquier manera, hagamos algo, maldita sea.

—Eso es lo que yo digo. ¿Por qué no abre la boca ese lunático? ¿Le cortaron la lengua o qué? Si lo que quiere es dinero, que lo diga. Si herimos sus sentimientos, también debería decirlo. Si está enfadado, debería decir que lo está. Pero tiene que decir algo. No puede sin más, cargárselo todo y largarse.

—Lo juro, me ha costado un ojo de la cara. Ya ha matado a tres de mis muchachos. ¡Y la cosa no termina ahí! También tuve que pagar para deshacerme de sus respectivos cuerpos. Mierda, viejo. Oso es el único que se ha beneficiado de todo eso. Pero ¿por qué Chu persigue a mis chicos? Aquí hay gente mucho peor que yo.

—¿Te has mirado en el espejo últimamente? ¿Quién aquí es peor que tú?

—Escuchad, ¿alguno de vosotros le firmó un pagaré? Tenéis que pagarle en efectivo. ¡En efectivo! ¡Odia los pagarés!

Sentado en medio de todos, Viejo Mapache parecía divertirse. ¿Por qué, sobre todo teniendo en cuenta que Chu podía entrar en cualquier momento y hundirle un cuchillo en el estómago?

—Los sabios de la dinastía Joseon tenían una máxima —dijo Viejo Mapache con una sonrisa —: «No hay manera de prever en qué dirección saltará una rana o el rey Heonjong». Bien podrían haber estado refiriéndose al caso que nos ocupa.

—¿Qué crees que está tramando Chu? —preguntó Choi el Carnicero. Solía contratar inmigrantes ilegales chinos de origen coreano como mano de obra barata.

—¿Cómo puedo saber lo que piensa ese lunático? Tal vez quiera degollarme. O degollarte a ti.

—Ofrezcamos una recompensa —Hanja, que hasta entonces había permanecido en silencio en un rincón, al final habló— a quienquiera que proporcione información que nos ayude a encontrarlo. Eso motivará a la gente. Los detectives querrán sacar tajada también.

—¿Dinero? ¿A partes iguales? —preguntó Choi.

—Diablos, no. —Minari Pak, el dueño de la oficina que Chu había destrozado, miró a Hanja de soslayo y protestó—. En esta habitación hay unos que ganan muchísimo más que otros, ¿qué es esa mierda de a partes iguales? Ahora que mi oficina está destrozada, estoy metido en un lío.

Hanja los silenció a todos con dos palabras.

—Yo pagaré.

No estaba alardeando, solo quería ponerle punto final a la reunión. Su arrogancia pareció molestar al resto de los hombres, pero resultaba obvio que los había tranquilizado.

—Dice el refrán que la bondad empieza con la despensa llena, y eso debe de ser verdad en el caso de nuestro generoso y acaudalado amigo aquí presente. —El sarcasmo en la voz de Viejo Mapache era innegable al referirse a Hanja.

Este le dedicó una amplia sonrisa a Viejo Mapache y respondió:

—¿Qué puedo decir? A diferencia de vosotros, no soy quisquilloso. Si me ofreces un trabajo, lo hago. Trabajo duramente, a conciencia y en silencio.

IRÓNICAMENTE, LA CAÍDA de una dictadura militar de tres décadas, el retorno de las presidencias elegidas democráticamente por la población civil y el enérgico advenimiento de un gobierno distinto propició un gran auge en la industria del asesinato. Durante la era de la dictadura, los homicidios eran operaciones clandestinas llevadas a cabo en secreto por un reducido número de planificadores, sicarios entrenados por el Gobierno o el Ejército y contratistas fiables y de gran experiencia. De hecho, ni siquiera había tanta acción como para llamarla industria. Eran muy pocos los que sabían del mundo de las conspiraciones o estaban directamente involucrados en él, y en realidad nunca había demasiado trabajo. Al Ejército, en gran parte, no le interesaban los planificadores. Eran tiempos de despreocupación e ignorancia en los que podías meter a un alborotador en tu jeep, enfrente de toda su familia, encerrarlo en el sótano de un edificio en el monte Namsan, golpearlo hasta dejarlo medio lisiado y enviarlo a casa sin que nadie dijera ni pío. ¿Para qué preocuparse por contratar a un planificador altamente cualificado?

Lo que aceleró el crecimiento de la industria del asesinato fue el nuevo régimen de administraciones civiles elegidas democráticamente que alentaban la parafernalia de la moralidad. Tal vez creían que era suficiente con estamparse un sello en la frente que dijera «Todo está bien, no somos militares» para engañar a la gente. Pero en el fondo el poder es el mismo, sin importar su apariencia. Como Deng Xiaoping dijo una vez: «No importa que el gato sea blanco o negro mientras pueda cazar ratones». El problema era que el nuevo Gobierno democrático ya no podía usar un sótano en Namsan para golpear a los bocazas escandalosos. Y de este modo, para no

llamar la atención de la población y de la prensa, para evitar generar cualquier tipo de evidencia de su propia y compleja cadena de mando y ejecución, y eludir así cualquier futura responsabilidad, el Gobierno empezó a hacer negocios en secreto con los planificadores. Y así empezó la época de la externalización. Era más barato y sencillo que si ellos mismos se ocuparan de hacerlo, pero lo mejor de todo era que no había nada que limpiar. Y en las contadas ocasiones en que todo se iba a la mierda, el Gobierno quedaba al margen. Cuando arrestaban a los contratistas y los enviaban a prisión, todo lo que los gobernantes tenían que hacer era fingir sorpresa y espanto frente a las cámaras de televisión y decir cosas como: «¡Qué terrible y desafortunada tragedia!».

El verdadero apogeo llegó cuando las corporaciones siguieron el ejemplo del Estado y comenzaron a subcontratar planificadores. Estas generaban más trabajo que el Estado y la principal clientela de los contratistas pasó del ámbito público al privado. A medida que los trabajos aumentaban, surgió una multitud de empresas emergentes y menos reconocidas, y una caterva de asesinos fracasados, mafiosos, soldados retirados y antiguos detectives de homicidios cansados de trabajar por una miseria atestaron el mercado de carnes. Hanja, como un caimán, aguardaba bajo la superficie, vigilando el panorama de cerca y observando los cambios, esperando el momento oportuno. Y mientras la relevancia de Viejo Mapache se desvanecía sin que fuera capaz de percibir las mareas cambiantes, este dandi con un máster en Administración y Dirección de Empresas por la Universidad de Stanford reclutaba en secreto su propio equipo de planificadores y mercenarios bajo la fachada de una empresa de seguridad perfectamente legal.

Los principios del mercado no habían cambiado desde su nacimiento. Cualquiera que prestara un mejor servicio a un menor precio ganaba. Y Hanja lo sabía. Mientras Viejo Mapache permanecía encerrado en su biblioteca, leyendo enciclopedias y rememorando las bondades que le habían llovido del cielo durante la época de la dictadura, y mientras los contratistas de baja estofa del mercado de carnes estaban demasiado cegados por la codicia como para hacer bien su trabajo y terminaban siendo arrestados, Hanja fortalecía su moderna red de contactos con empresarios y funcionarios, reclutaba expertos en todos los campos y contrataba planificadores de calidad. Fue así como transformó el en otro tiempo desastroso y desordenado mundo de las conspiraciones en un cómodo y limpio supermercado. Casi podías esperar que hermosas modelos contratadas para sonreír y saludar te condujeran a su interior diciendo: «¡Ven, por aquí!» o «¿A quién podemos matar por ti esta vez?». De modo que Hanja dominaba aquel mundo sin el escándalo que armaban los operadores del mercado de carnes.

La aburrida e interminable reunión acabó sin más acuerdo que el de ofrecer una recompensa. Fue más una sesión de quejas sobre Chu que una asamblea. Reseng salió a fumar. Inhalaba una espesa bocanada de humo cuando Hanja se detuvo a su lado.

Reseng le ofreció un cigarrillo.

—Lo dejé. Ahora ya no soporto las cosas que apestan.

El sicario arqueó una ceja, divertido.

Hanja sacó un estuche chapado en oro del bolsillo de su traje y le ofreció una tarjeta de presentación.

—Hablemos. Comamos juntos uno de estos días. Después de todo, somos familia.

Reseng se quedó mirando los largos y pálidos dedos de Hanja antes de coger la tarjeta. Este se marchó sin volver a la reunión. ¿Por qué dijo que eran familia si no compartían ni una sola gota de sangre? Aparte del hecho de que ambos habían crecido en la biblioteca de Viejo Mapache. Pero

nunca habían vivido allí al mismo tiempo. Cuando Reseng llegó a la biblioteca, Hanja iba a la universidad en Estados Unidos.

La recompensa se hizo pública, pero aún no habían capturado a Chu. Circularon más rumores, se arremolinaron en el aire como hojas secas y desaparecieron bajo el suelo. Viejo Mapache se negó a participar en la cacería. Permanecía en su estudio todo el día, leyendo enciclopedias. Así que Reseng tampoco hizo nada. La idea de enfrentarse a un hombre como Chu era intimidante. Tenía pesadillas recurrentes en las que se topaba con él. Siempre ocurría en un estrecho callejón sin salida, con Reseng temblando en un extremo y Chu, el brutal asesino, de pie en el otro, bloqueándole la salida. Sabía que no era rival para él, ni en sus sueños ni en la vida real. La única manera de que alguien como él llegara a vencer a Chu era clavándole una daga por la espalda, como Paris, el príncipe idiota.

Aquel verano llovió sin cesar. La gente decía en broma que el monzón se había atrincherado sobre el centro de la península y que estaba de juerga. Al igual que en cualquier temporada baja, Reseng se entretenía por las mañanas con una lata de cerveza, escuchaba música, miraba por la ventana y jugaba con Escritorio y Pantalla de Lámpara. Cuando las gatas dormían, cada una apoyando la cabeza en el cuerpo de la otra, Reseng se tumbaba en la cama a leer. Libros sobre el ascenso y la caída del Imperio romano; sobre los otrora poderosos descendientes de Gengis Kan, que deambulaban libres por las estepas hasta que entraron en declive repentina y rápidamente cuando se establecieron tras los muros de sus fortalezas; y libros sobre la historia del café, de la sífilis, de la máquina de escribir. Cuando se aburría de pasar las hojas enmohecidas a causa de la humedad, arrojaba el libro a los pies de la cama, se tomaba otra lata de cerveza y se dormía. Otro verano común y corriente.

El último día de septiembre, mientras llovía a cántaros, alguien llamó a su puerta. Cuando la abrió se encontró con Chu de pie en el umbral, empapado de arriba abajo. Era tan alto que las gotas de agua que resbalaban de su gorra parecían quedarse suspendidas en el aire durante largo rato. Llevaba una enorme mochila para acampar, un saco de dormir y una bolsa de la compra llena de cervezas y whisky.

—Tomarme una copa contigo era el siguiente deseo de mi lista —dijo Chu.

—Entra.

Cruzó la puerta, derramando gotas de lluvia y asustando a Escritorio y a Pantalla de Lámpara, que escalaron a toda prisa su torre para gatos y se acurrucaron en el interior. Chu había perdido mucho peso. Si de por sí ya era larguirucho, en aquel momento estaba en los huesos.

Reseng le ofreció dos toallas. Chu se quitó la gorra y colocó su mochila en el suelo, luego se secó el rostro y el cabello, y frotó su cazadora de cuero.

—¿No te llega para comprar un paraguas? —preguntó Reseng.

—Olvidé el mío en el metro. No quería gastar dinero en otro.

—¿Desde cuándo a los hombres muertos les interesa el dinero?

—Muy bueno —dijo con una sonrisa—. Pero muerto o no, no quiero malgastar dinero en un paraguas.

—¿Quieres cambiarte de ropa?

—No, estoy bien. Pronto me secaré. Además, dudo que tu ropa me quede bien. Eres demasiado bajo.

—Soy de estatura media. Tú eres demasiado alto.

Reseng llevó un calefactor y puso la cafetera. Chu encendió el radiador y se calentó las manos. Las gatas, incapaces de resistir la curiosidad, asomaron la cabeza para inspeccionar a Chu, que agitó los dedos para atraerlas. Los felinos se mostraron intrigados, pero no abandonaron su torre.

—No quieren jugar conmigo —dijo, decepcionado.

—Les tengo dicho que nunca jueguen con tipos malos.

Le dio una taza de café a Chu, que se la bebió de un trago. Después, puso las toallas húmedas en el suelo y se estremeció. Reseng volvió a llenarle la taza.

—¿A cuánto asciende la recompensa que ofrecen por mí? —preguntó Chu.

—Cien millones.

—Podrías comprar un Mercedes Benz con eso. Te estoy regalando un Mercedes.

Reseng resopló.

—Qué gran honor. Si te mato, obtendré dinero y gloria por derrotar al mejor asesino del mundo.

—¿A quién le importa la gloria? El dinero es lo más importante.

—¿Y no sería mejor morir con tranquilidad, con tus propias condiciones?

Por un breve instante, Chu dejó de vaciar el contenido de la bolsa de la compra.

—¿Cuál es el problema? Es dinero fácil, deberías cogerlo. Además, nunca hice nada bueno por ti.

—Es verdad —dijo Reseng—. Nunca lo hiciste.

Chu pareció decepcionado.

—Pero pagué más comidas que tú.

—¿De verdad? ¿Entonces por qué no recuerdo ninguna de esas comidas?

—Qué injusto.

Mientras Chu colocaba las botellas sobre la mesa, Reseng llevó cubitos de hielo, vasos de whisky y un poco de carne seca de la cocina. Había doce latas de Heineken, dos botellas de Jack Daniel's, una de tres cuartos de litro de Johnny Walker etiqueta azul y cinco de soju.

—Qué combinación tan extraña. ¿Te vas a beber todo eso?

—Es la primera vez que bebo desde que me di a la fuga.

Chu ordenó las latas y las botellas.

—Si fuera tú, me habría emborrachado todos los días. Esconderse debe de ser muy aburrido.

El otro sonrió. Llenó un vaso de Jack Daniel's y se lo bebió. Su prominente nuez de Adán subía y bajaba con cada trago.

—Oh, sí, ha pasado mucho tiempo —dijo, limpiándose los labios. Parecía que acabara de encontrarse con un viejo amigo.

Colocó dos cubitos de hielo en su vaso y lo llenó hasta la mitad. Luego los contempló durante un rato y sonrió enigmáticamente.

—Estaba demasiado asustado para beber —dijo. Sus espesas cejas se estremecieron.

—No sabía que los tipos como tú se asustaban —dijo Reseng, mientras abría una Heineken.

—Es imprudente emborracharse sin que nadie te cubra las espaldas.

Chu apuró su vaso y mordió un cubito de hielo. El sonido del hielo al partirse y cuando los dientes de Chu lo trituraron le puso los nervios de punta. De pronto, Chu le colocó el vaso en la mano. Reseng dejó su cerveza. El otro llenó dos terceras partes del vaso con Jack Daniel's y

añadió dos hielos más. El alcohol se agitó cuando arrojó los cubos dentro.

—A beber —dijo Chu, mirándolo—. El whisky es la bebida de los hombres de verdad.

Aquel tono autoritario molestó a Reseng. Quería desafiar las ideas de su compañero acerca de los hombres de verdad y lo que bebían.

—Las empresas se inventaron eso para vender alcohol a los hombres de pacotilla como tú.

No se rio de la broma. En vez de eso, se quedó mirando a su amigo como si lo apremiara para que bebiera. Reseng miró el vaso. Era mucho alcohol para tomarlo de un solo trago. Sacó los cubitos de hielo y los puso sobre la bandeja. Apuró el whisky.

Chu parecía satisfecho. Se puso de pie, miró a su alrededor y se dirigió a la torre de las gatas. La tímida Pantalla de Lámpara regresó al interior y se negó a salir, pero la curiosa Escritorio se acercó de puntillas y le olisqueó la mano. Chu le rascó detrás de las orejas. A Escritorio pareció gustarle; bajó la cabeza y ronroneó.

Chu jugó con la gata un rato antes de volver a la mesa, agarrar su vaso y sentarse en el borde de la cama. Echó un vistazo a los libros esparcidos sobre la colcha.

—¿Sabes por qué no me caías bien al principio? Siempre que iba a la biblioteca de Viejo Mapache, tú estabas leyendo. Eso me molestaba. No sé bien por qué. Tal vez sentía celos. Parecías tan diferente al resto de nosotros...

—Nunca leía, solo fingía hacerlo cuando estabas allí. Para que pareciera que era diferente.

—Bueno, pues lo conseguías. Parecías... ¿cómo podría decirlo? Un poco blando.

—Tú también pasabas mucho tiempo en aquella biblioteca. Seguro que leías tanto como yo.

—Odiaba leer. Pero te apuesto que hasta yo podría solucionar eso.

Chu sostenía el ejemplar de *Historia de la sífilis*.

—No es lo que piensas.

Chu hojeó unas cuantas páginas y soltó una carcajada.

—Tienes razón. No es lo mío. ¿Por qué demonios no tiene ilustraciones? —Arrojó el libro sobre la cama y tomó el que estaba a un lado, titulado *Los Lobos Azules*—. ¿Lobos? ¿Planeas dimitir y ponerte a criar lobos?

Reseng sonrió con afectación.

—Es la historia de ocho de los guerreros de Gengis Kan. Hay muchas bestias como tú en ese libro. Los Lobos Azules tardaron solo diez años en construir el imperio más grande del mundo.

—¿Y qué les pasó después?

—Se mudaron a una fortaleza y se volvieron perros.

Chu se mostró intrigado al hojear unas cuantas páginas de *Los Lobos Azules*, pero parecía que le costaba trabajo entender las frases y muy pronto perdió el interés. *Los Lobos Azules* aterrizaron con un golpe sordo sobre *Historia de la sífilis*.

—Bueno, ¿y qué hay de eso que he escuchado por ahí de que mataste a la chica? —preguntó Chu.

A Reseng comenzaron a arderle los lóbulos de las orejas, pero no respondió. En vez de hacerlo, agarró la botella y llenó un tercio del vaso con Jack Daniel's. Chu no le quitaba los ojos de encima. Reseng contempló el vaso durante un momento antes de beber. Le supo más dulce que el primero.

—¿Dónde has escuchado eso? —preguntó Reseng con voz tranquila.

—Aquí y allá.

—Si te enteraste mientras huías, entonces supongo que todo el mundo lo sabe.

—Hay muchos rumores absurdos en este negocio. —Arqueó una ceja, como preguntándose qué importaba dónde lo hubiera oído.

Reseng lo miró a los ojos.

—¿Te lo contó Oso?

—Oso es más reservado de lo que parece.

Chu se empeñaba en defenderlo, lo que casi seguro significaba que había sido él quien se lo había contado. El chisme podía haberse propagado en muchos sitios, pero Oso no tenía motivos para arriesgarse por culpa de Reseng. En esos ambientes, nadie corría riesgos innecesarios o se tomaba molestias por el fugitivo. Y mucho menos Oso, con dos hijas a quienes se esforzaba por criar él solo. Reseng lo entendía. De haber sido un detective el que hubiera estado husmeando, el hombre se habría llevado el secreto a la tumba. Pero, a pesar de todo, Reseng no podía evitar sentirse molesto. Cuando se corre la voz, no hace falta que llegue muy lejos para que termines en el punto de mira de algún planificador.

—¿De verdad crees que hubieras podido salvarla? —preguntó Reseng, sin acobardarse.

—No, claro que no. No soy de los que salvan a nadie. Estoy demasiado ocupado tratando de sobrevivir.

—Entonces no hay nada extraño en lo que hice. Tú eres el raro.

—Tienes razón, yo soy el raro. Tú hiciste lo que se esperaba de ti.

Lo que se esperaba... Esas palabras le hicieron sentir tranquilo e insultado al mismo tiempo. Chu llegó hasta la mesa y se sirvió más alcohol. La botella estaba casi vacía. Apuró el trago de nuevo, abrió la segunda botella y se sirvió otro vaso, que también se bebió de golpe.

—Quería preguntarte algo —dijo Reseng—. ¿Alguna vez volviste a verla?

—No.

—Entonces, ¿por qué la dejaste vivir? ¿Creías que los planificadores te darían una palmadita en el hombro y te dirían: «Nos ha pasado a todos»?

—Para ser sincero, no tengo ni idea.

Chu se bebió otro vaso de whisky. Para ser alguien que había pasado los últimos dos años sin consumir alcohol, no le estaba costando ningún trabajo terminarse él solo aquella botella en menos de veinte minutos. El rostro se le empezaba a encender. ¿En realidad creía que estaba a salvo en el apartamento de Reseng?

Chu preguntó:

—¿Has conocido alguna vez a los planificadores que te han dado las órdenes?

—Ni una sola vez en quince años.

—¿Y no sientes curiosidad? —preguntó Chu—. Quiero decir, por saber quién te ordena lo que tienes que hacer, quién decide cuándo debes usar el intermitente, pisar el freno, acelerar, girar a la izquierda o a la derecha, o cuándo callarte y cuándo hablar.

—¿Por qué quieres saberlo de pronto?

—Estaba allí, mirando a aquella chica que no era más que piel y huesos, y me pregunté quiénes eran esos planificadores. Habría podido matarla con un solo dedo. Estaba tan asustada que se quedó paralizada. Cuando vi que temblaba, quise averiguar quién era exactamente esa persona sentada detrás de un escritorio, con un bolígrafo en las manos, a quien se le había ocurrido esa mierda de plan.

—Nunca imaginé que fueras un romántico.

—No tiene nada que ver con el romance, ni con la curiosidad, ni con nada de eso. Quiero decir que hasta aquel momento no me había dado cuenta de lo imbécil y cobarde que había sido. —Parecía alterado.

—Los planificadores son solo peones, igual que nosotros —dijo Reseng—. Llega una petición y ellos elaboran el plan. Alguien que está por encima les dice qué hacer. Y más arriba hay otra persona ordenando a este otro qué debe hacer. ¿Y sabes qué te encuentras si sigues así hasta lo más alto de la organización? Nada. Solo una silla vacía.

—Tiene que haber alguien sentado en esa silla.

—No, está vacía. Por decirlo de otra manera, solo es un asiento. Cualquiera se puede sentar en ella. Y es esa silla en la que cualquiera se puede sentar la que lo decide todo.

—No lo entiendo.

—Es un sistema. Crees que si llegas allí con un cuchillo y apuñalas a la persona que está arriba lo resolverás todo. Pero allí no hay nadie. Es solo un puesto.

—Llevo veinte años en este negocio. He matado a un incontable número de personas, incluyendo amigos míos. Maté incluso a mi protegido. Le regalé ropa de bebé en la primera fiesta de cumpleaños de su hija. Pero si lo que dices es cierto, entonces todo este tiempo he estado recibiendo órdenes de una silla. Y tú le rompiste el cuello a una mujer indefensa porque una silla te lo ordenó.

Chu apuró otro vaso. Cuando recuperó el aliento, le sirvió más whisky a Reseng. Este lo ignoró y bebió de su Heineken. Estuvo tentado de revelar que no le había roto el cuello a la chica, pero se tragó sus palabras con un sorbo de cerveza.

Lo que dijo fue:

—No vas a cagarte en los pantalones solo porque el baño esté sucio.

El otro lo miró con desprecio.

—Cada vez te pareces más a Viejo Mapache —respondió—. Y eso no es bueno. La gente con labia siempre apuñala por la espalda.

—En cambio, tú te comportas como un mocoso llorón. ¿De verdad crees que esta pataleta te convierte en alguien mejor? Pues no. Hagas lo que hagas, no vas a cambiar nada, igual que no pudiste hacer nada por la chica.

Chu abrió la cremallera de su cazadora y dejó al descubierto una sobaquera de cuero adaptada para servir como funda para cuchillos. Sacó uno y lo colocó sobre la mesa. Sus movimientos eran tranquilos, sin el menor atisbo de amenaza.

—Podría matarte lenta y dolorosamente con este cuchillo, hacer que temblaras y agonizaras durante horas, con la sangre saliendo a borbotones y el metal raspando contra tus huesos; que tus tripas salieran de tu cuerpo y colgaran hasta el suelo. ¿Crees que entonces seguirías fanfarroneando con sillas vacías y sistemas, y diciendo que nada ha cambiado? Claro que no. Porque eres un embustero de mierda. Cualquiera que piense que está a salvo es un embustero de mierda.

Reseng miró el cuchillo. Era un cuchillo de cocina de la marca alemana Henckels. La hoja parecía muy afilada, como si acabara de pasar por la piedra. La parte superior de la empuñadura estaba rodeada por un pañuelo fuertemente enrollado. A Chu le gustaba aquella marca porque era resistente, la hoja no se oxidaba con facilidad y podía comprarse en cualquier parte. Otros

expertos en armas blancas la desdeñaban porque consideraban que era propia de señoras y que solo servía para cocinar en casa, pero los cuchillos eran muy buenos. No se desportillaban ni se rompían con tanta facilidad como los cuchillos para sushi.

Reseng apartó la mirada del arma y examinó a Chu. Parecía furioso, pero el habitual brillo viperino había desaparecido de sus ojos. Todo el whisky que había ingerido debía de estar afectándole. Reseng pensó en su propio machete guardado en un cajón. Trató de recordar cuándo había sido la última vez que había acuchillado a alguien. ¿Seis años atrás? ¿Siete? No se acordaba. ¿Podría alcanzarlo con suficiente rapidez? Si hacía un movimiento para agarrarlo, Chu cogería el suyo. Y si lograba sacar el cuchillo del cajón a tiempo, ¿podría blandirlo frente a su oponente? ¿Acaso tenía alguna oportunidad de salir vencedor?

Era poco probable. Reseng sacó un cigarrillo y empezó a fumar. Chu extendió la mano. El primero sacó otro cigarrillo, lo encendió y se lo entregó a Chu, quien inspiró profundamente y echó hacia atrás la cabeza para mirar el techo. Se quedó en esa pose durante un rato, como diciendo: «Si vas a apuñalarme, hazlo ahora».

Cuando el cigarrillo se había consumido hasta la mitad, Chu se enderezó y lo miró.

—Todo está jodido, ¿verdad? Tengo a un grupo de matones persiguiéndome con la esperanza de conseguir algo del dinero de la recompensa, y mientras tanto yo ya no sé a quién matar o qué hacer. Para ser sincero, ni siquiera me importa si hay alguien en lo más alto. La silla podría estar vacía, como tú dices, o podría haber un imbécil allí sentado. Eso no cambia nada para un descerebrado como yo. Podría morir y regresar bajo otra forma y seguiría sin entender cómo funcionan las cosas.

—¿Te irás con Hanja?

—Tal vez.

—No lo hagas.

—Entonces, ¿adónde se supone que debo ir?

—Sal del país. Ve a México, a Estados Unidos, a Francia, a algún sitio en África... Hay muchos lugares a donde podrías ir. Podrías trabajar para alguna empresa militar privada. Ellos te protegerían.

Chu le sonrió con disimulo.

—Me estás dando los mismos consejos que yo le di a esa chica. ¿Se supone que ahora debo agradecértelo?

Apuró su whisky, se sirvió de nuevo, volvió a beberlo de un solo trago y vació el resto de la segunda botella en su vaso.

—¿No vas a beber conmigo? Es muy triste hacerlo solo.

No estaba bromeando, en realidad tenía un aspecto triste allí sentado, al otro lado de la mesa. Reseng bebió del vaso de whisky que le había servido. El otro abrió la botella de Johnny Walker etiqueta azul y le sirvió otra ronda. Después alzó su vaso para brindar y chocaron los vasos.

—Oh, está mucho mejor —dijo Reseng, impresionado—. Me gusta más el Johnny Walker etiqueta azul que el Jack Daniel's de «los hombres de verdad» o como quieras llamarlo.

Parecía que Chu había encontrado el comentario gracioso. No dijo gran cosa mientras daban buena cuenta del resto de la botella. Reseng tampoco tenía nada que decir, así que bebieron en silencio. Chu bebía más. Cuando se terminó la botella, se tambaleó hasta el baño. Reseng lo oyó orinar; luego, vomitar, y más tarde, tirar de la cadena del inodoro varias veces. Pasaron veinte

minutos y no salía del baño. Todo lo que oía era el sonido del grifo abierto. No despegaba los ojos del cuchillo de Chu, que reposaba en el centro de la mesa.

Cuando, pasados treinta minutos, todavía no había salido del baño, llamó a la puerta. Estaba cerrada con llave y no hubo respuesta. Fue a buscar un destornillador de cabeza plana para abrirla haciendo palanca. El agua de la bañera, llena a rebosar, se derramaba hasta el suelo. Chu estaba dormido sobre el inodoro, encorvado como un oso viejo. Reseng cerró el grifo y lo ayudó a llegar hasta la cama.

Cuando al fin pudo estirarse, comenzó a roncar, como si aquella fuera la primera vez en su vida que dormía en paz. Sus ronquidos estaban a la altura de su considerable estatura. Eran tan fuertes que hasta Pantalla de Lámpara se asomó tímidamente desde lo alto de la torre de las gatas, descendió hasta la cama y comenzó a olisquear el rostro y el cabello del hombre. Reseng se sentó en el sofá, bebió unas cuantas latas de cerveza y se quedó dormido mientras miraba a Escritorio y a Pantalla de Lámpara entretenerse con su nuevo juego, que consistía en darle zarpazos al cabello de su compañero y caminar sobre su pecho y su vientre.

A la mañana siguiente, cuando Reseng se despertó, ya no estaba; tampoco su mochila. Todo lo que quedaba de él era su cuchillo de cocina con el pañuelo atado en torno a la empuñadura, colocado en medio de la mesa, como un regalo.

UNA SEMANA DESPUÉS, el cuerpo de Chu estaba en el crematorio de mascotas de Oso.

Para cuando Viejo Mapache y Reseng llegaron al lugar, llovía a cántaros, igual que el día de la visita de Chu. Oso sostenía un paraguas abierto sobre la cabeza de Viejo Mapache mientras este se bajaba del coche.

—¿Ya has acabado? —le preguntó.

Oso lo miró con sorpresa.

—Aún no he empezado.

El cuerpo de Chu estaba en un cobertizo para las herramientas. Oso tenía refrigeradores para almacenar cadáveres, pero eran demasiado pequeños, destinados a guardar los cuerpos de perros y gatos. No tenía ninguno lo bastante grande como para guardar el metro noventa de Chu. Viejo Mapache abrió la cremallera de la bolsa. Los ojos de Chu estaban cerrados.

—He contado veintisiete heridas de arma blanca —dijo Oso con un escalofrío.

El anciano desabotonó la harapienta camisa de Chu y él mismo hizo cuentas. A excepción de la puñalada que había entrado por el plexo solar y le había perforado un pulmón, la mayoría de las heridas no eran mortales. El asesino podría haberlo matado con facilidad, pero en lugar de eso se había tomado su tiempo; había danzado en torno a los puntos vitales y había jugado con él como un cachorro de león con una ardilla herida. El codo derecho estaba fracturado, el hueso atravesaba la piel y la mano izquierda aún apretaba un cuchillo entre los dedos cerrados. Era del mismo modelo y de la misma marca que el cuchillo de cocina que había dejado sobre la mesa de Reseng. Este trató de liberar el cuchillo del puño de Chu.

—Yo también lo he intentado —dijo Oso—. No se suelta.

Durante unos segundos, Viejo Mapache contempló en silencio el cuerpo, luego hizo un gesto que indicaba que ya había visto suficiente. La mano que levantó le temblaba. Oso se apresuró a cerrar la cremallera de la bolsa.

—Esta vez Hanja ha contratado a una verdadera bestia. Se hace llamar el Barbero. ¿Has oído

hablar de él? —preguntó Oso.

—Solo rumores —respondió Viejo Mapache con seriedad.

—Dicen que es un exterminador y que es despiadado. Es especialista en eliminar a gente como nosotros, un sujeto aterrador. ¿Qué sentido tiene apuñalar a alguien veintisiete veces? Cuando veo cómo ha acabado el gran Chu... ¿Qué posibilidad tenemos los demás?

—Debemos estarle agradecidos por deshacerse de basura como nosotros —respondió Viejo Mapache con su cinismo habitual.

Oso colocó el cuerpo de Chu en una carretilla y lo condujo hasta el incinerador. Entre Reseng y él lo cargaron hasta la plancha de acero inoxidable. Los pies del difunto sobresalían. Oso trató de doblarle las piernas sobre la plancha, pero el *rigor mortis* ya había tensado el cuerpo.

—Maldita sea. ¿Por qué tiene que hacerme la vida imposible con esas piernas tan largas?

Se dejó caer al suelo y rompió a llorar. Reseng le dio una palmadita en el hombro y salió. Viejo Mapache miraba en silencio el cadáver de Chu, con el rostro inexpresivo. Al final, Oso se incorporó. Tenía los ojos enrojecidos cuando cerró la puerta del incinerador y lo encendió.

Cuando Hanja llegó, el cuerpo de Chu ya casi estaba incinerado. Además del chófer, había alguien más sentado junto a él en el sedán negro, un hombre delgado. Reseng lo observó con detenimiento. No parecía ser el tipo al que llamaban el Barbero. Era demasiado joven para ser la causa de los terribles rumores asociados a ese nombre. Además, el tipo no se habría molestado en ir solo para aquello.

Hanja bajó del coche y le hizo una reverencia a Viejo Mapache, que respondió con un asentimiento apenas perceptible. A pesar de que eran las dos de la mañana y de que se encontraban lejos de la civilización, Hanja iba recién afeitado y vestido con traje y corbata.

Tras mirar distraídamente a su alrededor, caminó hasta donde estaba Reseng, que fumaba acucillado frente al incinerador. El intenso olor de la colonia de Hanja flotaba en el aire y anunciaba su presencia.

—Llego tarde, pero no podía dejar de despedirme de un gran guerrero —dijo.

Reseng alzó la mirada. Hanja le guiñó un ojo para indicarle que estaba bromeando.

—Me he enterado de que Chu estuvo en tu casa antes de venir a verme.

—¿Ah, sí?

—Pensé que me llamarías.

Reseng le dio una larga calada a su cigarrillo y no dijo nada. Hanja sacó un pastillero plateado del bolsillo de su traje y se echó un par de pastillas de menta en la boca.

—Si me lo hubieras dicho, habrías recibido una parte del dinero de la recompensa. ¿No te dije que le daría la mitad a quien proporcionara información que condujera a su captura? —Había un deje de burla en su voz.

—De pronto olvidé tu número —dijo Reseng. Apagó el cigarrillo contra el suelo.

Hanja sacó una tarjeta de presentación de su estuche chapado en oro, se inclinó y la colocó dentro del bolsillo frontal de Reseng.

—Asegúrate de llamarme la próxima vez. Todos debemos trabajar juntos.

Después, se acercó a Oso, sacó un sobre grueso del bolsillo interior de su chaqueta y se lo entregó. Este tomó el sobre y se inclinó hasta formar un ángulo recto con el cuerpo. Cada palabra que Hanja decía, Oso la recibía con una reverencia: «Sí, señor; sí, señor; por supuesto, señor». Cuando terminó de hacer negocios con él, Hanja bajó la cabeza y miró en dirección al incinerador

durante tres segundos. Luego volvió a hacerle otra reverencia a Viejo Mapache, subió al coche y se marchó.

Reseng encendió otro cigarrillo. «Todos debemos trabajar juntos.» Las palabras le resonaban en la cabeza. Tal vez Hanja tenía razón; los tipos como ellos debían trabajar juntos. Porque los que no eran igual que ellos, los hombres de verdad, ingerían whisky con el estómago vacío, gemían como gatos en el baño y morían sujetando cuchillos de cocina en las manos.

LA LUZ DEL incinerador se apagó.

Oso abrió la puerta y esperó a que el calor se disipara. Brotaron nubes de humo que revelaron los huesos blancos del viejo y de su perro. Tenían el aspecto triste y abandonado del esqueleto de un camello en medio del desierto, erosionado por el viento y la arena.

Oso tiró su cigarrillo y se puso manos a la obra. Extendió una esterilla en el suelo, puso una pequeña mesa encima y colocó sobre esta una vela, incienso, una botella de vino de arroz y una copa. Revisó que no hiciera falta nada, luego se volvió hacia Reseng y lo miró como preguntándose por qué no se unía a él. Este hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Adelante, pide perdón para que puedas ir al paraíso —dijo Reseng—. No me importa ir al infierno.

Oso encendió el incienso y llenó la copa de vino. Hizo un par de reverencias y se postró ante la pila de huesos calientes que yacían dentro del incinerador. Meditó con los ojos cerrados durante varios minutos mientras murmuraba algo en voz baja: una oración, quizá, o un ensalmo. Después, remojó el dedo en la taza de vino y sacudió el líquido por todas partes en torno a la mesa y frente al incinerador. Reseng, que ignoraba de dónde había sacado Oso aquel ritual, permaneció sentado aparte y fumó hasta que el otro terminó su ceremonia y guardó la esterilla. Le ardían las entrañas a causa del humo que le subía y bajaba por la garganta.

Oso utilizó un largo gancho de metal para deslizar la plancha sobre los rieles. Los huesos aún despedían humo. Parecían demasiado indefensos e insignificantes como para haber pertenecido, hasta hacía unas horas, al viejo que reía y parloteaba con las flores y al perro que correteaba por el jardín. Se colocó otro par de guantes de algodón, agarró unas tenazas y, con cuidado, comenzó a reunir los huesos del viejo.

—¿Qué hacemos con los huesos del perro? —preguntó.

—Ponlos todos juntos.

—¿Qué? No podemos hacer eso. ¿Quién mezclaría huesos de humano y de perro...?

Oso guardó silencio un instante y se quedó mirando a Reseng.

—No desobedeciste las órdenes, ¿verdad?

Reseng respondió.

—¿Por qué lo harías? Tú sabes lo chapados a la antigua que son esos planificadores. Detestan ese tipo de cosas.

—Como si alguien fuera a prestarle atención a un montón de cenizas. Terminarán arrojadas en el río, sin dejar rastro.

—Más vale que no sea yo el único al que jodan por esto.

Reseng sacudió la cabeza, como tratando de ahuyentar los temores de Oso.

—Mezclar los huesos te traerá suerte. Ese perro era un obsequio especial para el viejo. Y a ti te gustan las cosas que te traen buena suerte.

El hombre lo meditó un segundo y entonces añadió los huesos de Santa a la caja que contenía

los del viejo.

—En los tiempos en que este caballero era general —murmuró Oso—, solía aparecer por aquí de vez en cuando, pero nunca uniformado. Era tan elegante...

Revisó con cuidado la plancha en busca de fragmentos de hueso que hubiera pasado por alto y barrió las cenizas con una escobilla.

—Cuando muera, voy a quemar mi cuerpo aquí mismo —dijo Oso con cursilería—. La gente como nosotros debería acabar igual que ellos.

—Eso sería bueno.

—Sí, sería muy bueno.

—Pero, si mueres, ¿quién se encargará de la incineración?

Se quedó perplejo.

—Hum, no había pensado en eso.

Colocó los fragmentos de hueso en un mortero de hierro y comenzó a triturarlos a mano. Los molió muy finamente, con cuidado de que el polvo no saliera volando. Perlas de sudor le brotaron de la frente. Aun después de que los huesos parecieran pulverizados por completo, pasaba los dedos por entre las cenizas y volvía a molerlas si llegaba a sentir la menor esquirla.

Después de veinte minutos, dejó la mano del mortero. Con sumo cuidado trasladó los huesos pulverizados a una caja de madera de arce, la envolvió en un paño y se la entregó a Reseng. Las cenizas aún estaban calientes. Reseng colocó la urna sobre el asiento del copiloto de su coche, se extrajo un sobre del bolsillo y se lo entregó a Oso, que sacó los billetes y los contó dos veces.

—¿Quieres una factura para tus impuestos? —le dijo sonriente.

—Como si los pagara.

—Ven más a menudo. Es la única manera de que los dos podamos llegar a fin de mes. Me ha ido muy mal últimamente —dijo Oso con un puchero. Reseng sonrió.

Subió al coche y encendió el motor. El sol se asomaba por la montaña. Cuando la luz del día le tocó el rostro, la tensión abandonó su cuerpo y sintió vértigo. Se llevó la mano a la frente y apoyó la cabeza contra la ventanilla.

Como el coche no se movía, Oso se acercó y dio unos golpecitos en el vidrio.

—¿Estás bien?

Asustado, Reseng alzó la vista y lo miró con los ojos hundidos.

—Si estás cansado, échate una siesta antes de irte. —Oso parecía preocupado.

Reseng sacudió la cabeza.

—Tengo que irme.

Asintió para hacerle ver que estaba bien, quitó el freno de mano y puso el coche en marcha. Descendió la montaña en dirección a la autopista que lo llevaría de vuelta a Seúl. El reflejo de Oso en el espejo retrovisor diciéndole adiós con la mano se fue haciendo más y más pequeño, hasta que desapareció.

LA BIBLIOTECA DE LOS PERROS

DESDE LUEGO QUE no había ningún perro allí.

Viejo Mapache no era de los que criaban perros en una biblioteca. Había llamado Biblioteca de los Perros a la suya para burlarse de la gente que presumía de frecuentar bibliotecas pero que en realidad jamás abría un solo libro; o tal vez para burlarse de sí mismo por haber pasado más de sesenta años de su vida velando por una biblioteca que casi siempre estaba vacía. Incluso había colocado un enorme letrero que decía Biblioteca de los Perros justo encima de la entrada. Los que visitaban el lugar por primera vez generalmente miraban el letrero con extrañeza, inclinando la cabeza con estupefacción, o bien se reían. Y luego, segundos más tarde, la expresión de su rostro se agriaba.

—Espera un minuto, ¿nos está llamando perros? ¿Qué demonios?

¿En qué estaba pensando Viejo Mapache cuando colgó aquel letrero? Reseng se lo atribuía al cinismo típico de los estirados intelectuales tradicionales que se pasaban media vida confinados en salones privados con paredes recubiertas de libros. Pero podía ser la manera en que Viejo Mapache le hacía un gesto obsceno al mundo por haberse llevado a un joven bibliotecario que disfrutaba de una vida feliz y tranquila entre los volúmenes, aunque lastrada por una cojera a raíz de un ataque de polio en la infancia. A lo que había que sumarle que lo hubieran puesto a trabajar durante años enteros como intermediario entre planificadores y asesinos. Sea cual fuere la razón, aquel letrero le proporcionaba una diversión interminable.

Reseng pensaba que era una actitud pueril. Si aquella biblioteca hubiera sido suya, jamás habría colgado ese letrero. Pero la vida nunca es como deseamos, y, por lo tanto, si se hubiera visto forzado a colgarlo como consecuencia de una extraña mezcla de oscuras y complicadas estipulaciones y oportunos chantajes (¿como si alguien estuviera dispuesto a chantajear a otra persona con algo tan ridículo!), entonces al menos habría comprado un par de perros, eso por supuesto. Además de libros de todo el mundo que hablaran de perros.

Se imaginaba a un joven estudiante alzando las cejas al preguntarle:

—Pero, señor Reseng, ¿qué clase de nombre es ese para una biblioteca? ¿Acaso trata de insultar al noble mundo intelectual?

Reseng le dedicaría al joven estudiante una sonrisa amable y solemne, y le respondería:

—Por supuesto que no, joven. No tengo la menor intención de ofender al noble mundo intelectual. ¿Qué demonios le hace pensar eso? Tal vez deberíamos comenzar con ese prejuicio suyo de que los libros y los perros no pueden estar juntos.

Entonces señalaría a los animales, que estarían paseando despreocupadamente frente a las estanterías abarrotadas.

—Mire esos perros. ¿Acaso no son magníficos? Y justo aquí mismo, de la D-11 a la D-43, hay toda clase de libros sobre perros. Esta biblioteca tiene la mayor colección de libros sobre el tema. Tenemos sobre chihuahuas, pastores escoceses, ovejeros, galgos, san bernardos, perdigueros. Custodiamos ejemplares sobre todas y cada una de las razas de perros del mundo. Y no solo eso, esta biblioteca cuenta también con libros sobre la alimentación y la crianza de perros, su linaje y sus conflictos con otras especies, y muchas cosas más. Incluso podría decirse que esta biblioteca es el corazón espiritual de la condición canina: el Vaticano canino, por así decirlo.

Al final, el joven estudiante asentiría.

—Sí, ya veo. ¡Ahora lo entiendo! ¡Su trabajo es realmente impresionante!

—Es una labor sagrada.

El Vaticano canino. ¿No sería increíble? Cuanto más lo pensaba, más le parecía que tanto los libros como los perros lo apreciarían y se sentirían halagados. Pero no era la pretensión de Viejo Mapache emplear una metáfora tan elegante. Al contrario, su elección de la palabra *perros* daba a entender que la biblioteca (creada en 1920, justo después de que el Imperio del Japón rebautizara su estrategia colonizadora y que la Ley Marcial pasara a ser la Ley Cultural) había sobrevivido durante décadas a la sombra del autoritarismo, que poseía su propia e ignominiosa historia como sede de los principales asesinatos cometidos en la historia moderna de Corea del Sur, y que sentía asco de sí mismo por ser parte de esa historia ignominiosa.

Pero Viejo Mapache había elegido aquella vida. ¿Por qué meterse con los pobres e inocentes perros a causa de las decisiones que había tomado? En serio, ¿qué culpa tenían los perros?

ERAN LAS DIEZ de la mañana cuando Reseng entró en la biblioteca.

Estaba desierta, como siempre. La única empleada, una bibliotecaria de ojos bizcos, lo saludó con la mirada fija en un punto que él no podía más que adivinar.

—¡Buenos días!

Su alegre voz resonó como el chillido de una alondra bajo el techo abovedado. Aquella voz aguda siempre lo sacaba de quicio. Era demasiado brillante para un sitio construido por un maestro artesano japonés durante la era colonial y abandonado a su suerte un siglo después. Saludó secamente a la bibliotecaria con un asentimiento y se dirigió hacia el despacho de Viejo Mapache.

—Tiene una visita —dijo la mujer, levantándose de su asiento.

Reseng se detuvo. ¿Quién iría a la biblioteca tan temprano para encargarse de un trabajo?

—¿Una visita? —preguntó—. ¿Quién es?

—Ese caballero tan alto y elegante. El educado.

¿Alto, elegante y educado? Nadie con esas cualidades tendría motivos para merodear por allí. Confundido, Reseng inclinó la cabeza hacia un lado.

Con creciente impaciencia, la bibliotecaria añadió.

—Ya sabes, el sujeto que usa trajes muy finos, el que siempre va a la moda y es muy distinguido.

Reseng resopló. Estaba hablando de Hanja. La bibliotecaria bizca creía que Hanja era educado, elegante y distinguido. ¡Y que, aparentemente, así era todo el tiempo! ¿De dónde rayos habría sacado esa idea? Aunque, por otro lado, tal vez fuera él el que estuviera equivocado. Después de todo, Hanja era rico, tenía un título rimbombante de Stanford e interpretaba

constantemente el papel de un caballero. Y aunque no lograba convencerse de que el tipo fuera guapo, no podía negar el hecho de que Hanja era alto. Asintió y de nuevo se dirigió hacia el despacho de Viejo Mapache, pero la bibliotecaria llegó corriendo y lo sujetó del brazo.

—Me dijo que no dejara entrar a nadie. Hoy no.

Enfatizó las palabras «hoy no» como si se tratara de un acontecimiento que solo ocurriría una vez en la vida. Lo tenía bien agarrado del brazo. Contempló la mano de la mujer y luego alzó la mirada despacio hacia su rostro. Ella lo soltó.

—¿Quién te dijo que no dejaras pasar a nadie? ¿Viejo Mapache o Hanja?

La mujer vaciló.

—Hanja. Pero el señor Mapache estaba justo al lado cuando lo dijo.

Miró la puerta cerrada. En vista de lo temprano y lo rápido que Hanja había ido, debía de estar furioso por la forma en que el complot se había torcido. Reseng puso la caja de madera de arce que contenía las cenizas del viejo y del perro sobre la mesa redonda frente al escritorio de la bibliotecaria. Tomó asiento y se sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo. En cuanto encendió uno, la bibliotecaria frunció el ceño.

La mujer volvió a su escritorio y se puso a tejer. Reseng supuso que aquello significaba que ya había acabado sus tareas del día. El ovillo era rojo. Aún no había avanzado tanto como para que él pudiera darse cuenta de qué era lo que estaba tejiendo. Jamás la había visto leer un libro. Ni siquiera periódicos o revistas. Lo único que hacía era sentarse ante su escritorio, sola por completo en aquella biblioteca desierta a donde nadie acudía a leer libros o a pedirlos prestados, ni mucho menos, y naturalmente, a devolverlos, y tejía, o bordaba, o se pintaba las uñas de todos los colores del arcoíris.

—¿Qué es eso? —preguntó la bibliotecaria, deteniendo súbitamente su labor—. ¿Son dulces japoneses?

Miraba la caja que Reseng había puesto sobre la mesa. La caja de madera de arce estaba envuelta con un lienzo blanco y tenía el aspecto inconfundible de una urna de madera. El sicario no tenía la menor idea de por qué ella pensaba que eran dulces.

—Sí, son dulces japoneses. Pero no son para ti, así que aleja las garras de ellos.

La mujer le hizo una mueca con el labio inferior, cubierto de una gruesa capa de pintalabios rojo. Justo encima de la boca tenía un lunar que parecía muy decepcionado por no haber nacido en el rostro de Marilyn Monroe. La mujer usaba sombra de color rojo oscuro. Se había depilado las cejas y las había sustituido por dos medias lunas tatuadas. El resultado de todo aquello la hacía parecer boba y extraña. No obstante, aparte del hecho de ser bizca, no era fea.

Se puso a tejer de nuevo y pareció olvidarse de la presencia de Reseng, sentado frente a ella. Sus movimientos eran más rápidos que antes, pero había algo torpe y vacilante en su labor. Seguro que le costaba trabajo concentrarse en los puntos.

—Deberías operarte —dijo Reseng.

Ella lo miró confundida.

—He dicho que deberías operarte.

—¿Operarme qué?

—Los ojos. Para enderezarlos. Dicen que ahora es un procedimiento muy simple. Ni siquiera es caro.

La mujer se mostró desconcertada. Con su expresión parecía querer decir: «¿Es que no tienes

ya suficientes problemas, idiota? No te metas en mis asuntos». O posiblemente: «No me importa tener los ojos al revés. ¿Por qué debería preocuparme de lo que piensa un perdedor como tú?».

—A nadie le importa hacia dónde miro —respondió ella, tajante.

Le dirigió una larga y persistente mirada iracunda. Aquella vez su expresión decía claramente: «Estás advertido. No toleraré más insolencias. Has hecho que me enfade muchísimo». Pero con un ojo apuntando al cielo y el otro dirigido a las estanterías de la izquierda, la advertencia resultaba más cómica que severa. No porque Reseng no se la tomara en serio, sino porque era casi imposible amenazar seriamente a alguien con unos ojos que miraban a la vez al techo y al suelo.

—Lo siento —dijo—. No era mi intención.

La bibliotecaria no respondió. En lugar de eso, murmuró algo indescifrable y siguió tejiendo, con todo el enfado escrito en el rostro. Reseng asumió que lo había mandado a la mierda por lo bajo.

Viejo Mapache había visto desfilar a un montón de bibliotecarias, a las que acababa despidiendo por motivos muy frívolos. Por culpa de un libro mal archivado, porque la bibliotecaria había dejado pasar un mes sin arreglar un pequeño rasguño en un libro de más de dos décadas de antigüedad o porque había demasiado polvo en una de las cerca de novecientas estanterías. Incluso había llegado a despedir a una por haber puesto una taza de café sobre un libro. Y, claro, muchas se marchaban por decisión propia. Una dijo que no tenía suficiente trabajo; otra, que aquel lugar era tan lúgubre que sentía que se ahogaba; la siguiente, que estar sola en aquella biblioteca desolada la hacía sentir como un personaje de una película de terror. Y la misteriosa razón que esgrimió otra bibliotecaria para marcharse fue que no había podido leer ni una sola frase desde que puso un pie en aquel lugar.

Reseng se había llevado bien con la mayoría de ellas, independientemente de cuánto hubieran durado en el puesto. Las consideraba amigas con las que podía hablar de libros; de hecho, las únicas que tenía. Con ellas podía compartir los pensamientos y las emociones que los libros despertaban en él, lo que explicaba por qué conversar con ellas siempre le dejaba una sensación de tranquilidad y de paz mental.

Por lo general no pasaba mucho tiempo hasta que advertían las peculiaridades de la biblioteca. Aprovechaban los momentos en que Viejo Mapache no estaba cerca para preguntarle con discreción a Reseng sobre el propósito de la biblioteca y la institución a la que pertenecía. Naturalmente, cualquiera que trabajase más de un mes en aquel extraño lugar bajo las órdenes de su dueño cascarrabias comenzaría a hacerse preguntas. Cuando le preguntaban, Reseng les explicaba que aquella era una biblioteca exclusiva para altos funcionarios del Gobierno.

Ellas inclinaban la cabeza y decían:

—Pero nunca he visto que un funcionario entre a leer o a sacar un libro.

Y Reseng respondía:

—Por eso nuestro país es un desastre. —Y reía.

Pero la bibliotecaria bizca nunca había preguntado nada, ni una sola vez. En su primer día no se interesó por dónde estaba su escritorio o cuáles serían sus funciones. Peor aún (o siguiendo la misma lógica), ni siquiera preguntó dónde estaba el baño o dónde guardaban la escoba. Era como si no tuviera la más mínima curiosidad, interés o queja por algo que no fuera el bordado, el esmalte de uñas y hacer punto. Cuando Viejo Mapache le daba instrucciones, ella lo escuchaba mientras lo miraba con aquellos inquietantes ojos apuntando a todas partes, y luego se ponía a trabajar en silencio.

Había pasado cinco años en la Biblioteca de los Perros sin hacer ni una sola pregunta. Era probable que se tratara de la bibliotecaria que más había durado bajo las órdenes del gruñón y caprichoso Viejo Mapache. No le importaba en absoluto qué clase de lugar era aquel que permanecía vacío todo el año o quiénes eran las personas de aire malvado o misterioso que lo visitaban ocasionalmente. Se limitaba a presentarse a trabajar por la mañana y a sacudir el polvo de los libros. El resto del tiempo tejía o bordaba febrilmente. Pero lo más inaudito de todo era su infalible habilidad para colocar con precisión los libros en las estanterías, de tal forma que ni siquiera Viejo Mapache, tan exigente, podía encontrar algún error. A Reseng siempre le parecía sorprendente y a la vez sospechoso que una bibliotecaria que no leía libros pudiera mantenerlos tan perfectamente ordenados.

Era, con diferencia, la bibliotecaria más extraña que había conocido. De vez en cuando, Reseng mencionaba un libro que estaba leyendo y ella de inmediato respondía, con voz monótona y la barbilla apoyada en la mano: «En la sección C-54 hay otros libros como ese. Ve y échales un vistazo». Por descontado, lo único que podía hacer era dirigirse a la C-54 con una vaga sensación de desconcierto y decepción.

Hasta hacía poco, el fondo de la biblioteca se había mantenido en doscientos mil libros. Viejo Mapache solía pedir títulos nuevos con regularidad, pero tiraba otros a la basura con la misma periodicidad y en igual número. Alegaba que lo hacía porque ya no había más espacio, pero fácilmente podría haber conservado cientos de miles más. La verdadera razón por la que los desechaba era que una mayor cantidad de libros implicaría añadir más estanterías, y era reacio a mover las existentes, que había ordenado a su gusto hacía mucho tiempo. Hasta donde Reseng recordaba, la disposición de las estanterías jamás había cambiado, ni tampoco el método de Viejo Mapache para clasificar los libros. Tampoco dejaba espacio para las nuevas categorías que aparecían con el paso del tiempo. Por consiguiente, los que no podían clasificarse en las categorías de Viejo Mapache iban directos a la pila para descartar, aunque fueran nuevos.

Cuando les llegaba su hora, Viejo Mapache colocaba una tira de papel negro alrededor de los ejemplares descartados. Era su forma especial de sentenciarlos, un rito funerario dedicado a los libros que habían llegado al final de su vida. Sucedía igual con los asesinos que se hacían mayores: se incluían en una lista y los exterminadores los eliminaban cuando les llegaba la hora. Naturalmente, la duración de la vida de un libro la determinaba el propio Viejo Mapache, y ni Reseng ni las bibliotecarias podían entender por qué algunos se descartaban.

La bibliotecaria reunía los libros con las tiras negras y los apilaba en el patio para que los quemaran el domingo por la tarde, el día que ella libraba. Viejo Mapache habría podido vendérselos a las librerías de viejo o incluso a una empresa de reciclaje, pero insistía en quemarlos.

Reseng se encariñaba con los libros abandonados de Viejo Mapache. No podía explicar bien por qué, pero sentía que merecían su amor. Eran los únicos ejemplares de la Biblioteca de los Perros que le permitían llevarse a casa. Los domingos por la mañana, antes de que pasaran por el fuego, examinaba con detenimiento la pila junto al bidón de gasolina y escogía los que le gustaban. Cuando terminaba, los demás quedaban desperdigados por todo el patio, despreciados tanto por Viejo Mapache como por Reseng, tan patéticos y desesperados como prisioneros de guerra ante el pelotón de fusilamiento.

—No tienes por qué quemarlos —decía Reseng—. Podrías vendérselos a una librería de viejo.

Viejo Mapache respondía lo mismo en cada ocasión:

—Cada libro debe seguir su propio destino.

En otras palabras, el particular destino de los libros que pertenecían a aquel ridículo y miserable sitio donde nadie iba a leer (¡ni siquiera la bibliotecaria!), era aburrirse miserablemente como damas de la corte. Su cuerpo virgen se marchitaba mientras se consumían de pena sin ser amadas ni una sola vez por el emperador, hasta que al final envejecían y las expulsaban de palacio.

Reseng tenía la certeza de que la biblioteca perduraría el mismo tiempo que las personas que la visitaban. No tenía fe en los libros, sino en las estanterías y en el edificio que los contenía. Lo que había sostenido la biblioteca todo aquel tiempo eran sus enormes estanterías de madera, confeccionadas con los mismos pinos de valor incalculable que se emplearon para construir palacios durante la dinastía Joseon. Los libros iban y venían, pero aquellas pesadas estanterías, primorosamente elaboradas por un famoso fabricante de muebles de la era colonial, seguían indemnes, rectas e impecables tras noventa años de uso.

La bibliotecaria bizca había estado tejiendo sin parar durante treinta minutos. Cada vez que Reseng encendía un cigarrillo, ella alzaba la cabeza y lo fulminaba con la mirada. Pero él seguía fumando, imperturbable. No tenía esperanzas de que ella cambiara la opinión que tenía sobre él. En su mente, Hanja era distinguido y elegante, y Reseng, una calamidad.

—¿A qué hora llegó Hanja? —preguntó a la bibliotecaria.

—A las nueve y media —respondió ella, sin alzar la vista.

—¿Y a qué hora llegaste tú?

—A las ocho.

Había llegado temprano. La biblioteca no abría hasta las nueve, ¿por qué había llegado antes? No tenía nada que hacer aparte de limpiar. No la entendía. Reseng miró de nuevo la puerta del despacho. Seguía cerrada. Si el hombre había llegado a las nueve y media, eso significaba que él y Viejo Mapache llevaban casi una hora hablando. Pero ¿de qué?

Cada vez que Hanja se reunía con altos funcionarios gubernamentales o con otros poderes de facto, les decía que Viejo Mapache era «como un padre» para él. A veces dejaba a un lado la palabra *como* y simplemente decía que era su padre. La truculenta trayectoria de más de noventa años de la Biblioteca de los Perros le daba a Hanja —que casi era un recién llegado en el negocio del asesinato— un halo de tradición y autoridad. Propensos a la paranoia y sumamente espantadizos, los vejestorios que movían los hilos aún confiaban en el limpio y ordenado método que Viejo Mapache empleaba para cumplir con el trabajo. De vez en cuando, tras escuchar de nuevo el rumor de que Hanja se las daba de conocer gente importante y que se colgaba de la fama de Viejo Mapache, Reseng pensaba que tal vez sí era hijo suyo. Después de todo, un monstruo como Hanja solo lo podría haber engendrado otro monstruo.

Reseng estaba encendiendo el enésimo cigarrillo cuando oyó gritos provenientes del despacho. Él y la bibliotecaria alzaron la mirada a la vez. Más gritos. La voz de Viejo Mapache. La bibliotecaria miró a Reseng desconcertada. Justo entonces, Hanja salió furioso del despacho. Tenía la cara colorada. No se había afeitado; incluso estaba despeinado. Era evidente que se había lanzado a toda prisa en dirección a la biblioteca nada más saber que la conspiración para matar al viejo había sufrido cambios. Era la primera vez que Reseng veía a Hanja perder la compostura. De hecho, también era la primera vez que escuchaba a Viejo Mapache gritar como un marinero borracho. Su especialidad era el sarcasmo, no el volumen. Mientras se dirigía a la salida, Hanja

lo vio y se detuvo en seco. Sus ojos desorbitados iban de un lado a otro, de la cara de Reseng a la urna de madera envuelta en el lienzo blanco.

—¿Qué es eso? —preguntó furioso.

—Dulces japoneses.

Lo fulminó con la mirada y se mordió el labio inferior, como si quisiera molerlo a golpes, pero enseguida recuperó su habitual compostura y sonrió con aire despectivo. Comenzó a decir algo, pero de inmediato se volvió hacia la bibliotecaria bizca.

—Lo siento, señorita, pero ¿nos puede permitir un minuto a solas? Necesito hablar con este caballero.

La bibliotecaria lo miró sin comprender. Hanja ladeó la cabeza levemente. Acto seguido, ella se levantó de un salto y empleó el tono agudo, semejante al de un pájaro, que usaba cuando quería ser amable.

—Vaya, por supuesto, no hay problema.

Dejó las agujas de tejer sobre el escritorio, pero cuando se levantó se puso muy nerviosa, porque estaba claro que no sabía adónde dirigirse. Se volvió hacia Hanja y le sonrió con incomodidad antes de salir a toda prisa. Tras oír el chasquido de la puerta al cerrarse, el hombre cogió una silla y se sentó frente a Reseng.

—¿Te importaría darme uno de esos?

Señaló el paquete de cigarrillos sobre la mesa.

—Pensé que odiabas las cosas que apestan.

Hanja frunció el ceño. No estaba de humor para bromas. Parecía demacrado, como si no hubiera dormido. Reseng empujó el paquete y el encendedor en su dirección. Hanja sacó un cigarrillo, lo encendió, aspiró profundamente y exhaló una gran nube de humo.

—Ha pasado tanto tiempo que me mareo.

Se frotó los ojos, como si en realidad estuviera mareado o como si el humo se los irritara. Los tenía inyectados en sangre. Trató de darle otra calada al cigarrillo, pero cambió de idea y aplastó la colilla en el cenicero. Contempló un rato la urna de madera.

—Pedí específicamente que me entregaran el cuerpo del general y tú me traes una caja con cenizas. No me sirven las cenizas. —Su voz era casi un susurro.

Reseng no respondió.

—¿Cómo es que una tarea tan sencilla ha acabado convertida en un desastre?

La voz de Hanja era suave y sosegada. Reseng pensó que lo estaba tanteando para comprender por qué Viejo Mapache había desobedecido las órdenes de los planificadores.

—Mira —le dijo—, yo solo soy un asesino que trabaja por un salario. Los subalternos como yo seguimos las órdenes que nos dan, así que obviamente no tengo idea de qué está pasando.

Quería hacerle entender a Hanja que era inútil que lo interrogara, pues no iba a sonsacarle nada.

—No tienes ni idea... —Hanja tamborileó con los dedos sobre la mesa.

Reseng se inclinó para recuperar su encendedor y sus cigarrillos, y encendió otro.

—¿Cuántos fumas al día?

—Dos paquetes.

—¿Es que no ves las noticias? El cáncer de pulmón es el más letal que existe y si fumas tienes quince veces más posibilidades de contraerlo. Para un fumador empedernido como tú, el cáncer se

da por sentado.

—Dudo mucho que sobreviva en este negocio el tiempo suficiente para enfermar de cáncer de pulmón.

Hanja resopló.

—Eres un tipo gracioso, siempre lo he pensado —dijo—. Eres difícil de interpretar, pero me diviertes. Creo que por eso me caes bien.

Reseng aplastó su cigarrillo a medio fumar en el cenicero y encendió otro mientras Hanja continuaba parlotando. «Oh, sí, soy un encanto.» Luchó contra la imperiosa necesidad de darle un puñetazo en la boca.

—Ese trabajo valía millones —dijo Hanja—. El complot iba a ser algo grande, de una magnitud que un simple asalariado como tú jamás podría imaginar. Pero Viejo Mapache lo ha arruinado todo antes de empezar.

—Caray, qué pena. Todo ese dinero que se ha perdido... Se me rompe el corazón.

—Estoy seguro de que puedo arreglarlo. Es mi especialidad, después de todo. Pero ¿quién me compensará por el golpe asestado a mi honor y credibilidad? ¿El despreciable Viejo Mapache? ¿O un vil matón como tú?

Reseng sintió repugnancia al escuchar las palabras *honor* y *credibilidad* saliendo de la boca de Hanja.

—¿Desde cuándo vale más tu estúpido honor que el del general?

—¿Para qué necesita honor un cadáver? Si lo hubieras dejado en paz, se habría podrido en la tierra como se supone que debía hacer.

—Me aseguraré de hacerle a tu cadáver esa misma pregunta el día que Oso te incinere. La formularé justo antes de meterte en el horno.

—Asegúrate de que sea así. Te puedo garantizar que mi cadáver te dará la misma respuesta que te doy ahora. Somos hombres de negocios. ¿Quién haría algo así de estúpido cuando hay millones de por medio? Si hubieras entregado el cadáver como se te indicó, yo me habría encargado de venderlo como algo digno de valor. Los políticos y la prensa pueden hacer después lo que quieran con él. No me importa.

—¿Se supone que Viejo Mapache es tu amigo! —gritó Reseng—. No sé por qué soporta a un gilipollas como tú cuando nadie más lo hace.

Hanja soltó una carcajada arrogante. Parecía disfrutar con el hecho de que el sicario hubiera revelado sus verdaderos sentimientos, como si aquella hubiera sido su intención desde el principio y ahora ya tuviera lo que quería de él.

—¿Lo ves? Ya te dije que eras un tipo gracioso —dijo.

Hanja había planeado que la noticia se difundiera en las noticias de las nueve. Quería que el asesinato apareciera en la portada de todos los periódicos del país. ¡La muerte de un general que procedía de Corea del Norte y que se convirtió en una figura clave en tiempos de la KCIA, antes de que esta se transformara en el Servicio Nacional de Inteligencia! E incrustado en su cuerpo se había hallado un proyectil poco común del calibre 7,62 mm, que solo podía provenir de un fusil AK-47 de manufactura rusa. Un magnicidio sospechoso por arma de fuego, que, definitivamente, olía a juego sucio.

Al día siguiente del descubrimiento del cadáver, una cinta policial amarilla rodearía la casa del viejo y el habitualmente tranquilo bosque se animaría de pronto con la presencia de

periodistas y reporteros de televisión que exagerarían cada detalle desproporcionadamente, y con la de policías incompetentes que no tendrían la menor idea de lo que debían hacer. Los informativos de televisión iban a demostrar la pericia científica a la hora de reunir pruebas mediante grabaciones de los equipos forenses avanzando mientras peinaban el bosque a intervalos de un centímetro desde el lugar del impacto. Las pantallas de televisión mostrarían el rostro gigante de un experto con una calvicie incipiente y extremadamente serio mientras se preparaba para que lo entrevistasen. Al mismo tiempo que señalaba las pruebas número 1, 2, 3 y 4 —un casquillo de bala, un envoltorio de chicle, un paquete de galletas vacío, heces humanas— halladas por los forenses, el experto de la cara gigante balbucearía incontables tonterías sobre la inestabilidad de las relaciones internacionales y los movimientos del ejército de Corea del Norte. Al día siguiente y el de después, las noticias estarían saturadas de comentarios sobre el envoltorio de chicle, el paquete de galletas vacío y los excrementos humanos.

¿Qué era lo que pretendían provocar? En aquel momento, cuando era posible reservar un asiento en un pequeño transbordador espacial, atravesar como un bólido la atmósfera y contemplar como un turista boquiabierto la Tierra durante cinco largos minutos en el espacio antes de regresar, ¿de verdad pensaban que podían convertir el asesinato del viejo en otra trasnochada trama de espionaje? Nadie podía afirmar dónde se había originado la conspiración ni cuál era su objetivo final. Nadie sabía nunca toda la verdad. En el mundo de los planificadores, todos evitaban disponer de más información de la estrictamente necesaria. Cuanta más información poseyeras, con más facilidad podías convertirte en un objetivo. La ignorancia era supervivencia. Y no podías fingirla; tenías que ser un verdadero ignorante. ¿Para qué iba a molestarse alguien en preguntarte cuánto sabías cuando simplemente podían matarte? Por esa razón todos preferían quedarse dentro de su pequeña parcela, sin ni siquiera asomar las narices fuera. Con un número suficiente de esas pequeñas parcelas, tienes una conspiración, entretejida con conexiones ridículamente extensas e intrincadas entre innumerables participantes. Tal vez habían planeado volar una presa y por razones presupuestarias se habían visto forzados a dar un giro inesperado y terminaron matando a un exgeneral acabado.

De cualquier modo, el plan había salido mal. El cuerpo que planeaban usar había sido reducido a cenizas. Tal y como Hanja había indicado, no puedes crear un circo mediático a partir de un montón de polvo.

Hanja miró su reloj y se puso de pie. Había dicho lo que tenía que decir.

—Tengo que irme. Todo se ha jodido por tu culpa y soy yo quien tendrá que pagar las consecuencias.

—¿Por mi culpa? —preguntó Reseng, atónito.

—Si sabías que Viejo Mapache había cambiado el plan, deberías haberme avisado. —La voz de Hanja sonaba lastimera—. Para empezar, este trabajo no era para ti. No sé por qué tenías que entrometerte y asumir la culpa en su lugar.

Hanja estaba mucho más calmado y relajado que nada más salir del despacho de Viejo Mapache. Al ser un realista consumado, sabía cómo quitarles importancia a los errores. Era posible que estuviera pensando ya en su próxima artimaña.

—Y por si con esto te has hecho una idea equivocada de ti mismo —añadió Hanja—, déjame darte un consejo: no te sobreestimes. No eres nada. El sitio en el que estás de pie es lo único que tienes. En el instante en que des un paso fuera de esta biblioteca, no serás más que otro asesino fracasado del mercado de carnes, otra aguja desechable de las que se usan una vez y se tiran a la

basura. Así que cuídate, no te pases con los cigarrillos. Si te arruinas los pulmones con tus dos paquetes diarios, ¿cómo podrás correr para salvar tu vida cuando llegue el momento?

Hanja le dedicó otra de sus odiosas sonrisas arrogantes. Se colocó la chaqueta mientras se preparaba para marcharse.

—¡Oh! ¿Te he dado mi tarjeta? —preguntó con un gesto exagerado, como si estuviera pasando por alto un detalle importantísimo.

Reseng lo miró sin decir nada.

Hanja sacó una de su estuche chapado en oro y la colocó frente a Reseng.

—La vas a necesitar. La biblioteca no durará mucho y deberías comenzar a pensar en tu futuro, aprender a hablar con educación, por ejemplo. Hablar en banmal con las personas mayores no está bien. Te lo digo por tu bien —dijo y le guiñó el ojo.

—Le hablo así a todo el mundo. Y tú eres como cualquier otro.

Dejó la tarjeta de Hanja en el cenicero y apagó el cigarrillo en ella. Su interlocutor lo miró un instante y sacudió la cabeza, sacó una nueva tarjeta y esta vez se la introdujo en el bolsillo. Le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Madura. ¿Cuánto tiempo crees que podrás seguir portándote como un niño?

Salió de la biblioteca silbando mientras caminaba. Cuando la puerta se cerró, Reseng oyó que el hombre se dirigía alegremente a la bibliotecaria: «Vaya, aquí hace frío. Siento haberte hecho esperar. La conversación se alargó demasiado». Escuchó la respuesta de la mujer: «¡Oh, no, no hace tanto frío!». Parecía aturdida.

Reseng cogió otro cigarrillo, pero se quedó mirándolo sin encenderlo. El otro tenía razón en una cosa: no deberían haberle asignado la misión de eliminar al general. Los planificadores no solían recurrir a asesinos altamente cualificados como él cuando el objetivo solo era causar revuelo en la prensa. Ese tipo de trabajo era para sicarios fracasados a quienes ya no contrataba nadie o para asesinos de usar y tirar recién salidos del entrenamiento militar, aún jóvenes y sin experiencia.

Cuando un magnicidio salía a la luz, la primera persona a la que la policía buscaba era al tirador. A fin de cuentas, todo lo que querían saber era quién había apretado el gatillo. Cuando al final lograban encontrar a la persona que lo había presionado, se engañaban pensando que ya estaba todo resuelto. Pero cuando lo piensas con detenimiento, la pregunta de quién apretó el gatillo no importa en absoluto. De hecho, puede que sea la menos relevante en un caso de magnicidio. El que importa no es nunca el tirador, sino la persona que está detrás del tirador. Y aun así, en la larga historia del magnicidio, ni una sola vez se ha revelado claramente quién es la persona que se oculta tras las sombras.

La gente cree que Oswald mató a Kennedy. Pero ¿cómo podría haberlo conseguido un idiota incompetente? Mientras la prensa y la policía acusaban a Oswald, los conspiradores y los ejecutores que orquestaron la muerte de Kennedy se dispersaban en distintas direcciones, tranquilamente y sin prisas, y volvían a sus seguros y agradables hogares. Allí, se recostaron en su sillón reclinable, bebieron champán y miraron las noticias. Unos cuantos días más tarde, cuando al mamarracho de Oswald lo eliminó dentro del plazo previsto otro asesino de tercera, la policía cerró el caso y los rostros parecían decir: «Bueno, ¿qué podemos hacer ahora que el responsable está muerto?». La vida es una gran comedia. Lo único que tenía que hacer la policía era encontrar al tirador, y los planificadores solo tenían que eliminarlo.

La policía localiza a un tirador, lo interroga, lo tortura. El bobalicón que apretó un gatillo sin pensar se convierte en un tema de actualidad a mayor velocidad que la que necesitó la bala para llegar a su objetivo. Todos sus conocidos expresan sorpresa y alarma al enterarse de las cosas espantosas de las que es capaz. Los medios de comunicación desentierran lo que pueden sobre él, localizan a todas y cada una de las personas que podrían estar remotamente relacionadas con el susodicho (aunque en realidad no lo estén), distorsionan sus respectivos rostros para garantizar su privacidad y convierten al bobalicón en leyenda. Lo más gracioso de todo es que el idiota que en efecto presionó el gatillo no sabe prácticamente nada de lo que ha sucedido. Ni siquiera tiene la menor idea de lo que ha hecho. ¿Por qué diablos los planificadores le proporcionarían información tan importante a un don nadie o a un asesino de usar y tirar? Las instrucciones que los planificadores les dan a los asesinos son siempre las mismas, sin importar el país o la época: «¿Quién te ha pedido que pienses? Límitate a callar y a apretar el gatillo».

Reseng encendió el cigarro. Se le ocurrió que, de no haber incinerado al viejo, él mismo sería un cadáver en aquel mismo momento. ¿Qué cara pondría Oso al alimentar las llamas con el cuerpo de Reseng? ¿Acaso aquel hombretón que parecía un osito de felpa lloraría histérico para después reír e inclinarse una y otra vez cuando Hanja le entregara su dinero, cuando sus lágrimas hubieran desaparecido misteriosamente mientras contaba dos veces los billetes? Iba por la segunda calada cuando la bibliotecaria volvió, temblando por el frío. Se echó sobre los hombros el jersey de punto que había dejado sobre su silla y se agachó hacia el hueco del escritorio, mientras frotaba las manos sobre el calefactor que guardaba allí. Permaneció inclinada un rato hasta que al final se incorporó y se sentó en la silla.

—¿Joder, deja de fumar de una maldita vez! —exclamó, con el rostro lívido de desprecio.

Reseng apagó el cigarro. Miró en dirección al despacho; la puerta seguía cerrada. ¿Debería entrar? ¿O esperar a que Viejo Mapache se hubiera calmado? No se decidía.

—¿Qué vas a hacer si este lugar cierra? —le preguntó a la bibliotecaria.

—¿La biblioteca va a cerrar? —parecía sorprendida.

—No, dije si cierra.

La mujer vaciló un segundo y después añadió:

—Buscaré a un buen tipo y me casaré.

—Un buen tipo, ¿eh? —Reseng consideró aquellas palabras y preguntó—: ¿Y qué hay de mí?

Ella lo miró como si estuviera loco.

—¿Qué hay de ti? ¿Acaso te dispararon en la cabeza mientras estaba fuera?

Su voz sonó tan fuerte que retumbó en el techo abovedado. Reseng rio, tomó la urna y se dirigió al despacho.

Cuando abrió la puerta, Viejo Mapache se encontraba leyendo una enciclopedia en voz alta, como siempre; había terminado ya la *Enciclopedia Brockhaus* y releía la *Enciclopedia Británica*. Para sorpresa de Reseng, parecía absolutamente sereno. Estaba sentado en la misma silla de siempre, con el mismo libro, leyendo con la misma voz. ¿Cuál era el propósito de leer los mismos libros una y otra vez? Sus hábitos de lectura no tenían sentido para Reseng. Viejo Mapache continuó leyendo hasta que el tirador cerró la puerta del despacho y colocó la urna sobre la mesa de café. Aunque no lo hizo a propósito, la caja hizo ruido al golpear contra la superficie de cristal. Viejo Mapache alzó la mirada de su libro y contempló el envase.

—¿Por qué tardaste un día más?

No daba la impresión de estar reprendiéndolo o acusándolo, solo tenía curiosidad.

—El general me invitó a cenar.

Pensó que aquella respuesta sería una invitación a preguntas adicionales, pero Viejo Mapache se limitó a asentir. Posó las gafas de lectura sobre el escritorio, se levantó y se acercó a la mesita. Desenvolvió el lienzo blanco que cubría la urna y la examinó, acariciando la madera con la palma de la mano antes de abrir la tapa. Las cenizas del viejo y de Santa se encontraban cuidadosamente envueltas en papel blanco. Viejo Mapache abrió el papel y recorrió las cenizas con los dedos. Es probable que notara enseguida que en la caja había más cenizas de las que debería, y que una parte de estas tenía una consistencia diferente a la de las cenizas humanas. Pero su rostro no reveló nada. Por lo que Reseng suponía, Oso, el muy cobarde, podía haber hablado con él para confesar lo del perro, solo por cubrirse las espaldas.

—Oso ha conseguido que el polvo sea muy fino. —Viejo Mapache parecía complacido. Esa fue su única reacción. Dobló el papel, cerró la tapa y ató de nuevo el lienzo blanco. Luego colocó la urna sobre su escritorio—. Permanece oculto durante unos días —le dijo—. No hagas nada. — Aquello indicaba que Reseng podía retirarse.

—Hanja parecía muy enfadado.

El hombre soltó una breve carcajada.

—¿Por qué debería estar enojado? Ha obtenido lo que quería.

—Pero no dejaba de decir que nosotros habíamos arruinado una conspiración que valía miles de millones de wons...

—¿De verdad crees que nos confiaría una operación tan grande? Está feliz de la vida porque ahora tiene un motivo para decirles a esos ancianos del Gobierno que la Biblioteca de los Perros metió la pata. ¡Ja! Te lo juro, es demasiado astuto.

Viejo Mapache parecía estar divirtiéndose. Pero ¿cuál era la maldita gracia?

—¿La biblioteca va a cerrar? —preguntó Reseng.

Viejo Mapache lo miró confundido.

—Hanja intentó asustarme con eso.

Viejo Mapache lo pensó durante un momento. Una sonrisa extraña le apareció en el rostro.

—Si cierra, cierra —dijo, tajante—. ¿Qué hay que temer? De todas formas, esta biblioteca nunca tuvo nada de glorioso.

Pero ¿cómo podía ser? ¿Cómo podía cerrar la biblioteca que había supervisado personalmente durante los últimos sesenta años? El tono de Viejo Mapache era calmado pero contundente, como si llevara mucho mucho tiempo preparándose para aquel momento. Tal vez también por eso parecía tan decidido.

Todo el mundo decía que Viejo Mapache había nacido en la biblioteca y que había pasado allí toda su vida. Y no era una metáfora. Era cierto que había nacido en aquel lugar. Era el hijo del empleado que vivía en una casita adyacente a la biblioteca y que se encargaba del mantenimiento del tejado, la electricidad y la fontanería. Cuando apenas tenía seis años y tras el ataque de polio que le dejó una cojera permanente, Viejo Mapache empezó a encargarse de la limpieza de la biblioteca. A los quince se convirtió en bibliotecario y a la tierna edad de veintiuno ya era director de la biblioteca. Lo que no quedaba claro era cómo Viejo Mapache, que no solo tenía una discapacidad, sino que ni siquiera había acabado la escuela primaria, había sido capaz de pasar por encima de los funcionarios coloniales formados en la Universidad Imperial Keijo de Seúl o en

Japón, y se había convertido en primer bibliotecario y después en director. Quizá la biblioteca era un sitio demasiado tranquilo y aburrido para que las personas inteligentes le dedicaran toda su vida. O tal vez solo era demasiado peligroso.

Viejo Mapache estudió la urna con detenimiento. Después de un rato, se dio cuenta de que Reseng lo observaba y de nuevo dirigió la mirada a la enciclopedia, pero era obvio que no estaba leyendo. Se había olvidado de volver a ponerse las gafas de lectura. Parecía más viejo todavía al contemplar la página sin ver nada.

—Tengo que irme —dijo Reseng.

El otro alzó la mirada y asintió.

Cuando Reseng abandonó el despacho, la bibliotecaria se había marchado. Supuso que había salido a almorzar. Se sentó en la silla de la mujer. A un lado del escritorio se encontraban sus agujas de tejer y un ovillo de hilo rojo. Un separador ocultaba unos diez frascos de laca de uñas organizados por colores, un pequeño y delicado neceser y una bolsa de maquillaje que parecía la clase de accesorio que un maquillador profesional llevaría al set de una película. Junto a la bolsa había un organizador con cajones de plástico que contenían artículos de oficina. Cada cajón llevaba pegada una etiqueta: clips, grapadora, cúter, tijeras, regla. Reseng abrió el cajón de los clips y, claro, contenía sujetapapeles. Alrededor del escritorio había toda clase de peluches: Mickey Mouse, Winnie the Pooh, un panda, un *maneki neko* y muchos más. Parecía que siempre hubieran estado allí, que se encontraran justo donde se suponía que debían estar. Tocó con un dedo a Winnie the Pooh, que iba vestido con una camiseta roja, no llevaba pantalones y sonreía como un idiota mostrando su barriga prominente.

La biblioteca ya no aceptaba libros nuevos. Dos años atrás, alrededor de la fecha en que Oso había incinerado a Chu, Viejo Mapache había dejado de comprar libros e incluso había cancelado los pedidos habituales. Estrictamente hablando, la biblioteca ya no necesitaba una bibliotecaria, bastaba con una secretaria o un conserje. Alguien que atendiera el teléfono, sacara la basura y quitara el polvo de las estanterías de vez en cuando.

Reseng se levantó y caminó despacio por los pasillos bajo la atenta mirada de los libros viejos que nadie había abierto en décadas y que estaban tan resecos que una sola cerilla habría podido prenderlos como si fueran pólvora. Deslizó los dedos por los lomos con la sensación de haber regresado a un callejón en el que hubiera correteado cuando era niño.

Se detuvo y sacó un libro: *El origen de todo*. Examinó la portada y la contraportada y hojeó sus páginas. No pretendía leerlo, aunque en los viejos tiempos lo habría hecho. No tenía ningún interés en él ni había nada que esperara encontrar. Simplemente lo hojeó por la fuerza de la costumbre. La primera línea decía así: «La cebolla fue el primer vegetal que consumieron los seres humanos». Nada profundo ni didáctico. Solo significaba lo que decía. Otras frases que figuraban en el libro eran: «El inventor de la silla reclinable fue Benjamin Franklin». «La primera herramienta usada por el hombre fue el martillo.» Reseng soltó una risita y murmuró entre dientes:

—A Viejo Mapache le encantaría este libro.

Devolvió el libro a la estantería y miró a su alrededor. Los viejos estantes de madera resplandecían bajo la luz del sol, que se filtraba entre las persianas de las ventanas del segundo piso. Una biblioteca en decadencia. Los buenos tiempos quedaban ya muy lejos. Quizá, como Hanja había dicho, había llegado el momento de cerrarla. Todo en ella era demasiado viejo como para soportar los cambios que estaban transformando el negocio del asesinato. Los tiempos de la inconsciencia juvenil habían terminado. Los de aceptar encargos complicados y peligrosos sin

quejarse y de ejecutarlos a la perfección; los tiempos en que los contratistas acudían de todas partes en busca de Viejo Mapache, cuando los trabajos bien remunerados no cesaban de llegar y el dinero se le salía de los bolsillos; los tiempos en que incluso los funcionarios gubernamentales debían andarse con cuidado con Viejo Mapache y el mercado de carnes se movía como las agujas de un reloj ante una sola palabra suya. Aquellos tiempos se habían terminado. Del mismo modo que ya no recibía libros nuevos, tampoco llegaban nuevos encargos a la biblioteca.

Desde el principio, Viejo Mapache debería haber estado preparándose para el día en que terminara como una vieja gloria venida a menos. Debería haberse asociado con una compañía poderosa o, si eso no era de su agrado, haber llegado a un acuerdo con Hanja para entregarle su cartera de clientes. Tendría que haber ahorrado algún dinero, a no ser que su plan de jubilación consistiera en que un puñado de canallas lo acuchillaran una noche mientras estuviera caminando por un callejón oscuro y llegar a su trágico final convertido en un cadáver sacado de las cloacas. O quizá debería haber pensado en preparar un retiro seguro como otros hacían, en lugares como Suiza o Alaska. Pero en vez de eso, Viejo Mapache permanecía sentado en su ruinoso biblioteca leyendo enciclopedias. Lo único que le quedaba eran esos libros viejos, tanto que hasta un basurero les habría puesto mala cara.

La vida del viejo pendía del hilo de la aritmética de Hanja. La única razón por la cual había sobrevivido tanto tiempo era porque este creía que aún quedaba algún jugo que sacarle. En el instante en que Viejo Mapache diera cero en los cálculos de Hanja, sería hombre muerto. Reseng empujó un libro que sobresalía y se preguntó cuál sería su cifra en las ecuaciones de Hanja.

—Cuando la librería cierre, ¿mi vida cerrará también? —Soltó una carcajada y arqueó una ceja.

Subió al segundo piso y examinó el rincón situado en la pared orientada al oeste. El diminuto escritorio y la silla donde solía leer de niño aún estaban allí. Como no había asistido a la escuela, la biblioteca había sido su única educación, y ante la falta de amigos, también su patio de recreo. Había pasado la mayor parte de su infancia jugando entre los estantes o leyendo libros sentado ante aquel diminuto escritorio.

Reseng lo pensaba con detenimiento y lo cierto era que su niñez había sido tediosa y apática. Nunca había recibido ni una migaja del cariño que otros niños obtenían a raudales de los adultos. La mayoría de sus recuerdos infantiles transcurría en aquel laberinto de viejas estanterías, entre libros, polvo y el rostro impasible de Viejo Mapache leyendo todos los días. Las bibliotecarias con quienes se esforzaba en trabar amistad se marchaban pronto, y los asesinos que pasaban por allí, los rastreadores en busca de objetivos que eliminar y los taimados traficantes de información parecían muy rudos y nunca le hablaban. De esa gente, algunos aún seguían con vida, otros habían muerto hacía mucho tiempo y el resto eran tan taciturnos e inexpresivos que al mirarlos no lograba distinguir si estaban vivos o muertos.

Viejo Mapache no había dicho nada más sobre el hábito de lectura de Reseng después de la bofetada que le propinó en su noveno cumpleaños. No le decía qué leer ni qué no. Le interesaba tan poco como su propia vida. La biblioteca seguía vacía y en algún rincón de aquella estancia se encontraba la niñez de Reseng, que no había sido de interés para nadie, como los libros, que no se diferenciaban de un cactus en una repisa o una piedra ornamental.

Reseng leía solo por aburrimiento, no porque le gustaran los libros. Leía porque tenía que hacerlo, de otra manera se aburría demasiado o se sentía muy solo. Después de descifrar el alfabeto sin ayuda de nadie a la edad de nueve años, permaneció en la biblioteca hasta que

cumplió diecisiete. Crecer en una biblioteca implicaba que no había más opción que leer. Entonces cometió su primer homicidio y destinó el dinero que ganó en mudarse a un pequeño apartamento. Los honorarios obtenidos por asesinar a un hombre los gastó en una arrocera eléctrica, cuencos, una mesa y cubiertos. Por primera vez cocinó su propio arroz en su nueva arrocera.

Desde la ventana del segundo piso, Reseng miró hacia el radiante sol del mediodía. La bibliotecaria aún no había vuelto de su almuerzo y la puerta de Viejo Mapache seguía cerrada. Observó los estantes orientados hacia el este, el norte, el sur y el oeste. Las hileras de libros soñolientos estaban tan quietas y silenciosas como un mar nocturno cubierto de niebla. De repente le pareció imposible que aquel sitio tan tranquilo hubiera albergado una guarida de asesinos durante los últimos noventa años. Le maravilló la idea de que todas esas muertes, todos esos magnicidios, desapariciones inexplicables, accidentes simulados, encarcelamientos y secuestros se hubieran decidido y planificado en ese mismo edificio. ¿Quién había decidido que desde aquel lugar se orquestarían actos tan abominables? Era una locura. Habría tenido más sentido montar el campamento en el Sindicato Nacional de Tintorerías o en el Comité Organizador para la Revitalización de la Avicultura. ¿Por qué elegir una biblioteca? Las bibliotecas eran sitios tranquilos, llenos de libros. ¿Qué daño le habían hecho los libros a nadie?

LA SEMANA DE LA CERVEZA

RESENG ABRIÓ UNA lata de cerveza.

Eran las siete y media de la mañana. Las calles divididas por edificios de apartamentos de cuatro plantas y ladrillo rojo se encontraban repletas de gente que se dirigía al trabajo. Abrió la ventana y encendió un cigarrillo. El tiempo era extraño. Débiles rayos de sol se filtraban a un extremo del cielo, mientras que una lluvia ligera caía del otro. De hecho, la lluvia más bien revoloteaba en vez de caer. Los viajeros matutinos, vestidos con trajes planchados, miraban hacia arriba y fruncían el ceño sin saber si debían o no abrir sus paraguas. Bebió otro trago de cerveza a la salud de aquellos que debían ir al trabajo con aquel tiempo tan extraño.

Se podría pensar que la cerveza no es una bebida apropiada para el desayuno, pero en realidad es perfecta. Si beber una lata de cerveza tras un duro día de trabajo te deja renovado, recompensado y relajado, una lata de cerveza por la mañana sirve para hacerte sentir melancólico, mareado, indecente y reacio a actuar como un adulto responsable solo porque ha salido el sol. A Reseng le encantaba la sensación de irresponsabilidad que llevaba aparejado su desayuno de cerveza. La misma irresponsabilidad le hacía ser sarcástico consigo mismo mientras miraba por la ventana y pensaba: «Miraos, todos viviendo la vida al máximo. Y en cuanto a mi vida, ¡al infierno con ella!».

Tomó otro sorbo. Ingerir cerveza mientras miraba a la gente dirigirse al trabajo le llenaba la cabeza de imágenes irreales. Se imaginó a sí mismo muerto dentro de un ataúd, intentando decidir qué quería cenar. Muerto, pero con el estómago rugiéndole como siempre. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo demonios podía tener hambre un cadáver? Reseng el muerto desfallecía de hambre, pero nadie le llevaba comida. Todos los invitados al funeral hablaban de él. «En realidad era un pedazo de mierda, ¿verdad?» «Sí, un completo imbécil.» Y la cosa no acababa ahí. «Sé que no es correcto decir esto con el difunto de cuerpo presente, pero, sinceramente, era un capullo. ¡Un muchacho de su edad, hablándoles en banmal a personas mucho más mayores! Y nunca me dio las gracias por nada de lo que hice por él.» Era la voz de Oso. Reseng deseaba darle una colleja por hablar así, pero no podía hacerlo. Era un cadáver.

Terminó su cigarro, encendió otro y tragó una aspirina con un sorbo de cerveza. Aspirina, cigarrillos, cerveza. Sentía el interior de la cabeza pesado y brumoso, como envuelto en un enorme banco de niebla. Por lo menos una vez al año, la ansiedad se abatía sobre él sin motivo alguno y su humor se iba a pique. Cuando eso pasaba, Reseng empezaba las mañanas con una lata de cerveza. Se quedaba en casa, ponía algo de música, se acurrucaba junto a la ventana como un caracol y bebía cerveza todo el día.

Vació la lata y la aplastó. La arrojó hacia su escritorio, junto a las otras dos que había bebido.

Al lado de las latas estaba la bomba que había encontrado en su inodoro. Reseng la agarró. Era más pequeña que una caja de cerillas, tan delicada que le había hecho sentir alivio, «¿qué daño podría hacer esta cosita?». Pero el propietario de la tienda de suministros del mercado de carnes le había echado un vistazo y le había abierto los ojos.

—¿Dónde dijiste que estaba la bomba?

—En mi inodoro.

—Podría haberte volado el culo.

—¿Esta cosita de nada?

—La presión en el interior de un inodoro es mayor. Es como apretar un petardo en la mano cuando estalla. Básicamente, cuando te sientas a cagar, tu culo sella el agujero, creando las condiciones perfectas para que la bomba provoque el máximo daño.

—¿Estás diciendo que esta cosa podría haberme matado?

—¿Conoces a alguien que haya sobrevivido sin trasero?

—Así que esto no era una simple amenaza o una advertencia.

—No, si hubiera estallado. Pero es difícil decir si podría hacerlo. Nunca había visto una como esta. Está muy bien impermeabilizada y posee un peculiar detonador químico que detecta cuando cagas. La cantidad de explosivo está perfectamente calculada para volarte el trasero. Pero podría ser falsa. Es difícil afirmarlo. Lo que sí puedo decirte es que la fabricó un aficionado, porque los profesionales no habrían empleado un tipo de cableado tan complicado. No hay duda.

El propietario de la tienda alzó la bomba a la luz para examinarla de nuevo.

—¡Es algo realmente ingenioso! —exclamó—. ¿Quién fabricaría una bomba tan mona? Nadie que yo conozca es tan creativo. Me encantaría conocer a esa persona.

Reseng entornó los ojos. Había trabajado como recadero en la tienda desde los doce años, lo que significaba que conocía al propietario desde hacía veinte. Y aun así el tipo ni siquiera había pestañado ante la perspectiva de Reseng muriéndose con el culo reventado o ante el hecho trágico de que el joven podría estar en la lista de objetivos de los planificadores. Para él, no era distinto del resto de sus clientes habituales que terminaban neutralizados.

—Sea como sea, supongo que esto no es obra del Gobierno, ¿no? —preguntó.

—Es difícil decirlo. Hoy en día hay tantos asesinos a sueldo, compañías y planificadores que nadie puede llevar la cuenta. ¿Hiciste algo?

—Me faltan dedos para contar los motivos por los que debería estar muerto. Después de todo, llevo quince años en este negocio. —Reseng extendió la mano, dándole a entender al propietario del negocio que quería que se callara y le devolviera la bomba.

—Bueno, parece que esta vez has sobrevivido —respondió, devolviéndole la bomba desactivada.

—Sí, que viva el estreñimiento.

HABÍA ENCONTRADO LA bomba hacía una semana más o menos. Cuando entró en su apartamento percibió un olor distinto. Sus gatas, que por lo general corrían hacia la puerta, se quedaron quietas. Era obvio que alguien había estado allí. Permaneció inmóvil unos segundos para memorizar el olor desconocido que persistía en el aire. ¿Era perfume? ¿Cosméticos? ¿Olor corporal? Pero el aroma era tan débil que no lograba acertar a definirlo. En todo caso, un intruso que dejaba tras de sí un olor tenía que ser un aficionado. Los profesionales nunca dejaban olores.

Abrió con cautela la puerta del zapatero, cogió una lata de polvos reveladores de huellas y roció el suelo frente a la puerta de entrada. Apareció una huella de pisada, desconocida. Pertenece a un calzado deportivo, de la talla 38 o 39. Debía de pertenecer a una mujer o a un hombre muy bajo. No había huellas en el suelo de la sala. El intruso se había quitado respetuosamente los zapatos junto a la puerta principal antes de entrar.

—Qué considerado —murmuró.

Reseng entró en la sala y miró lentamente a su alrededor. Si alguien había estado allí, faltarían cosas o se encontrarían fuera de lugar. A simple vista, todo estaba igual. Pero luego se percató de que los libros apilados sobre su escritorio estaban colocados en orden inverso. El cuchillo de Chu, que siempre estaba en el tercer estante contando desde abajo, había descendido al segundo, y el juguete de las gatas con forma de caña de pescar, que él siempre guardaba en el organizador del correo, se encontraba sobre la mesa. En la cocina había una taza mojada y un paño húmedo. Tomó la taza, la olfateó y la alzó a contraluz. Gruñó, estupefacto. ¿Qué había estado haciendo aquella persona?

El intruso había examinado la pila de libros por leer de Reseng, uno por uno y comenzando por el de arriba. ¿Qué clase de extraño dispondría de tanto tiempo? ¿Por qué se tomaría la molestia de entrar a hurtadillas solo para averiguar lo que estaba leyendo? Y no solo eso, el intruso había manipulado una cantidad sorprendente de sus pertenencias sin motivo aparente. Considerando que ni siquiera el juguete para gatos estaba en su lugar, aquel entrometido debía de haber intentado jugar con sus gatas y luego había entrado en la cocina para prepararse una taza de café y había lavado la taza. ¿Qué clase de demente haría aquello?

Reseng no había tardado más de dos horas en volver. Los lunes, miércoles y viernes, a las 14:00 horas, iba a la piscina. Rara vez se perdía una sesión de entrenamiento. Era probable que el extraño se hubiera asegurado de que él se encontraba en la piscina antes de allanar su morada. Quienquiera que fuera conocía sus movimientos a la perfección, lo que significaba que había un planificador detrás de aquello. Lo primero que hacían era estudiar los movimientos de sus objetivos. Después de que Reseng hubiera salido aquel día, el intruso había pasado dos horas tranquilamente dentro de su casa. Había dejado rastros de su presencia, no porque se tratara de un novato, sino porque simplemente no le importaba. Era un mensaje para Reseng: «Piensa largo y tendido por qué he estado aquí».

Se quedó de pie en medio de la sala. Le llevó un rato —no era una decisión fácil— pero cuando por fin se movió, encendió todas las luces y comenzó a registrar el apartamento. Inspeccionó cada centímetro de pared en busca de rayaduras o marcas de cuchillo, y luego hizo lo mismo con los techos y el suelo. Revisó el interior de la estufa, las tuberías del gas, el armario del lavabo, el interior de la nevera y del congelador. Vacío todos los cajones, abrió todas las cajas y buscó dentro del armario del dormitorio, detrás de la estantería de los libros, en el zapatero y en las lámparas del techo, detrás del reloj de pared y en cada rincón de los armarios de la cocina. Después revisó la cama, la lavadora, los marcos de las ventanas, las cortinas. Nada.

Se asomó por la ventana. Estaba anocheciendo. ¿Y si se encontraba en la lista negra de un planificador? Se le quedó la mente en blanco. El interior de su cabeza se llenó de niebla. Tenía que idear algo, pero sentía que había olvidado cómo pensar. Alguien había entrado a su casa. No a la casa de cualquiera, sino a la de un asesino. El intruso no buscaba solo diversión, tampoco había colocado bombas ni puesto micrófonos.

Reseng empezó a buscar de nuevo, sin ni siquiera saber lo que buscaba. Pero esta vez fue más

exhaustivo. Abrió la lata del café y revisó el fondo, desarmó el molinillo de café, vació todos los botes de especias y revisó el interior, volcó el cubo de la basura y escudriñó los desechos. Abrió su ordenador, sacó los componentes y los revisó uno por uno; desarmó la radio y el televisor, vació el contenido del congelador, rasgó los envoltorios, incluso cortó y abrió el pescado congelado y las albóndigas. Sacó los zapatos del mueble y volvió del revés los bolsillos de cada prenda de ropa. Sacó todos los libros del estante y los abrió uno por uno. Incluso abrió todos los recibos y las cartas, por si acaso hubiera algo más en los sobres.

Mucho tiempo después de que saliera el sol, Reseng aún seguía desmontando cosas. Durante veintiuna horas seguidas lo había desbaratado todo para mirar dentro, sin detenerse para comer o dormir. Parecía como si una bomba hubiera estallado en su apartamento, pero se negaba a parar. De vez en cuando se preguntaba si el intruso no se habría marchado sin dejar nada allí. Pero no le importaba. Con el rostro transformado por la rabia, arrancó, desmontó, aplastó, pinchó y troceó para luego arrojar a un lado sus arruinadas pertenencias.

Después de destripar su reloj de pared, tomó un cuchillo y se dirigió al colchón. El rechinar de la hoja contra los resortes metálicos le puso la carne de gallina. Arrancó un pedazo de espuma, revisó que no hubiera nada alrededor, volvió a rajar el colchón y arrancó otro trozo del relleno. Sabía que estaba comportándose como un idiota, pero no podía parar.

El sol iluminó el balcón y se reflejó en el rostro humillado de Reseng, que lloraba. Contempló el sol a través de los ojos llenos de lágrimas. La vergüenza descendía de su rostro al mismo tiempo que lo hacía la luz del sol. Bajó la mirada y se contempló las manos. Tenía las uñas rotas de tanto arrancar y desmontar cosas, y le salía sangre de las heridas que se había hecho con el cuchillo. Le rugía el estómago. Se había pasado veintiuna horas destrozando su casa sin parar, pero ya no le quedaban fuerzas para prepararse algo de comer. Arrojó a un lado el cuchillo y el destornillador, se recostó en el sofá, destrozado, y se quedó dormido.

DESPERTÓ POR LA tarde. El sol aún brillaba. La sala estaba en ruinas. Reseng contempló inexpresivo el desastre que había creado. «¿Qué me está pasando?», pensó. Pero ni una sola de las muchas voces que oía dentro de la cabeza le dio una respuesta.

Tomó una bolsa de basura y comenzó a llenarla con los objetos que había destrozado. Algunos eran viejos; otros, nuevos. Algunos tenían valor sentimental; otros le hicieron preguntarse en primer lugar cómo habían llegado hasta allí. Los metía en la bolsa sin consideraciones. Necesitó dos docenas de bolsas de veinte litros de capacidad para limpiar su casa. Las puso en el contenedor de basura enfrente de su edificio, junto al sofá y el colchón. Si en realidad él era un objetivo, la sombra contratada por el planificador debía de estar observándolo en aquel momento. Esa persona incluso podía llevarse las bolsas de basura. Pero no le importó. «No necesito nada de esto, así que eres libre de metértelo por el culo.»

Los planificadores nunca actuaban sin un motivo. Estaba seguro de que era el objetivo de alguien. ¿Lograría sobrevivir? Probablemente no. Durante todo el tiempo que llevaba en aquel negocio, nunca había sabido de nadie que hubiera logrado librarse de los planificadores. Estaban los que morían enseguida y los que lograban sobrevivir algo más. «Pero ¿por qué coño soy un objetivo?» Se rio de sí mismo. Era una pregunta bastante estúpida. Lo que debía preguntarse era: «¿Cómo he logrado sobrevivir hasta ahora?». Había durado quince años en un negocio en el que los planificadores se empeñaban en limpiar regularmente los desastres que causaban. Sobraban razones para que él fuera un objetivo. De no haber sido por la biblioteca y por Viejo Mapache,

haría mucho que alguien habría asesinado a Reseng. Treinta y dos años. Era joven, teniendo en cuenta la esperanza de vida, pero ya contaba con una larga carrera para tratarse de un asesino. Su fin debería haber llegado hacía mucho tiempo. Era el momento de hacer como la vieja Orin en *La balada de Narayama*: golpearse los dientes contra una piedra de molino e irse a morir a las montañas.

La primera cosa que hizo Reseng antes de volver a casa fue comprar diez cajas de cerveza. Cada vez que la ansiedad se apoderaba de él, cada vez que el terror mudo lo invadía como un río desbordado, cada vez que se encontraba hundido en un insondable pantano de depresión, cada vez que llegaba a casa después de matar y cada vez que se enfrentaba a una situación delicada, la antigua sensación de irresponsabilidad lo acometía y entonces se encerraba en su casa a beber cerveza.

La Semana de la Cerveza. Si quería beber cerveza fría y refrescante sin parar, tendría que hacer algunos preparativos. Paso uno: sacar toda la comida de la nevera para hacerle sitio a la mayor cantidad posible de latas. Paso dos: comprar tanta cerveza como pudiera beber. Paso tres: llenar la nevera con ella. Paso cuatro: sacar los cacahuets y las anchoas deshidratadas del congelador y tenerlos a la mano de tal forma que nunca se sintiera lleno ni hambriento. Preparativos completados. Todo lo que tenía que hacer en aquel momento era abrir la nevera, sacar una lata de cerveza, destaparla, ingerirla y aplastar la lata vacía.

Era un objetivo. ¿No debería hacer algo al respecto? A veces la pregunta se le pasaba por la cabeza a mitad de un sorbo. Pero siguió bebiendo. Todo lo que podía hacer entonces era abrir la nevera, sacar una lata de cerveza, destaparla, ingerirla y aplastarla. De vez en cuando masticaba algunos cacahuets y se miraba en el espejo mientras orinaba en el inodoro. Después, tiraba de la cadena y destapaba otra cerveza. «Qué bien que no desmonté la nevera», pensaba, maravillado por su sentido común.

Descubrió la bomba el segundo día de borrachera. Tenía la cabeza metida en el inodoro mientras vomitaba por tercera vez. Tres o cuatro rondas de vómito eran parte del rito de paso para la correcta observancia de la Semana de la Cerveza. Vomitaba, bebía más cerveza, vomitaba de nuevo y bebía más cerveza. Llegado el momento, su cuerpo se acostumbraba y dejaba de devolver. El vómito en la taza del inodoro consistía solo en fluidos estomacales de color amarillo, cerveza y algunas cabezas de anchoas deshidratadas. Se encontraba en medio de un ataque de arcadas cuando detectó algo pegado al fondo del agujero de la taza. Lo miró largo rato antes de meter la mano y sacar el artefacto.

Era una diminuta caja de cerámica. Blanca, como el resto del inodoro, hecha de un material parecido, por lo que no era fácil distinguirla a simple vista. Le recordaba a un jabón de hotel. La miró de cerca. Definitivamente, era una bomba. Lo primero que sintió no fue sorpresa ni miedo, sino alivio. No porque tuviera nada de bueno, solo porque por fin había dado con lo que se suponía que tenía que encontrar.

EL TELÉFONO SONÓ. Era Jeongan, el rastreador.

—Estuve preguntando por ahí. Dicen que esas cosas estuvieron muy de moda en Bélgica hace siete u ocho años.

—¿Las bombas en inodoros estuvieron de moda?

—¡No, idiota! Pero qué gran moda habría sido esa.

—¿De qué hablas entonces?

—Hacían bombas del tamaño de píldoras; no eran lo bastante grandes como para volar un inodoro, pero sí lo suficiente para provocar dentro del cuerpo pequeñas explosiones que parecían fallos orgánicos. Dicen que la KGB las usaba para eliminar a políticos rusos gordos que usaban marcapasos o bombas de insulina.

—¿Y eso qué tiene que ver con este artefacto?

—La estructura básica es la misma. Los componentes son de fabricación belga y el detonador y el sensor, también. Solo el explosivo es estadounidense; puedes comprarlo en cualquier depósito de chatarra. Pero parece que lo montaron aquí, porque la carcasa es china. Nunca he visto una mezcla así. El que la fabricó debió de comprar los componentes en distintos lugares del mundo. No las encuentras en el mercado, así que es probable que las pidiera todas por internet. O que fuera a Bélgica para conseguirlas.

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó Reseng, que comenzaba a irritarse.

—Mi opinión es que, basándome solo en lo que sabemos, no sé decirte quién la puso en tu inodoro.

—¡Los componentes tienen números de serie!

—A ver, imbécil, que una grapa tenga un número de serie no significa que sepas qué otras cosas ha grapado. ¡Esta cosa se fabricó con suministros médicos!

—Entonces averigua quién la construyó.

—¿Tienes idea de cuántos fabricantes de bombas existen? Se ocultan para eludir a la policía. Así que, si dices que quieres conocerlos, no hay problema, estoy seguro de que saltarán de sus escondites bailando el cancan y gritando «¡aquí estoy!». Pero ¿por qué te interesa tanto esta bomba? Ni que hubiera estado en tu baño.

—¡Sí, estaba en mi baño! ¡Así que sigue investigando!

Reseng colgó y tomó otro sorbo de cerveza. Jeongan se acostaría pronto. Trabajaba de noche y dormía durante el día. No porque fuera un ave nocturna, sino porque la mayor parte de la gente con la que tenía tratos solo trabajaba de noche. Mientras el resto de la ciudad iba al trabajo, Jeongan salía del suyo. ¿Por qué todos los que desempeñaban aquella profesión tenían que ser tan nocturnos? Nadie los obligaba. Era agotador, y cuanto más cansado estabas, más agotado te sentías.

Acarició la carcasa vacía de la bomba; Jeongan se había quedado con los componentes. Incluyó la cabeza y se preguntó quién demonios utilizaría aquella bomba tan ridícula. La persona que la puso, ¿en realidad había querido que estallara? ¿De verdad esperaba ver a un muerto desplomado con los pantalones y los calzoncillos enredados en los tobillos y el culo reventado? Qué bomba tan exquisita. Le recordaba al pastillero plateado que Hanja guardaba en su bolsillo.

Pero no podía ser él. Si hubiera querido deshacerse de Reseng, habría contratado al Barbero. Desde hacía unos cuantos años, Hanja había recurrido a él cuando había querido neutralizar a un asesino. Este los eliminaba y Oso los incineraba. Era el método más limpio. Con el tiempo, la gente se preguntaba qué le habría pasado al asesino y asumían que estaba muerto.

—¿Qué es de Sapo últimamente? Trabaja tan bien... ¿Se está tomando un descanso?

—Oye, tienes razón. No lo he visto desde hace mucho tiempo. ¿Estará muerto?

De vez en cuando, y por su propia seguridad, los asesinos pasaban a la clandestinidad, y a veces resurgían tras una larga pausa. A veces, alguien a quien dabas por muerto reaparecía perfectamente sano. Y en otras ocasiones, alguien a quien creías vivo no volvía jamás. Pero vivos

o muertos, nadie pensaba demasiado en ellos. No los lloraban, no se entristecían y, lo que es peor, ni siquiera sentían curiosidad por su suerte.

De cualquier forma, Hanja estaba demasiado ocupado para llevar a cabo una maniobra como aquella. Y tampoco era lo bastante ingenioso o guasón para utilizar una bomba tan ridícula. Su sentido del humor era una mierda. Tampoco se trataba de espías del Gobierno. No eran el tipo de personas que aprobaran bobadas. Totalmente anticuados, carecían de imaginación y no eran nada flexibles. Entonces, ¿quién? ¿Quién había puesto aquella maldita bomba en su inodoro? No lograba averiguarlo.

Bebió otro trago de cerveza. Necesitaba pensar, pero su cabeza era un caos. «¿Qué demonios te sucede? —pensó—. ¿Es que no ves que tu vida está en peligro?» Pero el hallazgo de la bomba no había puesto fin a la Semana de la Cerveza. Aún llevaba una lata en la mano a todas horas.

Ya había estado antes en peligro, muchas veces. Una vez arruinó un trabajo de mala manera dejando pruebas. Durante un tiempo tuvo una sombra que vigilaba cada uno de sus movimientos. Incluso llegó a recibir una carta de advertencia del planificador por haber desobedecido sus órdenes. Pero nunca antes había sido un objetivo. Nadie había entrado antes a su casa. ¿Lo sabía Viejo Mapache? Hasta hacía un par de años, cualquier planificador habría necesitado el consentimiento de Viejo Mapache para poder matar a Reseng. ¿Ya no era así en el momento en que la posición de Viejo Mapache en la industria se había debilitado? ¿O podía ser que los estuvieran persiguiendo a los dos al mismo tiempo?

Pero ¿por qué una bomba de ese tipo?

En el mundo de la conspiración, el asesinato era un asunto sencillo y discreto. No había grandes explosiones como en las películas y los accidentes aparatosos o las lluvias de balas se producían de manera muy aislada. Era más silencioso que la nieve cayendo en mitad de la noche, tan secreto como los pasos de un gato. Los asesinatos casi nunca salían a la luz. Y si no había un caso de homicidio, tampoco había crimen, ni sospechosos, ni investigación. Naturalmente, tampoco había ninguna noticia escandalosa, ni enjambres de reporteros, ni policías, ni fiscales. Solo un tranquilo y melancólico funeral al que asistían los compungidos miembros de la familia, que no tenían la menor idea de lo que había pasado. O solo una muerte sin funeral ni testigos.

De pronto, la lluvia se hizo más intensa y salpicó la ventana. Reseng se levantó de su asiento y la cerró. Una parte del cielo todavía estaba iluminada por el sol. Qué tiempo tan extraño. Se terminó la cerveza, aplastó la lata y la dejó sobre el escritorio. Abrió un cajón, sacó una bolsa de marihuana barata que Entrenador le había dado hacía un montón de años y la miró. Cogió un cigarrillo, pero no se atrevió a fumárselo. Le traía malos recuerdos, algunos tristes y repletos de culpa por los errores que, en aquel entonces, había sido demasiado estúpido para lamentar. Los recuerdos que tanto se había esforzado por apartar no tardarían en regresar sigilosamente, como un mal olor, hasta que su cuerpo entero apestará a ellos.

EL DÍA QUE decidió trabajar en una fábrica, el tiempo era igual de extraño que en aquel momento. Eso había ocurrido más o menos diez años atrás. Las gotas de lluvia revoloteaban en un cielo en su mayor parte soleado. Había seguido las órdenes de Viejo Mapache de mantener un perfil bajo fuera de la capital. Se encontraba en una pequeña ciudad industrial de provincias, rodeada de humo y repleta de pequeñas fábricas. Había alquilado un estudio en el segundo piso de un edificio. Miraba la ropa recién lavada que colgaba de un tendedero, azotada por el viento y tocada por el sol y la lluvia al mismo tiempo. Pensó en el payaso Pierrot: de aspecto cómico

aunque estuviera triste.

Las calles estaban desiertas durante el día; todos en aquella silenciosa y triste ciudad parecían trabajar en las fábricas. A primera hora de la mañana, las calles se llenaban de bicicletas y motocicletas, una escena que podría presenciarse en China, y a la hora del almuerzo volvían a agitarse de nuevo con innumerables obreros que se dirigían a comer. El resto del día la ciudad estaba desierta, como si sus habitantes, de repente, se hubieran mudado a Marte.

Reseng estaba sentado en la ventana, mirando la identificación falsa que Mun, el experto falsificador, le había hecho. En aquel momento trataba de memorizar la información que necesitaba para vivir bajo su nueva identidad: Jang Yimun, hombre, veinticuatro años de edad. Tampoco es que hubiera mucho que recordar. En realidad, no era complicado vivir con un nombre ajeno en una ciudad nueva.

Mientras recitaba de memoria su número falso del registro de residentes, un risueño grupo de obreras desfiló bajo su ventana. Parecían felices y radiantes. Sus ojos se fijaron en la chica más bajita, justo en el centro del grupo. Tenía un bello rostro redondeado y el lenguaje corporal más exuberante de las cuatro. Se retorció de risa e incluso derramaba lágrimas auténticas mientras reía a carcajadas y golpeaba el hombro de la mujer que caminaba junto a ella, y decía: «¡Ay, es muy gracioso; es divertidísimo!». Su risa resonaba por toda la calle. Reseng asomó la cabeza por la ventana y las vio entrar riéndose en la fábrica que se erigía al final de la manzana, sin dejar de reír. Gracias a sus sonrisas luminosas, no podía dejar de pensar que aquella fábrica le parecía tan maravillosa como la de Willy Wonka.

Al día siguiente, pidió trabajo allí. El jefe de sección tenía el gesto adusto, como si hubiera nacido para supervisar la administración de una fábrica. Escrutó el currículum de Reseng y le preguntó:

—¿Asististe al Instituto Geumseong? ¿Qué es, una escuela de Humanidades?

Reseng asintió.

—Si estudiaste allí, ¿por qué no fuiste a la universidad? No habrás sido activista o algo así, ¿verdad?

Reseng soltó una carcajada al escuchar la palabra activista. Habría querido decirle que ni siquiera había ido a la escuela primaria, ya no digamos a la universidad, pero en vez de eso se rascó la cabeza, puso cara de bobo y dijo que sus notas eran malas.

—¿Cómo de malas? —preguntó el jefe de sección.

—Casi las peores del grupo. Pero no las peores-peores.

—Peores o peores-peores, de todos modos necesitas un cerebro para trabajar en una fábrica. En estos tiempos ya no se puede hacer nada sin un cerebro. Tienes veinticuatro años... ¿Has hecho el servicio militar?

—Me dispensaron, señor.

—¿Qué? Muy bien, no tienes cerebro y eres una especie de lisiado. Entonces, ¿qué has estado haciendo todo este tiempo?

Nervioso y vacilante, respondió que después de terminar la educación secundaria había trabajado en algunas obras de construcción aquí y allá. El jefe de sección entornó los ojos, receloso, de modo que Reseng inició una incoherente divagación sobre que no había querido trabajar en una fábrica, por lo que se había empleado en la construcción, pero no le habían pagado lo que él creía que le pagarían y se había cansado de mudarse todo el tiempo, así que decidió

echar raíces en un lugar y aprender un oficio. Para entonces ya sudaba y estaba convencido por completo de que había arruinado su historia. Pero el jefe de sección asintió y soltó una risita.

—Te lo juro, esos promotores de la construcción atraen a todos los muchachos jóvenes; les endulzan los oídos con promesas de salarios excelentes, pero es mentira. Los chicos creen que podrán ahorrar mucho, pero no hay ningún tipo de seguridad y el dinero es una ilusión. El salario mensual aquí puede ser menor que el que podrías conseguir en la construcción, pero en este lugar nadie va a estafarte tu sueldo, tienes derecho a indemnización y las horas extra no están nada mal. Siempre que te esfuerces, podrás ahorrar dinero. Y no tienes que trabajar los domingos. ¿Qué más podrías desear?

En opinión de Reseng, el jefe de sección solo estaba jactándose de lo que era obvio.

—¡Trabaja duro! —dijo, y le dio una palmada en el hombro, a la manera de los pilares de la industria que se solían ver en los informativos del noticiario oficial en los años setenta.

—¡Sí, señor! ¡Me esforzaré! —exclamó Reseng, sintiendo que él mismo se convertía en un pilar de la industria.

Lo asignaron de inmediato al Equipo de Trabajo Tres, donde se llevaba a cabo el proceso de cromado. El trabajo no requería ninguna habilidad especial. Todo lo que tenía que hacer era sumergir un molde de metal fundido en un baño de cromo durante diez minutos, sacarlo, sacudirlo bien y dejarlo secar. Al contrario de lo que el jefe de sección había dicho, era el tipo de trabajo que no requería en absoluto el uso del cerebro; incluso un mono habría podido dominar aquella tarea después de diez minutos de adiestramiento. Pero nadie más quería hacer aquel trabajo, porque el baño de cromo olía terriblemente mal y porque se rumoreaba que podía arruinar la piel y dejarte agonizando el resto de tu vida, o bien reducir tu recuento de espermatozoides y volverte estéril.

Reseng trabajó en la sección de cromado durante dos meses, hasta que al final contrataron a otro empleado que lo sustituyó. El proceso le exigía sujetar, con las manos enfundadas en guantes de caucho, un armazón pesado e inflexible e inclinarse de puntillas, como si estuviera exprimiendo ropa mojada sobre un cubo, para sumergir con cuidado el armazón en la solución electrolítica y sacarlo justo a los diez segundos. Lo que más detestaba de aquel trabajo era lo tonto que parecía mientras se inclinaba sobre el baño de cromo. Tenía que colocarse con las piernas separadas y las nalgas bien echadas hacia atrás; ni siquiera el mismísimo Dios del Cromado habría logrado parecer menos estúpido de haber podido descender a la Tierra.

Poco tiempo después de empezar a trabajar, mientras se encontraba sacudiendo con cuidado el molde que acababa de sacar de la solución para evitar que el cromo líquido salpicara, se le acercó la chica del bello rostro redondeado, la misma que lo había atraído a aquella fábrica. Se quedó mirándolo con gesto divertido y con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—¿Por qué trabajas tan duro? ¿Acaso no necesitas comer? —preguntó.

La miró perplejo. Ella señaló el reloj que colgaba de la pared de la fábrica: 12:20.

—No te pagarán horas extra por saltarte el almuerzo.

Su voz era tan alegre como el día que la vio pasar bajo su ventana, llenando la calle con su risa. Reseng se quitó los guantes.

—¿Tú ya has comido? —le preguntó.

—Aún no. Acabo de volver de hacer un encargo para el jefe.

—Entonces, si no te importa que te lo pida, ¿querrías almorzar conmigo?

Ella se quedó mirándolo.

—¿Por qué hablas así? Pareces un predicador.

La fábrica era demasiado pequeña para tener su propia cafetería. Los empleados comían en un restaurante ubicado en una calle cercana, atestada de otras fábricas diminutas y pequeños edificios de apartamentos. La chica le hizo una seña para que se marcharan. Él asintió, colgó sus guantes de caucho en un alambre, se quitó el delantal de vinilo y lo dejó en un perchero. Se enjabonó las manos y se las frotó durante un minuto. La chica suspiró con impaciencia mientras lo miraba.

—Llevas menos de un mes aquí, ¿verdad? —preguntó mientras se marchaban.

—Unas tres semanas.

—¿Y aún sigues en el área de cromado?

Reseng asintió.

—Dicen que afecta al recuento de espermatozoides si lo haces mucho tiempo. Cada vez que sumerges las manos, varios cientos de espermatozoides mueren. ¿Te imaginas cuántos terminan muertos después de una jornada de trabajo? Imposible hacer el cálculo. A ese ritmo es casi una masacre. ¡Una masacre! No sé cómo pueden hacer que la gente desempeñe ese trabajo.

Parecía que estuviera hablando de un genocidio real del que ella hubiera sido testigo. Pero Reseng supuso que a ella, en realidad, no le importaba el número de espermatozoides que hubiera en sus testículos.

—Está bien —le dijo—. Tengo muchos espermatozoides. Los hombres producimos cerca de cuatrocientos mil millones a lo largo de nuestra vida. En cada eyaculación se liberan unos ciento cincuenta millones de espermatozoides. Eso es suficiente. Por mucho que lo intentara, no podría tener sexo tres mil veces seguidas. Pero sí podría ser un problema para las mujeres. Solo producen un promedio de cuatrocientos óvulos en total en su vida.

La joven se detuvo y miró a Reseng, escandalizada.

—¿Sexo? ¿Eyaculación? ¿Cómo te atreves a hablar así enfrente de una dama? —Lo miró con desdén.

Avergonzado, alzó las manos.

—Verdaderamente yo... yo no quería ofenderte.

—¿Verdaderamente? —Soltó una carcajada—. ¿No eres demasiado joven para hablar así?

Volvió a caminar y él la siguió.

—¿Es verdad eso de que las mujeres solo generan cuatrocientos óvulos a lo largo de toda su vida? —preguntó.

—Lo leí en un libro.

—¿En un libro? —Lo miró con incredulidad.

Él ladeó la cabeza, confundido. No entendía el tono de su pregunta.

—Lo que en realidad quieres decir es que lo leíste en una revista para chicas que compraste en la parada del autobús, ¿no es así? —le preguntó riendo.

—Se explica detalladamente en *Vencer la infertilidad*, de Richard Cardison. Es ginecólogo y, según lo que leí, el ADN determina el número de óvulos que posee una mujer. Algunas mujeres tienen cuatrocientos veintitrés óvulos, otras tienen quinientos; otras, trescientos cincuenta, etcétera.

La chica volvió a detenerse y se quedó mirándolo, aunque esa vez parecía aturdida.

—Entonces, ¿cuántos óvulos he desperdiciado ya? —murmuró.

Guardó silencio. Siguieron avanzando por la calle, sin hablar. Reseng se sentía incómodo y era probable que ella también. Le estaba mandando señales de que quería que dijera algo, cualquier cosa, pero no se le ocurría qué decir. Cuando pasaron frente a la ventana de su habitación alquilada, desde donde él la había visto por primera vez, la señaló.

—Ahí es donde vivo.

Ella alzó la mirada.

—¿No es caro?

—En realidad, no. Trescientos cincuenta mil wons al mes, sin depósito.

Ella lo miró escandalizada.

—¿Qué? ¿Cómo alguien que gana menos de un millón de wons al mes, descontando impuestos, puede decir que trescientos cincuenta mil no es caro? ¿Acaso no tienes que pagar electricidad, agua, gas y otros servicios además del alquiler? ¿Al menos cocinas tu propia comida?

—Me acabo de mudar...

—¿Comes fuera?

Él asintió.

—¿Dos veces al día?

—A veces preparo fideos instantáneos en casa.

—¿Has ahorrado algún dinero? ¿Por qué los hombres son tan inmaduros? Deberían ahorrar el dinero que tanto se esfuerzan en ganar y no quemarlo con cada cigarrillo que fuman o arrojarlo al inodoro con el alcohol que beben. ¿Por qué actúas como si estuvieras viviendo la vida de otro? Si sigues así, nunca tendrás casa propia.

Se volvió hacia él, repentinamente furiosa. Reseng se sintió como un niño reprendido, pero todo lo que ella decía era más o menos cierto.

—¿Puedo entrar? —le preguntó la chica, señalando la habitación de Reseng con la barbilla.

Sorprendido, preguntó.

—¿Adónde? ¿A mi habitación?

—Quiero ver cómo vives.

Y antes de que pudiera responderle nada, ella comenzó a subir las escaleras. La siguió sin protestar. Se detuvo ante la puerta y lo miró. Él se puso enfrente para impedirle la entrada.

—Hoy no —dijo de manera vacilante—. Quiero decir, ¿qué te parece si mejor te invito oficialmente la próxima vez?

—Mira, creo que me has malinterpretado. Esto no es una cita. No habrá ningún tipo de invitaciones oficiales. Lo único que voy a hacer es revisar tu habitación, como si fuera tu superior en el trabajo, para comprobar si tu estilo de vida corresponde o no al de la fábrica. Podría parecer que no tiene ninguna importancia, pero si tu vida cotidiana no está en perfecto orden, no podrás desempeñarte bien en lo laboral.

La expresión de la chica era realmente la de un superior. Era la expresión de un sargento inspeccionando las tropas durante la preparación para el combate, la de un quisquilloso jefe de dormitorio preparándose para una evaluación de limpieza. Reseng la miró incómodo. Ella le devolvió la mirada con una expresión que parecía advertirle de que más le valía abrirle la puerta si sabía lo que era bueno para él. No tenía otra opción. Abrió.

Dado que no tenía muchos enseres domésticos, no había desorden. Solo la manta, el futón y la almohada que había comprado en el mercado local; la mesa baja que ya se encontraba en el cuarto

cuando se mudó; una tetera eléctrica para preparar ramen y café instantáneo, y una sola bolsa con ropa que había llevado de la ciudad. El mueble bajo el fregadero estaba repleto de vasos de fideos instantáneos, y junto a su almohada, sobre la mesa, estaban los libros que Reseng había llevado consigo desde Seúl o bien comprado en la librería local: *El verano* y *La peste*, de Camus; *El barón rampante*, de Calvino; *Suicidios*, de Martin Monestier; *El demonio de la depresión*, de Andrew Solomon.

—¿Esto es todo? ¡Este lugar está vacío!

Seguía buscando en la habitación.

—Te dije que acabo de mudarme —respondió, mientras recogía una toalla del suelo y la colgaba.

—Sí, pero aun así hay ciertas necesidades básicas que debes cubrir. De otra forma, terminarás gastando un montón de dinero en pequeñeces.

Reseng asintió.

La chica miró los libros sobre la mesa y preguntó:

—¿No ves la televisión?

—No.

Hizo un rápido recorrido por la habitación, el baño y la cocina, como si fuera una posible inquilina. Incluso giró la llave del grifo para revisar la presión del agua y abrió todos los cajones de la cocina. No dejaba de murmurar cosas como: «Vaya, ¿cómo es posible que no tengas ni una sola taza?» o «¿Este lugar está conectado a las líneas de gas de la ciudad? Supongo que sí, pues es un vecindario caro». Mientras ella llevaba a cabo la inspección, Reseng miraba a su alrededor, satisfecho de que el cuarto no estuviera sucio. Justo entonces la chica soltó un grito —o más bien un alarido— desde el armario de las escobas.

—¿Qué es esto?

Sostenía un par de calzoncillos. La caja de cartón llena de calcetines sucios, ropa interior, camisetas y otras prendas que tenía que lavar se encontraba abierta. Reseng corrió hasta ella, le arrebató su ropa interior de la mano y volvió a meterla en la caja. Mientras se apresuraba a cerrar las tapas de cartón, ella advirtió los paquetes cerrados de calcetines y ropa interior nuevos apilados en lo alto del armario.

—¿Acaso eras el dueño de una tienda de ropa interior que cerró? ¿Por qué tienes esto?

—No tengo lavadora.

—Pues lávalos a mano. ¿Estás diciendo que solo usas los calcetines y los calzoncillos una vez antes de tirarlos? En serio, ¿no tienes un poco de cerebro?

Estaba enfadada. Por supuesto que Reseng no planeaba tirar la ropa a la basura. Pero tampoco tenía pensado lavarla a mano. A decir verdad, había estado tan cansado y distraído que ni siquiera había considerado qué haría con su ropa interior sucia.

La joven lo fulminó con una mirada llena de consternación. Él miró al techo, sonrojado.

—¿No tienes una mujer que te lave los calzoncillos? —Su voz sonaba extraña. Reseng la miró confundido.

—No digo que esté interesada en ti. Solo es que me enfurezco cuando alguien no entiende el valor del dinero. Pero no me gustaría que tu novia se hiciera una impresión equivocada.

Él no tenía la menor idea de a lo que se refería.

—No tengo mujer, pero...

La chica abrió la caja y empezó a llenar una bolsa de la compra negra que estaba debajo de la estantería con la ropa interior sucia. Alarmado, trató de detenerla, pero ella le asestó un golpe en el dorso de la mano. Él retrocedió y ella metió toda la ropa sucia en la bolsa y se puso de pie.

Le apuntó con el dedo y dijo:

—Conserva solo dos pares de esos calcetines y calzoncillos nuevos y devuelve el resto a la tienda para que te reembolsen el dinero. ¿Entendido?

—Pero necesito calzoncillos —respondió él, con un puchero.

La mujer lo abofeteó con la bolsa de la ropa sucia.

—Aquí tienes un año entero de calzoncillos, siempre y cuando los laves.

Cuando salieron de la habitación y regresaron a la calle, solo les quedaban quince minutos para almorzar.

—Apuesto a que tienes hambre —dijo ella.

—Estoy bien. Puedo saltarme una comida de vez en cuando.

La chica desapareció dentro de una tienda del barrio y regresó con dos cartones de leche con sabor a plátano y un pastelillo; se lo ofreció junto a uno de los envases de leche. Aunque no era mucha comida, de pronto Reseng se sintió indescriptiblemente complacido con ella. Le dio las gracias y aceptó el tentempié. Se sentaron a comer en un banco frente a la tienda.

—Qué buen tiempo hace —dijo ella, mirando el cielo.

Él alzó la vista también.

—Sí, es cierto.

—La colada se seca muy bien en días como estos —apuntó, mientras le propinaba un apretón a la bolsa de la ropa.

Al día siguiente, ella actuó como si no lo conociera. Reseng trató de saludarla con la mano, pero ella se sonrojó y siguió caminando hacia su sección. Pensó que seguramente fuera porque la muchacha estaba con sus compañeras. Pero cuando se encontraron por sorpresa en un corredor vacío, ella se limitó a bajar la cabeza y no dijo nada. Trabajaba en la línea de producción, dentro de la instalación, mientras que Reseng lo hacía fuera, en un cobertizo prefabricado donde llevaban a cabo el recubrimiento y la pintura. Pero en una fábrica tan pequeña tenían muchas oportunidades para toparse el uno con el otro. Sin embargo, cuando sucedía, ella parecía nerviosa y se mantenía a distancia de Reseng, o se apresuraba a pasar por su lado con los hombros encorvados.

Al día siguiente y al otro sucedió lo mismo. Él la esperó en la entrada a la hora de la salida, pero ella salió con un grupo de compañeras, impidiendo que él se le acercara. Aunque hubiera salido sola, no habría tenido la menor idea de qué decirle. ¿Qué podía ser? ¿Por favor, devuélveme mi ropa interior?

La noche del viernes, Reseng estaba acostado en la cama cuando oyó que alguien llamaba a la puerta. La abrió y ahí estaba ella, con la cabeza agachada y cargando la bolsa de la ropa con ambas manos. Cuando la saludó, le puso la bolsa en las manos sin mirarlo.

—Lo he estado pensando mucho y me he dado cuenta de que me excedí —dijo con voz suave y temblorosa y la cabeza aún inclinada—. Lamento si te he ofendido.

—No tenías que venir hasta aquí solo para decírmelo. Pero ya que lo has hecho, pasa y tomemos un té.

Abrió más la puerta. Ella negó con la cabeza. Reseng dio un paso hacia fuera, pero ella sacudió las manos y lo detuvo.

—No salgas, ya me voy.

Se dio media vuelta y se alejó rápido por el pasillo. Boquiabierto, la miró mientras caminaba apresuradamente, con sus delicados hombros encogidos. ¿Qué le había sucedido a la enérgica e intrépida mujer que había metido toda aquella ropa interior sucia en la bolsa? Cuando oyó que sus pasos habían alcanzado el pie de la escalera, él volvió al interior de su apartamento y cerró la puerta. Abrió la bolsa. Dentro había pilas de calzoncillos pulcramente doblados. Tomó un par y los olisqueó. Olía como una sábana de algodón recién lavada y puesta a secar bajo el tibio sol de la tarde. Justo entonces lo comprendió: la gentileza de la joven no era más que compasión genuina por un joven idiota y patético que se gastaba la mitad del sueldo mensual en pagar la renta y los suministros, y la otra mitad en cigarrillos, alcohol, fideos instantáneos y ropa interior. Soltó una carcajada. «Oh, ¿entonces no estaba coqueteando conmigo?» De todos modos, se sentía agradecido por su compasión. No importaba que se tratara de lástima o amabilidad: nunca antes había recibido eso de un extraño.

Se levantó y corrió a buscarla. La encontró quinientos metros más adelante, calle abajo. Cuando la alcanzó, le tocó el hombro.

Mientras jadeaba para recuperar el aliento, le preguntó:

—¿Quieres ir a ver una película este fin de semana?

UN MES MÁS tarde, empezaron a vivir juntos. Reseng no tenía muchas cosas que llevar al apartamento de ella. Le había dicho a la gente de la fábrica que tenía veinticuatro años, pero en realidad tenía veintidós. No se necesita ser un filósofo para entender que hay millones de razones por las cuales un hombre de veintidós y una mujer de veintiuno se van a vivir juntos. Podrían haberse enamorado mientras uno de ellos le vendaba una herida al otro o mientras compartían un pastel recién hecho, con forma de carpa dorada, comprado en un carrito de comida. Tal vez incluso se hubieran enamorado mientras saltaban en una colchoneta inflable. Pero seguro que existían otras parejas en este hermoso planeta llamado Tierra que se habían enamorado por culpa de una bolsa de calzoncillos sucios y que habían decidido irse a vivir juntos.

Ella resultó ser un ama de casa increíblemente buena. Ya fuera cocinando o limpiando o lavando o planchando o cosiendo, lo hacía todo con rapidez y eficiencia, y aunque parecía que lo ejecutaba sin demasiado entusiasmo, siempre resultaba perfecto. Le echaba un vistazo a la ropa que Reseng trataba de doblar, a los extremos que nunca lograba hacer coincidir, hacía un mohín y volvía a doblarla toda cuando él se alejaba un segundo. Se le pegaban las sábanas por la mañana, pero incluso mientras se daba prisa para lavarse el pelo y vestirse para ir al trabajo, de alguna manera conseguía también poner la mesa para el desayuno y servir sopa, verduras frescas y pescado asado.

—Primero ahorraremos dinero. Luego nos casaremos. Si ambos trabajamos y ahorramos rigurosamente durante veinte años, tendremos suficiente para comprar un buen apartamento.

—¿Veinte años? —exclamó Reseng impresionado.

Lo que ella estaba diciendo era que, a fin de escapar de aquel diminuto estudio donde pagaban un alquiler mensual para mudarse a otro estudio mejor y luego comprar su propio apartamento, que de cualquier forma tampoco sería más grande que su fosa nasal izquierda, Reseng tendría que pasar los siguientes veinte años trabajando en la sección de cromado. Para entonces, seguramente, ya no quedaría ni un solo espermatozoide vivo en sus testículos.

—Mira, apenas tienes veintiún años, yo apenas tengo veintidós. ¿No crees que somos

demasiado jóvenes para estar pensando en una vida tan triste y aburrida?

—Cuando estoy en la fábrica solo pienso en casarme. Imagino la vida de casada mientras aprieto tornillos. Me visualizo teniendo un bebé y luego viéndolo o viéndola crecer. En serio, solo con pensarlo mi corazón se llena de dicha y emoción. De otra forma, ¿cuál es el propósito de sufrir de esta manera? No tendría ningún sentido.

No hablaba de otra cosa más que de la vida conyugal. Cada vez que surgía la oportunidad, hablaba de niños, casas, jardines, electrodomésticos. A Reseng la vida de casado le parecía un mundo futurista en una película de animación, pero ella se mostraba tan seria y contenta que él se limitaba a asentir con la cabeza y a mostrarse de acuerdo.

Después de tomar el desayuno, ambos iban en bicicleta al trabajo. Ella le había comprado una a Reseng.

—Las bicis son geniales. Haces mucho ejercicio y ahorras dinero. Con lo que te ahorras del autobús, puedes comprarte lo que quieras. —Lo había dicho como si estuviera concediéndole un enorme favor.

—Ningún hombre montaría en esto —dijo Reseng, pateando la rueda delantera—. Esta bicicleta es de mujer. Todos en la fábrica de reirán de mí. —Su bicicleta no tenía velocidades, pero sí una enorme cesta encima, de color rosa, lo bastante grande como para meter una docena de gatitos.

Resultó ser un buen ejercicio. Ella vivía en la cima de una colina empinada, a cien metros de la accidentada carretera principal. Los días de mercado llenaba aquella canasta, capaz de guardar doce gatitos, de tofu, rábanos, cebollas, cebolletas verdes, zanahorias, un saco de arroz, grasientas lonchas de cerdo para preparar *kimchi* y pescado fresco troceado. Llevaba aquella canasta de forma tan metódica que, de haberlo deseado, habría podido meter también un cachorro de oso allí dentro. Mientras Reseng sudaba la gota gorda pedaleando sobre la bicicleta cargada de vuelta a la cima de la colina, ella, radiante, se comía a lengüetazos un helado.

—Habría sido mejor que me hubieras comprado una carreta —se quejaba él.

—Siempre había querido hacer esto —decía ella, con una enorme sonrisa.

La reacción de sus colegas de la fábrica ante la cesta rosa fue peor de lo que había imaginado. Cuando la estacionaba a la entrada de la fábrica, la gente se arremolinaba a su alrededor y se turnaba para burlarse de él.

—Jamás habría imaginado que tuvieras tanto estilo —se mofaba el jefe de sección.

El jefe de su equipo de trabajo le daba palmaditas a la cesta y decía:

—Caray, viejo, si vienes en esto al trabajo, ¿cómo va tu madre al mercado?

Un compañero que jamás le había dirigido la palabra de pronto lo abordó. El tipo comenzó a decir algo, pero luego se detuvo, hasta que pareció que ya no podía contener la curiosidad.

—Por favor, no te lo tomes a mal. Es solo que hay algo que quiero preguntarte.

La expresión del hombre era de extrema seriedad.

—¿Qué sucede?

—Circula el rumor de que estás ahorrando para hacerte una operación de cambio de sexo. ¿Es verdad?

Cuando los chismes se propagaron sin control e incluso los trabajadores de otras fábricas comenzaron a cuchichear, el jefe de sección le preguntó, medio en broma:

—¿No crees que es hora de que hagas algo al respecto?

No tuvo otra opción más que colocar en la cesta un letrero que decía: «Los rumores son falsos. no me voy a operar. ya me he hecho la circuncisión». Y lo dejó tres días seguidos.

Y así, gracias a la bicicleta, al final hizo amistad con sus compañeros. El trabajo se volvió más fácil y comenzó a divertirse más. El jefe de su equipo lo transfirió a la más sofisticada labor de perforar placas de cobre, lo que le reportaba doscientos mil won más al mes, e incluso dedicaba parte de su tiempo libre a enseñarle a Reseng cómo cortar metal con un torno. Cada vez que se restregaba las manos para quitarse la grasa después del trabajo o cuando se sacudía esquilas de metal del delantal y lo colgaba en un tendedero, o cuando reía mientras observaba a compañeros jugar un partido de fútbol con un vaso de cartón durante el descanso, Reseng sentía que por fin se había convertido en un verdadero miembro del mundo obrero. Había ganado una gran familia de un día para otro.

Cuando él y su novia se cruzaban en la fábrica, ambos intercambiaban tímidas sonrisas clandestinas. Al salir del trabajo, se dirigían a casa por caminos distintos, para que nadie se diera cuenta. Ella se iba por un atajo mientras Reseng tomaba el camino más largo, y aun así él siempre llegaba primero. Abría la puerta y esperaba su llegada. Cuando ella alcanzaba la cima de la colina, empapada en sudor, él agarraba su bicicleta y le ponía el candado. Luego hacían el amor.

Más tarde cenaban y veían la televisión. A ella le gustaban los programas humorísticos. Cada vez que alguien contaba un chiste, ella se tiraba por el suelo muerta de risa y decía: «¡Ay, es muy gracioso; es divertidísimo!».

Reseng miraba la pantalla, imperturbable, y se preguntaba qué demonios era tan gracioso.

—¿Por qué no me hace gracia? ¿Soy demasiado idiota para entenderlo?

—Sí, eres demasiado idiota —decía ella, entre risas.

Él pensaba que tal vez tenía razón.

A las nueve de la noche, ella se sentaba ante el escritorio para estudiar.

—Aprobé la escuela secundaria el año pasado. Necesito prepararme para pasar el examen de acceso a la universidad. ¿Hasta dónde llegaste tú? Yo solo pude terminar el primer año de secundaria. Mi padre no quiso que continuara.

—En mi currículum puse que acabé la secundaria, pero ni siquiera fui a la escuela primaria.

—Mentiroso —dijo ella, lanzándole una mirada recelosa.

Mientras ella estudiaba, Reseng se recostaba y leía *Los demonios*, de Dostoievski. Era un libro largo y aburrido.

—¿Es divertido? —preguntó ella.

—Los personajes tienen nombres muy largos. Por ejemplo, el nombre de la madre del protagonista es Varvara Petrovna Stavroguina, y el de su tutor, Stepán Trofimovich Verjovenski. Cada vez que aparece un nuevo personaje, se necesita por lo menos una línea para decir su nombre. Así que, no, no es muy divertido. No con tantos nombres que recordar.

—Entonces, ¿para qué leerlo, si no es divertido? Eres la única persona que conozco que lee esos libros tan largos.

—No leo por ninguna razón en particular. Es como tú y tus programas de televisión. No conozco otra manera de pasar mi tiempo libre.

A las once, ella empezaba a dormir. La cabeza se le hundía cada vez más y más, hasta que la frente chocaba contra el escritorio. Era tierno. Reseng le tocaba el hombro y le decía que se fuera a la cama. Ella lo miraba confundida y afirmaba que no estaba durmiendo, que era el truco que

empleaba para memorizar las cosas que acababa de leer. Sacudía la cabeza, decía que el examen estaba cada vez más cerca, abría bien los ojos y volvía a leer. Y tres segundos más tarde, su cabeza se inclinaba de nuevo. Y cuando su rostro acababa apoyado por completo en el viejo libro de texto publicado por el Gobierno, Reseng apartaba el libro y la llevaba hasta el futón. Movía el pequeño escritorio a un lado, apagaba las luces, se metía bajo las mantas y la envolvía entre los brazos. Ella se contoneaba hasta pegar el trasero contra el cuerpo de él, tomaba su mano entre las suyas y la colocaba sobre su mejilla y entonces asentía, como si ya todo estuviera donde debía estar. Aquella era su posición favorita para dormir. Le decía a Reseng que nada la hacía más feliz que recibir el abrazo de la persona a la que amaba y sentir su mano en la mejilla.

—¿Qué hacías antes de venir aquí? —le preguntó, medio dormida.

—Trabajé en el sector de la construcción durante varios años.

—¡Ja! Mentiroso. No tienes manos de albañil. Eres un tipo muy sospechoso. Muy sospechoso —decía, y sonaba como si estuviera hablando en sueños.

A veces Reseng sentía que una lágrima se deslizaba por la mejilla de ella y por el dorso de su mano. Algunas noches ella lloraba mucho. Él respiraba profundamente, como si durmiera, y contemplaba cómo la luz de la luna cruzaba de puntillas la habitación. Al final ella dejaba de llorar y Reseng se dormía también.

Pero a la mañana siguiente ella siempre estaba alegre y llena de energía, como si no hubiera pasado nada. Canturreaba mientras se lavaba el cabello, se cepillaba los dientes y preparaba la mesa para el desayuno. Después de comer, decía:

—Hoy seguiré la ruta de siempre. No me sigas como la última vez.

Y montaba en su bicicleta a toda prisa y salía en dirección a la fábrica.

Qué tiempos aquellos. Reseng mejoraba cada vez más en su trabajo. El jefe de su equipo le preguntó si había pensado en obtener una titulación como técnico tornero.

—Un hombre debe tener un oficio. Con eso puedes ganarte la vida donde sea. Si apruebas el examen escrito, me comprometo a formarte personalmente para el examen práctico.

Los viernes por la noche, los obreros de la fábrica se dividían en equipos para jugar al billar. La regla era que los perdedores debían pagar por la mesa y el alcohol, y eran muy estrictos con esa regla, lo que hacía del billar de los viernes un asunto extremadamente serio y absorbente. Después del salón de billar, solían asar piel de cerdo a la parrilla sobre briquetas de carbón y beber soju. Cuando el jefe de sección se encontraba presente, los obreros se quejaban del patrón, y cuando no estaba, se quejaban de él. El jefe parecía saberlo, porque siempre hacía todo lo posible para no perderse una sola noche de billar y alcohol.

Mientras tanto, el trabajo que Reseng había arruinado nunca llegó a ser noticia. Parecía que el incidente había quedado aplacado gracias a un grupo de despreocupados funcionarios públicos que no tenían la menor intención de complicar aún más sus respectivas agendas. Reseng llegó a la conclusión de que los planificadores y sus clientes no estarían demasiado decepcionados siempre y cuando el asunto no saliera a la luz y todo volviera en silencio a la normalidad. Pero esa era solo su opinión. Si el planificador decidía que no podía permitir que alguien que había hecho una chapuza semejante siguiera vivo, entonces era hombre muerto. Pero ya había pasado medio año y Viejo Mapache aún no había contactado con él.

Al final, cuando llevaba unos ocho meses trabajando en la fábrica, tuvo noticias. Llegó a casa y encontró una carta bajo la puerta. No la habían enviado por correo: alguien la había dejado en persona. La abrió con manos temblorosas.

ERA LA LETRA de Viejo Mapache. La carta solo contenía estas cuatro palabras: «Se acabó, vuelve ya». Reseng se preguntó qué era exactamente lo que había acabado y adónde se suponía que debía regresar. No lograba imaginar otro hogar que no fuera el que tenía entonces.

Al día siguiente, Reseng llamó a Viejo Mapache.

—Me gustaría quedarme un poco más.

Tras un largo silencio, el otro respondió:

—La chica obrera, ¿es buena?

Vaciló antes de responder que sí.

—Está bien, entonces. Si no estás seguro de querer regresar a este tipo de trabajo, quédate.

No parecía contrariado, ni cínico, ni enfadado. De hecho, era la primera vez que lo oía hablar en un tono cordial. Reseng permaneció de pie, con el teléfono pegado al oído. «Quédate.» No lograba entender lo que esas palabras significaban en realidad. Se apartó un poco de la cabina telefónica y observó a los obreros de las fábricas, que salían en masa a las calles para almorzar. Su novia iba con ellos. Ella le guiñó un ojo. Uno de los muchachos que pasaba junto a él puso una mano sobre el hombro de Reseng y le preguntó por qué no los acompañaba. Él cubrió el teléfono con una mano y dijo: «Ahora os alcanzo». Ella también se volvió para mirarlo y él le sonrió y le hizo señas para que se adelantara. La muchacha le devolvió la sonrisa y siguió caminando. Reseng volvió a colocarse el teléfono en la oreja.

—¿De verdad está bien si me quedo? —preguntó.

—¿Tu nombre allí es Jang Yimun?

—Sí.

—Vive con ese nombre. Borraré el que tenías aquí. Así no tendrás ningún problema.

Y después de decir eso, colgó.

Reseng se alejó de la cabina telefónica y miró a los obreros en la calle. «Borraré el nombre que tenías aquí. Así no tendrás ningún problema.» ¿De qué clase de problemas hablaba? Era el mes de abril. Los cerezos florecían a lo largo de toda la calle. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que eran cerezos. Tampoco era algo importante. «Sakura, la flor que se marchita en cuanto florece.» Por alguna razón, aquel verso que había leído en algún poema se le quedó grabado en la mente. Se miró las manos, curtidas tras ocho meses de trabajo en la fábrica. Mientras se frotaba los callos, murmuró: «Mi nombre es Jang Yimun», y su voz sonó como si acabara de hacer un gran descubrimiento. Miró los árboles y pensó en el nombre de Reseng. Había sido suyo tanto tiempo y en aquel momento estaba a punto de desaparecer. Se preguntó qué suponía borrar un nombre. «Sakura, la flor que se marchita en cuanto florece.»

Regresó a la fábrica. No almorzó. Había una pila de trabajo pendiente en su sección, así que encendió la fresadora y reanudó la tarea de perforar cuatro agujeros en las placas de cobre. Veinte minutos después, había terminado. Sopló en los agujeros, limpió las virutas de metal y alzó las placas a contraluz. Asintió satisfecho. Tras apilar de nuevo las placas a su lado, barrió los fragmentos de cobre y los tiró en el cubo de reciclaje.

Se lavó las manos y empaquetó sus pertenencias. Después de asegurarse de que no olvidaba nada, entró a hurtadillas en la oficina y extrajo su currículum del archivo del jefe de sección. Tampoco es que le importara mucho lo que pudieran hacer con el documento. Su nombre y número de registro de residente estaban en la nómina y también en los registros de asistencia. Pero solo se

llevó el currículum. Arrugó el documento, se lo metió en el bolsillo y se marchó. Al salir se imaginó la fábrica sin él. ¿Qué cambiaría si no estaba allí? Probablemente, nada. Con o sin él, las máquinas continuarían zumbando día tras día.

Volvió a casa en bicicleta. Abrió la puerta y contempló el cuarto estrecho en donde había vivido los últimos seis meses. El tiempo que había pasado allí le parecía algo lejano, muy lejano. Comenzó a meter cosas en la maleta que había llevado consigo desde Seúl, pero sus pertenencias se habían incrementado desde entonces. Tenía más cosas de las que podía llevarse. Puso todo lo que había adquirido tras mudarse con su novia en una bolsa negra de basura y la tiró en la calle contigua. Luego metió las camisas que ella le había lavado, su uniforme de trabajo de repuesto y su ropa interior en una bolsa de la compra negra y lo dejó todo en un contenedor de donaciones de ropa usada. De vuelta en la habitación, revisó cada rincón. Tenía que haber algo más de lo que necesitara deshacerse. Miró a su alrededor con ansiedad y comenzó a limpiar con un trapo todas las superficies que alguna vez había tocado. Cuando terminó, se preguntó por qué tenía que borrar sus huellas digitales. Pero ninguna de las múltiples caras que habitaban en el interior de Reseng le ofreció una respuesta.

No le dejó ninguna nota a su chica, ninguna explicación. Solo cogió sus cosas y se fue. Cuando había recorrido la mitad de la calle, se ocultó y contempló un largo rato el diminuto estudio en donde había pasado medio año de su vida. El sol comenzó a ocultarse y entonces la vio, pedaleando con fuerza para subir por la colina, con la cesta llena de brotes, tofu y cebolletas. Como siempre, colocó la bicicleta junto a la de él y entró. Unos cinco minutos más tarde, apareció corriendo. Parecía confundida. Se quedó inmóvil en la calle hasta que el sol se puso y las luces se encendieron. Reseng permaneció escondido en la oscuridad como una rata, mirando cómo se quedaba allí sin moverse. Cuando la mujer, al final, se cansó y entró, él arrastró su maleta cuesta abajo. Regresó a Seúl y quemó la identificación que había pertenecido a Jang Yimun.

LA LLUVIA SE hizo más intensa. Los rayos de sol que brotaban entre las nubes desaparecieron. Reseng se terminó su cerveza, aplastó la lata y la arrojó al suelo, donde se unió al centenar que ya se encontraba allí. Se detuvo un momento para admirar las variadas formas que presentaban las latas aplastadas, antes de sacar una nueva de la nevera. La única voz cuerda de entre las muchas que habitaban su cabeza dijo: «¿En qué estás pensando? La muerte te persigue sigilosamente ¿y lo único que haces es beber cerveza?». Pero la destapó de todas formas. La lata suspiró, exhalando su aire carbonatado. Reseng sonrió. ¿Desde cuándo las latas de cerveza suspiraban llenas de arrepentimiento? Dio un trago y se preguntó para qué se había molestado en regresar. De haberse quedado en la fábrica diez años atrás, en aquel momento no habría estado temblando de miedo ante una estúpida bomba colocada en su inodoro. No tendría por qué estar viviendo aquella existencia llena de crímenes constantes y forzosos.

La noche después del primer asesinato que cometió tras su regreso a Seúl, le preguntó a Viejo Mapache:

—¿Voy a terminar matando a más y más personas?

—No, cada vez matarás menos. Pero ganarás más y más dinero.

—¿Cómo es eso posible?

—Cuanto mejor seas, más importante será la gente a la que matarás.

Pero Viejo Mapache se había equivocado en eso. El precio por cometer un asesinato había bajado. Y al hacerlo, también había bajado el valor de la gente bella y valiosa. La consecuencia

de eso fue que un mayor número de gente notable empezó a morir más fácilmente que antes. Se requieren innumerables leyendas para crear un héroe como Aquiles, pero solo un príncipe idiota como Paris para matarlo. Siendo así, ¿cuántos hombres son necesarios para matar a un príncipe idiota?

Reseng miró la bomba sobre el escritorio. El dueño de la tienda de suministros se lo había advertido: «Si quienes plantaron esta cosa eran espías del Gobierno, más te valdría volver a colocarla en tu inodoro y morir. Esa gente no se anda con rodeos». Lo había dicho bromeando, pero era la verdad. Una vez que alguno de ellos terminaba en su lista, el resto le deseaba una muerte pacífica. Luchar solo empeoraba las cosas para todos. Los detectives se percatarían de que había gato encerrado y empezarían a husmear, lo cual pondría nerviosos a los planificadores. Si Reseng estaba en la lista negra del Gobierno, nadie podría ayudarlo. «¿Cómo preferirías morir?», se preguntó a sí mismo. Una de sus voces interiores murmuró en tono burlón: «Al menos, ya sabes que Oso hará un buen trabajo». Se terminó la cerveza, aplastó la lata, nervioso, y la arrojó al suelo.

«No te preocupes. Nadie muere tan fácilmente. Algunas personas logran vivir treinta años con una bala alojada en el cerebro. Hay hombres a los que se ha rescatado de islas desiertas después de una semana sobreviviendo con arpones atravesándoles la barriga. Gente que ha bebido el agua estancada del interior de troncos podridos, masticado tallos de cactus, bebido su propia orina y devorado el contenido del estómago de animales muertos mientras cruzaba el desierto. Una vez rescataron a una mujer que había sobrevivido a un naufragio y vagado a la deriva durante un mes, alimentándose del corazón, los riñones, el hígado y el intestino grueso de su novio. Incluso hubo un caso en el que un doctor expidió un certificado de defunción, el encargado de la funeraria lavó y amortajó el cadáver, y la tapa del ataúd se cerró con clavos, pero la persona que yacía dentro despertó de repente y comenzó a golpear enloquecida la tapa del ataúd. La vida puede ser una cosa sorprendente, cruel y repulsiva.»

Abrió la nevera y sacó la última lata de cerveza. La destapó con un chasquido y bebió el contenido de golpe; luego la aplastó y la arrojó al suelo. Ya podía marcharse. La Semana de la Cerveza había terminado.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, cuando Reseng entró en la biblioteca, vio que la mujer bizca había desaparecido. Sobre su escritorio había un letrero que decía «De vacaciones». Asumió que era verdad, pues los animales de peluche y los artículos de oficina seguían allí. Pero ¿desde cuándo la Biblioteca de los Perros daba vacaciones a las bibliotecarias? Tal vez a las otras mujeres las habían despedido antes de que tuvieran oportunidad de disfrutarlas. Fue al despacho.

Viejo Mapache se encontraba tras su escritorio, leyendo en voz alta, como siempre. Reseng colocó la carcasa de la bomba frente a él.

—Esto estaba en mi baño. Está hecha a mano y los componentes son belgas.

El hombre escudriñó la bomba por encima de sus gafas de lectura.

—¿Cómo la pusieron allí? —preguntó.

—No tengo la menor idea. ¿Y tú?

—Yo tengo muchas. Teniendo en cuenta cómo ha sido tu vida, me sorprendería que nadie quisiera verte muerto.

Parecía que Viejo Mapache estuviera hablando sobre otra persona. Reseng odiaba cuando fingía que las cosas le eran indiferentes. No trataba de convencerlo de que no merecía morir ni le

estaba suplicando que lo salvara, ni afirmando lo injusto que era. Lo único que quería saber era quién podría haberle hecho aquello.

—¿Conoces planificadores que usen este tipo de bombas? —preguntó, indignado.

Por un instante, la expresión de Viejo Mapache cambió e indicó que, definitivamente, sabía algo al respecto y que lo encontraba muy divertido.

—Ningún planificador que yo conozca pone bombas en los baños. Y no son la clase de gente que suele hacer bromas pesadas.

—¿Así que es solo una advertencia?

El otro lo fulminó con la mirada.

—¿Para qué se molestarían en advertirle algo a un tipo como tú?

Reseng no supo qué decir. Viejo Mapache encendió un cigarrillo y exhaló una larga bocanada de humo. Y luego, para sorpresa de Reseng, volvió a la lectura en voz alta de su enciclopedia. Reseng se quedó mirándolo, pasmado.

Y, de todas formas, ¿por qué leía de aquella forma tan absurda? Se lo preguntaba desde que lo llevaron a la biblioteca por primera vez, veintiocho años atrás. A Viejo Mapache no le interesaba nada. Ni la política, ni el dinero, ni las mujeres, el matrimonio o los hijos. A todo aquello le prestaba aún menos atención que a los diminutos brotes de moho que aparecían entre las cubiertas de los libros. Para él, el mundo real era pura ficción. Lo único que de verdad lo cautivaba eran los problemas que afectaban a los libros, tanto a su interior como a su exterior. Mientras el protagonista deambulaba penosamente a través de los páramos de Siberia, fuera los vientos cálidos y húmedos del monzón de principios de verano devoraban el pegamento de la encuadernación y provocaban que las páginas se pegaran. Dichas preocupaciones debían de absorber a Viejo Mapache. Pero entonces ¿por qué había sido el líder de un escuadrón de asesinos durante cuarenta años? No tenía el menor sentido cuando reflexionabas sobre ello. Habría sido mejor que se hubiera dedicado a atender una tienda de libros usados.

Reseng cogió la carcasa de la bomba y se dispuso a marcharse.

—Ve a ver a Hanja —dijo—. Si quieres vivir.

—¿Y si esto es obra de Hanja?

—No importa quién lo haya ordenado. Vivirás si hablas con Hanja.

—¿Así de simple?

—Así de simple.

Viejo Mapache volvió a su lectura. Reseng lo miró un instante antes de cerrar la puerta tras él. Le parecía que había encogido desde la última vez que lo vio...

EL MERCADO DE CARNES

SUCIO, FÉTIDO, MISERABLE y asqueroso. Eso era el mercado de carnes.

La compasión y la pena sin sentido, la apatía generalizada y la rabia contenida sin destinatario flotaban como hojas secas a finales del otoño antes de consumirse espontáneamente. El destino final de las hojas secas. Expertos en falsificaciones y blanqueo de capitales, homicidas por encargo, médicos sin licencia, usureros, contrabandistas, chulos, estafadores de seguros, traficantes de drogas, de órganos, de armas; eliminadores de cuerpos, asesinos, cazadores, mercenarios, rastreadores, mediadores, ladrones, compradores de objetos robados, vividores, delincuentes y detectives corruptos, soplones y desertores, mezclados con todo tipo de intermediarios, jadeando como perros lujuriosos en un caluroso día de verano, husmeando para ver la forma de sacar algún dinero. Un hogar para aquellos que habían tocado fondo con tanta violencia que daban ganas de encontrar una forma amable de decirles: «Oye, a lo mejor en tu caso el suicidio no es una mala idea», pero que decidían seguir adelante y darle una última oportunidad a la vida. Eso era el mercado de carnes.

Era el más capitalista de todos los mercados, lo que significaba que podías comprar lo que fuera siempre y cuando tuvieras dinero. Allí nada estaba prohibido ni por la ley, ni por la justicia, ni por la moral. Eso no encajaba con los principios del capitalismo, así que los productos prohibidos por la ley, la justicia y la moral lograban colarse en el mercado de carnes a través de lagunas legales. En aquel lugar podías comprar lo que fuera: desde un ojo humano, un riñón, un pulmón, un hígado y otros órganos humanos, hasta bombas de fabricación casera, venenos, mujeres del sudeste asiático o de Europa del Este; drogas baratas de Myanmar o Afganistán, y armas de contrabando procedentes de bases militares de Estados Unidos. Con un poco de suerte, podías incluso adquirir enseres y armas baratas que los antiguos agentes de la KGB le vendieron a la mafia rusa por una bicoca. Allí podías comprar venganza, placer, ruina, resurrección y rehabilitación. Quinientos dólares deslizados en la mano adecuada te permitían hacerte con un inmigrante ilegal de Vietnam para que matara a quien tú le dijeras, y la adquisición de un cadáver —o de alguien dispuesto a convertirse en cadáver— te proporcionaba la oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva a una vida de mierda. Los expertos en blanqueo de capitales limpiaban tu botín secreto y retiraban cualquier suciedad de origen, y, sorprendentemente, podían hacer lo mismo con tu sucio pasado. Al comprarle un flamante rostro nuevo a un cirujano plástico sin licencia y un nombre y una historia nuevos a un falsificador, un odioso criminal que debería pudrirse en prisión quince años podía pavonearse por las calles del centro de Seúl y comenzar una nueva vida. Así que, por supuesto, una mujer casada con el ojo puesto en el seguro de vida de su marido a-punto-de-morir-en-un-accidente y con deseos de vivir la vida al máximo no causaba

el más mínimo asombro en el mercado de carnes. Después de todo, era el tipo de lugar donde un hombre podía vender cada órgano prescindible de su cuerpo, quemar dinero apostando y luego arrastrar allí a su hija de once años para ver si podía vender también sus órganos. Eso era el mercado de carnes.

Lo único que no estaba a la venta en aquel lugar eran emociones baratas que a nadie le interesaban (compasión, empatía, resentimiento), ni palabras inservibles y deprimentes (fe, amor, confianza, amistad, verdad). El honor y el crédito no funcionaban como garantías. Ni de lejos. En el mercado de carnes no había ningún puesto que vendiera sentimientos nobles; no allí, entre lo peor de lo peor.

Gracias a todas esas vidas que tocaban fondo, provenientes de todas partes, siempre podías oír el sonido de una existencia desmoronándose en el mercado de carnes. Bien pensado, pocos lugares reúnen tantas lágrimas. Y aun así allí nadie les prestaba atención. Nadie gastaba energía en una empatía inútil.

Los ingenuos se quejaban. «¿Por qué, simplemente, no los encierran en la cárcel?» Pero era absurdo. Jamás podrían encarcelar el mercado de carnes. Era mucho más grande que cualquier prisión, y la cárcel no era más que otro mercado de carnes. Igual que los oasis, que solo aparecen cuando cae lluvia en el desierto y que desaparecen con la misma rapidez, el mercado de carnes emergía de la nada y fluía por voluntad propia; era el tumor que se forma tan rápido que resulta imposible atajarlo. Los fiscales y detectives inteligentes se beneficiaban del mercado de carnes. Sabían muy bien que lo que verdaderamente les interesaba eran los huevos de oro y no la gallina que los ponía. Y del mismo modo que descuartizar a la gallina implicaría quedarse sin huevos, masacrar el mercado de carnes los dejaría desorientados, y, de cualquier manera, el mercado era demasiado grande para abarcarlo.

—REALMENTE MERECE MORIR, ¿no es así?

El ama de casa cincuentona, los cabellos cortos ondulados en una permanente, miraba suplicante a Minari Pak. Los moretones alrededor de sus ojos y sobre su mejilla aún no habían desaparecido. Minari le devolvió una mirada impaciente.

—Sí, sí, claro —le dijo—. Un gusano como ese está pidiendo a gritos que lo maten. Por eso, esta es su oportunidad. Puede deshacerse de él y empezar de nuevo. Conseguir un nuevo marido.

—Querida, te está dando buenos consejos. Debes ser fuerte —dijo la mujer joven que estaba junto al ama de casa. La cómplice de Minari.

—¡Me arruinó la vida!

La vieja prácticamente recitaba los diálogos de una telenovela. Empezó a sollozar. Gruesos lagrimones le brotaban de los ojos mientras apretaba un pañuelo enrollado. Parecía que había tenido una vida difícil. Sus antebrazos eran fornidos, seguro que por haber desempeñado un trabajo manual, y su piel era áspera y estaba oscurecida por el sol. Ataviada con un traje de topes de dos piezas que era probable que hubiera estado de moda treinta años atrás, no parecía en absoluto la clase de persona que esperarías encontrar en la oficina de un asesino a sueldo con el propósito de encargar que liquidaran a su marido. Como la mujer no paraba de llorar, Minari miró a su cómplice con cara de estar a punto de enloquecer de un momento a otro. Esta le dio palmaditas en la espalda a la vieja y miró de nuevo a Minari, como queriéndole decir: «¡No lo estropees ahora!».

—Desahógate, querida. Ya, ya. Está bien llorar delante de él. Puedes confiar —farfulló la

cómplice.

Reseng soltó una risita. Todo aquel tiempo había estado leyendo el periódico en el escritorio de Minari. ¿Acababan de decirle a la mujer que confiara en un asesino a sueldo? Ella parecía estar de acuerdo con eso, porque empezó a sollozar haciendo aún más ruido. Minari sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca, con una expresión que decía claramente: «Ah, al demonio con esta mierda».

Reseng apartó el periódico y miró a las tres personas sentadas en torno a la mesa de centro. Minari y su cómplice estaban haciendo el ridículo: ninguno de los dos tenía la menor idea de qué hacer con aquella mujer. Minari expulsó una larga columna de humo, con los ojos clavados en la bolsa de la compra que la vieja tenía a sus pies. Era probable que contuviera fajos de dinero en efectivo que la mujer llevaba como pago por adelantado. Un ingreso bastante lucrativo, teniendo en cuenta el reducido tamaño del negocio de Minari. Y el trabajo tampoco sería complicado. La cómplice seguramente llevaba tratando con la mujer varios meses para convencerla de que contratase a un asesino. Habría elegido un objetivo y averiguado todo lo posible sobre ella para aproximarse con mucho cuidado y convertirse en su amiga íntima. Y entonces, llegado el momento indicado, habría implantado sigilosamente la idea: «¿Por qué lo soportas? Hay otras opciones...». Y entonces habría recurrido a la historia de siempre: «Todo el mundo debe tener la oportunidad de darle un giro a su vida». Pero no es más que una tomadura de pelo. La vida es un nudo que tarda años en enmarañarse. Nadie puede desenredarla de un solo golpe.

La mujer seguía llorando, ajena a la impaciencia de Minari. ¿Por qué lloraba? ¿Se sentía mal por su marido, cuando ya estaba decidida a matarlo? ¿O se sentía mal por sí misma, por haber trabajado hasta dejarse las manos para mantener a un marido que no hacía otra cosa que golpearla? ¿Era culpa de última hora? Estaba sentada en la oficina de un asesino a sueldo, con una bolsa de la compra repleta de dinero. Tenía que demostrarle a Minari lo pura e inofensiva que era, como un corderito, y justificar su furia y sus lágrimas derramadas como pétalos de margaritas. Después, tendría la necesidad de explicar sus razones. Pero no había necesidad de demostrarle nada a alguien como Minari Pak. No había necesidad de darle razones. En la escala de los asesinos a sueldo, Minari Pak era una humilde hiena capaz de hacer lo que fuera siempre y cuando le pagaran. Poco importaba lo poderosos que fueran sus motivos o lo mal que su esposo la hubiera tratado; nada de eso cambiaba la forma en que Minari hacía negocios. Aquel espectáculo de lagrimones tampoco servía de nada. Si el marido llegara al día siguiente con una bolsa de dinero aún más grande, Minari daría media vuelta y se desharía de la esposa.

La mujer se secó los ojos con toquecitos del pañuelo y alzó la mirada.

—¿No podría usted razonar con él? Matarlo me parece tan...

Minari se la quedó mirando como si acabaran de golpearle la cabeza con un martillo. Estaba a dos segundos de mandarlo todo al diablo, pero no podía arruinarlo en aquel momento. Respiró hondo.

—¿Razonar? Mire, señora, ¿qué le hace pensar que vale la pena tratar de razonar con él? ¿Necesita otro porrazo en la cabeza para convencerse? Una vez que un hombre empieza a golpear a una mujer, no se detiene. No hay manera de curarlo. Ya lo hemos investigado todo: las apuestas, la bebida, las infidelidades. Podría renacer quinientas veces y aun así seguiría siendo un perro. Usted ha podido soportarlo hasta ahora porque es joven y sus huesos son fuertes, pero ¿qué pasará cuando envejezca y empiece a tener, cómo se llama, osteoporosis? Cuando tenga osteoporosis, ¿qué cree que pasará cuando le pegue? Si la maltrata cuando sus huesos estén llenos de agujeros,

los paños calientes ya no le servirán de nada. Oh, no, no le servirán de nada.

Minari se detuvo a la mitad de su perorata. Su cómplice lo miraba furiosa. Tomó la mano de la vieja.

—Querida, esa no es la cuestión. Ya no sirve de nada tratar de razonar con él. ¿Acaso ese vago tiene algo en el banco? ¿Algún dinero de la jubilación en camino? ¡No! Razonar con él no te hará rica ni hará que tu vida sea mejor. Piensa en todo lo que te ha hecho pasar. Has sufrido tanto... Te rompió el cuerpo y el corazón. ¡No es justo! Si sigues así, tu vida será solo sufrimiento hasta el día en que te mueras. Querida, ¡tienes las agallas para hacer esto! Tu marido tiene dos pólizas de seguro. Podrás relajarte y descansar el resto de tu vida. Y ni siquiera tienes que levantar un solo dedo. Este caballero se encargará de todo.

—Escucha a tu amiga —añadió Minari—. Deja de sufrir y comienza a disfrutar de la vida. Esta es tu oportunidad de empezar de nuevo.

La mujer inclinó la cabeza y se puso a llorar otra vez. La cómplice de Minari le dio palmaditas en la espalda. Los sollozos silenciosos de la mujer se hicieron más fuertes. Comenzó a golpearse el pecho y a tirarse de la ropa. Minari suspiró profundamente y se puso de pie para acercarse a Reseng. «El trabajo es una puta mierda estos días», murmuró.

En aquel momento, la mujer se levantó del sillón de un salto.

—¡No puedo hacerlo! ¡No puedo! No importa lo que me haya hecho, sigue siendo un ser humano...

Agarró la bolsa de la compra e inclinó repetidamente la cabeza en dirección a Minari.

—Lo siento, lo siento, lo siento mucho —dijo, con voz nasal y lacrimosa, y salió apresurada de la oficina. La cómplice se levantó, presa del pánico, y corrió tras ella.

—¡No puedo creerlo! ¡Necia estúpida! —exclamó Minari, mirando a Reseng.

Este volvió a su periódico.

—Quiero decir, si no iba a pagarme, ¿por qué me ha hablado hasta por los codos de su horrendo marido? ¿Qué cree que es esto, un centro de asesoría para la violencia doméstica? No puedo creerlo, maldita sea. Y todo eso de que el vago de su marido es «un ser humano». ¿Qué cojones somos nosotros entonces? ¿Acaso cree que son los únicos «seres humanos» con problemas? Maldita sea. No se puede confiar en nadie en estos tiempos.

Minari pateó una papelera. Luego se sentó en el sillón y se fumó otro cigarrillo. Casi lo había terminado cuando sonó el teléfono. Era la cómplice.

—¡Maldita perra, dijiste que estaba lista para firmar! ¿Cómo pudiste arruinarlo así? Necesitas ser más concienzuda... ¿Qué? ¿Darle más tiempo? ¿Es una broma?... ¿Qué? ¿Que tiene dudas sobre el precio? Loca de mierda. Hace un minuto no parecía muy preocupada por el dinero... ¿Que firmará si bajo el precio?... Pero ¿cuánto? Hija de... ¿Qué se cree que es esto, un mercadillo? ¿Cree que es un juego matar a alguien? Asegúrate de que mantenga la boca cerrada. Dile que si habla mataremos a un montón de gente o algo así.

Colgó. La oficina se quedó en silencio. Encendió otro cigarrillo y miró a Reseng. Este apartó su periódico y miró a Minari, que apagó la colilla y se puso de pie.

—Colega, qué duro es concretar un trabajo. Pero ¿qué trae a su majestad a esta humilde oficina?

—Estar encerrado en la biblioteca hace que se me olvide cómo es el mundo real —dijo Reseng sonriendo—. Pensé que podía venir para averiguar qué hay de nuevo y pedirte un consejo

profesional.

El rostro de Minari se ensombreció.

—Bueno, válgame Dios, ¿qué clase de consejos podría yo darle al gran Reseng? Apenas llego a fin de mes. —Fingió que miraba su reloj—. Para ser honestos, no es un buen momento. Tendría que estar en otro lugar.

—Muy ocupado, ya veo. Bueno, entonces solo te haré unas cuantas preguntas.

—Seguro —dijo Minari—. Espero poder responderlas.

—¿Hubo una junta?

—¿Junta de qué? ¿Te refieres a una junta de vecinos? —bromeó Minari, fingiendo indiferencia. Pero era obvio que la pregunta lo había cogido por sorpresa.

Reseng lo miró fríamente.

—Sé que se han celebrado muchas reuniones estos días. Por ejemplo, juntas con Hanja, pero no con Viejo Mapache. Quiero saber si en ellas se ha dicho algo importante.

—No hubo ninguna junta. Sabes que solo se celebran en la biblioteca.

—¿En serio? ¿Ni una sola? —Miró a Minari con los ojos entornados.

—Si la hubo, yo no sé nada al respecto. ¿Para qué me convocaría Hanja a mí? Todo lo que hago es ganarme la vida consolando ancianas. Ni siquiera me considera un ser humano. Yo solo...

Minari lo miró atónito cuando Reseng sacó un cuchillo y lo colocó sobre la mesa. El pañuelo de Chu seguía envolviendo la empuñadura.

—Era el cuchillo de Chu. Nunca entendí por qué usaba cuchillos de cocina. Pero ahora que lo he probado, sé por qué.

Los ojos de Minari iban y venían del cuchillo al rostro de Reseng. ¿Estaba fanfarroneando o de verdad pensaba apuñalarlo? Podía oír que la mente de Minari iba a mil por hora.

Minari sonrió de un modo forzado.

—Oye, tú no eres así.

—¿No? Entonces, ¿cómo soy?

Lo miró fijamente; Minari apartó la mirada.

—Bueno, ya lo sabes, no es ninguna novedad que Hanja va detrás de Viejo Mapache.

—Eso no es lo que te he preguntado —respondió él—. Sé más específico.

—Ya te lo dije, ¿por qué Hanja me contaría algo a mí? Es absurdo.

—A Hanja le caes bien. Nunca le dices que no a la carne podrida.

Minari apretó los dientes. Le había herido en su orgullo. Sacó otro cigarrillo. Le temblaba la mano al llevárselo a los labios.

Trató de encenderlo, pero se rindió.

—¿Viejo Mapache te ha enviado a matarme porque estoy con Hanja?

Reseng lo miró sin responder.

—Bueno, eso me ofende, realmente me ofende. Díselo de mi parte. Dile que esta vez ha ido demasiado lejos, que se ha equivocado conmigo. ¿Desde cuándo soy yo tan poco de fiar?

Minari trataba de leer algo en el rostro de Reseng, pero este no le dejó entrever nada. Comenzó a parlotear de nuevo.

—Para serte sincero, muchos se han estado quejando. ¿Cuántos años lleva ya la biblioteca sin darnos trabajo? Viejo Mapache podrá actuar como un santo todo lo que quiera y fingir que puede

vivir del aire, pero el resto de nosotros no podemos. Aunque no haya trabajo, tenemos que mantener a nuestros hijos y pagarle a la policía, y darles parte de nuestras comisiones a los intermediarios y a los de arriba, lo que nos deja apenas con dinero suficiente para comprar un paquete de fideos instantáneos. No como carne podrida, ¡como mierda! Y aun así Viejo Mapache no suelta su lista de clientes y no despacha la mercancía.

La expresión de Minari parecía buscar la aprobación de Reseng, pero este no cedió.

—¿Sabes lo mucho que mejorarían las cosas ahora mismo solo con que cediera un par de sus clientes más importantes? Pero el viejo necio se niega a hacerlo. Así que, claro, los compañeros protestan. Ten en cuenta lo difícil que es llegar a fin de mes en estos días. Las quejas se acumulan. Claro que lo hacen. Cuando todos se reúnen, lo único que hacen es quejarse de Viejo Mapache. ¡Pero yo no! Yo estoy de su lado. Les digo que no está bien guardarle rencor solo porque son tiempos duros, y les recuerdo todas las cosas buenas que hizo por nosotros en el pasado. Les digo que en la vida hay altibajos y que debemos aguantar. ¡En serio! ¡Pregúntale a quien quieras! Soy el único que está del lado de Viejo Mapache. Dime la verdad, ¿acaso alguien más en todo el mercado le llevó un regalo durante las fiestas? Nadie, ¿verdad? Yo, Minari Pak, fui el único. Y no le llevé cualquier regalo, no, le llevé anchoas *jukbang* que yo mismo compré en una tienda especializada. ¡Anchoas *jukbang*! ¡De la edición limitada diseñada por Namhae!

La diatriba pareció calmar un poco los nervios de Minari. Al final, consiguió encender su cigarrillo y exhaló una enorme bocanada de humo.

—Te haré otra pregunta —dijo tranquilamente Reseng—. ¿Hanja puso fecha?

El otro lo miró, estupefacto.

—Me volveré loco tratando de hablar contigo. Sigues sin entenderme. Solo porque me gano la vida apuñalando viejas por la espalda no quiere decir que traicione a mis superiores —respondió. Meneó la cabeza.

El esbozo de una sonrisa apareció en el rostro de Reseng. Tocó el cuchillo. Minari no quitaba los ojos de la punta de los dedos de su interlocutor.

—¿Te gustaría ir con Oso hoy? —le preguntó.

—Yo, Minari Pak, he sobrevivido en el mercado de carnes durante treinta años —declaró, elevando abruptamente el tono de voz—. He luchado contra viento y marea. Tu cuchillo de cocina es una broma. Soy Minari Pak, maldita sea.

Levantó la mano temblorosa para darle una calada a su cigarrillo. Al instante, Reseng levantó el cuchillo y, con un movimiento rápido, le rebanó los dedos. El índice y el corazón volaron por los aires, con el cigarrillo aún sujeto entre los dos, y cayeron suavemente sobre el escritorio. Minari se contempló la mano derecha y luego miró sus dos dedos sangrantes y el humo que aún despedía el cigarrillo. El otro arqueó una ceja y él palideció y dio un paso atrás. Reseng bajó el cuchillo con calma.

—Te lo preguntaré por última vez: ¿Hanja fijó una fecha?

La camisa de Minari se estaba volviendo roja con tanta sangre. Medio atontado, dejó de contemplar los borbotones que le manaban de la mano y alzó la mirada hacia Reseng, que retiró el cigarrillo atrapado entre los dedos cercenados y apagó la colilla en el cenicero. Luego inclinó la cabeza hacia la izquierda para indicarle a Minari que seguía esperando una respuesta.

—¡Mierda! —Empezó a llorar—. ¿Por qué coño has hecho eso? Mierda, ¿no podemos hablar como gente civilizada? ¿Por qué me has cortado los dedos?

Reseng agarró el cuchillo de nuevo.

—Hanja está planeando algo grande; es todo lo que sé, lo juro —balbuceó.

Reseng dejó el cuchillo y tocó dos veces la empuñadura.

—¿Qué es lo que está planeando? —preguntó, arqueando de nuevo la ceja.

—No estoy seguro. Creo que es algo con el Gobierno. Las elecciones presidenciales se acercan, ya sabes.

Frunció el ceño para indicar que no era suficiente.

—Me hice cargo de algunas pequeñas tareas, pero eso es todo. Y no soy el único. Los otros también están involucrados. Pero no sé qué tiene que ver con la biblioteca o si planea traicionar a Viejo Mapache. Lo juro. Te lo aseguro, lo único que hice fue acabar con un par de ancianos que de todas formas habrían muerto.

Después de soltar eso de un tirón, Minari se sujetó la mano derecha con la izquierda e hizo una mueca.

—¿Yo también estoy en la lista? —preguntó Reseng.

—¿Cómo podría saberlo? —Minari parecía muy frustrado—. Anda, piénsalo. ¿Por qué Hanja se lo diría a un idiota como yo? —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Parecía a punto de suplicarle que lo dejara en paz.

Reseng lo meditó un segundo y tomó el cuchillo de la mesa. Asustado, el otro se encogió y retrocedió hacia la pared. Reseng cogió un par de pañuelos desechables del escritorio y limpió la hoja. Luego volvió a meter el cuchillo en su funda de cuero y la guardó en el bolsillo de su cazadora. Minari vigilaba cada uno de sus movimientos. Se envolvió la mano en un pañuelo. Hizo el gesto de recuperar los dedos que yacían sobre el escritorio, pero se detuvo y miró a Reseng, que le devolvió la mirada un instante y estuvo a punto de decir algo antes de darse media vuelta y marcharse. Mientras salía por la puerta, escuchaba a Minari mascullando a su espalda:

—¿Qué coño ha pasado? Dios, ¿qué acaba de pasar?

Reseng bajaba las escaleras cuando la mujer de la permanente, la que hacía rato había huido, comenzaba a subir en compañía de la cómplice de Minari. Cuando la vieja vio a Reseng, se cubrió el rostro a toda prisa, se dio la vuelta y de nuevo huyó escaleras abajo. La cómplice vio con cara de fastidio cómo se marchaba.

—Esa farsante. Se comporta como si fuera una santa, la muy puta. —Miró a Reseng—. ¿Te marchas? Deberías quedarte. Pasa un rato conmigo...

—Ya me he divertido bastante —le respondió Reseng, sonriente.

—No veo el momento de trabajar contigo alguna vez, Reseng —dijo ella, mirándolo con provocación.

Él asintió con indiferencia.

La cómplice miró hacia el hueco de las escaleras y murmuró:

—¿Es que esa idiota no piensa regresar?

Cuando Reseng salió, la mujer se encontraba de pie mirando la pared. El moretón resplandecía en su mejilla y las marcas de arañazos en el cuello mostraban lo mucho que la habían maltratado. El joven encendió un cigarrillo. La mujer lo miró de reojo al oír el ruido del encendedor. Él exhaló una nube de humo y dijo:

—Señora, debería pensarlo mejor. Su marido no cambiará nunca.

LA SIGUIENTE VEZ que Reseng fue a la biblioteca, el escritorio de la bibliotecaria seguía vacío, pero el letrero de las vacaciones había desaparecido. Tampoco estaba ya la cesta de tejer que siempre colocaba a su izquierda ni los frascos de esmalte de uñas organizados por colores, ni el delicado minineceser. También habían retirado los animales de peluche, tanto Mickey Mouse y Winnie the Pooh como el panda de peluche y el *maneki-neko*. Lo único que quedaba sobre el escritorio era el organizador de plástico con los cajones etiquetados. Sin una razón particular, Reseng deslizó la mano por la superficie del escritorio.

Oyó el ruido de un libro al caer; provenía del segundo piso y decidió subir para ver qué pasaba. Viejo Mapache estaba de pie sobre una escalera, desempolvando los libros y arrojando al primer piso algunos que ya no quería. Hacía mucho tiempo que no lo veía limpiar él solo la biblioteca. Tiempo atrás, cuando él era muy joven, lo había visto en alguna ocasión en acción, cojeando por toda la biblioteca con un cubo lleno de agua y un trapo. Solía trepar hasta lo alto de la escalera, donde empezaba a limpiar las estanterías, pasaba el trapo húmedo por cada uno de los rincones y eliminaba el polvo de los libros, antes de volver a colocarlos en las estanterías. Mientras trabajaba, su rostro, por lo general inexpresivo, dejaba entrever un leve atisbo de felicidad. Como si hubiera retrocedido sesenta años en el tiempo, a la época en que había comenzado a trabajar allí, recién nombrado bibliotecario.

Reseng recogió los libros del suelo y los colocó en un carrito. Viejo Mapache lo miró desde las alturas.

—¿Vas a tirarlos? —preguntó Reseng.

—No superaron la prueba del tiempo.

Reseng miró el suelo entre los estantes. Había pilas de libros desechados por doquier, muchos más que de costumbre. Las estanterías, normalmente atestadas, presentaban entonces muchos huecos.

Viejo Mapache descendió de la escalera. Con las mangas de la camisa enrolladas a la altura de los codos y el cubo de agua sucia y el trapo en la mano izquierda, parecía más feliz y saludable de lo habitual. Pero su cuerpo se inclinaba en un ángulo precario debido al peso del cubo. Reseng extendió la mano para ayudarlo y Viejo Mapache le permitió hacerlo.

—Parece que Hanja ha fijado la fecha —dijo Reseng.

—¿Fecha para qué? ¿Se va a casar? —bromeó.

—Tenemos que matarlo primero.

Viejo Mapache se volvió para mirarlo y durante un momento no dijo nada. Luego sonrió.

—¿«Tenemos»?

Intentó mirar a Reseng con lástima, pero su expresión se parecía más al remordimiento o la melancolía.

—Si matamos a Hanja, otro villano tomará su lugar. ¿Serás tú? —dijo, con una sonrisa débil.

Se encaminó hacia una mesa redonda con dos sillas que había en medio de los estantes. Tras limpiar la superficie de la mesa, le hizo un gesto a Reseng, que se acercó y puso el cubo en el suelo. Viejo Mapache le ofreció un cigarrillo, que él rechazó cortésmente. Volvió a tenderse, y él vaciló antes de aceptarlo. El otro le encendió primero el cigarro y luego el suyo. Se tomó su tiempo, fumando y mirando por las ventanas en silencio.

Motas de polvo flotaban despreocupadamente en los rayos de luz que penetraban por entre las persianas de las ventanas del segundo piso. De niño, Reseng solía sentarse en el ala oeste a

contemplar el polvo moverse entre las franjas de luz. Incluso el más mínimo ruido provocaba el movimiento del polvo. Veía ascender el humo del cigarrillo de Viejo Mapache hasta el techo en forma de cirrocúmulo, mezclándose con el polvo y elevándose por encima del letrero de «No fumar» que el hombre había colocado. Solía cerrar el libro que estaba leyendo y se pasaba horas enteras observando las formas creadas por la colisión entre motas de polvo, humo de cigarro y partículas de luz, y murmuraba entre dientes: «El polvo es el verdadero amo de esta biblioteca».

Los ojos de Viejo Mapache aún seguían fijos en la hilera de ventanas del muro oeste cuando dijo:

—El cráneo humano más antiguo de todos tiene un agujero producido por una lanza. La prostitución es un oficio aún más antiguo que la agricultura. El primer hijo de la Biblia también era un asesino. Durante miles de años, los logros de la humanidad fueron solo posibles gracias a la guerra, incluyendo la civilización, el arte, la religión e incluso la paz. ¿Sabes lo que eso significa para la raza humana? Significa que, desde el principio, los seres humanos han conspirado para matarse unos a otros con el fin de vivir. Ya sea matando a los enemigos o viviendo a costa del asesino. Así es como los seres humanos sobreviven. La humanidad siempre ha padecido esa apoptosis, esa muerte celular programada. Es la verdadera realidad de nuestro mundo. Así es como empezamos y así es como hemos vivido todo este tiempo. Y es probable que así vivamos siempre. Porque nadie sabe aún cómo detenerlo. Y así, al final, alguien siempre termina haciendo el papel de chulo, de prostituta o de sicario. Curiosamente, eso es lo que debe pasar para que los engranajes sigan girando.

Viejo Mapache terminó su discurso y arrojó el cigarrillo en el cubo con agua.

—¿Y eso qué tiene que ver con matar a Hanja? —preguntó Reseng—. Si la silla queda vacía, otro ocupará su lugar.

—Aquel que esté mejor preparado será el que tenga más posibilidades de sentarse en la silla del villano. Y, definitivamente, Hanja es mejor villano que yo.

Reseng abrió más los ojos.

—Entonces, ¿te quedarás de brazos cruzados?

—¿A quién le importa un lisiado muerto al que la suerte se le puso en contra? Deshacerte de Hanja no cambiará nada.

Viejo Mapache cogió el trapo y extendió el brazo para agarrar el cubo, que se encontraba a los pies de Reseng. Este se apresuró a cogerlo del asa, pero el viejo lo golpeó con suavidad en el dorso de la mano. Soltó el asa. El otro levantó la cubeta y cojeó lentamente en dirección al baño. Visto de espaldas, parecía que avanzaba tambaleante sobre una cuerda floja.

MITO

TRABAJABA EN UN colmado. Tras saludar a los clientes con un agudo «¡Bienvenido!», les asestaba un chispeante «¿Puedo ayudarle a buscar algo?» o se entrometía con un chismoso «¡Oh, yo también compro esas galletas!». La mayor parte de los clientes la ignoraba. Pero ella se reía de todas formas, indiferente, y seguía bromeando con ellos mientras hacía sonar la caja registradora y cogía los artículos del mostrador con un exagerado movimiento del brazo. Cuando no había clientes, parloteaba sin descanso por el teléfono de la tienda o limpiaba las estanterías y reorganizaba los de por sí perfectamente colocados artículos. Parlotear y limpiar, limpiar y parlotear. Era como un niño con trastorno de déficit de atención.

—¿Estás seguro de que ella fabricó la bomba? —preguntó Reseng, incrédulo.

—Le enviaron tres de los componentes —dijo Jeongan, el rastreador—. Yo creo que eso lo confirma. Es decir, ¿qué otra cosa va a hacer? ¿Comprar explosivos para fabricar sus propios fuegos artificiales? ¿Y explosivos del mercado negro, encima?

—No me extrañaría, viniendo de esa mujer.

—Tienes razón. Es cierto que tiene pinta de que le gustaría montar su propio espectáculo de fuegos artificiales.

Reseng sacó un frasco y se tomó una aspirina. Le daba jaqueca cada vez que tenía que ir a la ciudad. El semáforo cambió y un repartidor de pizza hizo un giro prohibido. El cordón del zapato izquierdo de un hombre trajeado, que leía el periódico mientras esperaba a que el semáforo se pusiera en verde, estaba desatado. Ver un cordón desatado lo ponía nervioso. Las luces cambiaron de nuevo y una fila de coches giró a la izquierda. El repartidor de pizza condujo su motocicleta hasta el centro de la atestada acera, como si estuviera ejecutando un truco circense, y luego se detuvo en seco. Las luces volvieron a cambiar y el hombre que miraba el periódico empezó a cruzar la calle, haciendo caso omiso del cordón desatado. Ese tipo de cosas desquiciaban a Reseng. Achacaba sus jaquecas a la sobrecarga de información inútil. La supervivencia requería antenas largas y sensibles, pero esas tan sensibles no podían distinguir lo necesario de lo innecesario. Con el tiempo, sus antenas extremadamente largas y la ansiedad que estremecía sus respectivas puntas iban a acabar con él.

—¿Y qué pasa con ella? ¿Fabrica dispositivos? —preguntó Reseng.

—Es difícil determinarlo. No parece ser su especialidad, y teniendo en cuenta su complejión y sus movimientos, no creo que sea una asesina. Pero tampoco parece ser una planificadora. Todavía no la pillo.

—¿Y qué es lo que sí sabes?

—Oye, no te pongas pesado —se quejó Jeongan—. He estado investigando por todas partes,

sin dormir ni un solo minuto, para tratar de averiguar quién es. Lo cierto es que gracias a mí sabemos todo esto. Nadie más había conseguido tanto.

Le entregó a Reseng un grueso sobre de papel manila.

—Es una mujer inquietantemente compleja —añadió Jeongan—. No he sido capaz de descifrarla, pero tal vez tú sí puedas.

Reseng abrió el sobre. Dentro había cientos de fotografías y un expediente dedicado a la mujer. Ojeó las instantáneas. Frente a su casa, en una calle, en el autobús, en una librería, en una discoteca, en la piscina, en la panadería, en una tienda, en un café, en la pescadería... Las imágenes mostraban un registro perfecto de sus movimientos durante la última semana. Reseng tomó una de las fotos y se la mostró a Jeongan.

—¿Qué es esto?

La mujer estaba en una plaza pública, sosteniendo una pancarta que decía: «¡Salvemos a los koalas!».

Jeongan le echó un vistazo y soltó una risita.

—¿Y entonces?

—Hace tiempo hubo una conferencia internacional sobre la protección de los koalas, frente al edificio de la Asamblea Nacional.

—¿Y...?

—Es una imagen de ella protestando. Ya sabes: «Escuchad, cabrones, reducid las emisiones de CO₂ de una vez». Como sabrás, cuando la cantidad de dióxido de carbono en la atmósfera aumenta, el valor nutricional de las hojas de eucalipto que les gusta comer a los koalas disminuye. Tenía la cara tan enrojecida de gritar que pensé que se moriría allí mismo antes que los koalas.

Reseng se quedó mirando a Jeongan lleno de incredulidad.

—¿Qué montón de estupideces —dijo—. ¿Pone bombas en los inodoros de la gente, pero no quiere que se mueran unos estúpidos koalas? ¿Qué soy yo entonces? ¿Algo inferior a un koala?

—¿Crees que vales más que un koala? —respondió Jeongan, imperturbable—. ¿Y ahora qué? ¿Vas a secuestrarla?

Sacó del bolsillo el cuchillo enfundado en la envoltura de cuero. Lo desenvainó para examinar la hoja y volvió a enfundarlo.

Jeongan se quedó boquiabierto.

—¿Vas a acuchillarla? ¿A plena luz del día? No me importa que estés muy alterado, no puedes hacerlo.

—¿Qué crees que soy, un matón?

—Entonces, ¿para qué quieres el cuchillo?

—Ya sabes lo que dicen: «Puedes conseguir mucho más con una palabra amable y una pistola que solo con una palabra amable».

—¿Quién dijo eso?

—Al Capone.

—Supongo que una palabra amable y un cuchillo también te ayudarán a conseguir algo más.

—Ella empezó esta conversación poniendo una bomba en mi inodoro. Yo solo estoy respondiéndole de la misma manera.

Reseng encendió un cigarrillo. La mujer seguía hablando por teléfono. Cuando entraba un

cliente, se apresuraba a colgar; cuando se iba, volvía a cogerlo. ¿Con quién rayos estaría hablando? De pronto, sintió envidia de que ella tuviera a alguien dispuesto a escucharla parlotear durante tanto tiempo.

—¿A qué hora sale? —preguntó.

—A las tres. Falta una hora.

Reseng miró su reloj. Se sacó un bolígrafo rojo del bolsillo y empezó a revisar el expediente de la mujer. Evidentemente aburrido, Jeongan empezó a golpear su plato con la cuchara. Su compañero frunció el ceño y se quedó mirando el cubierto mientras este golpeaba el platito y sacudía la taza de café.

—Ya basta, por favor.

—Caramba, qué sensible... Así es la vida, chaval. No puedes escapar del ruido —gruñó Jeongan y tiró su cuchara sobre la mesa. Chocó aún con más estrépito contra el platito. Reseng lo fulminó con la mirada. La camarera salió de la trastienda y fue hasta la terraza, donde ellos se encontraban.

—¿Necesitan algo?

—¿Por qué preguntas? ¿Tienes algo que nos pueda ser útil? —se burló Jeongan.

La muchacha se sonrojó. Llevaba puesto un chaleco negro con una blusa blanca debajo y una falda negra ceñida.

—¿Quieren más café? —preguntó, tratando de disimular la vergüenza.

—¡Sería estupendo! —respondió Jeongan, riendo absurdamente.

Recogió sus tazas y se alejó. El chico se volvió para mirarla.

—Está bastante buena.

—Parece que has recaído en el donjuanismo. ¿Qué pasó con la última chica?

—¿Quién?

—La que hablaba con voz nasal.

El rastreador frunció el entrecejo, tratando de recordar.

—¡Ah, ya recuerdo! Sí, es agua pasada. Bien podrías estar hablando de la Edad de Piedra.

—Si hace tres meses era la Edad de Piedra, ¿qué época es esta? ¿El Neolítico? ¿Por qué nunca duras más de un mes con nadie?

—Esta vez no ha sido culpa mía. Cada vez que me besaba, la nariz le goteaba. Me dejaba lleno de mocos. —Hizo una mueca, como si se sintiera verdaderamente agraviado.

Reseng lo miró con lástima y volvió al expediente de la mujer.

—Si sigues tratando a las buenas chicas como si fueran una mierda, terminarás solo —le dijo, sin apartar la mirada del expediente—. No te estás haciendo más joven. En algún momento tendrás que dejar de hurgar en el lodo y elegir el sitio donde cavarás un pozo.

—¿A quién le importa dónde hurgo mientras el terreno esté húmedo? ¿Y qué importancia tiene? ¿Estoy buscando petróleo o qué?

Reseng subrayó algunos datos significativos en rojo. Mientras hojeaba el expediente, meneaba la cabeza, tratando de unir las piezas, y lanzaba miradas ocasionales a la mujer que estaba detrás de la caja registradora. Mientras Reseng subrayaba el expediente, el otro seguía quejándose.

—¿Quién dijo que las relaciones cortas no son serias? Yo he amado a todas las mujeres con las que he salido. De verdad. Pero el destino es cruel, amigo. Cuando me pongo a pensar, me doy cuenta de que mi vida amorosa ha sido tortuosa y vertiginosa. Pero ¿es que acaso puedes saber

cómo me siento? Tú nunca te has hundido en el atolladero del amor. Jamás te han dividido en dos el corazón con la navaja de las rupturas. ¡No tienes ni idea de las cosas por las que he pasado! No conoces el hambriento y doliente corazón de un hombre condenado a buscar un nuevo amor para sanar las heridas del que ya se fue, los dolorosos recuerdos que se resisten a desvanecerse, sin importar cuánto te emborraches o te golpees el pecho o...

—¿Es doctora? —preguntó Reseng, interrumpiéndolo.

—¿Qué? ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? La chica con la que salgo ahora es enfermera.

Lo miró con desprecio y señaló con la barbilla en dirección a la caja registradora. Jeongan se volvió para mirar.

—Ah, cierto. Sí, es doctora.

—Pero no lo parece. ¿Y no debería estar trabajando en un hospital? ¿Qué demonios hace una doctora en un colmado?

—De hecho, nunca ha trabajado en un hospital. Solía trabajar en un laboratorio, pero lo dejó hace un tiempo.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. ¿Cómo voy a saber lo que piensa una tía loca?

—Sé que muchos planificadores son doctores. ¿Crees que ella puede ser una de ellos?

—Hasta donde sé, ninguno de los planificadores es tan joven. Casi todos son viejos. El más joven debe de tener unos ¿qué? ¿Cuarenta y pico años? Además, nunca he visto ni oído hablar de un planificador que sea mujer.

—¿Cuánto sabes? ¿Y por qué lo sabes?

—¿Qué? ¿De verdad crees que tú y yo somos iguales? Nuestros niveles profesionales son muy diferentes. El mío me da una posición de alto rango desde la que estoy en contacto con la información. Tú eres un rufián que pica a la gente con cuchillos de sashimi. Si esto fuera la dinastía Joseon, un vulgar carnicero como tú jamás se habría atrevido a alzar la cabeza ante mí y mirarme a los ojos. Si lo hubieras hecho, habrían envuelto tu cadáver en una esterilla de paja y lo habrían abandonado a disposición de los buitres. Deberías estarme eternamente agradecido y considerar un verdadero honor el hecho de que yo me digne a ser amigo de alguien como tú. Pero todo lo que haces es fastidiarme.

—Gracias por ser mi amigo —se burló Reseng.

Jeongan se pavoneó mientras encendía un cigarrillo.

Su padre había sido rastreador. Antes de eso, había sido militar de carrera. Había vuelto de Vietnam como soldado condecorado, pero resultó que era bastante malo como rastreador. Lo más curioso de todo era que se había convertido en uno después de haber rastreado a su esposa por todo el mundo. La madre de Jeongan había dejado fuera de combate al padre después de servirle cerveza mezclada con somníferos, y luego había huido con todo el dinero que su esposo había ganado arriesgando su vida en Vietnam.

—Una dama con clase, mi madre, ¿eh? Abandonó a su esposo y a su hijo por el amor verdadero. Cuando estás enamorado, el precio por pagar es lo de menos. El amor es lo único que me importa; tal vez lo heredé de mi madre.

El padre de Jeongan juraba que, cuando al final lograra encontrarla, les arrancaría a ella y a su amante cada miembro del cuerpo uno a uno, y luego se suicidaría. Exploró cada centímetro del país y luego los buscó en el extranjero, persiguiendo rumores, con un paquete de cianuro y un

cuchillo ocultos bajo la camisa. Tras cinco años de búsqueda, al final logró encontrarla. Dirigía una exitosa cadena de lavanderías en Filipinas con el hombre con quien había huido. Pero el padre de Jeongan la miró una sola vez y volvió a casa. No acuchilló a su esposa ni a su amante. Ni siquiera tocó nunca el cuchillo que durante cinco años llevó junto al corazón. Tampoco se suicidó con cianuro, ni siquiera se acercó a la mujer a la que llevaba tanto tiempo buscando. No le preguntó: «¿Cómo pudiste hacerme esto?». El padre de Jeongan se limitó a observar de lejos cómo la madre de su hijo y su nuevo marido colgaban sábanas recién lavadas en un tendedero. Y después volvió a casa.

—Un día, mi padre se emborrachó y me lo explicó todo. Dijo que había sido la primera vez que la había visto tan feliz.

Claro que pudo haberla dejado con vida por otra razón. Hasta el odio, la venganza y la furia más extremos pueden, con el tiempo, como pasa con todo lo demás en el universo, disolverse y reducirse a la nada. Una vez, cuando Jeongan fue a Filipinas por trabajo, Reseng le preguntó si se había reunido allí con su madre. Él le dirigió una mirada de tristeza.

—¿Para qué? —dijo—. Después de todo el trabajo que le costó ser feliz, ¿por qué iba yo a entrometerme y a estropeárselo todo? Quienesquiera que seamos, todos tenemos que pelear nuestras propias batallas para encontrar la felicidad.

El padre de Jeongan era un rastreador del tres al cuarto, pero él se contaba entre los mejores. Normalmente podía hallar a cualquier objetivo —a cualquiera en absoluto, suponiendo que aún viviera en algún lugar de la Tierra y no de Marte— en menos de dos semanas. Pero por muy talentoso que fuera para encontrar personas, Jeongan era aún mejor siguiéndolas. En el mundo de los planificadores, la gente como él recibía el sobrenombre de «sombras». Podían seguir a sus blancos sin ser descubiertos; tomaban fotografías, calculaban cada uno de sus movimientos y transmitían la información a un planificador. Tal y como indicaba el nombre de su profesión, Jeongan podía seguir de cerca a sus blancos, pisándoles los talones todo el día, sin ser descubierto. Cuando Reseng le preguntó una vez cuál era su secreto, le respondió: «Ser normal y corriente. Nadie recuerda las cosas corrientes».

Según él, lo que se necesitaba para ser una sombra excelente no era agilidad, ni habilidades para el camuflaje y el subterfugio, ni disfraces sofisticados. Y no se trataba solo de ser invisible. Lo que en realidad importaba era ser alguien que los demás no necesitaran recordar o alguien que de entrada no poseyera ninguna cualidad digna de ser recordada.

—Para lograr eso, primero debes entender lo que significa ser alguien del montón. Tienes que convertirte en la esencia de lo ordinario. La gente no les presta atención a las cosas normales y corrientes, e incluso si llegan a hacerlo, se olvidan rápido de ellas. Pero convertirte en alguien fácil de olvidar es realmente difícil. Debes difuminar tu presencia. Moverte con la ligereza y la imprecisión del vapor hasta esfumarte. Dejar que la gente pase a tu lado rozándote, como si ni siquiera estuvieras ahí, como si fueras el aire mismo. Convertirte en una persona así es extremadamente difícil.

—Hum —asintió Reseng—. Eso parece imposible.

—Cuando piensas en ello, convertirte en alguien corriente es tan difícil como volverte especial. Siempre estoy pensando en qué cosas resultan ordinarias. ¿Tener una estatura media? ¿Una cara del montón? ¿Comportarse de una manera normal? ¿Tener una personalidad o un trabajo normales? No, no es tan simple. No hay nada parecido a una vida del montón. Ya sea brillante o mediocre, cada persona es única. Por eso es tan complicado amar, ser amable, conocer y

despedirse de la gente de una manera normal y corriente. Además, en una vida así no existe el amor, ni el odio, ni la traición, ni el dolor, ni los recuerdos. Es árida e insípida, incolora e inodora. Pero ¿qué crees?, me gusta ese tipo de vida. No soporto las cosas demasiado densas. Por eso, ahora estoy aprendiendo a hacer que la gente no me recuerde. Es complicado. No está en ningún libro y nadie puede enseñarte a hacerlo. Todo el mundo quiere vivir una vida que los haga especiales, que haga que los demás los recuerden. Yo quiero que nadie lo consiga. Quiero una vida olvidable. Ese es mi objetivo.

A Reseng le había gustado aquella idea. Por eso se habían hecho amigos. Jeongan había crecido acompañando todo el tiempo a su padre, estudiando en los ratos libres; había aprobado la educación secundaria, había ido a la universidad y se había licenciado en Geología. Y no porque sus calificaciones no hubieran sido lo bastante buenas como para estudiar Derecho o Economía; la Geología había sido su primera opción. Decía que había elegido aquella licenciatura porque, cuando se aburría de viajar con su padre, solía chupar piedras pequeñas como si fueran caramelos y aprendió sus diferentes sabores.

—¿Las piedras tienen sabores?

—Claro. El granito y el gneis son tan distintos como las ciruelas y los limones.

—¿Estás diciendo que te licenciaste en Geología solo para aprender más sobre el sabor de las rocas?

—En cierto modo, sí, pero probablemente debería haberme dedicado a la gastronomía.

Reseng no podía concebir que una decisión fundamental se basara en algo tan tonto. Pero al rastreador, un optimista nato, no parecía importarle. Había soportado las dificultades de la universidad, había mantenido un récord impecable de asistencia y se había licenciado. Sin embargo, en función de su particular conjunto de habilidades, ninguno de sus compañeros lo recordaba.

Jeongan siempre tenía novia y la cambiaba con frecuencia. Una vida amorosa como la de él habría sido un trabajo a tiempo completo para cualquier persona normal.

—¿Por qué les gustas a todas las chicas? —le preguntaba Reseng.

—No se trata de eso. En realidad, no les gusto. Ninguna mujer puede amar a un hombre que no existe.

—Ajá, claro. Mira todas las chicas con las que has salido.

—Simplemente se sienten solas. Es una fase por la que atraviesan y necesitan un hombre que les haga compañía durante esa etapa. Podrían haber elegido un árbol o una planta de interior —respondía con una sonrisa.

Siempre que Reseng lo veía, pensaba en su búsqueda de lo ordinario. Ese rasgo suyo era muy inusual. Como un rostro que te parece familiar, pero que en realidad nunca has visto. La cara de Jeongan estaba alcanzando el nivel que él deseaba: te parecía que lo habías visto en algún lugar y había algo en él que te resultaba muy familiar y accesible. Y al mismo tiempo era tan ordinario que era imposible encontrar las palabras adecuadas para describirlo. Reseng suponía que la seguridad y la soltura que las mujeres veían en él formaba parte de su normalidad, lo que explicaría por qué a Jeongan y a las mujeres que andaban tras él les resultaba tan fácil enamorarse y dejarse.

Reseng miró su reloj: 14:40. La mujer seguía hablando por teléfono. Volvió al expediente.

—¿Su nombre verdadero es Mito? —preguntó el sicario.

—Parece que sí. Su hermana menor se llama Misa.

—¿Mito y Misa? ¿Como Zipi y Zape? Seguro que su padre tenía un sentido del humor algo retorcido.

Reseng cogió una fotocopia de un artículo periodístico y se lo mostró a Jeongan. Hablaba de una familia que había tenido un accidente de coche.

—¿Qué hace esto aquí?

Jeongan tomó la fotocopia.

—Hubo un accidente hace veinte años. Sus padres iban en el asiento delantero y murieron al instante. Ella y su hermana menor iban atrás. Ambas sobrevivieron, pero la columna vertebral de la hermana resultó gravemente lesionada y quedó paralizada de la cintura para abajo. El padre conducía; aquí dice que la causa del accidente fue el exceso de velocidad y el consumo de alcohol. Según las huellas de los neumáticos, el tipo conducía a más de ciento cincuenta kilómetros por hora.

—¿Conducía borracho a esa velocidad con sus amadas hijas y su esposa en el coche?

Reseng revisó de nuevo el artículo. Habían encontrado el coche destrozado por completo y quemado en el fondo de un barranco de ocho metros de profundidad, cerca de un tranquilo pueblo rural, un soleado día de mayo. La familia estaba disfrutando de una excepcional jornada de ocio. No había motivos para que el padre condujera tan rápido si estaba ebrio. Definitivamente, olía a conspiración. Y una muy trillada, además. Por encima de todo, el asunto era una chapuza. ¿Por qué atacar a la familia al completo? Si el blanco era el padre, podrían haberlo eliminado solo a él, limpiamente.

—¿A qué se dedicaba el padre?

—Era funcionario de alto rango. Aquí hay gato encerrado, pero he estado demasiado ocupado persiguiéndola a ella como para investigarlo.

—Pero incluso aunque hubiera un planificador detrás del accidente, ¿por qué demonios me persigue a mí? Ella tenía once años cuando pasó. ¡Yo apenas tenía doce! —De pronto, se sintió muy molesto.

—¿Por qué te enfadas conmigo? Ve y explícale que tenías doce años cuando pasó todo. Y no olvides sacar tu cuchillo; ya sabes, para mantener la cordialidad.

Reseng miró de nuevo su reloj: eran las 14:55. En cualquier momento, ella saldría del trabajo. Metió las fotos y el expediente en el sobre, se puso de pie y se alisó la ropa. Podía sentir el peso del cuchillo de Chu en el bolsillo interior de su cazadora de cuero. Desató y ató con firmeza los lazos de sus zapatos para estar listo y seguirla en el instante en que saliera. Podía verla riéndose en el interior de la tienda.

Pero a las tres en punto aún seguía detrás del mostrador. No solo no había fichado, sino que diez minutos después todavía seguía parloteando y riéndose como una tonta al teléfono. Una joven que parecía ser una empleada a media jornada entró en la tienda, pero la mujer detrás del mostrador no mostró señales de prepararse para salir, aunque ya eran las tres y media. Reseng miró a Jeongan.

—Pensé que habías dicho que salía a las tres.

—Debe de haber cambiado su horario de trabajo —respondió Jeongan, rascándose la cabeza—. Todos los días de la semana pasada se fue exactamente a las tres. Seguro que solo trata de hacerme quedar mal.

Las cosas se vuelven peligrosas cuando un objetivo cambia de repente. Es irritante y estresante, porque es entonces cuando los asesinos cometen errores. Ya sea porque el objetivo ha modificado sus hábitos o porque lo ha hecho el asesino, ambas posibilidades acaban muy mal. Cometes errores, dejas pruebas, la conspiración fracasa. Y cuando eso sucede, los asesinos mueren. ¿Por qué? Cuando ves las cosas en retrospectiva, siempre es a causa de un detalle menor: olvidaste la cartera en casa; se terminó el champú aquella mañana; vas caminando por un callejón cuando de pronto un niño en un triciclo sale disparado de la nada...

La mujer seguía dentro de la tienda. Daba igual. No había forma de que Reseng matara ese día a nadie. Pero, de todas formas, su corazón latía. La ansiedad invadía sus terminaciones nerviosas. Debería haber salido a las 15:00. Reseng la habría perseguido; Jeongan los habría seguido despacio con su coche. Más adelante, había una tranquila calle lateral sin cámaras de seguridad a lo largo de doscientos metros. Ella siempre iba por esa calle. Reseng le habría tocado el hombro. Si él había sido su objetivo, ella lo reconocería al instante. «¿Vamos a un sitio más tranquilo para hablar?» Si accedía, aquello sería todo. Sin necesidad de largas explicaciones o palabras amenazantes, sin necesidad de usar el cuchillo.

Reseng y Jeongan esperaron treinta minutos más. A las 16:00, el primero se puso unas gafas de sol y caminó furioso hacia la tienda.

—¡Oye, espera! —gritó el otro—. No puedes irrumpir en una tienda con un cuchillo en la mano. ¡Esos lugares están llenos de cámaras de seguridad!

—¡BIENVENIDO!

La mujer cubrió el teléfono con una mano y lo saludó con un tono de voz muy alto. Sonaba alegre. Él se quedó quieto en el umbral de la puerta y la miró, pero ella le dio la espalda, sin mostrar ninguna señal de haberlo reconocido, y siguió hablando por teléfono. Todos en la tienda podían oírla.

—Oh, conoces la canción que dice: «Uy, me enamoré de la chica de mi mejor amigo. ¿Qué voy a hacer ahora?»... ¡Sí, esa misma! Pues el tipo la cantaba como si estuviera a punto de llorar. ¡Y no dejaba de sacudir la pandereta, aunque es una balada! Casi me muero de la risa... ¡Cállate! ¡Como si fuera a hacer un dueto con ese tipo! Y entonces llega a la segunda parte de la canción y empieza a lloriquear en serio, como si a la novia del amigo le hubieran dado un martillazo en la cabeza. Es un tipo bastante grande, también... Te lo juro... Pero ¿qué podía hacer? Lo abracé y le di palmaditas en la espalda. Sentía que tenía que hacerlo. Puso la cabeza en mi pecho y fingió que seguía llorando, pero yo ya había visto la forma en que me miraba la minifalda. Realmente creyó que colaría. Y yo: «¿Estás bromeando?»... Bueno, ya sabes, no podía no besarlo. Pero eso no era suficiente para él... No, no es que yo no quisiera. Era solo que no quería que se hiciera una idea equivocada de mí. Llevábamos poco tiempo saliendo. Habría sido diferente si hubiéramos ido a un hotel. Pero ¿en una sala de karaoke? El tío no se enteraba de nada... No, no, no es tan malo. Es decir, tiene cosas buenas y parece un buen tipo... Exacto. Es importante empezar con el pie derecho. Una vez que se hacen una idea equivocada, no hay forma de dar marcha atrás.

Reseng seguía en la entrada, observándola. La chica le lanzó una mirada y él se quitó las gafas de sol.

—Espera, no cuelgues.

Cubrió el teléfono de nuevo y se volvió hacia el cliente.

—Señor, ¿le puedo ayudar a buscar algo? —dijo con voz cantarina.

Su rostro no mostraba ningún signo de miedo o sospecha. Los planificadores siempre conocen el rostro de sus objetivos del mismo modo que los asesinos son capaces de reconocer a sus víctimas en cualquier parte. Desde el momento en que se dicta una conspiración, no puedes dejar de mirar la fotografía de tu víctima cada dos por tres. Es por los nervios. La cara de tu objetivo se queda contigo y sigue flotando en tu cabeza durante semanas, incluso después de haber matado a la persona. En la calle ves gente que se le parece y te llevas unos sustos tremendos. Tienes pesadillas recurrentes en las que te topas con quienquiera que haya sido. La mujer no era una planificadora. Tampoco era una asesina. No era nada. ¿Quién demonios era entonces? ¿Se habría equivocado Jeongan?

—Señor, ¿puedo ayudarlo? —preguntó la mujer de nuevo.

—¿Qué? Ah. ¡Chocolate! ¿Dónde puedo encontrar las chocolatinas?

La boca de Reseng se movía por voluntad propia.

—¿Las chocolatinas? Están allí, a la izquierda, en el segundo estante.

¿Por qué había dicho aquello? Ni siquiera le gustaba el chocolate. Reseng fue al estante y cogió dos. Tenía sed, así que también cogió una bebida energética. Mientras cerraba la puerta del refrigerador, escuchó que la mujer decía al teléfono:

—Oye, después hablamos. Te contaré los detalles en persona.

Llevaba horas hablando por teléfono. ¿Qué clase de detalles habría omitido? Era una locura. Nunca entendería a las mujeres. Colocó las chocolatinas y la bebida junto a la caja registradora.

—Conque eres fan del chocolate, ¿eh? —dijo ella.

Él asintió secamente. No estaba de humor para charlar.

—A mí también me gusta, pero veo que has comprado dos Snickers. ¿Has probado los Hot Break?

—¿Qué? —Reseng la miró.

—Hot Break. Los Snickers están hechos para el paladar estadounidense, pero los Hot Break están hechos para nosotros, y además no se te queda pegado en los dientes. Ofrece una buena relación calidad precio y cuesta la mitad que un Snickers, aunque, claro, han tenido que encogerlos cada vez más para seguir vendiéndolos al mismo precio de hace diez años. Esa es la triste verdad, todo se ha vuelto cada vez más caro. Creo que no es tan terrible. ¿Y qué piensas? ¿Te gustaría cambiar uno de tus Snickers por un Hot Break?

La mujer hablaba tan rápido que no supo bien qué le había dicho. Dedujo que había afirmado que le gustaban más los Hot Break. Pero ¿y qué? ¿A quién coño le importaba si le gustaban más los Hot Break o no, o si costaba la mitad que un Snickers? Que se callara y cogiera el dinero.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó, señalando el Snickers.

—Mil won. El Hot Break cuesta solo quinientos —dijo, mostrando cinco dedos.

Le sonrió coquetamente. Reseng dejó uno de los Snickers y cogió un Hot Break. Impaciente por acabar con todo aquello, sacó su cartera.

—No se arrepentirá —dijo la mujer, y alzó un puño en el aire—. ¡Hot Break!

—Muchas gracias.

—¡Ja, ja! ¡Ja, ja! ¡No hay nada que agradecer! Es importante compartir información valiosa con los compatriotas. —Y soltó una carcajada afectuosa, como si acabaran de conocerse en medio de un páramo siberiano.

Cuando Reseng salió de la tienda, vio que Jeongan había aparcado enfrente, pero esperaba con

el motor encendido. Parecía preocupado. Reseng abrió la puerta y entró.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al rastreador con impaciencia.

Reseng le tiró el Hot Break a la cara. La chocolatina rebotó en la frente de Jeongan y cayó sobre su regazo.

—¿Qué es esto?

—¿Qué te parece? Es una chocolatina. Te llenará de amor fraternal.

El otro frunció el entrecejo y abrió el envoltorio.

—Has entrado ahí dispuesto a tumbar a un toro con un cuchillo de cocina, ¿y vuelves con una chocolatina?

—Dos, de hecho, —Reseng abrió la bebida y le dio un trago—. No es una planificadora. Y, definitivamente, tampoco es una asesina. Ni siquiera me ha reconocido.

—¿No? —el hombre se mostró incrédulo.

Reseng lo confirmó.

Jeongan sacó la carcasa de cerámica de la bomba y la examinó.

—Sabemos que esto lo elaboró un aficionado, lo que significa que tampoco es una fabricante de explosivos experta. Entonces, ¿quién es?

—¿Estás seguro de que fue ella? —preguntó Reseng con escepticismo.

—¿Qué crees que soy, un novato? Ya te lo dije, está claro que compró tres de los componentes.

Reseng miró el colmado. La mujer hablaba con la empleada más joven que había llegado para el cambio de turno. Minutos después, la muchacha miró su reloj, hizo un par de reverencias y se marchó.

—Parece que también hará el turno de esa chica —dijo Reseng—. Te lo juro, hoy está fastidiando los horarios de todo el mundo.

—Eso parece, ¿verdad? Típico. ¿Por qué la gente no se atiene a lo que se supone que debe hacer? ¿Por qué tienen que arruinarles los planes a los demás? ¿Por eso este país está tan atrasado! Hace falta algo más que rascacielos y autopistas para convertirlo en un país desarrollado. ¡Hay que desarrollar primero una mentalidad adecuada, maldita sea!

—¿Qué tiene esto que ver con convertirnos en un país desarrollado? —Reseng abrió la envoltura de su Snickers y le dio un mordisco.

Jeongan abrió mucho los ojos.

—Oye, ¿por qué tu chocolatina es diferente a la mía?

—La mía la hicieron en Estados Unidos; la tuya, aquí. La mía cuesta mil won; la tuya, quinientos.

—Hijo de... —Jeongan hizo pucheros—. ¿Por qué me compraste la barata? Sabes que prefiero las cosas estadounidenses.

Reseng le ofreció su chocolatina. Jeongan sonrió como un niño mientras intercambiaban las golosinas.

—Investiga más a fondo su pasado. Su trabajo, sus padres, su hermana menor, el laboratorio donde solía trabajar, sus transacciones bancarias; cualquier cosa, todo lo que puedas encontrar.

—¿Qué? ¿Esperas que haga todo eso a cambio de una asquerosa chocolatina? ¿Y con qué presupuesto? ¡Mis tarifas han subido, tío! Existe una cosa llamada valor de mercado, ¿lo sabías?

—Tu socio está en peligro y tú aquí cacareando sobre el valor de mercado...

—Bien. Lo haré a condición de que me llames Hermano Mayor. Porque soy demasiado humano para abandonar a un hermanito en peligro. Y, seamos realistas, soy dos años mayor que tú.

Reseng lo miró de reojo. Como no dejaba de contemplarlo, Jeongan le dio una palmada en el hombro y fijó la vista en él con una expresión que parecía decir: «¿No puedes aguantar una broma?».

—Por favor, Hermano Mayor —dijo con voz monótona.

Jeongan le devolvió la mirada y respondió, fingiendo indignación:

—¡Me cago en la puta! ¿Dónde está tu orgullo? ¡Eres un pusilánime! ¡Empieza a actuar como un hombre!

YA HABÍA OSCURECIDO cuando terminó de comprar comida y chucherías para las gatas en la tienda de mascotas y se dirigió a casa. Reseng revisó su buzón de correo en el vestíbulo. Solo facturas y propaganda. Se giró para subir, pero había alguien sentado en el primer escalón, ligeramente inclinado hacia delante y medio dormido. Llevaba una mano envuelta con vendajes; con la otra sostenía una bolsa de regalo de una tienda. Se agachó para observar el rostro del hombre. Era Minari Pak. Lo sacudió. Este abrió los ojos y miró a su alrededor, sobresaltado. Acto seguido, bostezó y se puso de pie con un gruñido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Reseng.

—Vine a verte.

—Debiste llamar primero.

—Pensé que podía darme una vuelta.

—Entremos.

—No, no, estoy bien aquí.

Minari alzó la mano vendada e hizo una mueca.

—¿Cómo siguen tus dedos?

—Están bien. Hice que me los reimplantaran. ¡La tecnología médica que hay en estos días! No pensé que los médicos pudieran hacerlo. Corrí directo al hospital con los dedos y, cuando me quise dar cuenta, ya me los habían pegado. Como una cola de lagartija que vuelve a crecer. Sí... como una cola de lagartija.

Minari volvió a decir las palabras «cola de lagartija» en voz baja, evidentemente impresionado por su propia ocurrencia. Giró la mano vendada para mostrársela a Reseng. Luego exclamó: «¡Ah, sí, esto!», como si hubiera estado a punto de olvidar algo importante, y le ofreció la bolsa a Reseng.

—¿Qué es?

—Anchoas *jukbang*. Sé lo mucho que te gusta la cerveza. Y el mejor refrigerio para acompañar una cerveza fría son las anchoas deshidratadas. Las compré en la tienda especializada, como el otro paquete, que es para Viejo Mapache. ¡De la edición limitada diseñada por Namhae! ¡Muy caras!

Minari parecía nervioso. Reseng arqueó una ceja. ¿Por qué había ido hasta su casa para llevarle un regalo?

—¿Me traes un regalo después de que te cortara los dedos? ¡Ni siquiera he ido a visitarte al hospital! Ahora me siento muy mal.

—Oh, no, no. No te sientas así. Somos nosotros los que deberíamos sentirnos mal por la forma en que hemos tratado a Viejo Mapache. No fue correcto. En realidad, él es la razón por la que todos vivimos tan bien. Reconozco lo amable que ha sido conmigo, pero no es fácil para los pequeños como nosotros. Todo el mundo se ha apretado el cinturón, y aun así es difícil llegar a fin de mes. No hemos olvidado nuestro lugar ni nada por el estilo. Es solo que la vida nos sigue acorralando.

Minari sacó un cigarrillo, pero tuvo problemas para prender el encendedor con la mano izquierda. Reseng sacó el suyo y se lo encendió. El otro exhaló profundamente y lo miró de arriba abajo.

—¿Qué dijo Viejo Mapache?

—¿De qué? ¿De que te cortara los dedos?

—No, de eso no. De que vayamos a trabajar para Hanja. Pensé que a estas alturas Viejo Mapache ya lo sabría. Por supuesto, todos somos empresarios independientes con nuestras propias fuentes de ingresos, así que no puedo decir que estemos por completo bajo el ala de Hanja. Pero, aun así, todavía me siento mal al respecto.

—¿Para eso has venido? ¿A tantear el terreno?

—No exactamente —respondió con la voz entrecortada—. Es solo uno de los motivos.

Minari miró hacia la farola de la calle mientras se terminaba el cigarrillo. A ratos parecía que estaba a punto de decir algo, pero enseguida cerraba el pico. Tras un largo silencio, tiró la colilla al suelo y la aplastó con el zapato. Había algo estrafalario en sus pantalones grises demasiado bien planchados y en sus brillantes y lustrosos zapatos rojos. Miró a Reseng y puso cara triste.

—Últimamente todos los muchachos han estado hablando de una guerra entre Hanja y la Biblioteca de los Perros. Una verdadera guerra, como en los viejos tiempos, que va a ponerse muy fea. Tendremos a los detectives y a los fiscales encima de nosotros, asestándonos golpes con todas sus fuerzas mientras los planificadores eliminan a todo el mundo para salvar sus respectivos traseros. Los asesinos desesperados vagarán por ahí como perros salvajes, peleando con todo el mundo sin ningún motivo. Los pocos clientes que quedan se acabarán. Me quedaré sin trabajo. Al final, solo los pequeños empresarios como yo nos jodemos. Reseng, soy demasiado viejo para quedarme atrapado en este enfrentamiento. Viejo Mapache y Hanja son duros y ambiciosos. Harán lo que sea para defender su orgullo. Pero ¿qué hay de nosotros, los que estamos en medio? Aunque nos pongamos del lado de Hanja, debemos tener cuidado con Viejo Mapache. Y si hacemos un gesto de acercamiento a la biblioteca, entonces debemos protegernos de Hanja. Estamos entre la espada y la pared. Y, te lo repito, ¡soy demasiado viejo para esto! ¡Tengo miedo! Ya sabes que no soy un tipo ambicioso. Solo quiero salir del paso.

—Al grano.

—Hanja quiere verte. Reúnete con él una sola vez.

Reseng entornó los ojos.

—¿Y si lo hago?

—Ya sabes que no puedes tener a dos tigres en una sola montaña. Seamos honestos: la biblioteca no tiene ninguna oportunidad ante Hanja. Ya no es como en los viejos tiempos. Si la guerra estalla, todos moriremos. ¿Y Viejo Mapache? Seguramente morirá. Y tú y yo también. Y Hanja tampoco saldrá beneficiado con ello. Nosotros hicimos todo el trabajo para levantar nuestro negocio, pero por culpa de este enfrentamiento, otro se llevará todo el beneficio.

Reseng arrojó la bolsa de regalo con las anchoas *jukbang* a los pies de Minari Pak.

—¿Crees que unas anchoas apestosas van a compensar que me estés pidiendo que apuñale a Viejo Mapache por la espalda?

El otro puso cara de horror y se arrojó al suelo para recoger la bolsa.

—¿Es que no sabes lo caras que son? —murmuró. Haciendo pucheros, se llevó la bolsa a la oreja y la sacudió, acariciándola como si contuviera un jarrón antiguo. Luego volvió a poner la misma cara triste de antes.

—No te estoy pidiendo que traiciones a Viejo Mapache. Solo te cuento cómo están las cosas. Hace mucho que la biblioteca no nos da trabajo. Los empresarios no pueden esperar. Lo sabes. En nuestra profesión no existe la lealtad. ¿Viejos tiempos? ¿Favores? No es suficiente. La gente siempre sigue el dinero. Viejo Mapache es mayor y nunca sale de la biblioteca, no sabe lo mucho que han cambiado las cosas. Si la guerra estalla, todo el mundo se pondrá del lado de Hanja. A eso hemos llegado. No habrá lucha. Por eso necesitas ir a ver a Hanja, porque tú eres la mano derecha de Viejo Mapache. Y si la conversación entre tú y Hanja sale bien, no habrá necesidad de una guerra y todos podremos seguir con nuestros negocios en paz. Todos ganamos.

Reseng se imaginó al general en su cabaña de las montañas, junto a su viejo perro Santa. Alguien debió de decirle lo mismo cuando renunció: «Múdate a un sitio tranquilo en el campo y disfruta tus últimos años. Es una situación ideal». ¿Qué querían decir con eso? ¿Cultivar flores, plantar patatas, criar un perro y elegir tu lugar de reposo final? ¿Disfrutar del cálido sol de la tarde, cuando los párpados son la única parte de tu cuerpo que aún puedes mover, como si fueras un elefante anciano y enfermo? Eso o mudarte a un hogar de ancianos, donde solo puedes ocupar tu tiempo parlotando con viejos con los que no tienes nada en común o jugando interminables juegos de cartas, o robando piedras del tablero comunitario de *baduk* para tu colección de objetos inútiles. Días que se repetirán hasta la saciedad, hasta que la muerte entre finalmente a hurtadillas en tu habitación, como un asesino.

Minari Pak aún le ofrecía las anchoas. Reseng miró la bolsa, que temblaba torpemente en su mano.

—Acéptalas —dijo Minari—. Son de diseño.

—Dáselas a tu mujer. O a Hanja. No me importa. ¿Qué te hace pensar que puedo soportarlas?

—Si insistes en ser tan testarudo, Hanja no tendrá otra opción que eliminarte.

—¿Es una amenaza?

Reseng le dirigió una mirada fulminante.

—Por favor, no hagas las cosas más difíciles. Esta lucha no tiene por qué seguir adelante. Te lo digo como alguien que te dobla la edad: es mejor lamer traseros que ser un idiota.

Minari dejó las anchoas a los pies de Reseng, se dio media vuelta y se marchó. Reseng bajó la cabeza y las miró. De repente, pensó que Viejo Mapache debía de sentirse muy solo. Los empresarios que solían llevarle regalos a la biblioteca durante las fiestas le habían dado la espalda. Aquel era el mundo de Hanja. ¿Cuánto tiempo más viviría Reseng si iba a verlo? ¿Tres años? ¿Cinco? Quizá más. Tal vez incluso podría llegar a morir de viejo si se arrodillaba y empezaba lamer culos como Minari Pak. Seguro que no había nada malo en tener un pequeño culo pegado a la cara. El honor y la dignidad nunca habían significado mucho para él.

Viejo Mapache solía bromear diciendo que la única razón por la cual había sacado a Reseng del orfanato era para tener a alguien en quien apoyarse para caminar. Lo decía para fastidiarlo,

pero cuando Reseng lo pensaba bien, también había algo de verdad en ello. Había sido su muleta desde los once años. Le alcanzaba libros de las estanterías, hacía encargos en el mercado de carnes, entregaba las cartas que un planificador sin rostro le deslizaba por debajo de la puerta. Y tras la muerte de su mejor asesino, Entrenador, Reseng se encargó también de todas las muertes. Si le daba la espalda en aquel momento, Viejo Mapache se quedaría sin su muleta.

—Supongo que no es lo peor que puede pasarle a alguien en esta profesión —murmuró Reseng.

Cuando mataron a Entrenador, diez años atrás, Viejo Mapache no hizo nada. Guardó silencio, a pesar de los rumores que indicaban que Hanja estaba detrás de aquello. Las cosas eran diferentes entonces: Viejo Mapache seguía en la cima. Y a pesar de ello, no hubo represalias, ni castigos, ni investigaciones. El anciano ni siquiera se enfureció, aunque Entrenador llevaba más de tres décadas a su lado. Lo único que hizo fue lavar el cadáver, las múltiples heridas de arma blanca que indicaban con claridad que había librado una lucha descarnada, y quemarlo discretamente en el incinerador de Oso. Fue un funeral triste: solo asistieron Reseng y Viejo Mapache, que se encargó de esparcir en silencio las cenizas de Entrenador desde la cima de una colina azotada por el viento.

—¿No vas a hacer nada? —le preguntó Reseng.

—Así son las cosas para los asesinos. No puedes volcar el tablero de ajedrez solo porque perdiste un peón.

«Así son las cosas.» Aquellas fueron las palabras de despedida que Viejo Mapache le dedicó al hombre que había permanecido a su lado durante treinta años.

Reseng lo había aprendido todo de Entrenador: cómo disparar armas, usar el cuchillo, construir y desactivar bombas, preparar trampas, rastrear y cazar presas, e incluso cómo lanzar un bumerán. Tras la guerra de Vietnam, Entrenador encontró trabajo en una empresa militar privada en el extranjero y viajó a zonas de guerra en todo el mundo. Tenía un rostro amable, lo que hacía difícil de creer su afirmación de que había matado a cientos de personas en el campo de batalla, y le encantaban las tareas domésticas. A pesar de que tenía un cuerpo enorme, sus manos eran engañosamente ágiles. Fabricaba su propio equipamiento, todo lo que construía estaba hecho con cuidado y precisión, y era un excelente cocinero. En concreto, disfrutaba mucho lavando la ropa. En los días soleados, sin excepción, lavaba a mano todas las sábanas y las cortinas y las colgaba en un tendedero en el patio. Con un cigarrillo colgando de los labios y una expresión en el rostro que era la viva imagen de la satisfacción, contemplaba las sábanas mientras ondulaban con el viento y decía: «Si pudiera conseguir que mi vida quedara así de limpia...».

Si hubiera podido restregar su vida hasta que quedara impoluta, se habría casado con una buena chica, habría criado hijos y llevado una tranquila vida familiar cocinando, limpiando, lavando y realizando todas las tareas con las que tanto disfrutaba. Pero, por desgracia, la vida no es un juego de sábanas. No puedes lavar tu pasado, tus recuerdos, tus errores, tus remordimientos. Así que te mueres con ellos. Como Viejo Mapache decía: «Así son las cosas para los asesinos».

Reseng tomó las anchoas que le habían regalado y subió las escaleras. Cuando abrió la puerta, Escritorio y Pantalla de Lámpara llegaron corriendo a saludarlo y se frotaron contra sus pantorrillas. Reseng les llenó los platos con la sopa de pollo que había comprado en la tienda de mascotas. Las gatas se pusieron a ronronear mientras se la bebían a lengüetazos. Él les acarició la cabeza.

—¿Sabéis lo mal que lo están pasando vuestras hermanas en la calle? Si os echara de aquí,

gatas miedosas, no duraríais ni una semana. Aquello es un infierno.

EL CAFÉ PARA gatos se llamaba Como Gatos.

Cuando Reseng se sentó, Escritorio y Pantalla de Lámpara comenzaron a maullar dentro de su transportín. Reseng abrió el cierre, pero entonces le echaron una mirada a la docena de gatos que vagaba por el café y se negaron a moverse. La dueña del local le llevó una taza de café.

—¡Oh, mirad quién ha venido de visita! ¿Acaso son Escritorio y Pantalla de Lámpara? —preguntó emocionada.

Saltaba a la vista que las gatas estaban felices de verla. Comenzaron a ronronear y salieron del transportín. Todos los gatos parecían amar al instante a la dueña de aquel café. ¿Cuál era su secreto? Después de casarse, empezó a criar en su casa a más de veinte de esos animalitos. Pero a medida que aumentaban en número, su marido no pudo soportarlo y le dijo que debía elegir entre ellos o él. Y, sin dudar, se divorció de él y se mudó. En las reuniones con los clientes del café, contaba la historia entre risas: «¿Podéis creer que me pidió que eligiera? ¡Ja!».

—Al final las has traído, después de tanto rogarte que lo hicieras! —exclamó la mujer, mientras jugaba con las gatas de Reseng—. ¿Es una ocasión especial?

Reseng sacó un sobre del bolsillo de su cazadora y se lo entregó. Mirándolo con curiosidad, ella lo abrió para descubrir dos cheques de un millón de wons cada uno.

—Te estaría muy agradecido si pudieras cuidarlas por mí —dijo—. Puede que sea por poco o mucho tiempo. También es posible que nunca pueda regresar a por ellas.

—¿Piensas viajar a un lugar muy lejano? ¿Irás al extranjero?

—No tan lejos, pero no estoy seguro de cuánto durará el viaje.

La mujer asintió, como si comprendiera.

—Todos tenemos nuestros momentos de oscuridad de vez en cuando —respondió, y le devolvió el sobre—. Comprendo por lo que estás pasando, pero esto no es necesario. Cuidaré de tus gatas de todas formas hasta que vuelvas.

—Ya que comprendes por lo que estoy pasando, por favor, acepta el dinero.

Inclinó la cabeza en un gesto de súplica. El sobre estaba entre los dos, en el centro de la mesa. Ella lo miró y, después de un largo silencio, asintió.

—Cuando tenía tu edad, una vez también me fui muy lejos. Me fui tan lejos que pensé que nunca podría regresar. Pero cuando al final vuelves, te das cuenta de que en realidad no estabas tan lejos como te temías.

Reseng acarició a Escritorio y a Pantalla de Lámpara, que le mordisqueó juguetonamente la mano. Él se puso de pie y se despidió de la dueña del café.

—Buena suerte —dijo ella.

—Gracias.

Reseng acarició una última vez a Escritorio y a Pantalla de Lámpara y abandonó despacio el café Como Gatos.

TOMÓ UN TAXI en dirección al edificio de L. Life Insurance en Gangnam. Las oficinas de Hanja se encontraban en los pisos siete, ocho y nueve. Se rumoreaba que alrededor de diecisiete empresas distintas tenían su domicilio registrado allí. Y si no resultaba lo bastante irónico que el mayor proveedor de asesinatos del país operara sus negocios descaradamente en un edificio

propiedad de una compañía internacional de seguros de vida, encima el mismo proveedor dirigía al mismo tiempo una empresa de guardaespaldas y otra de seguridad. Pero igual que un fabricante de vacunas al borde de la bancarrota logra sobrevivir no por crear la mejor vacuna del mundo, sino por desarrollar el peor virus, del mismo modo las empresas de guardaespaldas y de seguridad privada necesitan a los terroristas más viles del mundo para prosperar, y no a los mejores expertos en seguridad. Eso era el capitalismo. Hanja comprendía que el mundo podía enroscarse y morder su propia cola, como la serpiente uróboros. Y sabía cómo convertir eso en ganancia y obtener el máximo beneficio. No hay mejor modelo de negocio que poseer tanto el virus como la vacuna. Con una mano administras el miedo y la inestabilidad, y con la otra garantizas paz y seguridad. Un negocio así nunca podrá hundirse.

Reseng tomó el ascensor para subir al séptimo piso. Las oficinas de Hanja se encontraban en el noveno, pero para alcanzarlo había que llegar al séptimo piso y pasar por uno de esos detectores de metales como los que hay en los aeropuertos. Cuando lo atravesó, sonó la alarma. Una empleada vestida de negro se acercó a él con un detector de metales manual. Lo saludó con amabilidad y le pidió que levantara los brazos. Él la obedeció. El detector comenzó a sonar tan pronto estuvo cerca de su cuerpo. Reseng metió la mano en el bolsillo interior de su cazadora y sacó el cuchillo Henckels de Chu, envuelto en su funda de cuero, y lo colocó en la bandeja. La empleada lo miró asombrada.

—Estaba cocinando antes de venir. He debido de olvidarme de guardarlo. Soy tan distraído... —dijo, sonriendo.

La empleada, nerviosa, miró a su espalda y un corpulento guardia de seguridad se acercó. Llevaba una pistola eléctrica y gas lacrimógeno en el cinturón.

—¿Cuál es el problema?

Entrecerró los ojos y miró a Reseng de arriba abajo. La manera en que el uniforme le comprimía los michelines del abdomen le hizo pensar en un paquete de salchichas. El tipo tenía la complexión de un vigilante de discoteca y los hombros tensos. Reseng casi sintió lástima por él cuando le entregó la tarjeta dorada de Hanja.

—¿Tiene cita?

—No.

—¿Y a quién anuncio?

—Dígale que vengo de la Biblioteca de los Perros.

Después de una breve espera, una mujer se acercó y se presentó como la secretaria de Hanja. Tenía un aire refinado, intelectual. Lo guio hacia un ascensor que solo funcionaba en los tres pisos alquilados por Hanja. Se bajaron en el noveno y entraron en una habitación señalada como «Sala VIP».

Mientras tomaba asiento, la secretaria le preguntó en un tono formal:

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? ¿Té, café, agua? También tenemos bebidas alcohólicas, si lo prefiere.

—No, gracias. He tomado algo antes de venir. ¿Está prohibido fumar en este cuarto?

Miró a su alrededor. No había ceniceros.

—Según las reglas, sí. Está prohibido fumar en todo el edificio.

Frunció el entrecejo y sonrió furtivamente. La secretaria suavizó el tono de voz al decir:

—Bueno, las reglas se hicieron para romperse.

—En ese caso, ¿podría traerme un cenicero?

—El jefe tardará alrededor de treinta minutos en recibirlo. ¿Le importaría esperar?

—No, está bien —asintió.

Cuando le facilitaron el cenicero, Reseng encendió un cigarrillo y observó largo rato la espaciosa habitación. En consonancia con la predilección de Hanja por un estilo immaculado, no había más decoración que un cuadro en la pared. Tomó el cenicero y caminó hacia la ventana para mirar al exterior. Los diez carriles del bulevar Teherán estaban abarrotados de coches. Le parecía extraño que los lujosos aposentos de un proveedor de asesinatos estuvieran ubicados en el mismísimo corazón de la República de Corea. El hecho de que la oficina de Hanja se encontrara en esa calle de alquileres estratosféricos significaba que la élite económica del país necesitaba con desesperación asesinos a sueldo.

Reseng fumaba su tercer cigarrillo cuando Hanja entró.

—Perdón por hacerte esperar. Deberías haber llamado primero.

Hanja intentó adoptar una expresión de consternación, pero resultó más terrorífica que afligida. Tomó asiento en el sofá. Su secretaria volvió.

—¿No te apetece nada? Yo tomaré algo. No todos los días recibo visitantes tan especiales.

Hanja parecía más boyante que de costumbre. La secretaria miró a Reseng y este vaciló. Aquella extraña hospitalidad lo ponía nervioso.

—¿Tiene Jack Daniel's? —le preguntó a la secretaria.

Ella asintió.

—Yo beberé lo mismo —dijo Hanja—. Con hielo.

Cuando la mujer se marchó, Hanja comenzó a mirar, nervioso, a su alrededor, como si esperara a alguien más. Trataba de fingir que su nerviosismo era fruto de su buen humor, pero no estaba funcionando. Si se tenía en cuenta que estaban en su terreno, ¿por qué o por quién se sentía amenazado? De pronto, Reseng se moría por saberlo. Ambos permanecieron en un silencio incómodo hasta que la secretaria regresó con las bebidas.

—Me alegra mucho que estés aquí. Me preocupaba que no vinieras.

Hanja alzó el vaso para brindar, pero Reseng lo ignoró. El primero miró su vaso en alto y le dio un trago, en solitario y abochornado.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Reseng, sin rodeos—. ¿La biblioteca? ¿La vida de Viejo Mapache?

Hanja echó la cabeza hacia atrás y rio.

—¿Para qué querría yo una biblioteca rancia llena de libros usados o la vida de un hombre decrépito?

—Eso es lo que todos dicen.

—Malditos rumores.

Hanja levantó el vaso y le dio otro trago. Luego dijo:

—¿Sabes? Viejo Mapache fue el que me enseñó a no matar a nadie a menos que la contraprestación fuera justa. Ese es el tipo de sabiduría que todos los contratistas deberían grabarse en el cerebro. Honor, confianza, amistad, lealtad, venganza, amor, guardar las apariencias: ninguno de esos motivos importa porque ningún contratista decente matará a nadie a menos que existan ganancias. ¿Y qué ganancia obtendría yo si matara a Viejo Mapache? Bueno, es decir, claro que algo «bueno» saldría de ello, menos dolores de cabeza, en cualquier caso. Pero,

en general, si examinas los números, no hay nada ahí para mí. Viejo Mapache podría estar deseándolo, pero no soy estúpido.

—No me importan tus cálculos y tus números.

—Deberían importarte. Matarte sí me reportaría un beneficio. Lo mismo que matar a tu amigo Jeongan. —Hanja vació su vaso.

—No sabía que era tan valioso —dijo Reseng, que dio un trago. El peculiar aroma del Jack Daniel's le invadió las fosas nasales.

Hanja le sonrió despectivamente.

—No te confundas. No lo eres. Solo ocupas una posición privilegiada.

—¿Qué pasa con mi posición?

—El dinero de verdad está en la política. Pero los vejesterios que llevan las riendas se niegan a confiar en nadie más que en Viejo Mapache. Sienten una especie de nostalgia por la biblioteca. O quizá no confían en nadie que tenga menos de cien años. Qué más da, estoy bromeando. ¿Desde cuándo la tradición importa para un contratista? Pero así son los viejos. Sospechan de todo y odian el cambio. Es muy frustrante, pero ¿qué se le va a hacer? Es la realidad. Así que lo que necesito es un Zhuge Liang muerto.

Reseng lo miró desconcertado.

—Durante la Batalla de las Planicies de Wuzhang —le explicó Hanja—, cuando el general Zhuge murió, su ejército talló una estatua de madera que era igual que él y la usaron para engañar al ejército de Sima Yi haciéndoles creer que Zhuge seguía vivo, y así lograron espantarlos. Pero un Zhuge Liang vivo es demasiado: no se sabe lo que hará. Si al menos Viejo Mapache se quedara calladito y tranquilo en su guarida, yo no tendría ninguna queja. Y como tú y yo crecimos también en la biblioteca, tiene sentido que continuemos el legado del viejo. Y es un buen negocio. Pero el problema es que tú no lo dejas descansar en paz.

—Descansar... en paz —Reseng repitió lentamente las palabras de Hanja.

—Tú eres su mano derecha. Y ese bobo de Jeongan es como sus ojos y sus oídos. Siempre le lleva información al viejo, como una madre gorrión alimenta con gusanos a su bebé gorrión, mientras tú te encargas de limpiarle el culo. Seré honesto. Me molestó muchísimo que trajeras el cuerpo del general en una urna.

—¿Y qué? —exclamó Reseng, mirándolo enfurecido.

—«¿Y qué?» —se mofó—. Que matar a Viejo Mapache no me reportará más ganancias, pero, al mismo tiempo, no puedo dejar sin terminar lo que empecé. ¿Qué debo hacer? Es muy trágico, pero tengo que cortar algo. A veces, para que un cuerpo viva, debe cortársele un pedazo. Una mano, o un pie... o una oreja.

—¿Por eso mataste a Entrenador?

El rostro de Hanja se enrojeció. Se quedó callado un instante, acariciándose la barbilla.

—Veo que aún no has aprendido a distinguir las cosas de las que se puede hablar y de las que no.

Hanja estuvo a punto de decir algo más, pero se detuvo. Descolgó el teléfono y le pidió a su secretaria que le llevara otro vaso de whisky. La mujer entró, colocó un nuevo vaso sobre la mesa y se llevó el vacío. Hanja tomó un sorbo.

—Ya sé que la tienes tomada conmigo por eso. Entrenador era como un padre para ti y como un hermano mayor para mí. Yo también aprendí todo lo que sé de él. Pero el mundo es mucho más

complicado de lo que crees. Tenemos que hacer lo que podamos para sobrevivir en este sitio incomprensible.

—No me importa qué clase de mundo sea este. ¿Qué provecho sacas al matar a miembros de tu familia? ¿Que te alcance para alquilar una oficina de lujo?

Hanja lo miró con desprecio.

—No me digas que de verdad somos una familia. ¿Quiénes están emparentados? ¿Tú y Viejo Mapache? ¿Yo y Viejo Mapache? Es una puta broma. Tú lo sabes tan bien como yo, que solo fuimos sus muletas, algo de usar y tirar a la basura. Pareces confundido, así que trataré de explicarte las cosas claramente: si ahora mismo te acuchillaran y te arrastraran hasta el crematorio de Oso, Viejo Mapache ni siquiera pestañearía. Solo se buscaría una nueva muleta. Yo lo comprendí hace veinte años, pero tú aún no lo entiendes.

Hanja bebió otro sorbo. Reseng lo miró furioso. El otro se volvió hacia la ventana. Parecía enfadado; aparentemente, la conversación no marchaba como él esperaba. El teléfono sonó.

—Muy bien. Dile que estaré ahí en diez minutos.

Colgó. Reseng encendió un cigarrillo. Hanja miró su reloj.

—Es B., de la Asamblea Nacional. El idiota de su hijo se mete en líos constantemente, pero esta vez el chico ha recibido su merecido. Encerró a una muchacha en su habitación de hotel, trató de meterle el pito en la boca, pero ella se lo mordió. Le hincó los dientes con tanta fuerza que dice que ahora apenas le cuelga del pellejo. Bien por ella. —Hanja miró a Reseng con picardía—. Supongo que reimplantar pitos no es tan fácil como reimplantar dedos, ¿verdad? Hace unos días, B. vino a verme, llorando porque a su querido niño, la luz de sus ojos, el único hijo varón del único hijo varón del único hijo varón, le habían arrancado el pito de un mordisco, acabando con sus esperanzas de dejar el apellido en herencia. Me tomó de la mano y dijo que yo era el único que podía solucionarlo. ¡Fue muy vergonzoso! Como bien dijiste, levanté esta oficina de lujo justo en el corazón de Gangnam y parece que me va bien. Pero la verdad es que, ¿qué puedo hacer? Si quiero ganarme la vida, tengo que ayudarlo a lamerse las heridas. Si un diputado de la República de Corea puede exponer su ropa sucia frente a mí, ¿cómo podría yo, un contratista menor, decirle: «Oh, no, no puedo caer tan bajo»? ¡Me daría demasiado miedo! Mi vida no es tan distinta de la de los demás. Por eso deberías dejar tu orgullo a un lado y unirte a mí. Vivirás, y tu amigo Jeongan vivirá, y, por suerte, yo viviré también. No te estoy pidiendo que hagas mucho. Solo tienes que quedarte en la biblioteca y llamarme cuando llegue trabajo.

Tenía los ojos clavados en Reseng, que fumó su cigarrillo y guardó silencio. La sonrisa de Hanja se desvaneció lentamente y se le endureció el rostro.

—Las elecciones están a la vuelta de la esquina —dijo—. Esta es una época delicada. Todo el mundo anda como loco tratando de asegurarse su parte. Los accidentes fatales pueden ocurrir. ¿Sabías que el Grupo D tenía cerca de veinte sucursales, pero solo les llevó seis meses a los fiscales desmantelarlo todo? Su único crimen fue negarse a financiar un partido político durante las elecciones. Solo de pensarlo me da jaqueca, así que no compliques las cosas. No quiero matarte, pero si sigues resistiéndote, no tendré otra opción.

—Aún no sabemos quién es el que terminará con un cuchillo en el estómago —respondió Reseng con voz débil.

—Tienes razón. No lo sabemos. Pero no puedes dedicarte a este negocio sin estar preparado para recibir una cuchillada en algún momento. ¿Tú estás preparado?

El teléfono volvió a sonar.

—Enseguida estoy ahí —dijo Hanja, y colgó—. Tengo que irme. Pórtate bien. Y menciónale a tu amigo Jeongan lo que te he dicho.

—¿Pusiste una bomba en mi inodoro?

Lanzó la pregunta cuando Hanja ya se alejaba. Este se dio la vuelta; la expresión de su cara mostraba confusión, pero un segundo después, cuando lo comprendió, pareció que mostraba indignación.

—¿Te parece que tengo tiempo de andar metiendo la mano en tu asqueroso inodoro?

Hanja cerró la puerta al salir. Reseng permaneció sentado y terminó de fumar. Demasiados pensamientos llenaban su mente al mismo tiempo. Apagó el cigarro y bajó en el ascensor hasta el séptimo piso. La mujer vestida de negro sacó el cuchillo Henckels de Chu de un cubículo y se lo entregó. El paquete de salchichas se quedó mirándolo con aire rudo. Cuando vio el cuchillo de Chu, le sobrevino un sentimiento de vergüenza; se lo guardó en el bolsillo. Luego descendió hasta la planta baja en el ascensor y se apresuró a salir del edificio. Sentía que no podía alejarse de allí tan rápido como quería.

RESENG VOLVIÓ A casa, pero ni Escritorio ni Pantalla de Lámpara estaban allí para frotarse contra su pierna cuando él entrara. Durante un momento se quedó parado en el umbral, con la mirada perdida. Lo único que faltaba eran las dos gatas, y aun así el lugar parecía vacío. Se quitó los zapatos y entró. Los platos de las gatas yacían debajo de la mesa. Los miró un instante y luego abrió el armario, sacó la comida para gatos y llenó los platos.

Decidió darse un baño caliente. Aunque no había hecho mucho, se sentía exhausto y le dolía el cuerpo como si lo hubieran atacado a martillazos. Mientras miraba como el vapor ascendía desde la bañera, se sintió indefenso, inútil. Como un engranaje expulsado de un reloj, como una pieza que alguna vez hubiera formado parte integral de la maquinaria y que entonces tuviera que contemplar cómo aquel complejo mecanismo seguía funcionando sin él.

Cada vez que Reseng regresaba a casa después de cometer un asesinato, se dejaba llevar por la inercia. No tenía idea de por qué. No era culpa, ni desagrado, ni desprecio por sí mismo; era inercia, pura y llanamente. La sensación avasalladora de que ya no podía hacerse responsable de nadie, ni siquiera de sí mismo. Todo le parecía demasiado difícil: hablar y reír con otras personas, conocer mujeres y salir con ellas, tener una afición, construir un barco en miniatura, incluso hacer la cena. La única vida que podía llevar era aquella que consistía en beber una cerveza tras otra hasta emborracharse, mirar por la ventana con los ojos nublados o estar estirado en la cama y contemplar las manchas del techo y de la pared, hasta que ya no podía soportar el hambre y comía lo que hubiera en la nevera, antes de volver a dormir. «Es natural», murmuró entre dientes. Pensaba que lo extraño habría sido que alguien que se ganaba la vida matando a los demás se hubiera sentido revitalizado por ello.

Mientras estaba sumergido en el agua caliente y miraba las gotas de agua que se condensaban en el techo, Reseng meditó acerca de los cálculos de Hanja, de Viejo Mapache y de Minari Pak. Cada uno de ellos tenía una forma particular de llevar sus cuentas. Incluso los pequeños empresarios del mercado de carnes, los asesinos de usar y tirar y los que estaban en decadencia y se rebajaban a los peores niveles iban por ahí haciendo sus cálculos personales. Les salieran bien las cuentas o no, todos fundaban sus ambiciones, sus movimientos, sus miedos y sus crímenes en sus propias matemáticas. Reseng atrapó un puñado de burbujas de jabón que flotaban en el agua y se preguntó cuál sería la estrategia de Viejo Mapache. Nada parecía tener sentido para él.

Hundió la cabeza bajo el agua y comenzó a sumar las personas que hasta entonces había matado. Mientras lo hacía, una sensación de pérdida lo invadió por completo.

Jeongan llegó cerca de la medianoche. El timbre despertó a Reseng de un sueño profundo. Abrió la puerta con los ojos medio cerrados. El visitante parecía molesto.

—¿Duermes? Qué agradable debe de ser. Mientras tanto, esta noche he estado dando tumbos por todas partes como una rana sobre una sartén.

Entró al apartamento y miró a su alrededor.

—¡Escritorio! ¡Pantalla de Lámpara! Salid, gatas de nombre estúpido. Ya sé que habéis estado suspirando por ver al Señor Guapo, y ¡aquí estoy!

Jeongan echó un vistazo al interior de la torre de las gatas; miró debajo del sillón y detrás de las cortinas.

—¿Dónde están las niñas? ¿Por qué de pronto se han vuelto tímidas?

—Las he llevado a otro lugar.

—¿Adónde?

—A uno mejor que este.

—¿Dónde podría estar mejor que en los brazos de su amado dueño?

—Si me acuchillan en la calle, se morirán de hambre.

Jeongan lo miró alarmado y luego soltó una carcajada.

—¡Imbécil! Nadie va a ... Bueno, no te preocupes. Tu Hermano Mayor acaba de terminar su concienzuda investigación.

Sacó un grueso sobre de papel manila de su mochila y lo dejó sobre la mesa.

—¿Sabes quién es el doctor Kang Jigyeong? —preguntó Jeongan.

—¿El patólogo forense?

—Sí, trabajó en el Servicio Forense Nacional durante mucho tiempo. Resulta que era un planificador. Siempre sospeché de él. Cada vez que veía su foto en el periódico, me daba una sensación extraña.

—¿Por qué?

—Ese lugar tiene una historia perturbadora. En la época en que los militares cabezas de chorlito estaban en el poder, no necesitaban conspiraciones elaboradas, solo firmas.

—¿Firmas?

—No contrataban planificadores imaginativos porque simplemente podían engatusar a los médicos forenses para que les firmaran certificados de defunción falsos. El Organismo de Planificación de la Seguridad Nacional podía golpear salvajemente a quien quisiera, pero si el forense escribía que la causa de la muerte había sido el suicidio, ¡caso cerrado! Lo tenían muy fácil en comparación con los planificadores actuales, que se desquician ante la posibilidad de dejar el menor rastro. De cualquier modo, así fue como esa gente entró en el negocio. Al principio, los médicos forenses no tenían otra opción que firmar los documentos, porque tenían que pensar en sus respectivas esposas e hijos, y los militares tenían demasiado poder. Pero una vez que se vieron arrastrados, no hicieron más que hundirse cada vez más hondo. ¿Tú crees que los contratistas iban a dejar que se marcharan tan tranquilos? Ya sabes cómo son.

—Pero ¿qué hay de ese doctor Kang?

—Mito, la mujer de la tienda, era su asistente de laboratorio.

Reseng asintió.

—Creo que sé por dónde va la cosa.

—¿De verdad? La respuesta está a la vuelta de la esquina. ¿Con quién crees que trabajaría un pez gordo como el doctor Kang? ¿Con Minari Pak? Sí, claro, solo si estuviera loco. Trabajaría con Hanja o con Viejo Mapache. Pero ahora que este último prácticamente se ha retirado, es muy posible que Hanja sea el planificador.

Reseng encendió un cigarrillo. No creía que fuera ninguno de los dos, ni Hanja ni Viejo Mapache. Además, él y el tal doctor Kang jamás se habían cruzado. E incluso aunque lo hubieran hecho, ¿por qué un planificador de su envergadura se molestaría en colocar una bomba en el inodoro de un humilde asesino?

—¿A qué se dedica el doctor Kang estos días?

—Murió hace poco.

—¿Murió?

—Sí, y dicen que fue un suicidio. ¿Puedes creerlo? Alguien que pasó su vida entera haciendo pasar asesinatos por suicidios ante la ley, se da media vuelta y se suicida. Sospechoso, ¿no?

—¿Cómo murió?

—Saltó de un tejado. O alguien lo empujó. Pesaba casi cien kilos, así que tuvo que ser alguien bastante fuerte.

Jeongan le entregó un paquete de fotos tomadas en el lugar del accidente. Un hombre con sobrepeso yacía desparramado en el suelo, como un pegote de arcilla fresca. Tenía el cráneo destrozado y los huesos del hombro derecho y del cuello tan fracturados que su cabeza estaba girada por completo. El charco de sangre a su alrededor era de un rojo cereza que contrastaba con la bata blanca que aún llevaba puesta cuando murió. Y lo que era más extraño aún, encima de la sangre seca había una pantufla.

—Solo cayó cinco pisos, pero qué desastre —dijo Jeongan—. Cuanto más gordos son, ya sabes. Tenía buen apetito para ser alguien que hace autopsias todo el día. No era tan alto, así que era probable que no parara de comer. Debería haber cuidado su alimentación.

—¿De dónde sacaste estas fotos?

—¿De dónde crees? De los policías. Hoy en día los policías tratan bien a la gente.

—Se tiró en pantuflas. —Reseng inclinó el rostro—. ¿La causa oficial de la muerte fue el suicidio?

—Ya sabes cómo es la policía. Harán lo imposible para aligerar su carga de trabajo. Además, dejó una nota y no había señales de homicidio.

—¿Qué decía la nota?

Jeongan hojeó los documentos y extrajo una fotocopia.

—«Lo siento mucho por las vidas que arruiné y por las personas a las que hice daño. Me avergüenzo de mí mismo» —leyó.

—¿Una crisis de conciencia? —dijo Reseng.

—¡Ja! Ese cabrón nunca tuvo conciencia. La gente que asistió a su funeral se comportaba como si estuviera en una fiesta. Bien podría haber sido una boda.

Reseng le dio una calada a su cigarrillo. Los planificadores a veces se convertían en objetivos. También cometían errores, igual que los asesinos. Dejaban pistas; los atrapaban. Pero siempre los eliminaban en silencio. Porque, a diferencia de los asesinos, que nunca tenían información que dar sin importar cuánto rascaras, una vez que un planificador salía a la luz, el

pasado que había tratado de enterrar se hacía público con él. De modo que tenían que asesinarlos con más cuidado, de manera más encubierta y más silenciosamente que a cualquier otro objetivo. Era la regla no escrita de aquel mundo.

—¿Quién lo mató? —preguntó Reseng.

—Creo que fue ella.

Jeongan alzó una fotografía de Mito. Reseng soltó una carcajada.

—Oh, sí, claro, a esa pequeña charlatana no le costaría ningún trabajo matar a un tipo de ese tamaño. Déjame adivinar. ¿Lo dejó inconsciente golpeándolo en la cabeza con una barra de Hot Break y luego llamó a su novio grandullón para que lo empujara desde el tejado? Bien. Digamos que fue ella. ¿Por qué lo habría hecho?

—No lo sé, pero hay algo en esa mujer que me da muy mala espina. Tú y yo sabemos que los planificadores nunca usan sus verdaderos nombres y que siempre lo separan todo: la dirección donde reciben el correo, el escondite secreto donde conciben sus conspiraciones, sus reuniones secretas con los intermediarios, todo en lugares diferentes, para que nada les explote en la cara al mismo tiempo. Además, usan un nombre distinto en cada sitio. Pero esta mujer ordenó partes de una bomba con su propio nombre.

—¿Tal vez el doctor Kang usaba la dirección de Mito?

—¿Para qué molestarse en hacerlo cuando hay nombres y números de registro falsos de sobra que podía utilizar?

Reseng miró la fotografía de Mito, su rostro sonriente mirando al cielo. Parecía ingenua, casi simple. La clase de chica que chillaría al ver una cucaracha. No podía creer que estuviera detrás de aquello. Aunque Jeongan tuviera razón, nada cuadraba. Era probable que un hombre con la vida del doctor Kang tenía muchos enemigos. Mito podría haber sido uno de ellos y podría haberlo matado por ese motivo. Pero ¿qué tenía eso que ver con Reseng y con la bomba de su inodoro? No tenía sentido.

—Creo que lo que sucede es que te gusta —dijo arrojando las fotos sobre la mesa—. Estás ladrándole al árbol equivocado.

—No la conoces. Es aterradora. De acuerdo con la gente que se movía en el mercado donde ella creció, trabajaba sin parar: repartiendo leche y periódicos; haciendo faenas ocasionales para todos, desde el pescadero hasta el verdulero, a fin de mantener a su hermana, que está en silla de ruedas, y pagó su propia educación. Y siempre con buenas notas. Toda la gente con la que hablé la elogiaba y decía que había caído del cielo. Dijeron que era tan inteligente, bonita, amable, honesta y trabajadora que todos ellos cooperaban con un poco de dinero cada mes para ayudarla a pagar su educación. Y a pesar de que se levantaba al amanecer todas las mañanas para bregar en el mercado, logró graduarse como la primera de su clase en la Facultad de Medicina. ¡Eso es aterrador!

Jeongan parecía enamorado hasta las trancas.

—¿Las chicas con buenas notas son aterradoras?

—Vamos, eso no es lo que he querido decir. Lo que digo es esto: ¿por qué trabajar como asistente de un planificador después de todo eso? Los tiempos difíciles habían quedado atrás. Logró entrar en la mejor facultad de Medicina de Corea.

—La carrera de Medicina es muy cara. Y conspirar es una manera sencilla de hacerte con una buena cantidad de dinero.

—Pero esta mujer, Mito, no es tan simple. He sido la sombra de cientos de personas y he salido con docenas de chicas. Prácticamente tengo un doctorado en mujeres. ¿Por qué no me entiendes?

—Bien. Entonces, ¿por qué una mujer tan honesta y trabajadora mataría a un doctor y pondría una bomba en mi inodoro? No tiene sentido.

—Aún no tenemos la imagen completa, pero pronto la conseguiremos. Lo presiento.

Jeongan rebuscó en su mochila y sacó un mapa. Se lo ofreció a Reseng.

—¿Qué es esto?

—Marqué con círculos las posibles ubicaciones de los escondites secretos del doctor Kang y de Mito. Deberías echarles un vistazo.

—¿Qué harás tú?

—Tengo planes. Volveré en una semana.

—¿Qué planes?

—Es un secreto —dijo Jeongan, sonriendo.

—¿Te vas a ir de vacaciones con alguna chica mientras la vida de tu amigo pende de un hilo? ¿Quién es esta vez?

—Ya no es divertido estar aquí, ahora que tus gatas se han ido. Sabes que me llevo mejor con el sexo femenino —bromeó Jeongan. Guardó sus cosas en la mochila y se calzó. Sus deportivas no eran muy viejas, pero las suelas estaban muy gastadas.

—¿Vas a hacer un trabajo para Viejo Mapache? —preguntó Reseng.

—¿Y si así fuera?

—Fui a ver a Hanja hoy. No sé si es por las próximas elecciones, pero se comportó como un imbécil. Dijo que si no parábamos tendría que matarnos. Y algo acerca de que yo soy la mano derecha de Viejo Mapache y tú eres sus ojos y sus oídos. Qué tontería. Pero, bueno, después de lo que pasó con el viejo general, Hanja está muy enfadado y quiere que mantengamos un perfil bajo hasta que las elecciones terminen.

—Ah, ¿está asustado nuestro pequeño Reseng? ¿Cómo sobrevivirás en esta profesión si te dejas embaucar por las fanfarronadas?

—Esta vez es peor. Se calmará cuando pasen las elecciones, así que no hagas nada hasta entonces.

—Ya sabes lo mucho que Viejo Mapache se aburre cuando no le llevo su periódico. Además, ese viejo zorro de Hanja no intentará nada ahora. Está fanfarroneando. Solo se está marcando un farol. Así que deja de preocuparte y trae a las gatitas de vuelta; no es lo mismo sin esas señoritas. No puedo creer que el gran Reseng se haya deshecho de sus gatas a causa de una bombita de nada en su inodoro. ¿No crees que estás exagerando?

Estaba a punto de salir cuando Jeongan se detuvo y se dio la vuelta, como si hubiera olvidado algo. Se desató el cinturón y se bajó los tejanos.

—Oye, mira esto. ¡Ropa interior que aumenta la virilidad, de la marca Escorpión! Me costaron ciento setenta mil wons. Jade cristalizado y arcilla amarilla que emiten rayos infrarrojos para maximizar tu resistencia. Es como usar los calzoncillos de Superman.

Reseng los miró, perplejo, y dijo:

—El dueño de la tienda de la esquina usa de esos.

—¿Ah, sí? Apuesto a que dice que son increíbles, ¿no?

—Funcionan tan bien que le dio un infarto.

Jeongan hizo un mohín mientras se subía los pantalones.

—No sé por qué pensé que podría tener una conversación productiva con alguien cuya meta en la vida es morir virgen. Me largo de aquí.

Reseng sonrió al ver a Jeongan alejarse meneando el trasero.

TEJIENDO

RESENG LLEVABA UNA hora vigilando la fachada de la tienda de artículos para tejer. El rótulo «Taller de Punto de Misa» lucía como si lo hubiera escrito un niño. El establecimiento estaba ubicado en el primer piso de un edificio de dos plantas en la esquina de una tranquila calle residencial. El edificio en sí era viejo y destartado, pero habían remodelado el Taller de Punto de Misa y lo habían adornado con maderas nobles y cortinas hasta volverlo encantador y pintoresco, como algo salido de una película de Disney. Sobre el escaparate había varios letreros impresos, entre otros: «lana», «colchas», «tintes naturales» y «ganchillo» y «¡un gran pasatiempo para las amas de casa!».

Justo a las 11:00, Misa llegó a la tienda en su silla de ruedas. Llevaba el almuerzo en una bolsa que colgaba de uno de los apoyabrazos, y del otro pendía un bolso de lona repleto de telas y madejas de lana. Se sacudió las manos y sacó un pañuelo para secarse las gotas de sudor de la frente. El apartamento de Mito y Misa se encontraba a unos diez minutos de distancia caminando a paso ligero, con varias pendientes a lo largo del camino. No era el trayecto más sencillo para alguien en silla de ruedas. Era posible que le hubiera llevado a Misa unos buenos treinta minutos llegar a la tienda. Con razón estaba sudando. Sacó una llave y abrió la puerta de seguridad. Se inclinó para recoger el periódico y la correspondencia que se hallaban en la entrada, y ojeó rápidamente los sobres antes de colocárselos en el regazo. Volvió la cabeza y miró un instante la enorme caja de un metro cúbico que un repartidor había dejado en el exterior. Claramente, era demasiado grande para que ella pudiera transportarla sin hacer uso de las piernas. Dejó la caja donde se encontraba y entró.

Reseng había pasado los últimos días visitando los lugares sospechosos que Jeongan había marcado con círculos en el mapa. Pero ninguno parecía ser un escondite secreto. El laboratorio del doctor Kang no se diferenciaba de cualquier otro despacho universitario, atestado de viejos libros polvorientos y papeles, y el sitio que el rastreador había señalado como una potencial guarida se encontraba vacío. Era de esperar. Si en realidad el doctor Kang hubiera sido uno de los planificadores de Hanja, entonces se habría enviado al lugar un equipo de «solucionadores» en el momento de su muerte para erradicar hasta el último documento. Hanja nunca permitiría que una prueba comprometedor quedara atrás.

El apartamento de las dos hermanas era corriente; lo único excepcional era que, si bien la habitación de Misa se encontraba impecable y bien organizada, la de Mito parecía la madriguera de un chimpancé. El alféizar de la ventana estaba cubierto de medias puestas a secar, mientras que varios sostenes colgaban de perchas en la ventana abierta, un par de pijamas con estampado de elefantes yacían arrugados sobre la cama y había calcetines con las plantas negras de mugre

tirados por todas partes. Debajo de la cama encontró un par de calzoncillos de hombre pasados de moda, de la clase que solo los padres suelen usar, y un condón roto. Reseng miró la prenda interior, cubierta de polvo y cabellos, y pensó: «¿Qué clase de idiota se larga tan rápido que olvida su ropa interior?». Sobre el escritorio había libros de medicina y un cuaderno de notas. Reseng revisó el cuaderno, pero no contenía ninguna prueba de que Mito fuera una planificadora.

Lo más absurdo era que la afirmación de Jeongan de que la mujer era la asistente del doctor Kang resultó ser pura especulación. A todos en la universidad y en el centro de investigaciones los desconcertaron las preguntas de Reseng.

—¿Mito y el doctor Kang? Pensé que era la asistente del profesor Kim Seonil.

Oficialmente, entonces, era imposible comprobar que Mito y el doctor Kang estuvieran vinculados. Jeongan había llegado a la conclusión de que así era solo porque ella había pedido los componentes de la bomba y porque en algún momento trabajó en el mismo laboratorio que él.

Reseng sacó un cigarrillo. Estaba a punto de encenderlo cuando Misa volvió a salir. Miró apesadumbrada la caja gigantesca y se inclinó para tratar de levantarla. Después de unos cuantos gruñidos, se rindió e intentó arrastrarla. Tampoco funcionó. Cada vez que tiraba de la caja, su silla de ruedas se deslizaba, amenazando con tirarla. Después de batallar un rato, se detuvo para limpiarse el sudor de la frente. Reseng guardó el cigarrillo sin encender en el paquete y caminó hacia ella.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó.

Alzó la mirada y se quedó mirándolo. Su piel estaba limpia y radiante como la de un bebé y sus ojos eran tan grandes e inocentes como los de una ternera. Lo miró sorprendida y luego le sonrió alegremente, no tanto como un gesto de agradecimiento sino como si estuviera tratando de contener la risa. ¿Qué era tan divertido?

—¡Sí, muchas gracias! —dijo al final.

Reseng cargó la caja. Sí, era demasiado pesada para alguien que no podía usar las piernas. Esperó a que ella le diera instrucciones, pero la chica solo seguía mirando con flagrante regocijo.

—Entonces... ¿Me voy a quedar aquí todo el día sosteniendo esto? —preguntó.

Misa soltó una carcajada.

¿Qué era tan divertido? Estaba realmente confundido. Misa reía con tantas ganas que se le saltaban las lágrimas.

—Lo siento. ¡Lo siento mucho! Una vez que empiezo a reír, no puedo parar. Ay, Dios. Vaya. No sé qué me ha pasado. Por favor, entra.

Se limpió los ojos y abrió la puerta; con habilidad, condujo la silla de ruedas entre una silla y una máquina de coser, y señaló una mesa redonda de madera.

Reseng puso la caja allí.

—Eres Reseng, ¿verdad? —preguntó ella, con el rostro aún risueño.

Sorprendido, preguntó:

—¿Sabes mi nombre?

—¡Claro que lo sé! Eres el novio de mi hermana, ¿cómo no iba a saberlo? Hablamos de ti a diario cuando estamos en el ático.

Las palabras *novio*, *diario* y *ático* se arremolinaron en el cerebro de Reseng. ¿Qué demonios estaba pasando?

—¿Tu hermana te ha dicho que soy su novio? —El semblante de Reseng se había ensombrecido.

—¿Qué? ¿No lo eres? ¿Eres solo uno de esos chicos de los que mi hermana se enamora? — Parecía que Misa fuera a echarse a llorar en cualquier momento—. Lo sabía. Sabía que estaba volviendo a acechar a hombres de nuevo.

Misa cogió un trozo de lana de la mesa, se lo enredó en la punta del dedo y luego lo dejó caer al suelo. Parecía tan alicaída que Reseng casi se sentía mal.

—No, mmm... Solo lo dije porque pensé que era yo el que estaba enamorado de ella.

—¿De verdad? —dijo Misa, abriendo mucho los ojos.

—Claro.

Le sonrió. Se le iluminó el rostro de inmediato, como el de una niña.

—Oh, ¿dónde están mis modales? ¡Por favor, toma asiento!

Le ofreció una silla junto a ella. Reseng se sentó, aún confundido.

—¿Te gustaría tomar café?

—Sí no es mucha molestia.

—¿Molestia? No seas tonto.

Misa le dedicó otra enorme sonrisa y empujó la silla hasta una pequeña cocina instalada en un rincón de la tienda. El fregadero y la encimera estaban colocados a baja altura para que ella pudiera utilizarlos. Mientras preparaba el café, Reseng echó un rápido vistazo a su alrededor.

Aunque podía esperarse que un lugar donde la gente trabajaba con telas y lanas estuviera en desorden, el interior de la tienda era tan pulcro y agradable como la propia Misa. Un armario que ocupaba una pared completa contenía montones de telas, materiales para tejer colchas, agujas de tricotar y madejas de lana, y muestras de tela. En otra pared se exhibían toda clase de manteles, delantales, muñecas, bolsos y otros objetos fabricados con técnicas de acolchado. Todos los artículos tenían pequeñas etiquetas escritas a mano, que decían «En exposición» o «En venta». El centro del anaquel, de donde colgaba un letrero que ponía «Zoo de mascotas», estaba repleto de diversos animales de peluche. Había un Winnie the Pooh sin pantalones, con una barriga abultada; y un Chester Cheetos con los pulgares alzados y un bocado que decía: «Tú eres Zeus, dios del cielo. Yo soy Cheetos, dios del aperitivo». También, contemplando a Reseng con la mirada perdida, se encontraban Tom y Jerry, Papá Pitufo y la pandilla completa de sus amiguitos pitufos, al igual que todos los Teletubbies con las manitas alzadas como si estuvieran a punto de ponerse a dirigir una clase de calistenia. Reseng se sorprendió a sí mismo preguntándose absurdamente: «¿De verdad pertenecen a un zoológico de mascotas?». En otra estantería, bajo un letrero que decía «El jardín», se exhibían cactus, zanahorias, melones y fresas de felpa. Había un par de máquinas de coser de la marca Brother colocadas frente a la ventana, y dos maniqués ataviados con suéteres y chalecos tejidos a mano parecían sostener una amigable conversación en uno de los rincones. Pero ni rastro de ninguna escalera que condujera a un ático.

—¿Qué te trae a nuestra tienda? ¿Quedaste en verte aquí con mi hermana? —preguntó Misa mientras lavaba unas frutas.

—Sí —dijo, sin pensarlo.

—¿Cuándo te dijo que llegaría?

—Pronto.

Había otro letrero que decía «Baño» por encima de una cortina que cubría un acceso. Reseng

fingió que echaba un vistazo y apartó la cortina. Al fondo de un pasillo de no más de cinco metros de longitud, había un baño. Caminó por el pasillo y abrió la puerta. Aparte de los agarradores de acero inoxidable a cada lado del inodoro y del lavabo bajo adaptado para sillas de ruedas, no había nada fuera de lo normal. Cerró la puerta y caminó de regreso. Pero justo antes de llegar al acceso que conducía de vuelta a la tienda, se detuvo ante un enorme armario empotrado. Extrañado de que alguien hubiera instalado un guardarropa allí, Reseng abrió la puerta y lo encontró lleno de prendas. Hizo la ropa a un lado y golpeó con los nudillos la pared de atrás. Sonaba como un barril de madera vacío. Pasó los dedos por el borde y, justo en la parte inferior, descubrió la manija de una puerta corredera. La abrió y apareció una empinada y estrecha escalera de madera. Reseng asomó la cabeza por la cortina y echó un vistazo a la tienda. Aún podía oír el sonido del agua, que caía en el fregadero.

—¿Te molesta si uso tu baño? —preguntó.

—¡Adelante! —respondió alegremente Misa.

Reseng se quitó los zapatos y los sostuvo en la mano mientras cerraba la puerta del guardarropa y subía por las escaleras. Estaba totalmente oscuro allí dentro. Deslizó la mano por la pared hasta encontrar un interruptor. Aparte de la falta de ventanas, no había nada extraordinario en aquella habitación. El suelo estaba cubierto de tatami japonés y los únicos muebles que había eran un escritorio bajo y un colchón. Sobre el escritorio había una lámpara y un ordenador portátil, y sobre el colchón, una manta y una almohada.

Reseng dio media vuelta para mirar la pared que tenía detrás. Se quedó paralizado. La pared estaba cubierta de cientos de fotografías de él. No solo fotografías, sino también radiografías, informes médicos, facturas de pedidos realizados en internet, copias de extractos bancarios, de su tarjeta de identificación y de su carnet de conducir, incluso fotocopias de sus recibos de suministros. Cada foto llevaba escritos la hora, el día y la fecha con rotulador permanente. Había tanta información sobre él que sintió que contemplaba toda su existencia, recortada y clavada en la pared.

Miró sus fotos. Aquellos que no lo conocían podrían haber pensado que eran imágenes de su vida cotidiana, pero lo cierto es que no había nada de cotidiano en ellas. Algunas habían sido tomadas justo antes de que Reseng cometiera un asesinato, y varias, justo después. Y no solo eso: el maletín negro Samsonite que Mito había fotografiado en primer plano era el mismo tipo de maletín que los planificadores usaban para enviarle los expedientes. El maletín también contenía armas, drogas o cualquier otro artículo necesario para completar su misión, y siempre se le devolvía al planificador tan pronto como finalizaba el trabajo. Mezcladas con las fotografías de Reseng también había imágenes de personas que él había eliminado.

—Después de todo, Mito sí es una planificadora —murmuró.

Miró la hora. Habían pasado cinco minutos desde que le había dicho a Misa que iba al baño. Usó su navaja suiza para extraer el disco duro del ordenador portátil, se lo guardó en el bolsillo y volvió a atornillar la carcasa del ordenador. Echó una última mirada a la habitación, apagó la luz y bajó con sigilo las escaleras. Cerró la puerta del guardarropa y echó un vistazo al interior de la tienda. Misa estaba sentada a la mesa, sobre la que había servido café y fruta, esperándolo. Se escabulló al baño, tiró de la cadena y se lavó las manos. Luego, cerró ruidosamente la puerta al salir.

—Debe de ser algo que comí. ¡Qué vergüenza que te dé diarrea justo después de conocer a alguien! —farfulló mientras se frotaba el estómago.

Misa rio y se tapó la boca. Él no pudo dejar de pensar que su sonrisa iluminaba toda la habitación.

—El café se ha enfriado. Sabe mejor caliente —dijo.

—Está bien así. Siempre me ha gustado templado.

Reseng le dio un sorbo. Estaba muy bueno, fuerte, con sabor y aroma intensos.

—Está delicioso. ¿Es keniano?

—Etiópe.

—Ah, se supone que uno debe ser capaz de adivinar el país de origen tan solo por el sabor, pero aún no soy lo bastante *chic*.

Misa rio de nuevo.

—Te ríes con todo lo que digo. —Reseng se puso serio—. ¿De verdad soy tan payaso?

Estaba confundida.

—¡Oh, no! Siempre he sido de risa fácil. No eres un payaso ni nada por el estilo. Solo me gusta reír.

—De hecho, sí soy un payaso. Todo el mundo me lo dice.

Misa se quedó mirándolo un rato, hasta que Reseng al final le preguntó:

—¿Qué sucede?

—¿Qué te gusta de mi hermana? —Su expresión se tornó seria.

Reseng miró el techo. ¿Qué le gustaba de ella? ¿Qué demonios se suponía que tenía que decir?

—Bueno, antes que nada, Mito es muy bonita y muy inteligente. Y sabe todo sobre mí. Me conoce tan bien que resulta sorprendente. Y siempre me dice qué tengo que hacer, incluso cuando ni siquiera yo sé lo que estoy haciendo.

Misa pareció satisfecha con la respuesta.

Justo en aquel momento, alguien irrumpió en la tienda, exclamando atolondradamente en voz alta:

—¡Oh, querida Miiiiisa! ¡Al final conseguí terminar el suéter extragrande!

Reseng alzó la cabeza y miró sorprendido: justo allí, entrando tan campante en la tienda, se encontraba ni más ni menos que la bibliotecaria bizca. La mujer se quedó inmóvil y también se quedó mirándolo.

—¡Este es Reseng! —Misa se comportaba como una niña pequeña impaciente por enseñar un nuevo premio—. ¡El novio de Mito! ¡Esta vez no se lo ha inventado!

La bibliotecaria asintió de forma casi imperceptible. Él se levantó de su asiento y la miró desafiante. Los ojos de la mujer se llenaron de miedo y apartó la mirada. La puerta volvió a abrirse y esta vez entró Mito. De inmediato notó a la bibliotecaria paralizada en su sitio, a Misa sonriendo y a Reseng de pie en medio de las dos con una expresión mortalmente seria. Parecía desconcertada, pero en absoluto asustada.

—¡Reseng! ¡Qué bien que ese precioso trasero tuyo sigue entero! —dijo, con una enorme sonrisa.

Reseng la miró atónito.

—Tú. Maldita. Loca.

Las palabras brotaron de su boca por voluntad propia. Misa respingó.

Durante un momento, los cuatro se quedaron como estaban. Nadie habló; nadie se movió.

Reseng no lograba atar cabos. La planificadora, la bibliotecaria, la dueña de una tienda de artículos para tejer: ¿qué demonios hacían juntas esas tres mujeres tan diferentes? Y, para colmo, en aquella tienda, vigiladas por Papá Pitufo, Winnie the Pooh y todos los Teletubbies. Se sentía como una madeja de lana que se ha desenrollado lentamente y luego se ha convertido en un nudo enmarañado. La bibliotecaria dejó escapar un suspiro de inquietud. Reseng no lograba sobreponerse. Aunque Mito lo hubiera sorprendido, no podía comprender qué hacía allí la bibliotecaria bizca, la misma mujer dócil que todo aquel tiempo había permanecido encerrada en la Biblioteca de los Perros. ¿Se habría pasado al bando de Mito o al de Hanja? No, no era así. Si lo pensaba bien, la bibliotecaria ya tejía sin parar desde que llegó a la biblioteca, cinco años atrás, lo que indicaba que estaba confabulada con Mito desde el comienzo.

Mito fue la primera en hablar.

—Vamos a charlar a otro sitio.

Era la voz con la que se tranquiliza a un niño enfadado.

—Prefiero hablar aquí. Misa y yo estábamos en medio de una conversación, es una tienda preciosa y, ya sabes, hay algo muy especial en este lugar —dijo Reseng, fingiendo que tejía con los dedos mientras alzaba la mirada en dirección al ático—. Además —añadió, sonriéndole a Misa—, nuestra querida Misa se ha tomado la molestia de servirnos café y fruta. Sería una pena marcharnos justo ahora.

—Es cierto —respondió Misa, haciendo un esfuerzo por modular la voz—. No entiendo lo que sucede, pero vosotros dos deberíais quedaros y resolver las cosas con una taza de café.

Mito caminó lentamente hasta la mesa, como si no tuviera otro remedio. La bibliotecaria se quedó donde estaba, pero no despegaba los ojos de Mito, que la tomó del brazo.

—Misa, ¿te importaría prepararnos un poco de café a nosotras? —preguntó su hermana, sonriente.

Tan pronto como se dirigió a la cocina para preparar más café, Mito se inclinó hacia Reseng y bufó:

—Mi hermana no tiene nada que ver en esto. Vamos a otro lugar.

—Todos somos parte de esto —respondió él con los ojos fijos en los de la bibliotecaria—. Porque todos estamos conectados por las más increíbles casualidades.

La bibliotecaria se giró para esquivar su mirada. Mito acercó el rostro a la oreja de su supuesto novio.

—Si te metes con mi hermana, estás muerto.

Él le devolvió la mirada a Mito, cuyo rostro estaba demasiado cerca del suyo, y luego se apartó y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Oh, no! ¡Qué miedo me dais! Pensé que erais como ese dueto que baila y canta, las Silver Bell Sisters, pero resulta que solo sois un par de matonas. Supongo que mejor debería llamaros el Escuadrón de Matonas Silver Bell.

Se quedó mirándolas. Misa se detuvo con una taza de café que acababa de alcanzar de la alacena y se giró para exclamar:

—¡Hermana, no has desayunado nada! ¿Quieres pan tostado?

—No, ya nos vamos.

—¡Yo sí quiero! —respondió alegremente él—. ¡Un delicioso pan tostado preparado por la señorita Misa!

Mito le dirigió una mirada asesina. La bibliotecaria debió de hacerle una especie de señal, porque Mito le guiñó un ojo, como diciéndole que no se preocupara. Minutos más tarde, la propietaria del negocio volvió a la mesa, llevando en una mano una bandeja con pan tostado y dos tazas de café, y manejando la silla con la otra.

—Reseng, tú trabajas en una biblioteca, ¿verdad? Sumin también trabaja en una —dijo, tratando valerosamente de romper la tensión.

—Sí, lo sé. Sumin. —Reseng clavó los ojos en la bibliotecaria mientras hablaba—. Solíamos trabajar en la misma biblioteca. En aquel entonces nuestros trabajos eran diferentes, pero ahora parece que hacemos lo mismo. Estoy encantado de verla aquí. Siempre hay mucho de lo que conversar cuando conoces a alguien que se dedica a lo mismo que tú.

La bibliotecaria miró tímidamente a Misa y asintió. Él agarró una tostada y le dio un enorme bocado.

—¡Bueno, vaya, está delicioso! Si algún día paso por aquí, ¿puedo venir a por más tostadas?

—¡Claro! —respondió Misa—. Ven cuando quieras.

Mito lo fulminó con la mirada. Un silencio incómodo invadió la mesa. Misa no dejaba de mirar a los demás. Parecía que quería cambiar de tema, pero no se le ocurría qué decir. La bibliotecaria seguía tan tensa como al principio. Mito, sentada enfrente de Reseng, tamborileaba con los dedos la superficie de la mesa. Después de un rato, habló:

—Cuando dos personas salen, es inevitable que se produzcan malentendidos. El hombre hace algo, pensando que no es gran cosa, y termina hiriendo los sentimientos de la mujer. O una sola palabra dicha con descuido puede herir el orgullo del hombre. Ese mensaje que te mandé no fue para cortar de una vez por todas. Solo quería decirte que necesitamos tomarnos un tiempo y pensar bien las cosas, y decidir qué queremos hacer en el futuro. Pero supongo que no has podido esperar y has decidido venir corriendo. Y a la tienda de mi hermana, encima. ¿No te da vergüenza?

Reseng se quedó mirándola. ¿De qué demonios estaba hablando?

—¿Qué? ¿Lo has dejado? —Misa miró a Reseng escandalizada.

Este meneó la cabeza. Mito siguió hablando.

—Pero ya que has venido hasta aquí, vamos a tomar algo. Si se ha producido algún malentendido, lo resolveremos. Y si hay cosas que necesites decir, te escucharé, o si hay algo que quieras preguntarme, puedes hacerlo.

—¿Malentendido? —La fulminó con la mirada.

—Tiene razón, Reseng —dijo Misa, apretándole el brazo—. Ve a tomar algo con ella y exprésale tus sentimientos.

Mito se puso de pie y cogió su bolso. La bibliotecaria se incorporó también.

—Quédate aquí —le dijo Mito—. ¿Para qué quieres interferir en una relación ajena?

—¡Sí, Sumin! Quédate y ayúdame a hacer muñecos de Pikachu. —Por algún motivo, aquella idea la entusiasmaba desmedidamente. La bibliotecaria volvió a tomar asiento, vacilante.

—¿Nos vamos? —le dijo Mito a Reseng.

Él se cruzó de brazos, echó para atrás la cabeza, soltó un profundo suspiro y se levantó. La bibliotecaria estaba encorvada sobre el sillón, con los ojos fijos en el suelo. El hombre la miró un instante antes de volverse hacia Misa y sonreír.

—Muchas gracias por el delicioso café y el riquísimo pan. Ah, y también por la fruta.

—Vuelve pronto, Reseng.

—Definitivamente, lo haré. Además, tengo que hablar con Sumin también.
Misa le sonrió radiante.

MITO LLEVÓ A Reseng a un lugar del mercado donde la especialidad era la sopa de morcilla y arroz. Parecía que era una cliente habitual. La propietaria la saludó por su nombre cuando entraron. Ella se dirigió a una mesa en la esquina y gritó su comanda.

—Tía, ¿nos puede traer dos raciones de tripa picante salteada con guarnición de hígado y morcilla, y dos botellas de soju?

La propietaria llevó dos botellas de soju, dos vasos y un pequeño cuenco de rodajas de cebolla marinadas en salsa de soja.

—¿Estáis bebiendo en pleno día? —preguntó.

—Este tipo dice que está enamorado de mí y no me deja en paz —respondió Mito, fingiendo arrogancia—. Así que he decidido hacerle el favor y venir a tomar algo con él, solo por esta vez.

La propietaria lo miró de arriba abajo.

—¿Un muchacho tan guapo rogando por una cita? Más vale que tengas cuidado, niña. No vengas luego llorando como la última vez.

Cuando la propietaria se marchó a la cocina, Mito llenó de soju dos tercios del vaso y se lo bebió todo de golpe. Luego tomó una rodaja de cebolla y la masticó ruidosamente.

—¿Te estás haciendo la dura para impresionarme? —preguntó Reseng.

—Siempre bebo así de rápido. No llevo una vida ociosa como tú. Tengo que trabajar, estudiar y amar, y como la vida es triste, tengo que beber. Pero no tengo todo el tiempo del mundo para emborracharme.

—Debes de estar muy ocupada. Porque, además de todo eso, tienes gente a la que asesinar.

Mito soltó una risilla.

—Vayamos al grano. ¿Por qué pusiste una bomba en mi inodoro? Esa es la parte que no comprendo.

—Te diré lo que opino de tu vida. Parece que no te importe una mierda.

Lo dijo a la ligera. Masticó otra rodaja de cebolla y luego llenó cada vaso de soju hasta la mitad.

—¿Estás tratando de vengar a tus padres muertos? —le preguntó Reseng—. ¿Estás tan llena de odio que iniciarás una matanza para eliminar a cualquiera que esté involucrado en el mundo de las conspiraciones?

Mito lo miró fijamente, sin decir palabra; luego, soltó una carcajada.

—¿Ves? ¿No te lo he dicho? No piensas. Sácate del culo ese cerebro del tamaño de un guisante y trata de pensar las cosas desde otro ángulo por una sola vez. Piensa en cosas grandes. Como la paz mundial o el futuro de la humanidad.

Reseng se preguntaba qué la hacía tan engreída. Uno de sus objetivos la había descubierto en plena conspiración. Y nada menos que un asesino profesional. Era pequeña, tal vez midiera un metro sesenta, y no podía pesar más de cincuenta kilos: claramente, no era rival para él. Podría terminar muerta en cualquier momento del trayecto de ese restaurante a su casa. Pero parecía perfectamente serena. Y no era una falsa serenidad. ¿De dónde provenía aquella confianza infundada?

—Me parece que ahora mismo deberías estar bastante nerviosa —le dijo.

—¿Por qué? ¿Vas a sacar un cuchillo y atacarme? —Mito se rio de nuevo. Reírse cuando alguien les hablaba parecía un rasgo genético que ambas hermanas compartían.

—¿Y si lo hago?

—No eres de los que apuñalan mujeres hasta la muerte.

—¿Crees que lo sabes todo de mí porque tienes unas cuantas fotos mías pegadas en la pared?

—La joven que Chu dejó con vida, esa bella y patética mujer que no pesaba más de treinta kilos. Te dimos instrucciones clarísimas de romperle el cuello, pero en vez de eso, le diste píldoras. Nunca entenderé por qué los asesinos se creen más inteligentes que los planificadores. Si un científico forense te pide específicamente que no le des píldoras a alguien, sino que le rompas el cuello, puedes apostar que tiene un buen motivo para hacerlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy la que puso el frasco con barbitúricos en tu maletín. Regresó vacío.

—Entonces, ¿por qué lo colocaste ahí, si se suponía que no debía usarlo? —preguntó con el rostro demudado.

Mito lo miró a los ojos y respondió:

—Quería ver qué decisión tomabas.

Bebió un sorbo de soju. Tenía las manos ásperas y callosas; seguro que Jeongan estaba en lo cierto sobre los trabajos que había desempeñado en el mercado. Reseng alzó el vaso y lo vació de un trago. Mito sonrió débilmente.

—Supongo que no me vas a matar hoy. Nunca bebes cuando vas a cometer un asesinato.

—¿Eres mi planificadora?

—No, el doctor Kang lo era. Yo solo era su asistente.

—Yo pensaba que el doctor Kang era el planificador de Hanja.

—Últimamente, no hay mucha diferencia entre Hanja y Viejo Mapache. Puede parecer que se llevan como el perro y el gato, pero la verdad es que se necesitan el uno al otro. Son como el cocodrilo y el pluvial que le limpia los dientes. Si uno comete un gran asesinato, el otro picotea los huesos. Pero una vez que pasen estas elecciones, Hanja se deshará de Viejo Mapache. Luego, te matará a ti también.

La propietaria salió de la cocina con un plato de tripa. Esa vez se tomó su tiempo para inspeccionar a Reseng.

—¡Vaya, sí que eres un muchacho guapo y fuerte! ¡Come! —Colocó una botella de sidra Chilsung sobre la mesa—. La casa invita —dijo—. Nuestra Mito a veces actúa como un asno en celo, pero una vez que la conoces, es una buena chica con un corazón enorme. Sufrió mucho de pequeña, así que cuídala bien.

Reseng asintió tímidamente.

—Tía —gruñó Mito—, ya te dije que es él quien va detrás de mí.

—¿Quién va a ir detrás de ti, loca de remate? —La mujer le propinó un coscorrón en la cabeza. Hizo una reverencia ante Reseng, que se levantó de la silla como un autómata para devolverle el gesto. Mientras la mujer se daba la vuelta para marcharse, Mito cogió un enorme pedazo de tripa con los palillos y se lo metió entero en la boca.

—Pruébala, está deliciosa. No dejes que sus palabras te confundan, es una gran cocinera.

Mito le acercó la bandeja con la comida. Parecía como si alguien hubiera cortado una manguera y la hubiera bañado apresuradamente en salsa picante. La bandeja despedía el

inconfundible olor de las tripas. Reseng frunció el ceño mientras los palillos de Mito no se estaban quietos ni un segundo.

—Cuando como tripa aquí —decía, con la boca llena—, no puedo evitar pensar en los intestinos de Dios. Los intestinos de un Dios que los seres humanos nunca han visto y que no logran imaginarse. Las cosas sucias, apestosas y asquerosas que se esconden dentro de lo santo, lo sagrado y lo divino. La vergüenza que se oculta en la gracia. La fealdad que se camufla en la belleza. La compleja red de mentiras enmascarada detrás de lo que pensamos que es la verdad. Y aun así los seres humanos siempre tratan de negar que todo ser vivo posee intestinos.

—Vuelve a la realidad —dijo Reseng—. Solo son tripas de cerdo.

—Los órganos que más se parecen a los de los humanos son los del cerdo, y como la Biblia dice que los seres humanos fueron creados a imagen y semejanza de Dios, entonces estos intestinos deben de parecerse a los de Dios.

Mito sopló sobre un pedazo de los intestinos de Dios para enfriarlo antes de metérselo a la boca.

—¿Mataste al doctor Kang?

—Tal vez —respondió ella cansinamente.

—¿Tú sola?

—¿Cuánta gente se necesita para deshacerse de un gordo? No es tan difícil.

Mito tragó el trozo de tripa que había estado masticando y bebió un sorbo de soju.

—Eres más fuerte de lo que pareces; el hombre pesaba cerca de cien kilos.

—Hace más de cinco mil años que se inventaron las grúas, y la rueda se inventó hace seis mil.

Reseng encendió un cigarrillo.

—Colocaste a una espía, Sumin, en la biblioteca de Viejo Mapache. Mataste al doctor Kang, el planificador de Hanja, e hiciste que pareciera un suicidio. Pusiste una bomba en mi inodoro... —murmuró Reseng en voz baja, y luego añadió—: ¿En qué coño estabas pensando? ¿Les estás declarando la guerra a todos los contratistas?

—Tal vez sí —respondió ella inocentemente, como si estuviera hablando de alguien más.

—¿Una guerra contra Hanja? ¿O contra Viejo Mapache?

—Contra ambos.

Reseng la miró incrédulo. Aún tenía aquella expresión de inocencia en el rostro. Le sonrió con frialdad.

—¿Una chica como tú va a pelear contra esos monstruos? Tienes que estar bromeando.

Mito dejó sus palillos y se limpió la boca con una servilleta.

—¿Qué quieres decir con «una chica como tú» y qué tiene de divertido? —dijo furiosa.

—Hanja y Viejo Mapache no caerán en ninguno de tus trucos, como el doctor Kang. Ellos no van a dejar que los arrojes desde un edificio. Tú crees conocer este negocio solo porque ayudaste a un planificador en un par de ocasiones. Pero no eres rival para alguien como Hanja. Te incinerarán antes de que puedas empezar. Detente antes de que las cosas lleguen demasiado lejos. De hecho, si lo dejas ahora, me quedaré callado y no diré nada de tus juegucitos. Por el bien de la dulce y linda Misa. Y como premio, te perdonaré por la bomba que pusiste en mi inodoro.

—Demasiado tarde. Y yo conozco a Hanja y a Viejo Mapache tan bien como tú.

Reseng le dio una calada a su cigarrillo y exhaló el humo lentamente.

—¿Sabes cuánto tiempo he necesitado para encontrarte? Menos de una semana. Hanja lo hará

mucho más rápido. Y entonces todos y cada uno de los rufianes del mercado de carnes vendrán a por ti con los cuchillos desenvainados. Obviamente, el taller de punto de Misa no estará a salvo. Así que estás advertida: esos tipos no serán tan amables como yo.

—Tú no me encuentras. Yo hice que vinieras.

Reseng arqueó las cejas y la miró; ella le devolvió la mirada. Parecía muy seria, llena de determinación. Él apagó la colilla, llenó un tercio del vaso de soju y se lo bebió de golpe. Con el estómago vacío, el soju le supo amargo y caliente. Hizo una mueca y Mito golpeó con suavidad el plato de tripa con el dedo índice. Reseng la miró durante un segundo antes de probarlo. Nunca había comido tripa. Tal y como ella había dicho, sabía mejor de lo que parecía. Tomó otro sorbo de soju.

—Eres una mujer divertida.

—Gracias. Lo tomaré como un cumplido. Tú eres un tipo divertido.

—Pero ¿por qué yo? Tenías mucho entre lo que elegir en el mercado de carnes.

—Pero tú eres adorable.

Lo miró con la misma expresión de inocencia de antes. Él le devolvió una mirada cargada de suprema indignación. Pero a Mito no pareció importarle lo más mínimo, pues bebió otro sorbo de soju y se llevó otro trozo de tripa a la boca. Para fastidio de Reseng, ella se puso a mascar lenta y metódicamente hasta que al fin tragó el pedazo y pudo hablar de nuevo.

—Necesito a alguien que pueda estar entre Viejo Mapache y Hanja, alguien que los lleve al límite, que les dé una sacudida y los empuje hacia adelante. Tú eres perfecto, porque eres hijo de Viejo Mapache y hermano de Hanja.

—¡No soy hijo de Viejo Mapache! Y, definitivamente, no soy hermano de Hanja —gritó Reseng, sin poder evitarlo. La propietaria dejó de picar cebolletas y lo miró. Avergonzado, encendió otro cigarrillo. Mito rio, sacudió la cabeza y tomó otro sorbo de soju y otro bocado de tripa.

—¿No vas a comer? Debemos terminarnos toda la carne para que la tía pueda prepararnos arroz frito con el jugo que sobre.

Reseng la miró. ¿Cómo podía estar hablando de arroz frito en un momento como aquel? De verdad, ¿de qué planeta provenía? Mientras la miraba hablar con la boca llena de intestinos de cerdo, le dieron ganas de propinarle un puñetazo.

—¿Y qué te hace pensar que te ayudaré?

—Que no podrás sobrevivir a esto sin mí. He preparado la más maravillosa de las conspiraciones solo para ti.

—Bueno, ¿qué te parece? Últimamente vivo rodeado de personas que dicen que no puedo sobrevivir sin ellas.

—Los planificadores hacemos una lista previa, un registro con información sobre la gente que tiene grandes probabilidades de convertirse en blanco; de esta manera, podemos movernos muy rápido una vez que se ha fijado la fecha del asesinato. Y tú estás en ella.

—¿Hanja me puso en esa lista?

—Tal vez. Aunque fácilmente podría haberlo hecho alguien más.

Reseng le dio una profunda calada a su cigarrillo y luego exhaló el humo muy despacio.

—Menos mal que solo estoy en la lista previa —dijo—. Pero incluso aunque estuviera en la principal, no pienso esconderme debajo de las faldas de una chica y rogar por mi vida.

Mito sonrió burlonamente.

—¿Por qué, porque eres un hombre? Tu problema es ese maldito cromosoma Y que tienes. Las mujeres poseemos dos encantadores y flexibles cromosomas X que se equilibran mutuamente, pero para lo único que sirve tu estúpido cromosoma Y es para que se te levante y pierdas los estribos.

—Ya me apañaré yo con mi vida, tú preocúpate por ti misma. Por lo que veo, no durarás mucho. Por no hablar de tu hermanita Misa, en esa silla de ruedas. ¿Cómo va a huir en esa cosa?

Ella le echó una mirada.

—No te atrevas a bromear sobre mi hermana con esa asquerosa boca tuya.

Sus ojos eran como dagas. De pronto, Reseng recordó la alegre e inocente sonrisa de Misa mientras se reía de sus bromas y le tocaba el hombro. Alzó las manos para indicar que lo sentía. Mito tomó su vaso y se bebió el resto del soju.

—¿Por qué estás tan obsesionada con Hanja y Viejo Mapache? ¿Es una venganza por tus padres? ¿O por las piernas de Misa...? —Reseng se calló antes de llegar a más.

—Al principio sí empecé esto por ellos. —Mito llenó su vaso—. Pero no sé quién mató a mis padres y ya no me importa quién haya estado detrás. No busco una venganza personal contra los canallas que paralizaron a mi hermana. Es probable que ya estén muertos, asesinados por gente como nosotros. Gente que mata a otros seres humanos y luego vuelve a casa para atiborrarse de comida en la cena, darse un baño caliente, meterse en la cama y dormir pacíficamente, como si las cosas que han hecho no significaran nada. Gente horrible, sucia y asquerosa como nosotros. Cobardes, los más débiles de entre los débiles, los que dicen: «No tenemos alternativa porque el mundo es así, la vida es muy dura y no tenemos poder».

Bebió un sorbo de soju.

—¿Así que piensas cambiar el mundo deshaciéndote de todos los sicarios?

Mito clavó la vista en su vaso y no respondió.

—¿Matar a Hanja y a Viejo Mapache cambiará el mundo? —prosiguió Reseng—. Solo es una silla vacía girando en círculos. En el momento en que la silla esté vacía, alguien más correrá a sentarse en ella. Matarlos no supondrá ninguna diferencia.

—Tienes razón, deshacerme de unos cuantos sicarios miserables no cambiará nada. Por eso planeo deshacerme de la silla, para que nadie vuelva a sentarse en ella.

Se quedó mirándola. Su rostro permaneció impasible.

—Creí que eras una muchacha lista, pero en realidad solo eres una perra loca.

—¿Creíste que era una perra cuerda? ¿Cómo podría hacer este trabajo estando cuerda?

—¿Planeas tomarte la justicia por tu mano? Ni siquiera las películas de ahora son tan inverosímiles.

—¿Sabes por qué el mundo es así? ¿Por culpa de villanos como Viejo Mapache y Hanja? ¿Por culpa de los que mueven los hilos y les hacen encargos? No. Un puñado de villanos no tiene influencia en el mundo. El mundo es así porque somos demasiado sumisos. Por culpa de gente como tú, que se deja vencer por la apatía, que cree que no hay nada que podamos hacer para cambiar las cosas. Para ti es una silla vacía que da vueltas en círculos. ¿Crees que eso te hace parecer genial? Por culpa de gente como tú el mundo es como es, tú, que obedeces todo lo que Hanja o Viejo Mapache te ordenan que hagas sin decir ni pío, te preocupas solo por tener comida en el plato, te quejas cuando te emborrachas y crees saberlo todo. Eres peor que Hanja. Y

mientras lo ayudas a convertirse en un villano infame, tratas de convencerte a ti mismo de que eres mejor que él. Cometes todos los pecados imaginables y luego dices que no tuviste otra opción. Pero Hanja es mejor que tú porque él, al menos, está dispuesto a cargar con la culpa.

—La brillante señorita Mito ha creado un fantástico plan para salvar el mundo, pero ¿por qué necesita a un idiota como yo para llevarlo a cabo?

Ella lo miró sin responder.

—Si quieres conocer mi respuesta —prosiguió—, es no. No me importa lo que estés pensando ni qué conspiración se te haya ocurrido. Viviré mi horrible, cobarde y asquerosa vida, como bien acabas de decir, hasta el día en que alguien me clave un cuchillo y caiga muerto. Pero no me importa, porque he vivido como un gusano y moriré como un gusano.

Reseng se puso de pie. Dirigió las siguientes palabras a la coronilla de la chica.

—Si vuelves a molestarme, te mataré. Este es mi último aviso.

Ella alzó la cabeza y lo miró con su acostumbrada arrogancia.

—Mejor vete y cómprate un Hot Break —le dijo—. Vas a necesitar energía.

Dicho esto, bebió un trago de soju y comió otro trozo de tripa. La propietaria los miraba con una expresión de desaliento grabada en el rostro. Reseng contempló a Mito unos segundos más y luego caminó hasta la caja registradora.

—¿Cuánto le debo? —preguntó.

—Dieciocho mil.

Sacó dos billetes de diez mil wons de su cartera y se los entregó a la propietaria. La mujer parecía triste cuando le devolvió su cambio.

—Sé que es de trato difícil, pero, por favor, dale otra oportunidad...

—Gracias por la comida —dijo Reseng, y se marchó.

No estaba seguro de si era a causa de haber bebido tan temprano, pero el sol que caía sobre el mercado hizo que se sintiera mareado.

SAPO COME SAPO

EL CUERPO DE Jeongan llegó a la biblioteca durante el fin de semana. No fue Hanja, sino el abogado de Hanja quien bajó del coche. Dos hombres vestidos de negro sacaron el cuerpo de Jeongan del maletero del coche, donde lo habían metido sin cuidado, y lo llevaron hasta el despacho de Viejo Mapache. El abogado de Hanja los seguía. Cuando los hombres se retiraron, saludó al viejo doblando la cintura noventa grados a modo de reverencia.

—Nos apena tanto como a usted —dijo el visitante—. Jeongan cruzó una línea que no debía traspasar. Debimos haberlo consultado con usted primero, por supuesto, pero la situación era urgente...

Viejo Mapache abrió la cremallera de la bolsa para cadáveres lo suficiente para identificar a Jeongan, cuyo rostro azulado parecía congelado en una expresión de terror.

—Una línea que no debía traspasar, ¿eh? —dijo, con un tono calmado y cansino, como si estuviera reprendiendo a un niño—. Tal vez me estoy volviendo senil, pero hoy en día, cuando la gente joven se anda por las ramas, ya no logro comprender lo que dicen. Dígamelo claramente, señor fiscal. ¿Qué línea cruzó?

El abogado de Hanja había comenzado su carrera como fiscal del Estado. La gente aún se dirigía a él empleando su antiguo cargo, aunque ya no se dedicara a nada de eso.

—Jeongan tenía una lista con los nombres y las ubicaciones de nuestros planificadores: por lo menos, de cinco de ellos. Creemos que estaba planeando hacer un trato con otra compañía. Como usted sabe, ese tipo de información es extremadamente delicada, así que tuvimos... —Su voz se fue apagando.

—¿Con qué compañía?

—Unos sujetos de China. Iban a pagarle tres mil millones de won.

Viejo Mapache frunció el ceño.

—¿Y esperan que me crea eso? ¿Cómo es posible que Jeongan tuviera una lista de sus planificadores si ni siquiera yo sé quiénes son? Estoy seguro de que ustedes no almacenan información clasificada como esa entre las páginas del listín telefónico.

El abogado titubeó antes de responder.

—Aún no conocemos todos los detalles de cómo la consiguió. Cuando los tengamos, el jefe vendrá en persona a verlo para proporcionarle un informe completo.

Descorrió por completo el cierre de la bolsa para cadáveres. El cuerpo de Jeongan tenía siete cuchilladas en la garganta, el pecho y el vientre.

—¿Hanja ordenó esto?

—Ahora mismo el jefe se encuentra en el extranjero.

—Entonces, ¿quién fue?

—Yo di la orden de que lo sometieran y lo trajeran, pero Jeongan no es una persona fácil de atrapar. Supongo que nuestro empleado metió la pata.

—Metió la pata...

El abogado miró furtivamente el rostro del hombre y dijo:

—Se le sancionará con firmeza a causa de ello.

Viejo Mapache lo miró despectivamente.

—¿«Con firmeza»? ¿O sea, que van a matarlo?

El abogado se cubrió la boca con el puño y fingió toser mientras una expresión de vergüenza le invadía el rostro.

—¿O desde el principio su plan era arrebatarme mi caballo a cambio de su peón? —preguntó Viejo Mapache.

Reseng rechinó los dientes ante la mención del ajedrez. El abogado aún tenía el puño en la boca y la misma expresión incómoda en el rostro.

—En tan solo dos meses hemos perdido a tres de nuestros planificadores —dijo cortés—. No sabemos con exactitud si Jeongan tenía algo que ver en ello, pero esta es una época muy delicada para nosotros. Y es temporada de elecciones. Confiamos en que pueda entender nuestra postura.

El viejo ladeó la cabeza ante la mención de los tres planificadores muertos. Se remangó la camisa y examinó con las manos desnudas las marcas de puñaladas en el cuerpo de Jeongan. El depredador había abatido a su presa con lentitud, comenzando por la parte superior del torso y avanzando hacia el centro mientras el objetivo perdía fuerzas. Tanto a Entrenador como a Chu los habían asesinado de la misma manera.

—¿El Barbero? —dijo Viejo Mapache.

—No, señor. Fue un joven sicario. Exyacuza...

El abogado era rápido a la hora de mentir. El anciano resopló. Palpó el sitio en donde el cuchillo había perforado el corazón de Jeongan, casi con toda seguridad la herida mortal.

—Qué impresionante habilidad con el cuchillo para ser tan joven. ¿Cómo se llama?

El abogado vaciló; era obvio que trataba de inventarse un nombre sobre la marcha.

—Se hace llamar Dalja.

—¿Qué edad tiene?

—Veinticinco.

—Muy joven. Está bien, tráiganme su cadáver y quedamos en paz. No podemos dejarle creer que puede atentar contra la biblioteca y salirse con la suya. Se le subiría a la cabeza.

Reseng miró asombrado a Viejo Mapache, pero la expresión de este no cambió. El abogado meditó al respecto y asintió.

—Es un trato. Una vez que nos hayamos encargado, redactaré un informe de la situación y haré que se lo entreguen.

—¡No necesito ningún puto informe! —gritó súbitamente—. ¿Qué cree que es esto? ¿El Gobierno?

—Discúlpeme. —El abogado bajó la cabeza.

—Puede retirarse. Nosotros nos ocuparemos del cadáver de Jeongan.

El abogado hizo otra reverencia de noventa grados antes de salir.

Cuando se marchó, Viejo Mapache se permitió por fin expresar su dolor. Su cuerpo, normalmente rígido como una baqueta, pareció derrumbarse sobre sí mismo. Apoyó las manos sobre la mesa y miró el rostro de Jeongan durante largo rato antes de posar la palma sobre la frente del joven.

Con los ojos aún puestos en él, le preguntó a Reseng:

—¿Cómo consiguió la lista de los planificadores de Hanja?

—No tengo ni idea.

—¿Alguna conjetura?

—Ninguna.

Jeongan debió de toparse con ella cuando encontró la guarida del doctor Kang. Pero ¿era probable que los planificadores hubieran dejado tirada por ahí una lista de nombres y direcciones para que cualquiera pudiera encontrarla? Ni en broma. Seguro que Mito había plantado un señuelo en la ruta de Jeongan. Y él había picado como un idiota. ¿Realmente había creído que podía vender una lista de planificadores sin que lo pescaran? Era una misión imposible.

—¿Qué demonios está pasando? —dijo Viejo Mapache.

—Si tú no lo sabes, yo tampoco —respondió Reseng.

—¿Jeongan estaba recibiendo órdenes de alguien más?

—Estaba rastreando los componentes de una bomba, pero no tenía nada que ver con los planificadores.

—Tres planificadores han muerto, han liquidado a Jeongan, todo el mundo anda con la espada desenvainada como si el fin del mundo estuviera a punto de desatarse, ¿y yo no sé nada? —gritó Viejo Mapache, con los ojos enrojecidos.

—¿Por eso estás furioso?

—¿Qué? —Lo miró enojado.

—No estás furioso por Jeongan. Tu orgullo está herido porque no estás al tanto de las cosas, ¿no es así? ¡Jeongan está muerto! ¿No lo ves? —Reseng sujetó la cabeza del rastreador entre las manos y la giró para que el viejo la viera—. ¿A quién le importa tu orgullo? Estar informado no le devolverá la vida a Jeongan, así que, ¿qué más da que supieras o no lo que estaba pasando? Es obvio que el Barbero lo mató, pero tú quieres solucionarlo haciendo que maten a otro tipo. ¿Qué clase de justicia es esa? Supongo que todos somos iguales para ti; solo somos piezas en tu tablero de ajedrez, ¿por qué debería afectarte perder un caballo, una torre o lo que sea? Mientras tú sigas jugando, todos moriremos de todas formas.

Las manos de Viejo Mapache temblaban. De los ojos de Reseng brotaban lágrimas.

—Llévalo abajo, al sótano —dijo dulcemente Viejo Mapache—. Necesitamos lavar y preparar el cuerpo.

—¿DE VERDAD ES Jeongan? —Oso parecía conmocionado.

Reseng guardó silencio.

—¡Pobre Jeongan! ¡Pobrecito Jeongan! ¡Tan joven! Incineraré a tu padre y ahora te voy a incinerar a ti. ¿Adónde ha ido a parar el mundo?

Oso acarició la mejilla de su amigo dentro de la bolsa para cadáveres. Reseng encendió un cigarrillo. Viejo Mapache se había quedado en el coche. Oso se tiró al suelo y lloró durante largo

rato antes de volverse a poner de pie. Se sacudió los pantalones y miró a su alrededor por pura costumbre, y luego se dirigió al coche y golpeó con suavidad la ventanilla trasera. Viejo Mapache la bajó un poco.

Oso se limpió los ojos con el dorso de la mano y dijo:

—¿Empezamos, señor Mapache? El sol ya no tardará mucho en salir.

El viejo asintió. Oso sacó la carretilla del cobertizo y le hizo un gesto a Reseng, que arrojó la colilla y se acercó al maletero. Juntos colocaron el cuerpo de Jeongan sobre ella. Debía de ser verdad eso que decían acerca de que los muertos pesan más que los vivos: Jeongan pesaba una tonelada.

Oso detuvo la carretilla enfrente del incinerador y extendió una esterilla. Puso una pequeña mesa encima y colocó sobre esta una vela, incienso, una botella de vino de arroz y tazas para el vino. Reseng se hizo a un lado y observó. Oso encendió el incienso, revisó que no hiciera falta nada y luego caminó de vuelta hasta el coche del viejo.

—Señor Mapache, todo está listo.

El hombre miraba fijamente por la ventana, sin decir nada.

Diez segundos después, Oso dijo:

—Muy bien. Creo que empezaremos sin usted.

Viejo Mapache asintió casi imperceptiblemente. El otro hizo una reverencia y regresó a la esterilla.

Encendió otra varilla de incienso, sirvió vino en la taza, la alzó en un gesto de ofrenda antes de beberla y luego se inclinó dos veces. Miró de reojo a Reseng, que se puso de pie, encendió más incienso y tomó una taza. Oso se la llenó. Él la alzó en un gesto de ofrenda y también se inclinó dos veces. Luego se quedó quieto, como si estuviera en trance, hasta que Oso le tocó un hombro y retiró la mesa y la esterilla. El sicario seguía aturdido, así que Oso colocó a Jeongan sobre la plancha él solo. Antes de cerrar la puerta del incinerador, miró una vez más a Reseng, que seguía ausente. Deslizó a Jeongan dentro del horno y cerró la puerta.

Las llamas se levantaron y Oso llenó una botella de soju y se sentó junto a Reseng. Tomó un trago y se lo ofreció. El otro también bebió un trago y le devolvió la bebida. Oso contempló el incinerador en silencio, botella en mano.

Jeongan la Sombra estaba muerto. Jeongan, que había prometido vivir una vida que nadie recordaría, que había jurado volverse ligero e impreciso como el vapor y vivir sin amor, ni odio, ni traición, ni dolor, ni memoria; dejar de ser una presencia, como el aire mismo, estaba muerto. ¿Por qué lo habían asesinado? De haberle permitido vivir nadie habría notado la diferencia. Reseng se imaginó a un hombre sin sombra de pie en la cima de una montaña en medio del desierto, con el sol cayendo a plomo, y pensó: «¿Cómo se supone que viviré sin una sombra ahora?».

Si no hubiera llamado a Jeongan, probablemente Reseng habría sido el siguiente en morir. No se habría molestado en hablarle si Jeongan hubiera tenido otro trabajo. Su amigo no tenía nada que ver con aquel asunto de la bomba hasta que Reseng lo involucró en él. Tendría que haberlo resuelto solo. Pero en lugar de hacerlo, lo había llamado, y Jeongan estaba muerto. Se había convertido en una sombra, igual que su padre, y en aquel momento lo estaban incinerando en el horno de Oso, también como a su padre. Reseng imaginó que la sangre y los huesos de Jeongan se convertían en humo y cenizas entre las llamas ardientes del incinerador de Oso. Una vez que el

viento dispersara sus cenizas, lo olvidarían justo como él siempre había deseado.

Salió el sol. Oso miró su reloj, luego salió a comprobar si alguien subía por la montaña. Abrió la puerta del horno y, empleando un largo gancho metálico, sacó la plancha antes de que el calor se disipara por completo. Recién salidos de las llamas, los huesos blancos de Jeongan se veían frágiles, listos para desmoronarse en cualquier instante. Oso pescó los huesos con un par de tenazas baratas, de esas que venden en cualquier ferretería. Miró su reloj de nuevo y se asomó por la colina. Luego colocó los restos de Jeongan en el mortero de hierro y se puso a trabajar, claramente nervioso ante la posibilidad de que sus clientes se presentaran de improviso.

Se detuvo después de menos de cinco minutos y rápidamente trasladó las cenizas a una urna de arce y la envolvió en un paño. Parecía acongojado cuando le entregó la urna a Reseng.

—Deberíais haber venido más temprano. Me habría gustado hacer mi trabajo mejor, pero no queda tiempo.

Reseng tomó la urna y le entregó un sobre a cambio.

—Está bien —dijo Reseng secamente—. Moler sus huesos más fino no hace que los muertos vuelvan a la vida.

Los ojos de Oso se enrojecieron mientras cogía el sobre.

—Ese Jeongan era un buen chico —dijo entre lágrimas.

—Gracias por tu ayuda. Nos vemos luego.

Reseng colocó la urna en el asiento del copiloto y encendió el motor. Oso se dirigió hacia la ventanilla trasera para despedirse de Viejo Mapache.

—Adiós, señor Mapache. Y buena suerte.

Este lo miró durante un segundo y asintió.

DE VUELTA A Seúl, Reseng aparcó el coche en la cima de una colina. En silencio, Viejo Mapache lo vio coger la urna de Jeongan del asiento del copiloto.

—Ahora vuelvo —le dijo sin mirarlo.

El corto sendero terminaba en un barranco. El viento soplaba con fuerza; era un buen sitio para dispersar las cenizas. Reseng se puso un par de guantes blancos, abrió la urna y tomó un puñado. Cuando abrió la mano, una ráfaga de aire que ascendía por una de las caras del barranco atrapó las cenizas y las lanzó al cielo. De pronto, Reseng recordó un chiste tonto que Jeongan le había contado alguna vez.

«—Me pregunto si mi habilidad para que no me recuerden podría ser hereditaria. Como un gen de oscuridad que heredé de mi padre, grabado en mi ADN. Tal vez por eso mi madre nunca se sintió triste por abandonarlo. Si no se recuerda a alguien, no hay razón para entristecerse. Es un gen bastante genial, ¿verdad?

»—¿Qué tiene de genial esa estúpida clase de ADN? —le había preguntado Reseng.

»Jeongan había soltado una carcajada y había dicho:

»—Que puedo estafar a alguien a quien ya había estafado antes; o ligarme a una chica con la que ya había roto y luego dejarla otra vez sin sentirme culpable. Porque, de cualquier manera, no lograrán recordar mi cara.»

A LA MAÑANA siguiente de haber dispersado las cenizas de Jeongan, Reseng tomó un largo baño caliente. Después abrió su armario y miró su ropa durante un largo rato antes de seleccionar

una camisa blanca, una cazadora de cuero negra y unos tejanos. Mientras se hidrataba la piel y se peinaba el cabello hacia atrás, pensó cuánto tiempo hacía que no disfrutaba de una mañana tan tranquila. La ansiedad que de costumbre lo atormentaba había desaparecido momentáneamente. Se miró en el espejo y sonrió.

—Qué guapo eres, tío —le dijo a su reflejo.

Abrió un cajón. Dentro estaba el Henckels de Chu y había una pistola PB/6P9 rusa con silenciador. Tocó la empuñadura del arma con un dedo. Tras echar un vistazo por la ventana, cogió el cuchillo y dejó la pistola.

El primer lugar al que se dirigió fue al mercado de carnes. Un viejo excéntrico llamado Heesu trabajaba allí. La gente llamaba al viejo Heesu «el rey del mercado de carnes». Todo el que trabajaba allí debía pagarle una cuota mensual. Traficantes de drogas, pandilleros, traficantes de órganos, estafadores, agencias de asesinos a sueldo, compradores de objetos robados, chulos, nadie quedaba exento. Incluso Hanja y Viejo Mapache pagaban al viejo Heesu para poder hacer negocios en el mercado de carnes. Sin embargo, los honorarios del viejo no ascendían a más de cincuenta mil wonns mensuales. Nunca aceptaba un incremento solo porque alguien ganara más y nunca perdonaba a nadie solo porque ganara menos. Mientras pagaran, no le interesaba lo que hicieran. ¿Qué sentido tenía cobrar solo cincuenta mil? ¿Usaba aquel dinero para cambiar las bombillas fundidas del mercado? Nadie lo sabía.

Cuando Reseng abrió la puerta de la tienda del viejo Heesu, dos hombres —uno de alrededor de cincuenta años de edad, con el rostro arrugado, y otro de veintitantos que parecía un adolescente— destripaban una vaca. El hombre con el rostro infantil sostenía un amasijo de entrañas encima de un cubo rojo, mientras que el viejo cortaba el hígado y los pulmones del animal con un pequeño cuchillo curvado. Cada órgano iba a parar a un cubo distinto. Cuando Reseng se paró frente a uno de ellos, el viejo se detuvo para mirarlo.

—He venido a ver al señor Heesu —dijo cortésmente.

—¿Quién eres tú?

—Vengo de la Biblioteca de los Perros.

El viejo lo miró de arriba abajo y se giró hacia el hombre más joven.

—Deja eso y ve a decirle al señor Heesu que tiene una visita. De la biblioteca.

El joven colocó las entrañas en el cubo y entró apresuradamente. El viejo se quitó los guantes de goma, tomó asiento en un banco y luego se sirvió una cucharada de sopa de arroz seguida de un trago de soju. El cubo de intestinos despedía un rancio olor a sangre. Aquel hedor lo impregnaba todo, pero el hombre seguía sorbiendo la sopa, como si no le molestara en absoluto. Después de un rato, el chico de rostro infantil regresó.

—Dice que pase.

El viejo Heesu estaba sentado ante una mesa baja, leyendo un periódico. Junto a una taza de café negro, una botella a medias de soju, un platillo con aceite de sésamo y un cenicero con un único cigarrillo, se podía ver un hígado crudo que tenía el aspecto de haberle sido arrancado a una vaca hacía unos instantes, y un pequeño cuchillo. Reseng hizo una reverencia.

—Mucho tiempo sin verte. ¿Todo bien con Viejo Mapache? —preguntó el viejo Heesu, bajando su periódico.

—Sí, señor.

—Por lo que he oído por ahí, las cosas no están siendo demasiado pacíficas para él.

—Y por lo que yo veo —dijo Reseng—, suele estar en paz casi siempre. O puede que últimamente haya perdido el interés en estarlo.

—¿Ah, sí? Bueno, la mayor parte de los rumores que planean sobre el mercado de carnes son patrañas. —El viejo tomó un sorbo del café y volvió a encender el cigarrillo del cenicero—. ¿Y qué te trae a este apestoso lugar?

—Quería preguntarle algo.

—Pregunta.

—Estoy buscando al Barbero. Usted sabe dónde puedo encontrarlo, ¿verdad?

El viejo Heesu arqueó las cejas y miró a su interlocutor.

—¿Por qué has venido hasta aquí para preguntarme algo que Viejo Mapache podría haberte respondido? Puede que se pase el día encerrado en esa biblioteca suya, pero no hay nada que no sepa.

—No hay forma de que me lo diga.

—¿Está el Barbero en la lista de algún planificador?

—No, esto es personal.

Una expresión traviesa invadió el rostro del viejo Heesu.

—No me digas que quieres que te corten el pelo.

—A decir verdad, así es.

El viejo sonrió y volvió a apagar su cigarrillo escrupulosamente. Casi lo había terminado, pero estaba claro que pensaba encenderlo de nuevo más tarde.

—¿Cómo? No eres tan inteligente como esos planificadores que hacen malabares con un bolígrafo. Y supongo que no piensas usar una pistola o poner explosivos.

—Usaré un cuchillo.

El viejo Heesu se reclinó en el sillón.

—Reseng contra el Barbero. —Cerró los ojos con fuerza y murmuró—: ¿Cómo acabará esto? Justo entonces, el joven de rostro infantil entró con prisa en la oficina.

—Abuelo, Gukmangbong dice que no se irá hasta que no le demos su pedido de entrañas.

—Se ha agotado. Dile que vuelva el jueves. Para entonces tendremos más.

—Ya sabe cómo es. No me hace caso.

Heesu rio.

—¿Qué hace el viejo Mangbong allí afuera?

—Está tirado en el suelo y no deja de llorar y gritar. La última vez lo hizo durante dos horas. No pudimos trabajar en todo ese tiempo. ¡Es como una patada en los huevos! —El hombre de rostro infantil estaba fuera de quicio.

El viejo Heesu volvió a reír y sacudió la cabeza.

—Ah, ese Mangbong. Era mucho más feliz cuando se dedicaba a apuñalar gente. La jubilación no le ha dado nada más que disgustos. Te diré algo, muchacho: quítale un poco al pedido de Kim y dile a Mangbong que se las arregle con eso por ahora. Y dile que venga temprano el jueves, cuando llegue el material bueno.

—Sí, señor.

El joven parecía aliviado cuando se marchó.

El viejo Heesu siguió riendo por lo bajo, seguramente ante la imagen del viejo Mangbong

sollozando en el suelo, mientras se servía un vaso de soju. Cortó un trozo de hígado crudo, lo sumergió en el aceite y se lo comió.

—Es curioso que cuanto más viejo te haces, mejor te defiendes de los cuchillos, pero no tengo ninguna habilidad para defenderme de las lágrimas. Te lo juro, las lágrimas son más poderosas que las espadas.

Cortó otra rodaja de hígado crudo, la sumergió en el aceite y se la ofreció a Reseng, que la mordió con reticencia.

—Fresco, ¿verdad? —dijo el viejo.

—Sí, está delicioso. Aunque tiene un aspecto horrible.

Asintió y le ofreció también un vaso de soju.

Reseng lo aceptó.

—Es como la vida. No es gran cosa, solo una apestosa, asquerosa y sórdida porquería. Pero una vez que la pruebas, ¡ah!, entonces ya no parece tan mala. A veces es incluso deliciosa. ¿Qué te parece? Creo que ahora deberías regresar a casa y no hacer nada. Y tendrías que venir por aquí más a menudo a echarte unos tragos conmigo.

—Ya he desvainado mi cuchillo —dijo sombríamente.

—¿Cómo dices? No pasa nada. Enváinalo de nuevo y vete a casa.

—Primero Entrenador, luego Chu y ahora Jeongan. Es como si el Barbero hubiera lanzado el guante —se burló Reseng—. Podría haber vivido con la muerte de los dos primeros, pero ¿los tres? Es demasiado. Y asumo que soy el siguiente en la lista. Seguro que usted ha escuchado algún rumor. Pero aunque las cosas fueran distintas, no creo que esté destinado a vivir una larga vida.

Reseng se bebió el soju. El viejo cortó otro pedazo de hígado y se lo ofreció. Él se lo comió y le sirvió al viejo un vaso de soju.

—¿Qué me darás a cambio? —preguntó Heesu.

—Pensaba en algo simple, como dinero en efectivo. Sé que el dinero es lo que mueve el mercado de carnes.

—Cuatro de los grandes.

Reseng sacó su billetera, pero el viejo agitó las manos.

—Págame después. Si regresas vivo.

—¿Y si muero, puedo conservarlo? —rio Reseng.

—Considéralo parte de los gastos de tu viaje al inframundo. No debo ser tan tacaño; es malo para el alma.

El viejo Heesu le sonrió con lástima y se bebió de un trago el vaso de soju. Luego escribió la dirección del Barbero en un pedazo de papel y se lo mostró a Reseng, que asintió. El viejo le prendió fuego al papel y lo colocó en el cenicero. Una vez que se hizo cenizas, el sicario se puso de pie, hizo una reverencia en dirección al viejo y salió de la tienda.

EL TAXI SE detuvo frente al colmado, pero Mito no estaba allí. Una joven de veintitantos años se encontraba detrás de la caja registradora. Reseng entró.

—Bienvenido —dijo la empleada.

Reseng echó un vistazo a la tienda. Parecía que Mito no se había presentado a trabajar. Tomó una lata de café helado del refrigerador y dos barras Hot Break del estante.

—La mujer que trabajaba aquí antes, ¿se ha ido? —preguntó.

—¿Se refiere a Mito? Sí, hace un par de días que ya no trabaja aquí —respondió la mujer secamente mientras pasaba los artículos por el escáner.

—Entiendo —contestó Reseng.

Se sentó a una mesa fuera de la tienda y tomó un trago de café helado. Luego se fumó un cigarrillo. Era un día de noviembre despejado. Tal vez en un par de horas el Barbero lo mataría, pero, por extraño que pareciera, no estaba nervioso ni asustado. Era una mañana tranquila, con el tiempo perfecto para dar un paseo. Sacó un Hot Break de su bolsillo, lo abrió y le dio un bocado. Le pareció extraño que aquella golosina aún pudiera saberle dulce a pesar de que su amigo hubiera muerto.

—El Barbero, Hanja, Mito —murmuró al cielo, con la boca llena de Hot Break.

El disco duro que le había robado a Mito contenía un sinnúmero de diagramas técnicos de ascensores, sensores, cámaras de circuito cerrado, monitores, luces. Era como haberle robado los deberes a un estudiante de Ingeniería. Pero cuando lo examinó con más detalle, descubrió el archivo de una conspiración, ingeniosamente escondido entre cientos de archivos. Contenía la foto de un ingeniero calvo, de cuarenta y cinco años, que había muerto en el hueco de un ascensor. Tenía que ser uno de los tres planificadores de Hanja a los que Mito había asesinado.

Era un plan muy simple. El hombre oprime el botón del ascensor. Se pone a leer el periódico mientras espera. Siempre lee el periódico mientras espera el ascensor; es un hombre ocupado. El ascensor sube al piso diecisiete. Pero, en realidad, solo ascienden los números en la pantalla digital, no el ascensor. Las puertas se abren con un alegre *ding!* Una luz se enciende. Con los ojos clavados en el diario, el hombre da un paso al vacío. La imagen se funde en negro.

Si alguien hubiera buscado en internet «accidente de ascensor», habría encontrado un artículo sobre un hombre que se había matado en una caída un mes antes debido a un sensor de ascensor defectuoso. Según el artículo, el fabricante afirmaba que no había nada anómalo en el equipo. El administrador del edificio de apartamentos dijo que el aparato en cuestión había pasado las inspecciones oportunas y que no se había detectado ningún problema durante la última revisión; las cámaras de seguridad tampoco habían registrado nada inusual. Un miembro de la familia del ingeniero había sollozado y declarado: «Un hombre que gozaba de plena salud ha muerto ¿y nadie va a responsabilizarse por ello?».

Reseng se comió el resto del Hot Break y se marchó. Cuando llegó al cruce, se debatió entre dirigirse al apartamento de Mito o al taller de punto de Misa, y entonces se encaminó con tranquilidad al taller.

Por fortuna, Misa no se encontraba allí. Mito estaba sola, tejiendo en la mecedora. Simplemente tejiendo, como la esposa de un granjero que ha acabado las labores del día y no sabe qué hacer para ocupar la tarde. Lo miró y terminó de tricotar una hilera antes de ponerse de pie. Caminó hacia él y sostuvo la prenda casi lista contra los hombros de Reseng para medirlo.

—Eh, justo a tu medida. Lo estoy tejiendo para ti.

Con expresión de satisfacción, volvió a la mecedora y continuó la labor. Reseng sonrió burlonamente y acercó una silla.

—He oído que Jeongan ha muerto —dijo ella, sin mirarlo.

—Sí, gracias a ti —respondió, con el ceño fruncido.

—¿Y ahora has venido a matarme?

Reseng tomó el ovillo de lana de la mesa y se lo enrolló en la mano.

—Aún no lo he decidido. Si debo matarte a ti, luego a Hanja y después al Barbero, o primero al Barbero, luego a Hanja y después a ti.

—En ese caso, mátame la última, por favor. Tengo mucho que hacer. Tengo que terminar de tejer esto antes de que llegue el invierno. Y necesito encontrar un hogar para Misa, algo seguro. Y luego eliminar a Hanja y a Viejo Mapache, junto con el resto de la basura, y luego...

—Creo que eres muy graciosa —dijo Reseng con voz glacial.

Mito alzó la mirada de su labor.

—No te preocupes —le dijo—. Incluso si no me matas cuando todo termine, yo misma lo haré.

—¿Vas a suicidarte?

—Ajá.

Reseng la miró. Ella le dedicó una expresión ingenua, como queriendo decir «tampoco es para tanto».

—Con razón eres tan audaz. Todo este tiempo has estado pensando en estirar la pata.

Mito reanudó su labor. Había algo de resolución en la diestra y experimentada forma en que movía las agujas.

—¿Por qué? —preguntó—. Solo tienes que inventarte un gran plan con ese genial cerebro tuyo. Asesina a todos los planificadores, luego mata a todos los asesinos como un extra y, después de que hayas purgado el mundo a tu voluntad, puedes escapar al otro lado del océano con Misa y la bizca Sumin, y vivir felices para siempre.

—Me encantaría, pero en algún momento la pequeña Mito también se convierte en un monstruo.

Su expresión se endureció. Metió la lana y las agujas en la cesta y la colocó a un lado. Luego enlazó los dedos y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—Ya conoces la historia —dijo—. La triste historia de la heroína que caza al monstruo solo para convertirse ella misma en un monstruo al final. Yo soy esa heroína trágica. ¿Y qué puedo hacer? Una vez que mi trabajo haya terminado, ese pobre y espantoso monstruo tendrá que deshacerse también de la Mito buena. Pero, oye, si para entonces aún estás enfadado conmigo, acepto que hagas el trabajo en mi lugar.

—¿Disfrutas planeando la muerte de las personas?

—En absoluto —rio débilmente—. La muerte de Jeongan te dolió, ¿verdad? También me dolió a mí. Siempre duele, siempre es así. Cada persona que tú y yo matamos, y todas las personas que dejan atrás, duelen.

Reseng la fulminó con la mirada. Ella se llevaba la peor parte. Bajó la mirada. Sobre la punta de su zapato había una mancha de sangre seca que debía de provenir de la tienda del viejo Heesu. Reseng se puso de pie.

—El Barbero, Hanja y luego tú. Más te vale que termines de tejerlo todo antes.

Mito abrió mucho los ojos.

—¡El Barbero te matará!

—Vaya, parece que he sido un asesino bastante malo —dijo, con una risita—. Nadie quiere apostar por mí.

—No hagas nada aún. —Parecía que la hubiera invadido el pánico—. Tengo un plan; mataré al Barbero, a Hanja y a la pequeña Mito, justo como querías.

—¿No te lo dije la última vez? —se burló él—. No voy a esconderme bajo tus faldas. No digo

que no me fuera a meter ahí por otras razones, pero bueno, para ser sincero, las chicas malas y flacas como tú nunca han sido mi tipo.

Reseng se sacó el otro Hot Break del bolsillo y lo puso sobre la mesa.

—Toma. Un regalo.

Mito miró a Reseng, atónita. Él le dedicó una sonrisa y luego se dirigió lentamente hacia la puerta.

—¡Serás idiota! ¡Si vas a ver al Barbero eres hombre muerto!

Los gritos de la mujer lo siguieron mientras salía a la calle.

EL BARBERO Y SU MUJER

—USTED TIENE PINTA de ser un caballero. Se nota que vive una vida buena y distinguida — dijo el Barbero mientras le cortaba el pelo a Reseng.

Las tijeras hacían zip, zip mientras bailaban junto a las orejas de Reseng. La barbería era antigua; la zona del fregadero estaba cubierta de baldosas blancas pasadas de moda. Parecía salida de una foto en blanco y negro, como la clase de lugar que Reseng había visto cuando tenía doce o trece años y hacía recados para Viejo Mapache, a donde los muchachos que iniciaban la secundaria acudían a que les hicieran el obligatorio corte militar y de donde salían frotándose tímidamente el cuero cabelludo; idéntico al lugar al que Reseng había ido para que lo raparan igual, a pesar de que él no estudiaba, mientras los demás muchachos iban a clase.

—Usted me da la impresión de ser más distinguido —respondió Reseng.

—¿Yo? Para nada. Apenas voy tirando día tras día con mis tijeras. Pero usted, en cambio, parece un hombre de éxito. Llevo ya treinta años cortando el pelo y soy capaz de reconocer cómo es un hombre con solo verle la nuca. Poseo un sexto sentido para estas cosas.

—¿Ah, sí? —Reseng inclinó la cabeza, dubitativo.

—Absolutamente. Confíe en mí. Algún día usted será una persona importante.

El Barbero sonrió. El suyo era un rostro ordinario, el de un tipo simpático de barrio al que podrías ver en cualquier lado. No era particularmente alto, alrededor del metro setenta, pero sí era muy delgado, desprovisto casi por completo de cualquier músculo que no fuera necesario para cortar el pelo. ¿Cómo alguien que estaba en los huesos podía haber matado a sicarios de élite como Entrenador o Chu? Reseng había empezado a preguntarse si no se habría equivocado de establecimiento.

El Barbero le colocó un dedo debajo de cada una de las orejas y examinó su rostro en el espejo. Cogió de nuevo las tijeras y recortó un poco de cabello del lado derecho.

—Tiene la frente grande, así que imagino que no lo querrá muy corto por delante...

—Haga lo que crea más conveniente, mientras quede pulcro e impecable.

—Pulcro e impecable —repitió el Barbero—. Imagino que tiene algún evento importante. ¿Una cita a ciegas, quizá?

Reseng rio y dijo:

—Más bien una ocasión solemne.

El Barbero asintió. Le peinó hacia abajo la parte delantera del pelo, tomó las puntas entre los dedos y comenzó a cortar con pequeños tijeretazos. Luego lo peinó de nuevo y revisó que estuviera recto. Parecía satisfecho.

—¿Qué le parece? ¿Se ve bien? —preguntó.

Reseng inspeccionó su cara en el espejo.

—Tiene usted mucho talento.

—Es muy amable por su parte decirlo.

El Barbero parecía complacido. Empleó una esponja para retirar los mechones de pelo de la cabeza de Reseng y de la parte delantera de la capa, e incluso de sus propios brazos. Luego enjabonó la nuca de Reseng y le afeitó los abuelillos.

—¡Listo!

El Barbero retiró con cuidado la capa y guio a Reseng hacia el fregadero. Colocó la alcachofa del grifo dentro de una palangana de plástico y comenzó a llenarla con agua caliente. Cuando iba por la mitad, vertió un par de cazos de agua fría de un balde y revisó la temperatura. Añadió más agua fría, volvió a comprobar la temperatura y repitió el proceso varias veces. Cuando le pareció adecuada, le ofreció el cazo de plástico en vez de la alcachofa.

—A veces el agua sale hirviendo y asusta a los clientes. Sé que es un poco incómodo, pero es mejor si usa esto.

Reseng asintió y usó el cazo para verterse agua sobre la cabeza. Gracias al cuidadoso empeño del Barbero, la temperatura estaba perfecta. Los diminutos pelillos que caían sobre el fregadero parecían puntos suspensivos en la página en blanco de un libro. Mientras Reseng se lavaba el pelo, el Barbero colocó dos toallas limpias sobre el mostrador y se puso a tararear mientras barría el suelo.

Reseng volvió a llenar el cazo, esta vez con agua fría, para salpicarse el rostro, y se secó con una de las toallas. Junto al espejo, sobre una cajonera, había una pila de sobres sin abrir. Tomó uno mientras fingía que se secaba el cabello. Era un aviso urgente para pagar varias facturas de hospital vencidas.

—Ya no se ven muchas barberías como esta. Me imagino que el negocio va bien —dijo, mientras se secaba las orejas con la toalla.

—Difícilmente. Hoy en día los jóvenes prefieren cortarse el pelo en salones atendidos por bellas estilistas. ¿Por qué vendrían con un vejete como yo? Pero como estamos en la periferia de la ciudad y hay una base militar cerca, los oficiales pasan de vez en cuando y los viejos del vecindario vienen a jugar al ajedrez y a afeitarse. Así que me las arreglo para llegar a fin de mes.

Tiró en un cesto de plástico azul el cabello que había barrido. Reseng volvió a sentarse mientras el Barbero encendía un secador y le secaba el pelo.

—¿Le gustaría afeitarse?

Se frotó la barbilla. Las navajas recién afiladas reposaban unas junto a otras sobre el mostrador, tan impecables como el propio Barbero.

—Me he afeitado esta mañana —dijo.

El Barbero asintió y le entregó un peine. Reseng se peinó y se miró en el espejo. El Barbero no mentía acerca de sus treinta años de experiencia. Le había hecho un corte de pelo perfecto.

—¿Usted nació aquí? —preguntó Reseng.

—Sí, nací y crecí aquí. También hice mi instrucción militar.

—El cuartel general del Destacamento de Inteligencia se encuentra aquí, ¿verdad? Donde solían entrenar a los agentes secretos que mandaban a Corea del Norte, ¿no es así? —dijo Reseng, mientras continuaba arreglándose el flequillo.

Por un instante, las manos del Barbero dejaron de doblar la capa.

—Fue hace mucho tiempo. No sé nada al respecto; solo era un simple soldado de infantería.

—Debe de ser difícil vivir aquí, tan lejos.

Reseng se echó un poco de colonia en las manos y se la aplicó en el rostro con unas palmaditas. Olía igual que la que usaba el Barbero.

—A veces es un poco aburrido, pero no es tan malo. Una vez al mes, mi esposa y yo vamos a un asilo en las montañas de la provincia de Gangwon para cortarles el pelo a los ancianos. Nos brinda la oportunidad de disfrutar del aire fresco del campo.

—¿Tiene usted alguna otra ocupación?

—¿Se refiere a otro empleo, como conducir un taxi?

—No, más bien pensaba en magnicidios y asesinatos por encargo.

El rostro del Barbero se endureció.

—Tiene usted un sentido del humor muy particular. ¿Cómo podría un viejo y débil barbero como yo hacer esas cosas horribles que solo se ven en las películas?

—Me parece bastante fuerte y ágil —dijo mirándolo de arriba abajo—. No tiene ni un gramo de grasa.

—Yo no diría que soy fuerte, más bien escuálido —respondió el Barbero, con la mirada clavada en el suelo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Cuánto le debo por el corte de pelo?

—Setecientos wons.

—Es muy barato.

—Así son los precios en el campo.

Reseng caminó hasta el perchero y metió la mano en el bolsillo interno de su cazadora de cuero. Sintió el peso del cuchillo de Chu. El Barbero arrojó en el cesto de la ropa sucia la toalla que su cliente había usado y se dispuso a lavarse las manos en el fregadero.

De espaldas a Reseng, dijo:

—Será mejor que dejes ese cuchillo en su lugar. Si lo sacas, eres hombre muerto.

Reseng se puso la cazadora. El hombre se secó las manos con una toalla limpia. Reseng fue a la puerta de entrada y la cerró con llave. Despacio, sacó el Henckels de Chu de su funda de cuero. El pañuelo de Chu seguía atado a la parte superior de la empuñadura. El Barbero dejó la toalla sobre una silla y meneó la cabeza.

—Estoy seguro de que me he enfrentado ya al dueño de ese cuchillo. ¿Cómo te llamas?

—Reseng.

—Entonces vienes de la biblioteca.

Su voz sonaba apagada.

Apoyó la mano izquierda en el reposabrazos de la silla. No había ningún rastro de temor en su rostro, a pesar de que tenía un cuchillo apuntándole.

—¿Estoy en la lista de la biblioteca? —preguntó.

—No hay ninguna lista. Esto es personal.

—Personal...

El Barbero miró a la nada, sus ojos fijos en algún punto distante. Puede que estuviera recordando hechos del pasado; a veces, los ojos se le ponían vidriosos. Una tenue sombra le cruzó el rostro, melancólicamente alzado, y luego desapareció. Reseng medía la distancia que los separaba. Unos cuatro metros. Un paso, otro paso más rápido y luego un salto y podría hundir el cuchillo en la garganta del Barbero. Un reloj antiguo de péndulo marcaba la hora con estruendo desde la pared. Seguían en silencio. Todo aquel tiempo Reseng había sostenido el cuchillo a la altura del plexo solar y sentía que cada vez pesaba más; lo bajó. El Barbero apartó los ojos del lugar que había estado contemplando y miró a Reseng.

—¿Es por el muchacho que maté hace un par de días?

—Podría ser. O no.

Miró el Henckels. Un único hilo suelto sobresalía del nudo del pañuelo. Reseng lo arrancó y dejó caer el hilo al suelo. El Barbero se quedó mirando el nudo.

—Para serle sincero, ni siquiera sé muy bien por qué estoy haciendo esto —dijo, sonriendo.

—Entonces todavía puedes irte.

Reseng sonrió burlonamente.

—No estoy muy seguro de eso. Ya estoy aquí, ¿cómo podría irme ahora?

—Se necesita más valor para guardar un cuchillo en su funda y marcharse que para sacarlo.

—Entonces creo que soy un cobarde. Lo siento.

El Barbero levantó la mano de la silla y comenzó a decir algo, pero enseguida calló. Suspiró profundo. Con los hombros caídos, parecía viejo y frágil, como uno de esos ancianos que suelen sentarse en los bancos de los parques para tomar el sol. Algunos pelillos negros salpicaban su delantal blanco.

—Me siento fatal por el dueño del cuchillo. Y también por el muchacho, pero no tenía otra opción. Tú y yo somos asesinos, sabes lo que quiero decir.

—Sí, sé lo que quieres decir.

—Ya que no estoy en tu lista y tú no estás en la mía, no tenemos motivos para enfrentarnos. No somos de esa clase de personas que arreglan sus asuntos de esta manera. Solo somos asesinos a sueldo.

—Sí, solo somos asesinos a sueldo.

—¿Guardarás el cuchillo y te irás?

El Barbero lo miraba a los ojos.

—No.

—¿Por qué no?

—Por aburrimiento. Muchos tipos de aburrimiento. El que te devora lentamente, como el óxido a la hoja del cuchillo. Ya que los dos somos asesinos a sueldo, creo que sabes a lo que me refiero —dijo Reseng, imitando la voz del Barbero.

Su rostro se transformó. Miró las tres navajas recién afiladas que reposaban una junto a la otra sobre una toalla. No eran las que había utilizado ni con Entrenador ni con Chu.

—¿Te importaría esperarme un segundo? —pidió el Barbero.

Reseng asintió. El otro se quitó la bata blanca y la colgó, luego se dirigió a un cuarto dentro de la tienda. Reseng cambió el cuchillo de la mano derecha a la izquierda, se limpió el sudor de la frente con la palma de la mano y se la secó en los tejanos. El diseño de tablero de ajedrez del suelo, que pronto se mancharía con la sangre de alguien, le hacía sentir mareado. El tictac del

reloj de péndulo cesó un instante y se oyeron las campanadas que señalaban las 15:00. El Barbero regresó, abrió un bolso negro y echó un vistazo dentro antes de sacar un cuchillo. Era un Mad Dog Seal Atak, el tipo de cuchillo que usaba Entrenador. Uno de los bordes estaba serrado y se trataba de la misma marca que Reseng había manejado la primera vez que Entrenador le enseñó a blandir un cuchillo. Los mercenarios de las fuerzas especiales adoraban aquellas armas. Un diseño sencillo, excelente potencia de corte y magnífico agarre, que permitía sujetarlo bien incluso en la oscuridad. Sólido y afilado, pero también muy caro y difícil de encontrar en aquellos días.

—Qué buen cuchillo —dijo Reseng.

—Es mejor que el tuyo.

El Barbero lo miraba en el espejo; parecía desolado. Sus ojos iban y venían entre el reflejo de Reseng y el suyo propio. Soltó un breve suspiro y cerró la bolsa. Caminó hasta el centro de la barbería y se paró frente a él.

—Qué oportuno —dijo, señalando el reloj de péndulo con la barbilla—. Mi esposa no está en casa. Aún cree que soy un barbero común y corriente.

—Bien por ella. Por no haberse dado cuenta nunca.

—¿Es algo bueno?

—No saber es mejor que simular no saber, sobre todo en lo que respecta a gente como nosotros.

—Supongo que tienes razón —le respondió. Bajó la cabeza—. Es mucho mejor no llegar nunca a conocer a gente como nosotros.

El Barbero alzó la mirada y clavó los ojos en los de Reseng. Parecía que ya no les quedaba nada más que decir. Reseng sujetó el cuchillo por la hoja y adoptó una posición de combate. El otro permaneció inmóvil. Se quedó allí parado, relajado, con los brazos detrás de la espalda y el cuchillo oculto. Reseng calculó de nuevo la distancia que los separaba. ¿Dos metros? Si daba un paso al frente y blandía el cuchillo, tal vez pudiera alcanzar a rozar la garganta o el pecho del Barbero con la punta. Pero el hombre seguía allí parado. No había ni un ápice de tensión en sus hombros, sus brazos o su cuello. Estaba esperándolo, invitándolo a atacar, todo postura y nada de fuerza.

Reseng se dio cuenta de que estaba en la posición equivocada. Enderezó el cuerpo y giró el cuchillo, de modo que la hoja apuntara hacia el frente. Entonces, muy despacio, inclinó el cuerpo hacia delante medio paso. La punta del cuchillo casi alcanzó la garganta del Barbero. Pero este, aparentemente impasible, no se movió ni un milímetro.

El tictac del reloj de péndulo resonaba con un estruendo inusual. El hombre parpadeó; Reseng aprovechó el momento para arremeter contra su garganta. El Barbero giró los hombros unos pocos centímetros para esquivar la hoja, al mismo tiempo que el cuchillo que escondía en la espalda salía disparado para alcanzar el antebrazo de Reseng. Luego hizo amago de moverse hacia la izquierda y lo hirió en el costado. Antes de que Reseng pudiera darse la vuelta para enfrentarse al Barbero, que se encontraba a su espalda, este lo apuñaló en el muslo, extrajo la hoja y volvió a clavarle el arma en la axila izquierda. Reseng atacó con un amplio movimiento del brazo, pero el Barbero saltó hacia atrás unos cuantos pasos. La distancia entre ambos se abrió unos dos metros y medio. El Barbero sacudió su cuchillo para deshacerse de la sangre de su contrincante. Luego volvió a colocar los brazos detrás de la espalda y lo miró. No parecía sofocado en lo más mínimo.

La sangre goteaba sobre el linóleo a cuadros. Manaba del antebrazo de Reseng y le resbalaba

por el dorso de la mano, empapando el pañuelo de Chu. La sangre estaba tibia. Se examinó con calma: la sangre que le brotaba debajo del brazo y de la herida del costado le empapaba la camisa blanca y le goteaba desde el cinturón. Metió la mano dentro de la cazadora de cuero para sentir la herida; no era tan profunda como se había temido. De no haber llevado la cazadora puesta, la hoja se habría hundido más profundamente.

El Barbero seguía ocultando su cuchillo. En aquel momento en que las debilidades de Reseng habían quedado expuestas, parecía despreocupado, incluso arrogante, y lo invitaba a atacarlo de nuevo. Pero esa sería una mala estrategia. Si Reseng lo atacaba, volvería a herirlo. Era difícil saber dónde apoyaba su peso el Barbero y, sin ver el cuchillo, no podía saber de dónde llegaría la siguiente cuchillada. El arma no se movería hasta que Reseng lo hiciera, y este no alcanzaba a interpretar nada en su oponente: ni en el rostro, ni en los ojos, ni en los pies. Ni siquiera estaba completamente seguro de cómo estaban apoyados los pies de su contrincante. De pronto, se dio cuenta de que no iba a ganar. De que iba a morir allí.

Se cambió el cuchillo a la mano izquierda. El Barbero inclinó la cabeza al verlo. Reseng dio un paso adelante, apuntando el cuchillo a la garganta de su oponente. Este no se movió. Reseng dio medio paso al frente, pero el otro siguió sin moverse. Sus ojos parecían una invitación al ataque. Reseng avanzó con el pie izquierdo y a la vez arremetió contra la garganta del Barbero con la mano zurda. La mano de este surgió de su espalda y lo cortó en el antebrazo mientras la mano derecha de Reseng golpeaba con fuerza el cuello del Barbero. El hombre trastabilló. Reseng cambió el cuchillo de mano y dirigió la hoja contra el rostro de su adversario, que inclinó la cabeza hacia atrás para esquivarlo. Pero su cara no era el verdadero blanco de Reseng: la hoja del Henckels se hundió profundamente en la cara interna del muslo izquierdo del Barbero. Sacó el cuchillo y lo giró, de modo que la hoja apuntara hacia arriba, y embistió el vientre de su rival, pero este recuperó la postura y paró la trayectoria del cuchillo con el dorso de la mano, mientras que al mismo tiempo apuñalaba a Reseng en el costado, aprovechando su propio impulso. El cuchillo se hundió profundamente en el cuerpo de Reseng y luego se retiró. Reseng cayó de rodillas.

El Barbero retrocedió para recuperar el aliento. Del costado de Reseng manaba sangre a borbotones. Se sentía mareado. Clavó la punta del cuchillo en el suelo y luchó para no desmayarse. El Barbero se quedó allí mirándole la parte superior de la cabeza.

—Has usado la mano izquierda como señuelo —dijo el Barbero mientras se sacudía la sangre que le escurría por el dorso de la mano—. Aprendes rápido. Más que el dueño del cuchillo.

De la punta de su Mad Dog caían gotas de sangre. También le chorreaba abundantemente el muslo y le empapaba la pernera de los pantalones. Pero Reseng se dio cuenta de que ya no podría hacerle más daño, de que su cuchillo jamás alcanzaría el corazón del Barbero. El joven se apoyó en su cuchillo y, tambaleándose, se puso de pie. El otro sacudió la cabeza. Él trató de sostener el cuchillo, pero ya no tenía fuerza en la mano derecha.

—Lo mejor de este trabajo es que no tengo que desinfectar mis navajas —dijo el Barbero.

—Qué gracioso —observo Reseng, y rio sin fuerzas.

—Supongo que no puedo pedirte que lo dejes ahora.

—Ya casi he terminado.

Reseng agitó el cuchillo inútilmente. El Barbero tomó su muñeca con la mano izquierda, la retorció y luego clavó su Mad Dog en el costado derecho de Reseng. Este volvió a caer de rodillas. El Barbero se agachó frente a él y extrajo el cuchillo, luego le puso las manos sobre el

pecho. Parecía estar recobrando el aliento, porque se quedó inmóvil durante un momento, con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo.

—Lo siento —dijo—. Este viejo barbero se siente avergonzado de sí mismo.

Reseng perdió el equilibrio y apoyó la cabeza contra el hombro del Barbero. Con el cuerpo de Reseng recostado contra él, el hombre pasó la punta del dedo por las costillas de su rival, buscando el sitio donde iba a clavar el cuchillo. Luego apuntó hacia el corazón.

Una mano suave y pálida salió de la nada y rodeó la hoja del cuchillo. El borde afilado se hundió en la piel delicada. La sangre brotó. El hombre no se movió ni volvió la cabeza.

—Cariño, déjalo. Nuestra hija tampoco habría querido esto.

Reseng apartó la frente del hombro del Barbero y alzó la mirada. Una mujer de cincuenta y tantos años y rostro amable se encontraba de pie detrás de él y lloraba en silencio.

—Ha llegado el momento de que nos despedamos de nuestra hija y dejemos que se vaya —dijo la mujer—. Ya hemos vivido lo suficiente.

La mano del Barbero, que aún sujetaba el cuchillo, empezó a temblar violentamente. Reseng se sentía mareado; había perdido demasiada sangre. Apoyó de nuevo la frente contra el hombro del otro. La sangre seguía brotando de la pálida y bella mano de la esposa de su rival, que seguía sujetando la hoja del cuchillo. El sonido del llanto sofocado de la mujer era tan frío como el viento invernal que se cuela por la rendija de una puerta. Con la cabeza apoyada contra el cuerpo de su contrincante, Reseng perdió el conocimiento.

LA PUERTA DE LA IZQUIERDA

OYÓ UNA RISA.

Una risa que era como un jardín de flores en mayo. Una risa como las alas de los pájaros diminutos volando rápido y bajo, como el zumbido de las abejas melíferas revoloteando sobre los pétalos de las flores. Una cháchara incesante seguida de ráfagas de carcajadas. ¿Qué era tan divertido? El sonido le hacía reír en sueños, aunque no tenía la menor idea de qué era lo que le provocaba la risa

¿Dónde estaba? Oyó el sonido de una corriente de agua. ¿Había algún riachuelo cerca? Era poco probable. No había ningún arroyo. Era solo el sonido, que resonaba en sus oídos sin ninguna razón. Desde el momento en que se convirtió en asesino, a veces había logrado escuchar ese sonido en sueños, y cuando sucedía, pensaba que aquello debía de ser la muerte: yacer inmóvil en un sitio con el sonido del caudal de un río como fondo. Un lugar justo como aquel, donde podía escuchar el agua y no podía mover ninguna parte del cuerpo. Donde yacía sobre un lecho de grava helado, mirando el cielo durante toda la eternidad. Se le ocurrió de pronto que la muerte debía de estar muy cerca. Volvió a quedarse dormido.

Caminaba despacio por un bosque alfombrado de niebla. Sus pies se hundían en el vapor afelpado, lentos y tenaces como los de un buey llevando a un niño sobre el lomo. Hojas cargadas de rocío congelado le rozaban las mejillas mientras avanzaba. Allí, bajo los árboles, se encontraba el bote de basura del convento donde Reseng nació. Miró dentro: lo recibió la respiración de un bebé. Su cuna no era tan mala como había pensado. Alzó el rostro al cielo y rio. Las hojas de un árbol de ginkgo milenario lo acompañaron. Echó la cabeza hacia atrás y miró las innumerables hojas de ginkgo que colgaban del denso dosel. Cuando el viento soplabá, todas las hojas se inclinaban en la misma dirección y reían a la vez. «¿Qué es tan divertido?», se preguntó. Ahuecó las manos en torno a la boca y les gritó a las hojas: «¡Decidme qué es tan divertido! ¡Contadme el chiste!». Pero las hojas seguían a lo suyo sin responderle. Ji, ji, ji. Ji, ji, ji. La risa de las hojas de ginkgo se parecía mucho a la de las chicas de la fábrica. Chicas alegres que animaban los callejones a la hora del almuerzo. Caminando por el hermoso sendero del bosque, bajo un túnel formado por árboles altísimos, iban cuatro chicas obreras, lanzando carcajadas a su paso. Una muchacha con un bonito rostro redondeado se sujetaba el vientre, como si hubiera estado riéndose demasiado fuerte, y exclamaba: «¡Ay, es muy gracioso; es divertidísimo!». Reseng se alegró mucho de verlas.

—¿Qué estáis haciendo aquí, en lo más profundo del bosque? —les preguntó, interponiéndose en su camino—. ¿No tenéis que volver al trabajo?

Las muchachas de la fábrica negaron con la cabeza.

—¿Quién eres?

—¿No me reconocéis? Hacía el cromado en el Equipo de Trabajo Tres. ¡Yo era el de la bicicleta con la cesta rosa!

Volvieron a sacudir la cabeza. No lo conocían. Trataron de rodearlo, pero él volvió a bloquearles el paso. Entonces se acobardaron y parecieron asustarse. Solo la chica del rostro redondo fue valiente.

—¡Quítate de nuestro camino! —dijo.

Él sonrió y la señaló con el dedo.

—Yo te conozco muy bien.

—¿De dónde me conoces? —dijo ella, abriendo mucho los ojos.

—Tienes un lunar en la nalga izquierda, con forma de conejo. Y dos lunares junto al pezón derecho, uno grande y otro pequeño, como un muñeco de nieve, como el sol y la luna. Y... Odias a los hombres que tiran a la basura los calzoncillos después de haberlos usado solo una vez. Crees que es un derroche de dinero, por eso lavas la ropa interior cientos de veces antes de tirarla. Te acuclillas en el baño y tarareas canciones alegres mientras frotas y frotas calzoncillos hasta que al final se rompen. Y... Las orejas se te ponen rojas cuando te enfadas.

Los lóbulos de las orejas de la obrera furiosa, efectivamente, habían enrojecido.

—¡Ja! ¿Lo ves? Están rojos ahora mismo —dijo, emocionado.

Ella le propinó una bofetada. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando la miró, pero ella seguía enfadada. Alzó la mano de nuevo. Asustado, Reseng se apartó.

—¡No, no te conozco! —Mostró una expresión de fastidio en la cara mientras decía—: Qué tipejo tan raro, por Dios.

Las cuatro muchachas siguieron caminando por el hermoso sendero del bosque hasta que lo dejaron atrás. Aún podía escuchar las voces parlotando a lo lejos. «¿Qué le pasa a ese hombre? ¿Estará loco?», «No sé cómo puedes ser tan valiente, pensé que iba a morirme de miedo», «Ay, de verdad, no parecía un pervertido, tal vez solo es idiota». Podía escuchar su incesante cháchara desde el otro extremo del larguísimo sendero del bosque. Y luego sus burbujas de risa. «¿Por qué no se acuerda de mí?» Miró el sendero que las chicas habían tomado.

Volvió a oír el agua. Agua helada fluyendo sobre la grava. «¿Estoy muerto?», se preguntó a sí mismo en el sueño. Las hojas de ginkgo cascabelearon en el viento al responderle: «Estás muerto. Desde hace mucho. Muerto desde hace muchísimo tiempo». Y los árboles asintieron, como si de verdad fuera cierto.

CUANDO RESENG VOLVIÓ en sí, lo primero que vio fue a una Barbie rubia y flaca de pie sobre su pecho. Misa sostenía la muñeca y clavaba sus pies en la clavícula de Reseng. El oso Winnie the Pooh estaba sentado junto a la Barbie, y un perro dálmata de peluche lo miraba estúpidamente desde su plexo solar. Misa cogió el dálmata y lo agitó. «¡Aburridooo! ¡Oh, Dios mío, estoy tan aburrido!» El perro movió la cola y se echó sobre el estómago de Reseng. La muchacha agarró a la Barbie de nuevo.

—¡Oh, es tan musculoso! —exclamó la muñeca.

—Te gustan los músculos, ¿verdad? —dijo Winnie the Pooh, que no llevaba pantalones—. Pero estamos de pie en una colina. ¿Quién ha oído hablar de una colina musculosa?

—Cállate, Pooh Panzón —le espetó Barbie—. Ve a ponerte ropa interior.

Misa puso a caminar a la Barbie por el pecho y el estómago de Reseng. Cada vez que las piernas de la muñeca se hundían en él, las heridas del cuchillo le dolían muchísimo, como si se le volvieran a abrir.

—Misa, eso duele —murmuró Reseng.

La chica saltó de la sorpresa, le dedicó una sonrisa radiante y gritó en dirección al comedor:

—¡Mito! ¡Sumin! ¡Reseng se ha despertado!

Mito y la bibliotecaria bizca entraron corriendo en la habitación y miraron a Reseng. Era como si estuvieran buscando en el interior de un pozo. Mito alzó un dedo y lo sostuvo frente a sus ojos, y lentamente lo movió de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Reseng frunció el ceño y la ignoró. Los ojos de Mito se clavaron en los suyos durante un momento y la chica soltó una carcajada.

—Hola, señor Frankenstein —dijo.

Miró a su alrededor. Estaban en una cabaña. Al otro lado de la ventana había un árbol de caqui despojado de sus hojas y, más allá, una montaña alta.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En la casa donde concibieron a Mito —respondió esta, hablando de sí misma en tercera persona, como si Reseng fuera un niño—. La finca donde mi padre convenció con engaños a mi inocente madre para que viniera a coger tomates con él y así poder saltarle encima. Aunque, por fortuna, así fue como Mito nació.

—¡Hermana! —Misa la miró furiosa.

—¡Ay, perdón! A nuestra querida Misa la concibieron con amor y total consentimiento. El nacimiento de su hermana mayor no fue tan bonito. Cada vez que nuestra madre se enfadaba con nuestro padre, me decía: «Ese hombre me atacó. Me agarró por detrás mientras cogía tomates. Así fue como naciste. Y por eso mi vida terminó así». Cuando me lo contaba, la cara de nuestro padre se ponía muy roja y no sabía ni dónde meterse. —Mito soltó una carcajada.

Misa y la bibliotecaria la miraron pasmadas.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Misa alzó cinco dedos. El semblante de Reseng mostró sorpresa.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Misa.

¿Tenía hambre? Aquel era su cuerpo, pero no parecía que pudiera sentir gran cosa.

—No sé —dijo.

—Debes de estar hambriento. No has comido nada en cinco días.

—¿Por qué iba a estarlo? Ha estado tragando como un loco esa carísima solución de dextrosa —observó la bibliotecaria con una mueca.

—Sabes que eso no es comida de verdad —dijo Misa—. Le prepararé una deliciosa papilla de arroz.

Se fue en su silla de ruedas a la cocina. Él alzó la cabeza para inspeccionarse el cuerpo. El brazo, el hombro y el vientre estaban vendados.

—¿Hiciste tú esto? —le preguntó a Mito.

—Sí, en el hospital veterinario de un amigo. Perdiste mucha sangre. Casi te mueres.

La bibliotecaria bizca lo miraba con la misma cara amarga de siempre. O al menos él suponía que la mujer lo estaba mirando a él; nunca podía estar seguro. De lo que sí estaba seguro era de que ella pensaba que era patético.

—La próxima vez, usa una pistola —dijo en voz baja, para que Misa no pudiera oírlo—. No tengas prisa por combatir si no estás preparado. Acabas metiendo en líos a todos los demás.

—Ahora el Barbero sabe quién soy gracias a ti —espetó Mito—. También Sumin ha quedado en evidencia. Las tres estamos en peligro por lo que hiciste. Y también se ha frustrado la conspiración que ideé para derrocar a Hanja. Pero no hay problema, solo significa que tendré que poner las cosas en marcha más pronto que tarde. Es importante que sigamos pensando en positivo.

Le lanzó una mirada a la bibliotecaria, que le sonrió. Reseng no conseguía imaginar lo que pasaba por la mente de aquellas dos chicas locas.

—Me salvasteis del Barbero. ¿Por casualidad no pudisteis recuperar mi cuchillo también? —preguntó con cierta timidez.

Mito le dedicó una mirada gélida. ¿Para qué quería Reseng el cuchillo de Chu? Él mismo estaba sorprendido de haberlo preguntado.

—Yo me encargaré del Barbero —dijo con firmeza—. Tú tienes otro trabajo que hacer.

Mito salió de la habitación, seguida de la bibliotecaria. Podía oírlos a las tres, riendo y charlando en la cocina. Hablaban de cómo preparar papilla de arroz. Después de un rato, Misa apareció con un tazón. Mito y la bibliotecaria se pusieron el abrigo y se prepararon para salir. Mientras la bibliotecaria se ataba los cordones de los zapatos frente a la puerta, Mito fue hacia Reseng y le susurró en la oreja:

—Deja de llenar esa cabeza hueca que tienes con ideas estúpidas. No harás más que empeorar las cosas. Cómete tu papilla y descansa mucho hasta que yo te llame. —Hizo énfasis en la palabra *mucho*.

Mito y la bibliotecaria se marcharon. Misa hundió la cuchara en el tazón, sopló para enfriarla y se la ofreció. Durante un momento, él se quedó mirando a Misa y a la cuchara humeante, sin comprender. Misa la acercó un poco más. Él abrió la boca. La papilla de Misa, el primer alimento caliente que comía en cinco días, le supo deliciosa. Se terminó todo el tazón y volvió a dormir.

Durmió, tal y como Mito le había ordenado. Dormía y soñaba, y, cuando se despertaba, se comía la papilla que Misa le preparaba y luego volvía a dormirse. Sin importar cuánto durmiera, lo invadía siempre una incesante somnolencia. No dejaba de pensar que tal vez Misa había puesto algún somnífero en la papilla. O tal vez había somníferos en su vaso de agua o en las flores del jarrón o en la cálida luz del sol que penetraba por la ventana e iluminaba su cama. Comía papilla y dormía, e incluso en sueños dormía también.

Por la tarde, Mito volvía y deshacía los vendajes de Reseng para desinfectarle las heridas. Luego le ponía una inyección. Las noches que Mito no regresaba, era la bibliotecaria quien le cambiaba los vendajes.

—¿Cómo te involucraste en esto? —le preguntó Reseng a la bibliotecaria, mientras esta le enrollaba una venda alrededor del cuerpo, en silencio.

Sumin no respondió.

—Esto no es un juego —dijo él—. Podrías morir.

La mujer tiró con fuerza de la venda mientras la fijaba. Era un suplicio. Reseng pensó que la herida reventaría. Gimió.

—Tú no eres el único que tiene una historia —respondió la mujer, cogiendo las tijeras y las vendas usadas—. Deja de actuar como si lo supieras todo, como si fueras el único ser trágico que hay aquí.

Tenía razón. Todo el mundo tenía una historia. Viejo Mapache, Chu, Oso, Mito, el Barbero, incluso Hanja. Todos alimentaban sus odios, se detestaban los unos a los otros e incluso se asesinaban los unos a los otros a causa de esas historias particulares. Todos creían que sus heridas justificaban sus acciones. Pero ¿de verdad era así? «Qué montón de mierda —pensó Reseng, y luego se dijo a sí mismo—: Y tú eres igual de idiota que todos ellos.»

De vez en cuando, Reseng despertaba y encontraba a Misa jugando con Winnie the Pooh sobre su estómago. Le recordaba aquellas veces en que Escritorio y Pantalla de Lámpara se quedaban dormidas sobre su espalda o con las respectivas colas atravesadas sobre su muslo.

—¿No eres un poco mayor para jugar con animales de peluche? —preguntó Reseng—. ¿Por qué no pruebas con algo diferente?

—¿Algo diferente? —dijo ella, acariciando las costuras sueltas del peluche.

—Ajá. Por ejemplo, podrías tener un gato. Los gatos hacen feliz a la gente.

Misa arqueó una ceja y reflexionó sobre aquella idea. Pero luego sacudió la cabeza.

—No quiero un gato o un perro. Morirán antes de que yo muera y no puedo acercarme a nada que muera antes que yo. Mis animales de peluche vivirán más que yo mientras los siga remendando —explicó, y sacudió al viejo Winnie the Pooh.

—¿Por qué nunca haces preguntas?

—¿Sobre qué?

—Sobre cualquier cosa.

—Porque aunque entendiera lo que sucede, no podría hacer nada al respecto. Así que pretendo no saber nada en absoluto sobre las cosas que no puedo controlar. Y cuanto más finjo no saber, menos sé —dijo y sonrió.

Pooh sacudió la cabeza sobre el vientre de Reseng.

—¿Has leído un libro llamado *El oso polar que se hace preguntas*, de G. Y. Gumdory? —le preguntó el joven.

—¿Es un escritor famoso?

—Para nada. El libro trata de un oso polar que duda de si en realidad es un oso polar.

—¿Cómo es posible que un oso polar pueda dudar de que es un oso polar?

—Bueno, es un cuento muy divertido sobre un oso polar que se pregunta por qué es un oso «polar» concretamente y no otra clase de oso. ¿Es solo porque nació en el Polo Norte? Odió el hecho de que el lugar donde nació determine lo que es y odia no haber tenido ningún tipo de poder de decisión en el asunto. Podría haber sido un oso pardo en vez de un oso polar, o un oso panda, por ejemplo. Durante mucho tiempo se atormenta pensando por qué tenía que nacer como oso polar.

—Me parece un oso más bien estúpido.

—No, para que un oso se haga esa pregunta tiene que ser un oso muy filosófico. En todo caso, el oso decide que tiene que marcharse del Polo Norte para averiguar qué clase de oso es realmente. Abre entonces un mapa, buscando un lugar que sea distinto del Polo Norte y decide ir a California.

—¿Un oso hace eso?

—Sí, un oso hace eso.

Misa sacudió la cabeza, incrédula.

—Pero ¿no necesitaría un barco o algo que lo llevara hasta California?

—Seguro. Pero por desgracia el oso polar no tiene un barco. Así que sierra un pedazo de iceberg, se sube en él y zarpa hacia California. El viento sopla con fuerza, las olas lo alejan más y más de la costa, hacia el inmenso océano. Pero cuanto más se aleja del Polo Norte, más rápido se derrite el iceberg. Su balsa va desapareciendo bajo sus pies; no hay tierra a la vista, y mucho menos la de California. Cuando el enorme iceberg sobre el que emprendió el viaje es apenas un cubo de hielo, el oso lo comprende todo: «¡Ajá! —dice—. Por eso soy un oso polar, porque no puedo abandonar el Polo Norte». Entonces el último fragmento de hielo se derrite y el oso que se hace preguntas cae al agua y debe volver nadando a casa. Fin.

—¿El oso polar se ahoga?

—No lo sé. La historia termina cuando aún sigue nadando.

—Espero que ese oso fuera un buen nadador —dijo Misa, preocupada.

—¿No crees que somos iguales?

—¿Iguales que quién? ¿Que ese oso estúpido?

—Todos hemos nacido en el Polo Norte y odiamos el Polo Norte, pero por mucho que nos esforcemos, no podemos abandonarlo.

Misa se quedó mirándolo.

—No me molesta el Polo Norte —dijo ella, sonriendo con alegría—. California es demasiado calurosa. Y, además, nadie ha oído hablar de ningún oso californiano. Sería demasiado raro. Si yo hubiera nacido en el Polo Norte, me conformaría con ser un oso polar.

CON EL MES de diciembre, las heladas llegaron al bosque. Por la mañana, la hierba y las hojas estaban pálidas y congeladas, cubiertas de polvo helado. El canto de los pájaros se extinguió, como si todas las aves se hubieran marchado a lugares más cálidos. El segundo día de diciembre, Sumin, la bibliotecaria, cortó un pino: aquella misma noche las tres mujeres lo adornaron con lucecitas, bolas de colores y adornos con forma de regalos, estrellas, campanas, Papás Noel y renos, varitas mágicas y dulces. Misa convirtió bolas de algodón en copos de nieve y los colocó sobre las ramas. Sus risas nunca cesaban. Parecían decididas a reír hasta el día de Navidad. Pero había un rastro de ansiedad en su júbilo. Sus risas eran nerviosas; a veces sonaban como aullidos de perros en la oscuridad. Sus movimientos eran exagerados, su alegría rayaba en la desesperación, como si estuvieran preparándose para una tristeza venidera.

Las heridas de Reseng sanaban. Ya podía moverse con mayor facilidad, aunque aún le costaba trabajo ponerse derecho. A Misa le divertía mucho la manera en que caminaba arrastrando los pies, con el trasero echado hacia atrás. Se partía de risa cada vez que Reseng daba un paseo.

Mito revisaba sus cicatrices y le recordaba:

—Necesitas caminar todo lo que puedas.

Así que daba paseos por el bosque que rodeaba la cabaña. El jardín estaba lleno de pinos y castaños, melocotoneros y albaricoqueros. Reseng pensaba que si nadie hubiera muerto ni resultado herido, los fines de semana en aquella cabaña habrían sido pacíficos y hermosos. Y que lo serían siempre y cuando nadie muriera o resultara herido.

Habían construido la cabaña en la ladera de una montaña. Un único camino empedrado conducía a la fachada de la casa y en la parte trasera había un sendero estrecho y escarpado, inaccesible para cualquier vehículo. Reseng examinó aquella senda. No estaba pavimentada y las raíces de los árboles sobresalían aquí y allá. Estaba claro que una silla de ruedas no podría

recorrerla. Si los asesinos los encontraban, las tres mujeres jamás lograrían sobrevivir. Ya se habían propagado rumores sobre la pelea de Reseng con el Barbero y de una mujer que había desaparecido con Reseng. Los chismes podían haber llegado a oídos de Hanja. Los rastreadores podrían estar ya en marcha. ¿Cuánto tiempo les quedaba?

Mito y la bibliotecaria no cesaban de ir y venir. Cada noche, después de que Misa se fuera a la cama, las dos subían al desván y discutían larga y acaloradamente. Algunas de sus acaloradas conversaciones duraban tanto que Reseng aún podía escuchar el murmullo de sus voces cuando el sol ya había salido. Pero ni Mito ni la bibliotecaria le contaban nada a él. No le decían cómo pensaban luchar contra Hanja o contra Viejo Mapache, ni cómo la temeraria banda en la que se habían convertido se ganaría la vida después.

Él pasaba el tiempo leyendo libros, durmiendo y mirando el paisaje invernal por la ventana. A veces observaba las vigas del techo y recordaba la manera en que el Barbero se movía. Un segundo estaba en un sitio y al siguiente, en otro. Ligero, ágil, efectivo y veloz como el rayo. «Si peleo contra él de nuevo, ¿podré ganarle?», se preguntaba. Pero en cuanto se hacía esa pregunta, un terror gélido se apoderaba de él; sentía como si estuviera de pie en la punta de un cuchillo. Sería demasiado difícil. Si luchaba contra el Barbero de nuevo, definitivamente, sería hombre muerto.

RESENG SE DESPERTÓ y encontró a Mito de pie junto a él. No tenía idea de cuánto tiempo llevaba allí. Su expresión era sombría.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las tres de la mañana.

—¿Qué estás haciendo?

—Tengo instrucciones para ti.

—No necesito tus planes. Solo una pistola y un cuchillo.

—No digas estupideces. No es momento para tus berrinches de niño.

—Cuando los asesinos irrumpen aquí, ¿con qué nos defenderemos? ¿Con ollas y sartenes?

—Las elecciones se celebrarán en veinte días. Hanja no tiene tiempo para preocuparse por nosotros y, francamente, todavía no tiene motivos para hacerlo. Vamos a atacarlo antes de que él nos ataque a nosotros.

—Bien. ¿Cuál es tu maldito plan?

—Entonces, ¿nos ayudarás?

—No lo sé. No puedo garantizaros nada.

Ella lo miró un buen rato en silencio, antes de proseguir.

—Tengo todos los datos del doctor Kang. Información sobre conspiraciones que datan de hace veinte años, de gente que murió sin dejar el menor rastro. Y Hanja guarda libros de contabilidad en su caja fuerte. Contienen los registros de todas las transacciones que ha hecho con políticos, empresarios, con la biblioteca, los intermediarios de los asesinos a sueldo y con estos últimos. A raíz de estas elecciones ha obtenido una cuenta muy importante, así que toda la información debe de estar también en sus libros. Y también está el libro de Viejo Mapache.

—¿Qué libro?

—El libro que describe con detalle cada asesinato importante que ha ocurrido en la historia moderna de Corea del Sur en los últimos noventa años. Los anteriores directores de la biblioteca

escribieron capítulos durante cincuenta años y Viejo Mapache los ha escrito durante los últimos cuarenta.

—¿Viejo Mapache ha escrito un libro? Parece que sabes mucho al respecto, teniendo en cuenta que jamás has puesto un pie en la biblioteca. Yo, en cambio, he estado allí veintiocho años y nunca he sabido nada de ningún libro.

Mito miró hacia el dormitorio de la bibliotecaria.

—Definitivamente, el libro existe. Y yo sé dónde se encuentra.

—¿Estás diciendo que ese libro que podría modificar todo lo que sabemos de la historia contemporánea de Corea y sumir al país entero en el caos está ahí metido entre los otros doscientos mil libros de la biblioteca? ¿Dónde? ¿Junto a *Crimen y castigo*? O no, espera, ya sé. Debe de estar junto a *La gracia y la puesta en escena del béisbol japonés*, ¿verdad?

—Está debajo del despacho de Viejo Mapache —dijo ella tranquilamente.

—¿En el sótano?

Mito asintió.

—Es un libro muy grueso con tapas de cuero. Parece una biblia. Lo reconocerás cuando lo veas.

—¿Cómo lo sabes?

—Los hombres como Viejo Mapache piensan que todas las mujeres son unas cabezas huecas. En especial las mujeres bizcas.

Reseng soltó una carcajada. Y pensar que aquella bibliotecaria bizca con cara de tonta había estado fastidiando a Viejo Mapache todo aquel tiempo... Reseng trató de imaginarse la cara que el soberbio Viejo Mapache pondría cuando se enterara.

—Hanja no guarda sus libros de contabilidad en el trabajo —prosiguió Mito—. Están en una caja de seguridad y solo Hanja y su abogado tienen acceso a ellos. Hanja no responderá a las amenazas, pero su abogado sí. Tiene dos hijas preciosas y una esposa, y es un cobarde asqueroso y llorón. Si le pinchas un par de veces con tu cuchillo, cantará. Y al sótano de la biblioteca solo pueden entrar dos personas: Viejo Mapache y tú. Si logras traerme los libros de Viejo Mapache y de Hanja, tu trabajo habrá terminado. Lo que quieras hacer después de eso es asunto tuyo. Una vez que tenga las tres cosas, incluyendo la información del doctor Kang, yo tendré todas las cartas.

Reseng la miró.

—¿Crees de verdad que podrás lograrlo? Aunque consigas poner las manos sobre esos documentos, tendrás detrás de ti a todos los asesinos del país. Y no solo a ellos, también al Gobierno, los militares, la Policía, los fiscales; todos irán a por ti. Porque en este país todo el que alguna vez ha tenido alguna clase de poder está relacionado con un planificador.

—¿No son divertidas las elecciones? Es como una enorme fiesta. Ambición, codicia, vanidad, todo reunido en el mismo lugar, todos arriesgando el pescuezo. Y los ojos de todo el mundo están puestos en el espectáculo, esperando desenmascarar alguna mentira. Es el momento perfecto para hacer que las cosas exploten. Y todo el mundo espera que eso suceda. Yo tengo un plan. ¿Qué piensas? ¿Me ayudarás?

Reseng se lo pensó bien.

—Si tienes éxito —dijo— toda la gente que conozco morirá. Yo también. Pero ¿qué pasará con los planificadores que mueven los hilos entre bambalinas, los que nos manejan como marionetas? Ellos sobrevivirán. Eso es lo que la historia me ha enseñado.

Mito rio.

—Tal vez sí, tal vez no. Nunca he entrado en batalla, pero al menos no morirás como un cobarde oso polar.

AL DÍA SIGUIENTE cayeron las primeras nieves del año. Misa no podía apartarse de la ventana; estaba completamente embelesada. Pero a Reseng aquel grueso manto de nieve le hacía sentirse aislado, como si hubiera llegado demasiado lejos y estuviera en gran peligro. Echó más carbón en la estufa y llenó la tetera. Los músculos del costado seguían entumecidos, pero ya podía moverse con mayor facilidad. Mito y la bibliotecaria estaban afuera. Se sentía aliviado: si estuvieran en casa, las tres mujeres lo estarían volviendo loco, parloteando todo el día, seguramente, sobre la nieve.

—¿A que el mundo es más hermoso cuando nieva? —dijo Misa, mirando por la ventana.

—¿Hermoso? —murmuró Reseng—. ¿Cinco centímetros de nieve bastan para volver hermosa la suciedad y el polvo que hay debajo?

Misa frunció el ceño.

—¿Por qué eres tan negativo? Es solo nieve.

Reseng rio.

—Creo que tienes razón. Es solo nieve.

—Ah, me encantaría caminar sobre ella —dijo la muchacha, estirando los brazos por encima de la cabeza.

Enseguida, Reseng se puso un gorro y salió a barrer la nieve. Se había acumulado por la ventisca y había invadido el jardín y el sendero del bosque. Le gustaba la sensación de los copos sobre el rostro, cómo se pegaban a él y se derretían. Cuando era niño, solía pasarse horas barriendo las flores de cerezo que se arremolinaban en el patio cada primavera. La escoba era más grande que él. Solía barrer el suelo hasta que quedaba limpio, y entonces, al darse la vuelta, descubría que las flores de cerezo se habían vuelto a acumular detrás de él. Consternado por las flores moribundas que nunca dejaban de caer, se había pasado tardes enteras barriendo. Acabó de despejar un sendero que iba del jardín hasta el camino principal y volvió a la cabaña. Cogió una manta y cubrió con ella las piernas y el regazo de Misa.

—Ponte un gorro o no saldrás —dijo.

Obediente, ella se puso un gorro de lana. La sentó sobre su silla de ruedas y la condujo hacia fuera. Las ruedas producían un curioso crujido al deslizarse sobre la nieve.

—¿No es muy difícil de empujar mi silla en la nieve? —preguntó.

—No lo es.

Cada vez que las ruedas traqueteaban debido a una roca o una raíz, Misa soltaba una risita. Extendió una mano y atrapó un copo de nieve; luego echó la cabeza hacia atrás y dejó que los copos le cayeran sobre los ojos cerrados.

—¿Qué clase de vida te gustaría tener? —preguntó Reseng.

—Me gusta esta —respondió ella, sin abrir los ojos—. Tal y como es.

MITO REGRESÓ A medianoche. Los cambios de marcha y el motor del coche sonaban antinaturales mientras se acercaba a la cabaña por el camino cubierto de nieve. Los faros del coche iluminaron la ventana de la fachada; luego todo quedó a oscuras. Pero la mujer no entró.

Reseng se levantó de la cama y miró por la ventana. Mito tenía la cabeza agachada; sujetaba el volante con ambas manos y le temblaban los hombros. Permaneció sentada en el coche durante media hora antes de entrar. Reseng volvió a la cama y fingió dormir. Oyó como abría y cerraba la nevera, y luego a Mito desplomarse sobre el suelo. Durante un largo rato no volvió a oír nada. Miró el techo a oscuras durante otros veinte minutos antes de levantarse de la cama para ir a la cocina. Encendió la luz y encontró a Mito acurrucada junto a la nevera, llorando. La miró un momento y luego sacó una botella de agua de la nevera. Bebió un vaso y le sirvió otro a ella.

—Yo pensaba que las chicas duras como tú nunca lloraban —dijo.

La sonrisa de Mito era más una mueca. Bebió un sorbo de agua. Reseng tomó asiento junto a la mesa. La mujer se secó las lágrimas con la manga.

—¿No vas a preguntarme por qué una chica dura como yo está llorando? —preguntó burlonamente, con los ojos aún empañados de lágrimas.

—No, las mujeres tienen tantas razones para llorar como estrellas hay en el cielo.

Ella asintió, conforme.

—Si te dejo vivir, ¿podrías cuidar de Misa? —La expresión en sus ojos era sincera y apesadumbrada—. Durante cinco... No, solo los próximos tres años.

Reseng la miró sin comprender.

Ella añadió:

—No estoy diciendo que eso vaya a pasar, pero solo por si acaso.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Reseng.

—No viviré tanto tiempo.

—¿Por qué tendrías que morir tú mientras yo sigo con vida? ¿Es por esa estúpida moral tuya sobre los monstruos o lo que sea? Tu muerte no cambiará el mundo. Así que, vive. ¿Qué sentido tiene salvar el mundo sin ayuda de nadie y luego ser el único que muere? ¿Qué clase de tontería es esa? ¿Quién te crees que eres, Jesucristo?

—Hoy he matado a una niña; le he puesto una inyección. Había estado en coma desde los nueve años. Una niña que jamás ha cometido ningún pecado y que no tiene poder. La maté. Con una inyección.

Mito parecía borracha.

—¿Quién era?

—La hija del Barbero.

Reseng se puso de pie. Había visto un paquete de cigarrillos en algún lugar de aquella cocina. Mientras levantaba la tapa del frasco de café y miraba dentro, ella se sacó un paquete del bolsillo y le ofreció uno. Reseng lo aceptó y lo encendió. A la segunda calada, una oleada de náuseas lo acometió. Era el primer cigarrillo que fumaba en un mes.

—¿Por qué a ella? —preguntó.

—Porque ella era la razón por la que trabajaba, no Hanja.

De pronto, a Reseng empezó a palparle el ojo izquierdo. Frotó contra él la palma de la mano. ¿Había matado alguna vez en nombre de la fe o de la justicia o de algo semejante? Nunca. Ni siquiera creía en esas cosas. Había matado porque le ordenaban matar. Porque la persona asesinada estaba en una lista y porque él era un asesino. ¿Por qué había matado Mito? La idea de que podías matar a alguien por algo en lo que creías lo llenó de un miedo repentino. Cuando meditó sobre ello, pensó que tal vez era aquello lo que motivaba a los planificadores. Le dio otra

calada al cigarrillo:

—La gente oculta sus verdaderas motivaciones, incluso a sí misma —dijo—. Y tienen que inventarse motivos falsos para seguir engañándose. Tú no conoces tus verdaderas motivaciones. Ni siquiera sabes bien lo que estás haciendo, ¿verdad? Por lo que veo, no eres muy diferente del resto de nosotros. Eres como el Barbero, como Hanja. Eres igual que todos los planificadores que existen. Ese nuevo mundo que te imaginas será calcado al mundo anterior. De la misma forma que los gatos cazan ratones, sin importar de qué color sean.

Apagó la colilla en el agua acumulada en el fondo del fregadero y la arrojó al cubo de la basura. Mito seguía tumbada en el suelo, con una expresión de devastación en el rostro.

—Te conseguiré los libros de contabilidad de Hanja —dijo a la parte superior de la cabeza de Mito—. Pero no el libro de Viejo Mapache. Es lo máximo que puedo hacer.

La tarde siguiente, Reseng recogió sus cosas. Misa sacó ropa de invierno de un ropero y la puso en su maleta. Las prendas habían pertenecido al padre fallecido de las hermanas. La mayor parte de ellas eran un poco grandes para él.

—¿Tu padre era alto?

—Alto y guapo —respondió Misa, sonriendo.

—Te dejaré en la estación —dijo Mito, de pie a su lado.

Se dio cuenta de que quería decirle algo en privado.

—No, gracias —respondió—. Quiero caminar solo.

Sin dejar de vigilar a Misa, Mito le entregó un sobre. Reseng lo miró. Supuso que contenía la dirección del abogado de Hanja y del lugar donde se encontraba la caja fuerte, el método para burlar el sistema de seguridad, la hora y la fecha en que el abogado se encontraría allí, y una lista de los libros que tenía que buscar. Puso el sobre dentro de la maleta.

—No tardes —dijo.

—No lo haré —respondió él, con firmeza.

Reseng le dedicó una sonrisa a Misa. La muchacha parecía triste. Le dio una palmadita en el hombro, se dio la vuelta y caminó lentamente por el camino lleno de nieve fangosa. Ella le dijo adiós con la mano hasta que se perdió de vista.

LA CASA SEGURA de Hanja se encontraba en un tranquilo barrio residencial. Era una vivienda ordinaria de dos pisos con un jardín bien cuidado. La casa vecina se encontraba tan cerca que los aleros casi se tocaban. Era la clase de hogar en el que esperabas ver a un padre de familia caminando hacia la entrada con un pastel gigante para sus hijas gemelas. Siguiendo las instrucciones de Mito, Reseng trepó primero a la azotea de la vivienda vecina y luego saltó al tejado de la casa de Hanja. Junto al depósito del agua había un cuarto de calderas que tenía una ventana de ventilación de treinta centímetros cuadrados. Tiró del marco de la ventana. Era de mala calidad; estaba seguro de que podría retirarlo sin romper el vidrio. ¿Aquella era la maravillosa idea de Mito para introducirlo en la casa? «Vaya planificadora está hecha», pensó, riendo.

El abogado de Hanja aún no había llegado. Reseng miró su reloj: las 20:00 horas. Apoyado contra el depósito del agua, sacó la PB/6P9 de su funda y la contempló bajo la luz de las farolas. Desenroscó el silenciador y lo volvió a ajustar, luego extrajo el cargador, echó hacia atrás la corredera vacía y soltó el gatillo. «Nada mal», pensó. Le gustaban las armas rusas porque eran silenciosas, tanto que parecía que las hubieran diseñado para el silenciador, en vez de al revés. Si

debían acercarse lo suficiente a un blanco como para necesitar un arma corta, los más profesionales preferían los cuchillos. Las pistolas eran sucias y dejaban residuos de pólvora y casquillos. Aunque tampoco era algo que debiera ya importarle.

Pensó en sacar un cigarrillo del paquete que tenía en el bolsillo, pero vaciló. Luego lo sacó de todas formas y lo encendió. «Es algo que ya no debe preocuparme», murmuró. Cuando iba por la mitad del pitillo, su teléfono comenzó a vibrar. Era Mito.

—El abogado de Hanja acaba de salir de la oficina. Llegará en veinte minutos —dijo.

—No hagas nada estúpido como tratar de seguirlo. Solo ven y espera.

—Cuando tengas los libros, dile que se los devolverás a cambio de setecientos cincuenta millones de won. De otra forma, Hanja sospechará.

—¿Por qué tienen que ser siete quinientos? —gruñó Reseng—. ¿Por qué no setecientos u ochocientos justos?

—El abogado irá con dos guardaespaldas. Ten cuidado. Estaré en el callejón del otro lado de la calle.

Colgó. Apagó el cigarrillo y se guardó la colilla en el bolsillo por costumbre. Luego retiró la ventana de ventilación, la puso despacio en el suelo y se asomó dentro. El espacio era estrecho, pero si encogía los hombros no tendría demasiados problemas para entrar y salir.

Justo como Mito le había dicho, el abogado llegó casi veinte minutos después. Reseng se asomó desde el tejado y observó. Un hombre corpulento acudió corriendo a abrir la puerta del coche. El abogado salió del asiento trasero, seguido de otro hombre alto y delgado que parecía ser un guardaespaldas. Tenía un aspecto fuerte y letal. El motor se apagó y un hombre que no parecía en absoluto un chófer salió del asiento del conductor. Un gordo, dos guardaespaldas y un abogado. Si algo salía mal, las cosas podían complicarse.

Mientras el abogado entraba en la casa, Reseng se coló por la ventanilla de ventilación. Abrió la puerta que daba al cuarto de calderas y esperó. Oyó a los hombres hablar en la planta baja. Después de un momento, el abogado subió solo a la primera planta, abrió una de las habitaciones y entró. En aquel cuarto se encontraba la caja fuerte. Reseng se deslizó en silencio por el pasillo y echó un vistazo abajo. Los otros tres hombres comían en la cocina y contaban chistes. Retrocedió y giró el pomo de la habitación del abogado. Estaba cerrada por dentro. Echó de nuevo un vistazo al piso de abajo. Los tres hombres reían estruendosamente. Reseng llamó a la puerta. Escuchó al abogado decir: «¿Qué pasa?». Esperó sin responder. Más risas de la cocina. Volvió a tocar. Oyó el chirrido de una silla al moverse y la voz molesta del abogado. Apretó el pañuelo húmedo en su mano izquierda y con la derecha empuñó la pistola.

—¿Qué demonios pasa? —dijo el abogado mientras abría la puerta.

A continuación, le metió el pañuelo en la boca, lo empujó al interior de la habitación y disparó una bala contra su muslo izquierdo. El abogado se quedó perplejo mirándose la pierna herida. Reseng se giró para comprobar qué sucedía en el piso de abajo. De la cocina seguía saliendo un estrépito de risas. Cerró la puerta con llave.

—Si haces un solo ruido, te dispararé en la cabeza, ¿entendido?

El abogado asintió. Reseng le sacó el pañuelo de la boca. Acto seguido, le disparó en la rodilla izquierda. El hombre chilló. Él arqueó una ceja.

—¿Qué te pasa, eres sordo? Hace dos segundos te he dicho que te dispararía en la cabeza si hacías un solo ruido.

Le apuntó con la pistola. El abogado cerró la boca. Tenía los ojos anegados en lágrimas.

—¿Crees que ya puedes obedecer órdenes?

El abogado asintió varias veces. Reseng volvió a dispararle en la rodilla izquierda. El hombre apretó los dientes y cayó al suelo. Rodó de lado, manchando la alfombra de sangre. Después de un rato, pareció acostumbrarse al dolor y sus quejidos disminuyeron. Reseng asintió en su dirección.

—Es un lugar muy doloroso para recibir un balazo, pero te estás portando como un campeón. Imagino que así fue como aprobaste el examen del colegio de abogados.

Reseng se sentó sobre una mesa en el centro de la habitación. El abogado miraba el suelo, con los dientes apretados. Reseng encendió un cigarrillo

—Ya no podrás volver a usar la rodilla. Esa articulación es muy delicada. Una vez que se rompe es imposible recomponerla. Pero hay una gran diferencia entre cojear de una pierna y cojear de las dos. Se podría decir que es la diferencia que existe entre un bastón y una silla de ruedas.

Exhaló una larga columna de humo.

—Así que, ¿qué piensas? ¿Te gustaría conservar la rodilla derecha?

El hombre asintió.

—Necesito los libros de contabilidad de Hanja. Sé que están aquí y sé que tú sabes cómo abrir la caja fuerte. Así que ábrela. Si tardas demasiado, pasarás el resto de tu vida en una silla de ruedas. Y si no la abres, estás muerto.

El abogado lo miró.

—¿Para qué necesitas los libros?

—Estoy planeando mi jubilación, pero nadie me ofrece una pensión.

—Hay dinero en esa maleta. Cerca de trescientos millones. Puedes quedártelos.

Bajo el escritorio había una maleta negra con ruedas. Reseng se acercó, con el cigarrillo en la boca, y la abrió. Estaba llena de dinero en efectivo.

—¿Trescientos millones?

El abogado asintió.

—Trescientos... Vaya, es muchísimo dinero. Supongo que es por las elecciones. De cualquier forma, gracias.

Reseng cogió la maleta y volvió al sitio donde estaba el abogado. Lo miró desde arriba. El hombre alzó la cabeza y lo contempló a su vez. Reseng le apuntó con su arma y le disparó en el muslo derecho. El otro ahogó un alarido.

—La próxima bala irá a la rodilla. Así que, desembucha: ¿dónde están los libros de Hanja?

El rostro del abogado se retorció de dolor.

—Si te los entrego, me matarán de todos modos.

—Odio a los abogados. Siempre tan elegantes, tan precavidos, tan deductivos y tan escurridizos que creen que podrán escabullirse de cualquier problema. Pero ¿cómo vas a salir de esta? Creo que hoy es el día en que tendrás que aplicar la misma lógica implacable que usaste cuando entraste tan campante en la biblioteca con el cuerpo de Jeongan. ¿Prefieres morir en mis manos, después de que te dispare todas las balas en cada una de las articulaciones? ¿O en manos de Hanja? Piensa rápido. No tengo mucho tiempo.

Reseng volvió a apuntarle con la pistola.

—La caja fuerte está debajo del escritorio.

Reseng tomó al hombre por el cuello de la camisa y lo arrastró consigo. El abogado se resistió. Le presionó el cañón del arma contra la cabeza. El fiscal apartó la alfombra de debajo del escritorio, sacó un control remoto del bolsillo y pulsó un número. El suelo se abrió y dejó al descubierto una caja fuerte. Pulsó otro número y la caja se abrió. Dentro había varios libros de contabilidad y cedés. Reseng los introdujo en su mochila. El abogado lo miró aturdido.

—Esto es lo que le dirás a Hanja: quiero dinero. Dos mil millones en bonos al portador, mil millones en efectivo. Divide el efectivo en partes iguales en dos maletas de cuero.

El hombre asintió; parecía aliviado. Justo entonces alguien llamó a la puerta con insistencia. Reseng se volvió hacia el abogado, que parecía aterrado.

—¿Has apretado algún botón? —le preguntó.

—Me he olvidado de cancelar la alarma al abrir la caja fuerte...

Una excusa patética. Reseng cerró la mochila y miró al abogado, que en aquel momento temblaba sin control. El sicario frunció el ceño y le disparó en la rodilla izquierda. Esta vez el fiscal gritó a todo pulmón.

Los toques se convirtieron en golpes y luego alguien comenzó a patear la puerta. Reseng se pegó a la pared, ralentizó su respiración y abrió justo cuando un hombre trataba de abrir de una patada desde el pasillo. El hombre cayó dentro de la habitación. Era el conductor. Le disparó en ambas piernas. Luego le disparó al hombre delgado que estaba en el pasillo. Este dio una voltereta, esquivó la boca del cañón de la pistola, sujetó a Reseng por el brazo y lo empujó con un golpe de hombro, en un único, efectivo y hábil movimiento. Mientras caía en el pasillo, perdió la pistola y el hombre delgado la cogió. El sicario se quedó de pie, masajeándose el hombro. El tipo le apuntó con la pistola. Parecía familiarizado con el arma. Del cinturón, Reseng sacó un cuchillo Henckels nuevo que había comprado en una tienda cuando iba de camino a la casa. El hombre sonrió con burla.

—¿Qué, eres estúpido? Tengo una pistola —dijo.

—Ya no tiene balas. Tu jefe no ha cooperado demasiado.

El hombre apuntó a la pared y disparó. Se oyó un chasquido. Tiró la pistola al suelo. Tenía otra en su chaqueta, pero más bien parecía una pistola de gas lacrimógeno. Sacó un arma blanca de su cinturón: un cuchillo militar usado por las fuerzas especiales.

—¿Nos conocemos? —preguntó Reseng.

—Sí, del funeral de Chu.

En efecto, era el mismo hombre delgaducho que acompañaba a Hanja el día que incineraron a Chu.

—No pareces un asesino. Supongo que eres soldado —le aventuró.

—Lo fui durante mucho tiempo.

—Entonces no dejes de serlo y defiende a tu país y a tu familia con honor.

—El honor no da de comer —dijo el hombre, alzando el cuchillo.

Reseng bajó el cuchillo y caminó hacia él, con paso ligero, como si estuviera paseando. El tipo intentó clavarle el cuchillo en la cara. Él giró hacia la izquierda para esquivar la hoja y rajó al hombre desde el hombro hasta la axila. El tipo soltó el cuchillo. Reseng giró hacia la derecha y con gran delicadeza hundió el cuchillo en el costado de su rival. El tipo cayó de rodillas. Bajó la cabeza, pero no se quejó. Reseng sacó el cuchillo, tomó la pistola del suelo, la introdujo en la funda, sacó un pañuelo y limpió la sangre del cuchillo. Cuando volvió a la habitación, el abogado

se retorció en un charco de sangre mientras hablaba por su teléfono móvil.

—Es el cabrón ese de la biblioteca. Se ha llevado los libros. Sí. Sí. Está aquí al lado. Me ha disparado... No, no me ha sobornado, me ha disparado.

Reseng observó divertido al abogado. El hombre alzó la mirada y bajó el teléfono, aterrado.

—Trabajas demasiado —le dijo.

Cogió la mochila del escritorio y la maleta llena de dinero, y se dirigió a la planta baja. A medio camino, apareció el gordo con un bate de béisbol. A pesar de su tamaño, las manos del hombre temblaban violentamente. Reseng lo observó con más detenimiento. Era el guarda de seguridad de la oficina de Hanja, el que parecía un paquete de salchichas.

—¿Vas a golpearme con eso?

El paquete de salchichas miró el bate. Todos los signos del miedo estaban claramente presentes en su semblante. Reseng sacudió la cabeza.

—Vamos, no uses eso con la gente —le dijo.

El paquete de salchichas se desmayó y cayó al suelo.

Reseng abrió la puerta de entrada y salió. Vio el coche de Mito cuando entró en el callejón. Tocó en la ventanilla; ella bajó el vidrio. Reseng levantó la mochila y se la entregó.

—Con esto pago mi deuda —dijo.

Mito abrió la mochila, sacó uno de los libros y revisó su contenido. Él alzó la maleta que le había quitado al abogado.

—Te daré esto si me prometes que abandonas y que te irás del país con Misa. Hay trescientos millones aquí.

—¿Crees que puedes sobornarme?

—Tal vez.

—Sube.

Reseng negó con la cabeza. Ella se quedó mirándolo:

—Vete de aquí —le dijo—. La gente de Hanja llegará en cualquier momento.

Mito encendió el motor a regañadientes.

—Nos encontraremos de nuevo. Mantente a salvo hasta entonces. Y recuerda —dijo ella, con una sonrisa—: la única que puede salvarte es Mito.

Reseng la vio alejarse en el coche. Lo invadió una absurda sensación de soledad. Encendió un cigarrillo. Aunque solo había estado lejos un mes, las luces de la ciudad le hacían sentir extraño, mareado. Muy pronto, Hanja soltaría a sus rastreadores y a sus asesinos. De pronto no supo qué dirección tomar.

Enfiló calle abajo. La maleta era pesada. Las pequeñas rueditas crujían ruidosamente sobre el asfalto. Podía abandonar el país. Tenía una maleta con trescientos millones de won. No era una cantidad enorme, pero tampoco era tan despreciable. Podía conseguir un pasaporte falso, tomar un barco de contrabando en Incheon o en Busan, navegar por el mundo hasta llegar a México, beber tequila y envejecer tranquilamente. Podía irse lejos, muy muy lejos, donde nadie lo conociera, donde su pasado no lo persiguiera, donde se le permitiera tartamudear hasta aprender el idioma; se inventaría un nuevo nombre, se casaría con una mujer exótica, tendría hijos con ella y una nueva vida en la que se dedicaría a un trabajo físico honesto.

«¿De verdad podía hacerlo?», se preguntó en voz alta, pero con la voz temblorosa. Cuando alzó la mirada vio que las luces de la ciudad eran como cuchillos que cortaban sus pupilas. La

fatiga lo invadió de inmediato y las piernas le flaquearon. La maleta negra que arrastraba y la pistola y el cuchillo que llevaba se volvieron de pronto demasiado pesados. Pero tal vez ese peso no proviniera de la maleta, ni de la pistola, ni del cuchillo... Alzó la mano y llamó a un taxi. Un conductor canoso le preguntó adónde se dirigía.

—A la estación de tren.

En la estación, Reseng examinó atentamente la lista de nombres de ciudades que colgaba sobre la taquilla. Pasó casi una hora mirando los horarios y los destinos desconocidos, pero por mucho que lo intentó no fue capaz de decidir adónde ir, ni siquiera pudo averiguar por qué permanecía allí de pie. Caminó hacia la salida. La gente que corría para alcanzar el tren cruzaba la plaza. Los altavoces reproducían una y otra vez las mismas canciones de Navidad. Reseng bajó las escaleras hasta el pasaje subterráneo y dejó la maleta en una consigna.

Al otro lado del pasaje, dos indigentes borrachos se empujaban el uno al otro y maldecían. Otros dormían detrás de parapetos improvisados con cajas de cartón, mientras que unos pocos comían migajas de ramen seco y bebían soju. Reseng se sentó sobre un cartón junto a los cuerpos que dormían. Uno de los hombres que habían estado bebiendo lo miró y se acercó. Sirvió un poco de soju en un vaso de papel y se lo ofreció. Reseng leyó la expresión en el rostro del hombre: «A la mierda mi vida». Con los ojos hinchados por el alcohol, A la Mierda mi Vida seguía tendiéndole el vaso de papel. Lo aceptó y bebió, luego le devolvió el recipiente. El hombre le ofreció otro, pero Reseng negó con la mano. A la Mierda mi Vida volvió tambaleándose a su sitio. El alcohol se propagó rápidamente del estómago vacío de Reseng al resto de su cuerpo y le hizo entrar en calor. Se recostó sobre el trozo de cartón que quedaba libre. Un viento helado soplaba desde la entrada. A lo lejos, oyó el débil tintineo de una campanilla del Ejército de Salvación. Un grupo de mujeres elegantemente vestidas pasó junto a él, riendo. «Me gusta el sonido de la risa femenina... La risa de las mujeres suena siempre igual — pensó—. Esas mujeres, Mito, la bibliotecaria bizca... Apuesto a que todas se ríen igual, desde Suazilandia hasta Suecia.» Reseng también se rio. Encogió las piernas, apoyó la cabeza en el brazo y se durmió junto a los indigentes.

Por la mañana, tomó el primer tren a D, que lo llevó de regreso a la tienda del Barbero. Giró el pomo de la puerta. Había asumido que la barbería se encontraría cerrada con llave, pero la puerta se abrió. Entró. El hombre estaba allí sentado, con las luces apagadas. Reseng se sentó junto a él. El Barbero lo contempló en el espejo con una mirada inexpresiva. Sin asombro ni ira, no era más que el rostro cansado de un viejo barbero consumido por el dolor.

—Oh, qué bien, estás entero —dijo en voz baja.

Reseng asintió. Sobre la estantería había una urna envuelta en un lienzo blanco.

—¿Es tu hija? —preguntó cortésmente.

—Mi esposa. El funeral fue ayer.

La voz del Barbero sonaba impasible.

Reseng volvió a asentir. Durante un rato permanecieron sentados el uno junto al otro sin hablar. El Barbero no despegaba los ojos de las manos, que tenía sobre el regazo, mientras el asesino contemplaba su propia imagen en el espejo. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y le ofreció uno al Barbero. Lo encendió primero y luego el suyo.

—¿Puedo preguntarte qué haces aquí? Imagino que no solo buscas vengar a tu amigo —dijo el Barbero.

Reseng le dio una larga calada al cigarrillo antes de responder.

—Si tu hija no hubiera estado enferma, ¿habrías trabajado como asesino de todas formas?

A su vez, el hombre le dio una larga calada a su cigarro y exhaló el humo lentamente.

—Es difícil decirlo. —Su voz era tranquila—. ¿Qué habrías hecho en mi lugar? —Se volvió para mirar a Reseng.

—Cometí un terrible error cuando tenía veintidós años —dijo Reseng—. No era más que un niño, demasiado joven y torpe y lleno de miedo. Pero eso no es excusa en esta profesión. Como sabes, los asesinos que se equivocan deben morir. Si no sucede así, otro muere en su lugar. Como ese chico, Dalja, que murió en vez de haberlo hecho tú.

Los labios del Barbero se estremecieron.

—Entrenador fue quien murió en mi lugar. Era un millón de veces mejor que yo. Y ¿sabes qué hice? Hui. A una fábrica. Algo en mí, simplemente, murió. —Reseng soltó una carcajada amarga—. Desde entonces he vivido huyendo. De mis errores, de la muerte de Entrenador, de la oportunidad de vivir una vida normal y honesta, de la mujer a la que amaba. Entrenador me dijo una vez: «En el momento en que cierras los ojos, no vuelves a abrirlos nunca». Bueno, cerré los ojos. He vivido aterrorizado por tener que enfrentarme al brutal Barbero, a quien ni Entrenador ni Chu pudieron vencer.

—¿Por eso viniste a buscarme? —preguntó el Barbero, con un deje de burla en la voz.

Reseng asintió. El otro miró al techo. Del cigarrillo que sostenía entre los dedos cayó un poco de ceniza.

—¿Esa mujer mató a mi hija? —indagó.

—Es doctora, así que debió de hacerlo sin dolor.

El Barbero apagó el cigarrillo en un cenicero y se levantó de la silla.

—Espera aquí un segundo.

Se dirigió a la trastienda y salió con una bolsa. La abrió, sacó el cuchillo de Chu y se lo ofreció a Reseng, que lo aceptó. La hoja estaba limpia. El Barbero sacó el mismo cuchillo Mad Dog de la última vez.

—¿Alguna vez has matado a alguien sin que te pagaran por hacerlo? —preguntó el Barbero.

—No, nunca. Anoche les disparé a unas cuantas personas y las acuchillé, pero todavía deben de estar vivas.

—Tú eres el último asesino que mataré; y el primero que mataré gratis.

Reseng se quitó la cazadora y la funda de cuero de la pistola y las colgó en el perchero. El Barbero miró la pistola en la funda de Reseng y pasó su índice por la punta del Mad Dog. El sicario avanzó primero hasta el centro de la barbería. El Barbero se acercó lentamente y se colocó frente a él. Reseng levantó su cuchillo. El Barbero asintió una vez y luego arremetió contra el rostro de su rival, que se giró para esquivar el filo. Blandió su cuchillo de nuevo, esta vez apuntando a la garganta de su contrincante; Reseng bloqueó el ataque y cortó al Barbero en el antebrazo. Este hizo girar su arma y rajó la mejilla derecha de Reseng. Ambos dieron un paso hacia atrás. Del brazo del Barbero chorreaba sangre. Reseng se llevó la mano izquierda a la mejilla. Los dedos se le tiñeron de rojo.

—Has mejorado muchísimo —dijo el Barbero, limpiándose la sangre que le resbalaba desde el antebrazo hasta la muñeca.

—Estuve postrado en la cama, pensando en ti miles de veces al día.

—En la cama, ¿eh?

Reseng retomó la posición de combate. Igual que la última vez, su adversario se escondió el cuchillo detrás del cuerpo y se quedó quieto, relajado por completo. El reloj de péndulo contaba los segundos. Las suelas de los zapatos de Reseng rechinaban contra el suelo. Pensó que podía oír el sonido de la corriente de un río. Agua helada fluyendo sobre la grava. Se le ocurrió que ya no le importaba en absoluto si terminaba tendido junto a su cauce. El Barbero balanceaba suavemente el cuerpo de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, como un árbol agitándose en la brisa, y parecía decir: «Ven, ven aquí».

Reseng arremetió con todas sus fuerzas contra la garganta del hombre. Y como si hubiera estado esperando justo eso, este dio un paso atrás, giró el cuchillo en la mano izquierda y lo hundió en el costado de su rival. Reseng le tomó la mano y hundió el cuchillo que empuñaba aún más profundamente en su cuerpo. El otro lo miró, conmocionado y sorprendido. Con una poderosa cuchillada, Reseng le abrió la garganta al Barbero de un solo tajo. Este se quedó inmóvil, pasmado. Reseng se apoyó en una silla cercana. El Barbero alzó una mano para palparse la herida de la garganta, de la que manaba sangre. Miró la urna de su esposa durante un segundo, luego le dedicó una sonrisa a Reseng y se desplomó de rodillas con la cabeza apoyada en el pecho.

TOMÓ ASIEN TO EN la silla de la barbería y se recostó. Al final, el dolor se abría paso. Bajó la mirada y contempló el cuchillo que tenía clavado profundamente en el costado. La sangre manchaba la hoja y le empapaba la camisa. Sacarlo solo aceleraría la pérdida de sangre. Encendió un cigarrillo y exhaló una nube de humo contra el espejo. El Barbero se reflejaba en el vidrio; seguía de rodillas, con la cabeza agachada, como si se estuviera arrepintiendo de sus pecados. El reloj en la pared marcaba las 8:40. Reseng fumó la mitad del cigarrillo, sacó su teléfono del bolsillo y llamó. Después de cerca de diez tonos, Oso contestó con voz adormilada.

—Las ocho de la mañana son como medianoche para Oso —gruñó.

—Tienes que hacer una recogida. En la barbería frente a la oficina de correos, en D. Es un pueblo pequeño, así que no te perderás. Encontrarás un cuerpo y una urna. Después de que incineres el cuerpo, por favor, mezcla las cenizas con las que están en la urna y dispérsalas juntas. Con mucho cuidado, por favor.

—¿De quién es el cuerpo? —Oso aún sonaba aturdido.

—Del Barbero.

Oso tragó saliva. Él logró oírlo al otro lado de la línea.

—¿Estarás tú ahí? —preguntó Oso.

—No, tengo que irme. La puerta estará cerrada, así que tendrás que encontrar la manera de entrar.

Reseng colgó y miró su rostro en el espejo. El corte de la mejilla derecha sangraba; se la limpió con la palma de la mano. «Te veo diferente», le dijo a su reflejo. El rostro del espejo le sonrió burlonamente y la cabeza se movió con suavidad de un lado a otro. Reseng le devolvió la sonrisa a su reflejo con desgana y le dio otra calada al cigarrillo. Cuando se puso de pie, la sangre resbaló por el lomo del cuchillo y goteó en el suelo. Apagó el cigarro en el cenicero y tomó dos toallas de la estantería. Mojó una con agua del fregadero y la usó para limpiarse la sangre del costado; luego dobló la toalla seca y se la colocó debajo de la camisa para contener la hemorragia. Echó la cabeza hacia atrás, con una mueca de dolor en el rostro, y soltó un gemido profundo. Luego volvió a sentarse, sacó la tarjeta de visita de Hanja de la cartera y marcó el número de teléfono.

—Deduzco que tu abogado ya te ha dado mi mensaje. Tres mil millones. Será mejor que empieces a contar los billetes —dijo Reseng.

Hanja se quedó callado un instante antes de responder:

—¿Alguna vez has visto a una anaconda tragarse un caimán? No puede digerirlo. Acaba muerta con el estómago reventado. —Sonaba furioso.

—No te preocupes, no me dolerá la barriga. Te daré tres días. Después de eso, le venderé tus libros a alguien más por menos dinero. Así que sé bueno y ten listos esos billetes. Y no te entusiasmes demasiado y sueltas a tus perros antes de tiempo.

Reseng colgó. La sangre del Barbero había formado un charco sobre el suelo y se extendía hasta el fregadero. Fue hacia el perchero y se puso la funda con la pistola y la cazadora, que no cerraba a causa del cuchillo que le sobresalía del costado. El anticuado abrigo de invierno del Barbero colgaba de un gancho. Titubeó antes de ponérselo.

Al salir, cerró con llave la puerta de la barbería, dio cinco pasos y luego miró hacia atrás para ver si había dejado un rastro de sangre. No había ninguna gota. Con una mano presionando firmemente la toalla que llevaba debajo de la camisa, Reseng se encaminó despacio hacia las afueras de D. Pero antes de que pudiera llegar al límite del pueblo, le sobrevino una oleada de náuseas. La herida del costado se resentía a cada paso, y lo que era peor, cada vez que se encogía de dolor, manaban del cuchillo gotas de sangre y caían en el camino. Así no llegaría muy lejos. Se detuvo y miró a su alrededor. Un edificio anticuado de dos pisos situado en un extremo del pueblo anunciaba que se trataba de una clínica; Reseng se dirigió hacia allí.

Era una clínica muy pequeña y muy vieja. Solo había otro paciente, una anciana. Al parecer, la enfermera se había alejado de la recepción. Echó un vistazo al interior a través de la puerta entreabierta de la oficina y vio a un hombre de alrededor de setenta años jugando al Go-Stop, un juego de cartas *online*, y maldiciendo al ordenador.

—Idiota, ¿por qué cogiste esa carta? Bueno, has comido mierda y ahora más te vale cagarla.

Reseng entró en la oficina pistola en mano.

—Me iré cuando detenga la hemorragia —dijo, haciendo un esfuerzo por parecer cortés—. Nadie resultará herido mientras no llame a la policía.

El viejo doctor deslizó sus gafas de lectura hasta la punta de la nariz y miró a Reseng de arriba abajo. Este abrió el abrigo y le mostró el cuchillo. El médico se puso de pie y caminó lentamente hacia él. Observó el abrigo un segundo antes de apartarlo para examinar la herida.

Señaló con la barbilla una mesa de exploración que se encontraba al otro lado de la habitación. Reseng se quitó el abrigo del Barbero y lo colgó del perchero.

—Tendrá que quitarse eso también.

El doctor miraba la pistolera que le colgaba del hombro; se la quitó y la colgó junto al abrigo. El hombre colocó una jeringuilla, varios frascos de medicamentos, un par de tijeras, antiséptico, gasas y vendas sobre una bandeja y se puso un par de guantes quirúrgicos. El instrumental parecía bastante insuficiente para tratar una cuchillada tan profunda, pero Reseng no tenía más opciones. Se estiró sobre la mesa de exploración.

—¿Me va a estar apuntando con esa pistola todo el tiempo? —preguntó el médico mientras le cortaba la camisa con las tijeras.

Reseng bajó el arma. El doctor empapó un trozo de gasa en alcohol y desinfectó la piel que rodeaba la herida. Luego introdujo la jeringuilla en uno de los frascos.

—No necesito anestesia.

—Le va a doler.

El doctor presionó el émbolo para eliminar las burbujas de aire y trató de clavarla junto a la herida. Reseng alzó la pistola y apuntó al doctor.

—He dicho que no necesito anestesia. Ni analgésicos.

El doctor se quedó mirándolo.

—Es un antibiótico.

Reseng bajó tímidamente el arma. El doctor le puso la inyección y luego lo miró durante unos cuantos minutos sin moverse. Reseng fijó la vista en él con desconfianza.

—No era antibiótico, ¿verdad?

—Es difícil decirlo. Puede que me haya confundido de frasco.

Curiosamente, la voz del doctor sonaba como la de Viejo Mapache. Reseng soltó una risa forzada antes de perder el conocimiento.

EL SOL DE diciembre caía de lleno en la habitación del hospital. Reseng se despertó sobresaltado al sentir el calor del sol en el rostro. Una solución intravenosa goteaba lentamente de una botella colocada encima de su cabeza. Tuvo que emplear las pocas fuerzas que tenía para levantarse de la cama. Su camisa y sus pantalones habían desaparecido; llevaba puesto un pijama de hospital anticuado de rayas azules. Había sangre en la venda que le rodeaba el vientre. Reseng se extrajo la aguja intravenosa de la muñeca y se puso encima el viejo abrigo del Barbero que colgaba de una percha. Cuando salió al pasillo, oyó risas de mujer provenientes de otra habitación. El doctor seguía jugando al Go-Stop en su oficina; Reseng entró. El hombre alzó la mirada de la pantalla del ordenador y lo miró.

—Ya te has despertado, ¿eh? —dijo.

Hizo una reverencia y preguntó:

—¿Por qué no ha llamado a la policía?

—¿Para qué? Solo dan dolores de cabeza y yo ya estoy demasiado viejo para esa clase de dolores. ¿Te marchas ya?

Reseng asintió.

—Bueno, el seguro no cubre nada de esto.

Reseng sonrió. Era agradable conocer a alguien con sentido del humor.

—Gracias por su ayuda. Me gustaría decirle que le devolveré el favor en otra ocasión, pero, para ser sincero, no sé si tendré oportunidad de hacerlo.

El doctor sacó una bolsa que se encontraba debajo de su escritorio y se la entregó a Reseng. Dentro estaba el cuchillo de Chu, la pistola, la funda y el Mad Dog del Barbero.

—Conozco al dueño de ese abrigo, yo era uno de sus clientes habituales —dijo el doctor.

La mano de Reseng se cerró sobre la bolsa y se detuvo.

—¿Era un buen amigo suyo? —preguntó.

—En realidad, no. Los intelectuales sofisticados como yo no tenemos razones para codearnos con ese mundo. Él me cortaba el pelo de vez en cuando y a veces jugábamos al *baduk*. En cualquier caso, a juzgar por el cuchillo de mierda que usó, diría que no planeaba matarte.

Reseng lo miró, mudo de asombro, y asintió lentamente. El médico volvió a la pantalla de su

ordenador. Reseng se despidió. En la recepción, la enfermera le explicaba algo a la anciana. Cuando la mujer se marchó, Reseng sacó la cartera.

—¿Ya le han dado el alta? —preguntó la enfermera.

Él asintió. La mujer tecleó en el ordenador para calcular los gastos. Reseng sacó un millón de wons y los colocó sobre el mostrador; la enfermera dejó de teclear y miró el dinero.

—Esto es por los gastos del hospital y por este pijama espantoso, y para que olvide que me ha visto. ¿Es suficiente?

La enfermera se quedó boquiabierta. El asesino sacó medio millón más de su cartera y lo añadió al fajo. Luego se marchó del hospital.

ERA DE NOCHE cuando llegó a la estación de trenes de Seúl. Abrió la taquilla de la consigna y miró la maleta llena de dinero. Si lo cogía todo y huía en aquel mismo momento, ¿lograría escapar? India, Brasil, México, Papúa Nueva Guinea, Venezuela, Filipinas, Nueva Zelanda, República Checa... Nombres de países en los que nunca había estado desfilaron por su mente. «He oído que hay muchas mujeres hermosas en Venezuela», balbuceó absurdamente. Aquella era su última oportunidad para huir. En menos de tres días, cualquiera de los asesinos y rastreadores del mercado de carnes sería capaz de atraparlo.

Se oyó un fuerte grito que provenía de un rincón del pasaje subterráneo. Reseng se volvió para mirar. Dos indigentes se empujaban y discutían. Junto a ellos, sentado en el suelo y bebiendo alcohol, igual que la última vez, se encontraba A la Mierda mi Vida, el mendigo que le había dado un vaso de soju. Sus posesiones terrenales parecían consistir solo en las capas desiguales de ropa sucia que llevaba puestas, los pedazos de cartón del suelo que lo aislaban del frío y la botella de soju. ¿Tan terrible era aquella vida? Probablemente. Y, sin embargo, el rostro del hombre, con su expresión de completa y total resignación, le parecía en cierto modo sereno.

Reseng abrió la maleta y colocó diez fajos de un millón de wons cada uno en una bolsa de la compra. Cerró la maleta, la sacó de la taquilla de veinticuatro horas, la metió en una taquilla de largo plazo y cerró la puerta. Cuando se dirigía a la salida del pasaje subterráneo, con la llave de la taquilla en la mano, se detuvo para mirar a A la Mierda mi Vida.

—¿Podrías regalarme mil wons para comprar fideos? —dijo el hombre, sin tapujos.

Reseng lo miró a los ojos, pero no parecía que se acordara de él.

—Si no vas a darme nada, entonces vete. No te quedes mirando fijamente a alguien cuando te está hablando, maldita sea. No soy un vago.

Qué bromista. Mendigaba dinero, pero juraba que no era un vago. ¿Qué significaba? Probablemente, nada. Solo palabrería sin sentido para acompañar una vida sin sentido.

—¿Qué? ¿Qué? —gritó el indigente—. Maldita sea, ¿cuál es tu problema? ¿Por qué te comportas como un imbécil? ¿Estás loco? Si estás loco, pégame. ¡Pégame!

Reseng dejó de mirar el rostro del hombre, bajó la cabeza y frotó la suela de su zapato contra el suelo para despegar un pedazo de chicle que se había quedado adherido. A la Mierda mi Vida siguió parlotando sobre «cabrones que miran por encima del hombro» y tomó un trago de soju. Reseng sacó cinco fajos de dinero de la bolsa de la compra y los puso delante del hombre, que levantó la cabeza y lo miró atónito.

—Usa este dinero para empezar de nuevo, antes de que el alcohol te vuelva loco y termines congelado en la calle.

El mendigo miró el dinero con los ojos como platos, pero no lo tocó, como si no pudiera creer que de verdad fuera suyo. ¿De verdad podía volver a empezar? Probablemente no. Se daría la gran vida algún tiempo, sin tener que preocuparse por conseguir el dinero para pagar el próximo trago. A la larga, el dinero se agotaría y terminaría otra vez ahí, se emborracharía y moriría congelado. Justo ahí, en el mismo frío, miserable, apestoso y conocido rincón. Reseng se alejó. A su espalda, el hombre gritó:

—¡Muchas gracias, señor! ¡Gracias! ¡La gente como usted va derecha al cielo!

Subió a la plaza de la estación a fumar un cigarrillo. Notaba el humo como si fueran pedazos de porcelana rota bajándole por la garganta. El efecto del analgésico se estaba pasando y la herida del costado le daba punzadas. El frío aire de diciembre agudizaba el dolor. Se presionó el costado con la mano izquierda y se puso en cuclillas en una esquina de la plaza para recuperar el aliento. La gente que pasaba se giraba para mirarlo. Un voluntario del Ejército de Salvación hacía repicar una campana en el centro de la plaza. Reseng usó su cigarrillo para trazar los caracteres chinos de su nombre en la tierra: 來生, «vida futura». Luego escribió «Venezuela». Se preguntó dónde estaría aquel país. Hizo girar un globo terráqueo imaginario en su cabeza para tratar de encontrarlo y se rio a carcajadas de sí mismo. «Idiota», murmuró, mientras arrojaba la colilla. Se incorporó, caminó hasta la parada de taxis y se subió en uno.

PARECÍA QUE UNA bomba hubiera estallado dentro de la biblioteca. Había millares de libros esparcidos por el suelo, habían derribado las estanterías y el escritorio de la bibliotecaria estaba cubierto de cajas y cajones. Reseng se dirigió al despacho de Viejo Mapache. La puerta secreta trasera que conducía al sótano estaba completamente abierta. El bibliotecario recogía enciclopedias del suelo y las volvía a colocar en los estantes.

—¿Ha sido Hanja? —preguntó Reseng.

—¿Quién si no? ¿Acaso crees que nos ha invadido una manada de jabalíes? —respondió Viejo Mapache, esforzándose en parecer gracioso.

Un ataque de jabalíes habría terminado mejor. Nunca antes nadie le había hecho algo así a la biblioteca. Durante noventa años había sido la dama de honor de los poderes supremos de la nación, la verdad detrás de cada asesinato de importancia y el sanctasanctorum de los intermediarios, los planificadores y los asesinos. Hanja había entrado en pánico. O tal vez se había hartado de mostrar un respeto injustificado hacia la Biblioteca de los Perros.

—¿Cuándo vino?

—Anoche. Debes de haber hecho algo bastante espectacular. Estaba fuera de sus malditos cabales. Amenazaba, suplicaba y luego volvía a amenazar —dijo Viejo Mapache con una risita.

Reseng recogió un tomo de una enciclopedia del suelo.

—¿Qué estás haciendo aquí, por cierto? —preguntó Viejo Mapache—. La gente de Hanja debe de estar ahí fuera intentando darte caza.

Detrás de su tono cínico había un asomo de ansiedad.

—Pensé que debía despedirme de ti antes de irme.

—¿Antes de irte? ¿Quieres decir antes de morir?

No respondió. Colocó la enciclopedia en su lugar en la estantería. Viejo Mapache se sentó en el sillón y encendió un cigarrillo. Le hizo una seña para que se acercara y este se sentó en la silla de enfrente.

—¿Es por esa chica?

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Hanja? —preguntó Reseng, enfurecido.

—Jeongan me lo contó unos días antes de morir. Dijo que estabas chiflado por una chica extraordinaria.

—No, no lo estoy —respondió nervioso—. Jeongan era un maldito mentiroso y hablaba demasiado de cosas que no entendía.

—Y a pesar de todo, echo de menos esa boca llena de mentiras que hablaba demasiado. Sin él, ya no tengo la menor idea de lo que está pasando.

Viejo Mapache sonrió con tristeza y le dio otra calada a su cigarrillo.

Al mirar por encima del hombro de Viejo Mapache, Reseng vio el estuche abierto de un arma sobre el escritorio. Dentro había un revólver Smith & Wesson calibre 38; prácticamente una antigüedad. De pequeño, Reseng se había llevado la reprimenda de su vida por jugar con aquel revólver. No había vuelto a ver el estuche desde entonces. De repente, todos los hechos de los días pasados, que le nublaban la mente como una bruma espesa, se definieron y Reseng pudo verlos con claridad. Un presentimiento cruel y angustioso le perforó el corazón, como si hubiera pisado el cable que activaba una trampa explosiva. Se sintió como un pez con la aleta rota que se ha alejado demasiado y que jamás podrá regresar a casa. El hombre leyó la expresión en los ojos de Reseng.

—La gente piensa que los villanos como yo van al infierno —dijo el viejo—. Pero no es verdad. Los villanos ya están en el infierno. Viven cada momento en la más completa oscuridad, sin un solo rayo de luz en el corazón, y eso es el infierno. Temblar de terror, preguntarte cuándo te convertirás en un blanco, cuándo harán su aparición los asesinos. El verdadero infierno es vivir en un estado de miedo permanente, sin ni siquiera saber que ya estás en el infierno.

Viejo Mapache le dio otra calada al cigarrillo. Reseng inclinó la cabeza. Permanecieron en silencio un momento. El anciano terminó su cigarrillo y encendió otro.

—¿Has venido a por el libro?

—No, no he venido a eso —dijo Reseng, convencido.

El otro asintió para expresar que de cualquier manera no le interesaba, y dijo:

—Acompáñame.

Se puso de pie y salió del despacho. Reseng se levantó de un salto y lo siguió. Viejo Mapache se detuvo en medio de los estantes del ala oeste y sacó un libro. La estantería era idéntica a todas las demás de la biblioteca, accesible a cualquiera, incluso para cierto niño de nueve años que bien podría haber extendido la mano para cogerlo en cualquier momento. Al contrario de lo que Mito había dicho, no tenía tapas de cuero y no parecía una biblia. Era solo un libro, igual a otros muchos de la biblioteca. Viejo Mapache miró las estanterías mientras lo sujetaba en la mano.

—¿Acaso este libro haría del mundo un lugar más feliz? Es difícil decirlo, pero lo dudo.

Viejo Mapache se lo extendió a Reseng, que lo miró confundido.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Haz lo que quieras. Puedes dárselo a la chica, quemarlo, venderlo o llenar el resto de las páginas tú mismo.

La mano de Viejo Mapache temblaba. El volumen era pesado. Reseng dudó si aceptarlo.

—Hay algo que siempre me he preguntado —dijo Reseng—. El nombre que me pusiste. ¿Significa que si esta vida está ya arruinada, debería esforzarme más en mi vida futura?

Viejo Mapache soltó una carcajada.

—No tenía la menor idea de que tu nombre pudiera tener un significado tan brillante. —Con el rostro aún risueño, Viejo Mapache extendió el libro cerca de la barbilla de Reseng. Este, con manos temblorosas, lo aceptó—. No vuelvas. Se requiere muchísimo valor para escapar. Yo nunca pude escapar de este infierno. ¿Sabes?, llegar aquí por primera vez como un joven y despistado bibliotecario fue como el Paraíso para un lisiado como yo, pero nunca lo fue para ti.

Viejo Mapache se alejó cojeando entre las estanterías y cerró la puerta del despacho tras de sí. Reseng la miró largo rato. Aquella puerta siempre estaba cerrada, pero aquel día tenía un aspecto aún más sólido e impenetrable. Se dirigió a la salida sin dejar de mirar por encima del hombro, preparándose para oír el ruido de un disparo.

LA NIEVE CAÍA mientras Reseng se abría paso a través del bosque. Los copos pesados convertían el estrecho sendero en algodón de azúcar. La herida del costado le daba punzadas cada vez que los pies le resbalaban. Reseng miró la hora: las 3:00. Lo más profundo de la noche. El sendero cubierto de nieve resplandecía en la oscuridad, y las sombras que proyectaban los árboles eran como manchas de sangre.

Cuando llegó a la puerta del jardín, Reseng se detuvo a fumar un cigarrillo. La ventana del desván era la única con la luz encendida. Era cálida y acogedora, como un faro en la costa de una ciudad conocida. Aunque no había llamado, la puerta de la cabaña se abrió, como si hubieran estado esperándolo. Mito lo miró, con la mano en el pomo; Reseng apagó el cigarrillo y entró. Ella cerró la puerta sin decir una sola palabra.

En la cama junto a la ventana del comedor, la cama donde Reseng había pasado su convalecencia, dormía Misa, abrazando a su harapiento oso Winnie the Pooh. El pijama, con el estampado de un elefante, le iba grande: o bien siempre le había quedado así, o bien Misa se hacía cada vez más pequeña.

—¿Esa era la cama de Misa antes de que yo llegara? —preguntó.

—No, es la cama de invitados, pero ha estado durmiendo en ella desde que te fuiste.

Reseng miró el rostro dormido de la muchacha. Un par de diminutos capilares se transparentaban bajo la piel pálida. Puso suavemente la mano sobre la frente de la chica. Al sentir el contacto de la mano helada, ella se removió en sueños.

—¿Por qué tocas a mi hermanita? —susurró Mito.

—Es tan guapa.

Ella sonrió y asintió, como si aquello fuera obvio.

—Supongo que eso quiere decir que yo también soy guapa, ya que tenemos los mismos padres. Reseng la miró sorprendido.

—¿Es que nunca te has mirado en un espejo? —respondió.

Mito sonrió, luego apuntó hacia el desván.

—Espérame arriba —dijo—. Iré a por algo de beber.

Reseng subió las escaleras de puntillas. La mesa del desván estaba llena de pilas de documentos y debajo de ella había más cajas de papeles. Él hurgaba entre los expedientes cuando Mito regresó con una tetera llena de té de hoja de caqui.

—¿Qué es todo esto? ¿Los preparativos para enfrentarte a Hanja?

—¿Hanja? —se burló Mito—. Hanja pelea en el parque con niños como tú. Mito anda detrás

de adversarios más grandes.

—¿No estás planeando matar a Hanja?

—No con un cuchillo.

—¿Y entonces?

—Lo mandaré a prisión.

Reseng la miró decepcionado.

—Qué ingenua eres. ¿En serio crees que lo juzgarán?

—No, en absoluto.

—Entonces...

—Por lo menos tendrán que cumplir con las formalidades. Es temporada de elecciones, no serán capaces de encubrirlo. Está el dinero, y los libros, y demasiados ojos mirando. Una vez que el dique estalle, nadie podrá detenerlo. Seguiré acorralándolos en un rincón, poco a poco, y luego, justo al final: ¡pum! —Mito miraba las pilas de documentos mientras hablaba.

—¿Y cómo piensas hacer que lo arresten?

—Llamando toda la atención posible delante de tanta gente como pueda. Y en el mejor de los casos, con muchas cámaras y todo transmitido en directo —dijo, emocionada.

—Sigue soñando. Un viejo zorro como Hanja nunca saldrá de su guarida.

—No tiene otra opción. Sin sus libros, es hombre muerto de todas formas. Y ya no tiene tiempo para planear ninguna artimaña. Con todo lo que está ocurriendo, incluso un zorro de nueve colas se vería obligado a salir de su agujero.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cómo piensas escapar después de cerrar tu trato con Hanja? Sus hombres se te echarán encima como un enjambre de abejas. Lidiar con ellos no es lo mismo que hacer malabarismos con un bolígrafo y garabatear planes. Están muy bien entrenados.

—No voy a escapar —dijo ella despreocupadamente.

—¿No vas a escapar? —Resengladeó la cabeza.

Mito se sentó a la mesa.

—La única forma de pelear es entrando en la guarida del tigre. Y eso es aplicable tanto para Hanja como para mí. La fiscalía investigará una maleta llena de dinero en efectivo, los libros de Hanja, la información del doctor Kang y a mí, la asistente del doctor Kang: la contratista de asesinatos y planificadora más grande de Corea del Sur. ¿Te imaginas a cuánta gente pondrá eso en vilo?

Mito sonreía, claramente divertida. Pero ¿qué demonios tenía de gracioso todo aquello?

—Piensas morir allí.

—No sin pelear.

—Podrías hacer que saliera, es tu especialidad.

—Eso solo sirve para atrapar conejos.

—Pero si tú vas, entonces, ¿quién se encargará de hacer el resto?

—Sumin lo hará. Controlará el flujo de información y lo hará público en el momento adecuado. Es mucho mejor que yo en eso. La gestión de la información es su especialidad, después de todo.

—Es verdad. Esa bibliotecaria bizca tiene un verdadero don para organizar cosas. Vosotras dos hacéis una buena pareja. —Sonrió con burla—. Como Patachún y Patachunta en *Alicia a*

través del espejo. Pero dudo mucho que seáis capaces de atrapar a un conejo.

—Si me atrapan, Sumin comenzará a destapar información. Lo hará de manera gradual, lo suficiente para mantener en ascuas a todo el mundo. La enviará a los periódicos y a los canales de televisión, o la publicará en internet. Incluso podría enviársela por correo electrónico a cientos o miles de personas. Cuando abran el mensaje, este se reenviará automáticamente a todos los contactos de sus respectivas agendas. Después de unos cuantos días, millones de personas podrán tener acceso a la información.

—No pensarás en serio que un virus informático será suficiente para protegerte, ¿verdad?

—No podrán matarme enseguida, no hasta que localicen el ordenador central.

Parecía que Mito hablaba en serio. Reseng se recostó en la silla y encendió un cigarrillo.

—Entonces he inflado el dinero del rescate a tres mil millones por nada —dijo—. La fiscalía se lo quedará todo.

—¿Tres mil millones?

—Claro. Setecientos cincuenta millones divididos entre cuatro personas no es mucho.

—¿Y por eso pediste tres mil millones?

Mito lo miró con desprecio, estaba muy disgustada. Reseng asintió con expresión de arrepentimiento, pero poco después, el rostro de la mujer se suavizó.

—¿De verdad ibas a repartir el dinero con nosotras? —preguntó.

—Por supuesto.

—Debo reconocer que pensaste bastante rápido para ser un cabeza hueca.

Sonrió y tomó un sorbo de té, luego extendió el brazo para coger uno de los cigarrillos de Reseng. Mientras fumaba, alcanzó un papel de la mesa al azar y luego lo dejó.

—He escaneado todos y cada uno de estos documentos. Explican las cosas secretas que pasan entre bambalinas. Todos los enfrentamientos horribles y viles que han ocurrido. Muchísima gente ha muerto y nadie conoce la verdad sobre sus asesinatos. Ni sus amigos, ni su familia, ni siquiera las propias víctimas. Creo que solo con hacer pública esta información ganaremos media batalla. Incluso si muero, llegará a miles y miles de personas. Algunas de ellas serán lo bastante valientes o insensatas para rebelarse, y algunas estarán dispuestas a luchar.

—¿De verdad crees que en algún lugar hay alguien que esté tan loco como tú decidido a rebelarse?

Mito se perdió en sus pensamientos y no respondió. Luego preguntó:

—¿Has traído el libro?

—No.

—¿No lo has buscado o no has podido encontrarlo?

—No estaba en el sótano. Será muy difícil encontrarlo mientras Viejo Mapache siga vivo. De hecho, también será muy difícil encontrarlo una vez que haya muerto. De cualquier forma, no creo que nunca haya existido un libro con tapas de cuero como el que describiste.

Mito parecía decepcionada, pero se encogió de hombros y se dirigió hacia el escritorio, agarró un sobre de un cajón y se lo ofreció a Reseng.

—¿Qué es eso?

—La conspiración que te permitirá seguir vivo, justo como te prometí. Estás demasiado metido en esto y no podrás seguir viviendo como si nada. Tienes que morir y luego volver a la vida.

—¿Cuándo se te ha ocurrido esto?

—«En el principio fue... la Conspiración». Desde la primera vez que te vi.

Le entregó el sobre. Era igual que los que los planificadores solían enviar a la biblioteca. Reseng sacó el papel que había dentro y le echó una ojeada. Era un plan para un accidente de coche.

—Solo tienes que hacer al pie de la letra lo que está escrito ahí —dijo Mito—. Sigue las instrucciones y no te hagas el listillo. Necesitarás hacerle unos cuantos cambios a tu coche y colocar un cadáver en él. Sabes dónde conseguir un cadáver, ¿no?

—Es un plan muy trillado.

—Los mejores siempre lo son. Los casos especiales necesitan conspiraciones especiales; los ordinarios, conspiraciones ordinarias.

—¿Se lo creerán?

—¡Entonces sí quieres vivir!

Se estaba burlando de él.

—Bueno, si no hay razones para que muera —respondió, cohibido—. Pero ¿qué hay de ti?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Tienes que morir?

—Si no hago esto, no tengo razones para vivir.

—¿Y qué hay de Misa?

Mito vaciló antes de responder.

—No soy como el Barbero. Él usaba a su hija para justificar sus acciones, pero no es lo mismo que me ocurre con Misa. Este mundo no es un desastre porque la gente sea malvada, lo es porque todos tienen sus propias historias y pretextos para hacer cosas malas. No soy tan estúpida o insensible para engañarme a mí misma poniendo como excusa a mi hermana. Para decirlo sin rodeos, no puedo vivir así. Estoy hecha de otra manera.

—En toda mi vida solo he conocido a otra persona como tú. Frío como un reptil. Es así porque se odia a sí mismo más de lo que odia al mundo, y no puede aceptar realmente a nadie porque no sabe cómo aceptarse a sí mismo. Esa persona es Viejo Mapache.

Mito lo pensó durante un momento y asintió.

—Vete a dormir —dijo—. La cama de Misa está vacía. —De pronto, al levantarse de la silla, parecía cansada—. Si me atrapan y sobrevives, ¿cuidarás de Misa? Hasta que no haya moros en la costa. Tres años bastarán.

—¿Le estás confiando a tu angelical hermanita a un asesino como yo? ¿Estás loca?

—Aparte de mi hermana, soy la persona que mejor te conoce. Te he observado e investigado durante mucho tiempo. Pero, aparte de eso, a mi hermana le gustas.

Reseng no dijo nada. Mito esperó un instante a que respondiera y luego se marchó a su habitación. Él hojeó sin mucho entusiasmo el documento que ella le había entregado y volvió a guardarlo en el sobre. Luego bajó las escaleras y se acostó en la cama de la habitación de Misa. La almohada, la manta y las sábanas olían a ella. Eran tan suaves como la ropa de un bebé recién lavada y puesta a secarse al sol. Se quedó dormido en cuanto cerró los ojos. Durmió profundamente por primera vez en mucho tiempo.

LO DESPERTÓ UNA sensación cálida en la mejilla. Misa lo miraba mientras dormía.

—Perdón por despertarte —dijo.

—Está bien. Debería levantarme ya, de todas formas. ¿Qué hora es?

—Las dos de la tarde. Me voy ahora.

—¿Adónde vas?

—A Japón. Uno de nuestros parientes lejanos tiene un spa *onsen*.

Reseng se levantó de la cama. Al otro lado de la ventana, Mito guardaba la maleta de Misa en el coche. La bibliotecaria bizca entró en la habitación.

—Misa, no querrás perder tu avión —dijo Sumin.

—Deberías hacerme una visita. Ven a verme, con Mito y Sumin. Es un lugar muy bonito.

Él asintió y la muchacha sonrió alegremente. La bibliotecaria volvió a mirar su reloj. Misa se despidió de él con la mano y salió de la cabaña en su silla de ruedas. Reseng la siguió. El coche estaba lleno con una cantidad excesiva de equipaje para un viaje corto. Mito cargó a su hermana y la sentó dentro, luego plegó la silla de ruedas. Misa bajó la ventanilla y miró a Reseng y a la bibliotecaria.

—¡Sumin, llévalo contigo cuando vengas a visitarme! —pidió, despidiéndose con la mano.

La mujer agitó la mano, y también Reseng. Mito miró a la bibliotecaria y luego se volvió hacia él.

—¿Estarás aquí cuando vuelva?

—Sí, estaré aquí —dijo él.

Mito subió al coche y se fueron. Misa no dejó de decir adiós con la mano hasta que el coche descendió por la carretera rodeada de bosque y se perdió de vista. Reseng y la bibliotecaria se habían quedado solos; ambos se miraron con incomodidad.

—Ahora que Misa se ha ido, Mito y tú ya os podéis morir, ¿verdad? —dijo Reseng con sarcasmo.

Sumin miraba la carretera hasta donde le alcanzaba la vista, con el rostro imperturbable.

—No lo conseguiréis. Mito morirá y tú también —añadió.

Se giró para mirarlo con desprecio.

—Es mejor morir que vivir como si estuvieras muerto —dijo Sumin—. Ya he tenido bastante de eso.

SU RELOJ MARCABA las 5:00 de la mañana. Reseng se levantó de la cama, se vistió y entró en el baño para lavar la cara que lo miraba desde el espejo. Una nube negra flotaba por encima de aquel rostro. Reseng admitió que aquella nube negra era miedo. Se secó la cara con una toalla y volvió al cuarto, donde recogió sus pertenencias y puso su equipaje sobre la mesa. Se dirigió a la habitación de Mito, respiró hondo y entró sigilosamente. Ella dormía. Su rostro estaba demacrado, sin duda a causa de los días demasiado largos y las noches cortas. Abrió una botella de cloroformo, vertió un poco en un pañuelo y luego lo colocó sobre la boca y la nariz de Mito. Esta abrió mucho los ojos y lo miró durante tres larguísima segundos. No había miedo o sorpresa en ellos, más bien decepción rayana en desesperación. Luego se desmayó.

Reseng sacó dos bolsas de debajo de la cama de Mito. Una contenía los libros de contabilidad de Hanja y la otra, pistolas, explosivos y todo lo que Mito había preparado para su cita con Hanja. Hizo un breve inventario de la segunda bolsa y la cerró. Luego se la llevó consigo, junto con la que había dejado encima de la mesa. Después de echar un breve vistazo a la habitación de la

bibliotecaria, abandonó la cabaña.

Reseng llamó a Hanja tan pronto llegó a Seúl.

—¿Tienes el dinero? —le preguntó.

—Está listo. ¿Qué planeas hacer? —Hanja sonaba exasperado.

—Irme del país. Sabes que no tengo otra opción.

Hanja echaba chispas.

—Ten cuidado. Te lo aseguro, no podrás salirte con la tuya.

—Espera mi siguiente llamada y no hagas ninguna estupidez. Si la haces, estarás jugando con fuego.

Reseng colgó y apagó su teléfono.

Subió a un taxi y se dirigió al G-World. Alrededor de una plaza central había un hotel, un centro comercial y un pequeño parque temático. Reseng inspeccionó el centro comercial. Dos ascensores de cristal subían y bajaban en la parte externa del edificio de once plantas. Un puente suspendido conectaba el centro comercial con la séptima planta del hotel. Reseng subió a uno de los ascensores y presionó todos los botones. Una mujer de mediana edad que se encontraba en el ascensor le dirigió una mirada de fastidio.

—Lo siento, señora. Inspección rutinaria.

La mujer se disculpó con un asentimiento. Cada vez que las puertas se abrían, Reseng salía para echar un vistazo antes de volver al ascensor y subir a la siguiente planta. Durante casi una hora, hizo la misma operación en los dos ascensores antes de bajar al centro de la plaza, donde se sentó en un banco y fumó un cigarrillo. Dos palomas aleteaban despreocupadamente mientras picoteaban migas de pan y de galleta. «Tienen alas. ¿Por qué no se largan volando de esta miserable y vieja ciudad?», pensó con una sonrisa. Terminó de fumar y se dirigió a una tienda de lujo en el centro comercial, donde se compró un traje nuevo y una camisa. La vendedora le ofreció una bolsa para que metiera su ropa vieja.

—Puede tirarla sin más —le dijo.

Fue después a una zapatería que estaba enfrente y compró unos zapatos que le gustaron. Tiró los que había estado usando. Después de adquirir un par de calzoncillos, unos calcetines y artículos de higiene personal, subió en el ascensor de cristal hasta la séptima planta y cruzó lentamente el puente suspendido hasta el hotel. Pasó de un lado a otro tres veces antes de dirigirse al restaurante que estaba en la planta superior del hotel. Un camarero de aspecto majestuoso, de unos cincuenta años, lo saludó y le dijo que el plato especial del día era filete Hanwoo madurado en seco.

—¿Madurado en seco? ¿Qué es eso? —preguntó, sonriendo.

Mientras el camarero le explicaba la diferencia entre la maduración en húmedo y en seco de la carne de vacuno, él observaba el centro comercial que se alzaba al otro lado del puente.

—Entonces, ¿le gustaría probar el plato especial? —preguntó el camarero.

—Sí, por supuesto.

La carne estaba deliciosa. El filete de ternera era la última cena más solicitada por los estadounidenses en el corredor de la muerte. El deseo carnívoro de engullir carne cruda oculto tras la apariencia de la carne cocinada. El sabor de la sangre que estalla en la boca al masticar la carne de otro mamífero. Los que asisten a un funeral, después suelen comer carne porque es el privilegio de los supervivientes y lo que demuestra su intenso deseo de seguir viviendo. Reseng

saboreó su comida como un prisionero condenado a muerte. Al contemplar la copa de vino tinto incluida en el menú especial, murmuró: «Normalmente no bebo mientras trabajo». Tomó la copa y bebió un sorbo. Carne y sangre. «Por eso a la gente le encanta comer carne, por el instinto caníbal que se esconde dentro de sus trajes bien planchados.»

Cuando terminó de comer, bajó a la recepción del hotel y reservó una habitación en la séptima planta con vistas a la plaza. Tomó un largo baño, se lavó y peinó el pelo y se tonificó e hidrató el cutis. Luego se miró en el espejo. La cicatriz que le había dejado el cuchillo del Barbero le destacaba claramente en la mejilla derecha.

—Guapísimo hijo de puta —le dijo a su reflejo—. Esa cicatriz te hace más sexy.

Reseng se puso su ropa interior nueva, la camisa y el traje. Se colocó la pistolera con la PB 6P9 provista de silenciador en el lado derecho y el Henckels de Chu en el lado izquierdo. Sacó el revólver calibre 38 de la bolsa de Mito y lo metió en la parte trasera de los pantalones; luego introdujo tres cartuchos para la PB 6P9 en el bolsillo derecho de la chaqueta y treinta balas de revólver en el izquierdo. Cuando hubo terminado con los preparativos, se sentó en el borde de la cama y aguardó a que el sol se pusiera.

Cuando se hizo de noche y se encendieron las luces de la fachada de cristal del centro comercial, llamó a Hanja.

—G-World. Centro Comercial. Puerta uno. Ven solo.

Colgó y apagó el teléfono. Media hora después, Hanja llegó a la puerta uno. A primera vista parecía que iba solo. Arrastraba dos maletas con ruedas. Presumiblemente, la maleta más grande contenía el billón de won en billetes, y la más pequeña, los bonos al portador. Reseng sacó los prismáticos e inspeccionó los flancos este y oeste de la plaza, las entradas del centro comercial y las escaleras de emergencia de cada planta. Encendió el teléfono.

—Coge el ascensor y baja en la séptima planta.

Hanja arrastró las maletas hasta el ascensor y se bajó donde le había indicado. Reseng lo llamó de nuevo.

—Ve a las escaleras de emergencia, planta once. —Y colgó.

Cuando Hanja estuvo frente a las escaleras de emergencia de la undécima planta, Reseng volvió a llamarlo.

—Ascensor, tercera planta.

—Departamento de maletas, sexta planta.

...

...

...

—Supermercado, quinta planta.

A la décima llamada, Hanja ya había perdido la paciencia.

—¿Qué coño es esto? ¿Una escuela de obediencia?

—Estás muy bien entrenado para ser un perro callejero. Descansa un poco en el segundo ascensor de cristal. Te lo has ganado.

Reseng colgó. Hanja arrastró las maletas hacia el ascensor. Cada vez que el otro se movía, Reseng inspeccionaba las entradas del centro comercial, los ascensores y las escaleras de emergencia con los prismáticos. Hanja había llevado consigo a diecisiete asesinos. Había dos en cada una de las cuatro entradas del centro comercial, dos a ambos lados de las escaleras de

emergencia, uno cerca de la entrada del ascensor en la primera planta, otro cerca del ascensor en la undécima planta, dos en el puente suspendido y el tipo que dirigía toda la operación de pie en medio de la plaza. Era probable que hubiera más en el parking y en la azotea, y también debía de haber un coche fuera, aguardando junto a la acera. Reseng cogió la bolsa, se puso unas gafas de sol y salió de la habitación. Dos hombres fornidos, vestidos con traje, se encontraban apostados al final del puente suspendido, examinando a cada persona que pasaba por allí. Cuando estaba a punto de pasar, uno de ellos levantó la mano.

—Eh, tú, el de las gafas.

Reseng desenfundó la pistola con silenciador y les disparó a los dos hombres en las piernas. Mientras se desplomaban, volvió a dispararles, esa vez directamente en el muslo, dos veces al tipo fornido y una al más delgado. Sacó el cargador y colocó uno nuevo. Apenas había avanzado un par de pasos cuando oyó gritos detrás de él. Caminó rápido hacia el segundo ascensor y se detuvo enfrente. Presionó los botones de subida y bajada. Los pocos segundos que el ascensor tardó en descender de la novena a la séptima planta le parecieron una eternidad.

Las puertas se abrieron. Hanja estaba dentro. Reseng sacó el revólver calibre 38 de la parte trasera de sus pantalones y disparó dos tiros al techo del ascensor. Todo el mundo gritó y salió corriendo; Hanja lo observó alarmado. Cuando le disparó dos tiros en la rodilla derecha, Hanja chilló y se desplomó contra la pared de cristal. Un hombre rechoncho de mediana edad estaba acurrucado en una esquina; era el único que no había escapado con los otros ocupantes. Reseng presionó el botón de emergencia y tocó al sujeto en el hombro.

—¿Señor? Se han ido todos. ¿Seguro que quiere quedarse? —preguntó Reseng.

El tipo lo miró y salió apresuradamente. Hanja aprovechó la distracción para tratar de desenfundar una pistola que llevaba en el bolsillo interno de la chaqueta, pero Reseng le disparó en el brazo y el hombro derechos. Agarró el arma de Hanja y la metió en su bolsa, luego sacó los casquillos del revólver y rápidamente volvió a cargarlo con las balas que llevaba en el bolsillo. Sacó explosivos y cinta aislante de la bolsa de Mito y pegó una bomba en la parte exterior del ascensor, luego prendió un cóctel Molotov y esperó a que el primer ascensor llegara a la séptima planta. Cuando las puertas se abrieron, disparó al techo de nuevo para ahuyentar a todo el mundo y luego arrojó dentro el cóctel Molotov y una pequeña lata de disolvente. Muy pronto el interior estuvo envuelto en llamas. Reseng regresó al segundo ascensor y cerró la puerta. Hanja gimió y lo miró.

—¿Qué cojones estás haciendo? —dijo Hanja.

Reseng le disparó en el muslo.

—Te meteré una bala cada vez que hables.

El ascensor contiguo subió varias plantas y se detuvo. Reseng encendió un cigarrillo y fumó mientras el otro ascensor se quemaba. La gente comenzaba a reunirse en la plaza.

—No es exactamente el éxito de taquilla que estaba esperando —murmuró.

Abrió una de las maletas de Hanja. Estaba llena de billetes de diez mil wons. Reseng disparó cuatro tiros contra la pared de cristal y apartó los cristales con la culata del revólver, luego agarró puñados de dinero y los arrojó afuera. Los billetes revolotearon hasta la plaza. Con una expresión de satisfacción, vació el resto de la maleta fuera del ascensor. Hanja lo contemplaba todo, horrorizado. Se aproximaron docenas de coches de la policía y vehículos de bomberos que, sumados a las hordas de compradores que se desvivían por atrapar el dinero, convirtieron aquello en un caos instantáneo.

Reseng sacó otro cóctel Molotov y otra lata de disolvente de la bolsa, los agitó frente a la cámara de seguridad, prendió el trapo del explosivo y lo colocó en medio del ascensor. El rostro de Hanja se llenó de terror; abrió la boca para decir algo, pero Reseng le apuntó a la cara con la pistola y le dijo que no lentamente con la cabeza. Hanja cerró la boca.

Reseng cogió su teléfono móvil y llamó a Mito. Ella respondió.

—Lamento no poder ver cómo cambiarás el mundo —dijo—. Para ser sincero, ni siquiera creo que eso sea posible... Pero de todos modos encontrarás un libro y la llave de una consigna en el segundo cajón. Por favor, dile a Misa que lamento no poder reunirme con ella.

Mito empezó a preguntar de qué demonios estaba hablando, pero él cortó la llamada. Sacó la tarjeta SIM de su teléfono móvil, la quemó con el encendedor y la arrojó fuera. Luego encendió un cigarrillo y le dio una calada. Toda la gente reunida en la plaza lo miraba. ¿O miraban el fuego? ¿O esperaban que cayera más dinero? «Tal vez están esperando que muera o que mate a alguien», pensó. Un oficial de policía le gritaba algo a través de un megáfono, pero Reseng no podía entender una sola palabra; el sonido se perdía en la cacofonía de los espectadores. Tal vez el policía preguntaba qué era lo que quería. «¿Qué quiero?», se preguntó.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se preguntó qué era lo que realmente quería de la vida. ¿Y eso por qué? Preguntárselo no costaba nada. Tal vez había entendido que no tenía sentido. La vida de un asesino es como el humo de un cigarrillo: demasiado nebulosa y confusa como para echar raíces en ningún lado. Era una vida dedicada a inhalar tabaco fuerte hasta las más recónditas profundidades de los pulmones y a exhalarlo para contemplar inexpresivo una nube de letargo y náusea flotando hasta perderse en el aire; para luego apresurarte a darle otra calada por miedo al letargo y a la náusea. Una vida cobarde. Cualquier vida en la que no te preguntas qué es lo que realmente amas es una vida cobarde.

Reseng se imaginó una casa muy alta, de techos abovedados. Si al menos hubiera vivido en un lugar así, podría haber instalado una gigantesca torre para gatos del tamaño de la planta de habichuelas de Juan, para contemplar cómo Escritorio y Pantalla de Lámpara jugaban como ardillas, saltando de una rama a otra. Él y Entrenador habrían podido atender un puesto de pizza o de pasta enfrente de una escuela de secundaria. Podría haber cultivado patatas deliciosas para Viejo Mapache, que siempre habría estado leyendo sus enciclopedias, y podría haber abandonado aquella maldita biblioteca de una vez por todas. Eso habría sido algo bueno. Entrenador era un excelente cocinero, y la risa de los estudiantes, sonora y alegre como el canto del ruiseñor. Si hubieran llegado maleantes a buscar pelea, exigiendo saber quién les había dado permiso para poner el local en su territorio, Entrenador y Reseng habrían juntado las manos y habrían suplicado su perdón para acto seguido enfrentarse a ellos y hacerlos papilla. Luego se habrían mirado la cara golpeada y se habrían partido de risa.

Reseng recordó la bicicleta con la cesta rosa de sus días de obrero en la fábrica. En aquel tiempo habría preferido una cesta verde, verde esmeralda, como el mar Mediterráneo. Pero, al recordarlo, le parecía que la cesta rosa no estaba tan mal. Después de todo, a la chica de la fábrica le encantaba aquella cesta. Deseó poder llenarla hasta los bordes de pescado, frutas y verduras, y pedalear colina arriba con ella de nuevo o, mejor aún, ir de paseo junto al río. Así podría sentir la brisa proveniente del río y oler el aroma a ropa de bebé recién lavada secándose al sol que siempre emanaba el cuerpo de ella. Si al menos se hubiera esforzado más en aprender un oficio en el Equipo de Trabajo Tres, habría obtenido un certificado de técnico tornero y habría pasado sus días convirtiendo el acero en espléndidas piezas de maquinaria. Y si hubiera sido lo

bastante afortunado como para tener una hija que fuera la viva imagen de la chica de la fábrica, le habría hecho cosquillas en sus diminutos deditos de bebé con sus manos callosas. Qué maravilloso habría sido. Su corazón habría estado rebosante de felicidad, como si no pudiera haber una vida mejor que aquella.

—Baja la pistola y hablemos. Es la única forma de que podamos darte lo que quieres.

El policía del megáfono se encontraba de pie justo debajo del ascensor y le gritaba. Reseng se rio. «Ahora sí que me ofrecen lo que quiero», pensó. Disparó dos veces a un coche aparcado debajo del ascensor. El policía se encogió de miedo y se ocultó detrás del vehículo. El resto de los policías y los espectadores se dispersaron en un amplio círculo. Reseng cogió otro cóctel Molotov y lo arrojó al coche. Estalló en llamas. Los francotiradores empezaron a desplegarse desde un ángulo del hotel. Uno en el tejado, otro en la habitación del lado opuesto del ascensor y otro en el puente suspendido. Aunque solo podía ver a tres, imaginó que había más escondidos en alguna parte. Los equipos de televisión acababan de llegar y estaban instalándose alrededor de la plaza. Las cámaras avanzaban entre la multitud tratando de grabar a Reseng. El oficial de policía que había retrocedido asustado seguía gritándole a través del megáfono. Él sacó una granada, la sostuvo en lo alto con la mano izquierda y la agitó ante la multitud como si estuviera saludando.

De pronto, Hanja empezó a reírse. Reseng se volvió para mirarlo. No paraba de reír. Él inclinó la cabeza, alzó el revólver y le disparó en el muslo izquierdo. Al oír el disparo, creció la conmoción en la plaza. Hanja gimió, pero habló de todas formas:

—Supongo que quieres ser como Chu. Pero ¿acaso la gente como nosotros puede estar a su altura?

—¿Gente como nosotros? —preguntó Reseng, aún apuntando hacia Hanja.

Este se limpió la sangre que le resbalaba de la boca con el dorso de la mano.

—¿Sabes por qué me odias? —dijo Hanja—. Porque tú y yo somos como gemelos. Estás furioso porque eres igual que lo que más odias. Pero ¿qué puedes hacer al respecto? En esto nos hemos convertido.

No parecía importarle que hablar pudiera suponerle recibir otro balazo. Aunque su rostro se retorció de dolor, no abandonaba su expresión burlona.

—La gente siempre acaba pareciéndose a lo que más odia. Como el hijo que siempre termina pareciéndose a su padre. —Hanja respiró profundamente y su cuerpo se contorsionó como si le costara aspirar el aire. Escupió un poco de sangre—. Pero lo que de verdad quiero saber es quién de los dos se parece más a Viejo Mapache. ¿Tú o yo?

«¿Hanja o yo? ¿Yo o Hanja? ¿Cuál de nosotros dos?», se preguntó Reseng. El francotirador del tejado lo miraba a través de la mira telescópica de su rifle. Siempre había alguien en el punto de mira de otra persona y gatillos que alguien estaba dispuesto a apretar. En esta ocasión, era el rostro de Reseng, o su pecho, el que se encontraba en el punto de mira de la muerte. Quería preguntarle al francotirador: «¿Qué cara tengo ahora?». Pensó en el rostro del viejo mientras hablaba con las flores de su jardín. Incluso pensó en el perro, Santa, correteando tras el balón desinflado. Había sido un hermoso y claro día de otoño, tan perfecto como un día puede llegar a serlo. El viejo había sonreído alegremente en el punto de mira de Reseng. El viejo que vivía una existencia totalmente solitaria en lo más profundo del bosque, sin frigorífico, sin sal y sin visitas, había sonreído feliz al final de su vida. Como si por fin hubiera sido capaz de quitarse la máscara de madera tallada para revelar su verdadera sonrisa.

Reseng bajó el revólver.

—¿Qué cara tengo ahora? —preguntó.

Hanja dejó de reír y ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si pudiera seguir viviendo, a partir de mañana lo haría mucho mejor.

—¿De qué cojones estás hablando?

Reseng no respondió; Hanja frunció el ceño, confundido. Reseng miró al francotirador que no le quitaba ojo desde el tejado del hotel. El hombre apartó la cara de la mira y observó a Reseng un segundo antes de volver a enfocarlo a través de la lente. El policía de la plaza seguía berreando algo en el megáfono. Los cámaras se peleaban por conseguir el mejor plano. Reseng miró hacia el firmamento. El cielo nocturno estaba oscuro y borroso, y las estrellas, ahogadas por las luces de la ciudad. Parecía la entrada a una cueva que condujera a otro mundo, o las fauces abiertas de un enorme pez a punto de tragárselo todo. Reseng bebió del cielo nocturno hasta saciarse y luego asintió, como queriendo decir que ya todo estaba bien. Hanja lo miraba con expresión ansiosa y la respiración agitada, recostado en un rincón del ascensor. Reseng dio un paso en dirección a Hanja, alzó el revólver y le apuntó en el rostro.

—Lo que quiero decir es que me siento como si por fin hubiera escapado del infierno. ¿Qué hay de ti?

El otro miró la boca del cañón del revólver con los ojos desenfocados. Reseng miró hacia abajo, hacia la plaza, y luego de nuevo a Hanja. Presionó el cañón del arma contra la frente de Hanja. Podía sentir el nudo que apretaba la garganta de su rival; Hanja cerró los ojos.

Se oyó un disparo. Reseng bajó la vista. Había un hueco en su pecho. Lo tocó con el dedo. La sangre era oscura. Seguro que la bala le había perforado el hígado. En el momento en que giraba la cabeza para comprobar por dónde había salido la bala, un segundo disparo le atravesó el pulmón. Trastabilló y se sujetó en el pasamanos del ascensor. De los agujeros brotaba sangre. Se le estremecieron las piernas. Sentía que muchas cosas se estaban escapando rápidamente de su cuerpo. ¿Qué eran? ¿Agua y sangre? ¿Orina, excrementos y demás inmundicias? ¿O tal vez los incontables parásitos que habían vivido a su costa, usándolo como huésped? Pensó que quizá la cosa que se estaba escapando de su cuerpo en aquel mismo instante era su alma. Y con ella se marchaban también todos los pensamientos que había tenido durante su estancia en la Tierra, toda su pena, su rabia, su resignación y el resto de sus emociones, y todas sus cálidas, penosas, suaves y dolorosas sensaciones. Pero después de haber arrastrado aquel cuerpo pesado y engorroso a lo largo de toda una vida, Reseng pensó que no era tan malo dejarlo atrás y volverse más ligero. Qué maravilloso sería derramar toda su sangre, perder toda su carne, descompuesta por diminutos insectos, dejar solo sus huesos resecaos y encogidos por el sol y el viento, como un antiguo esqueleto de camello en medio del desierto, volverse infinitamente más ligero. Si pudiera hacerse más y más pequeño, más y más liviano y viajar libremente con el viento...

El sonido de la corriente del río le llenó la cabeza: agua fría fluyendo sobre un lecho de grava. Un agua tan helada como solo el agua puede estarlo. Pero en aquel momento pensaba que, después de todo, no era un mal lugar. Se convertiría en una piedra en el fondo de aquella corriente. O en un musgo. O en una mariposa que esquiva las gotas de agua mientras se aleja revoloteando.